

Donde vuelan las Mariposas



Andrea Adrich

**DONDE VUELAN
LAS MARIPOSAS**

ANDREA ADRICH

© Andrea Adrich, 2015

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

CAPÍTULO 1

El tiempo transcurría apático entre los restos de las velas que languidecían sobre la mesa y que, horas antes, habían teñido el salón de una atmósfera romántica y a ratos melancólica.

Sofía se había quedado inesperadamente dormida en el sofá, contemplando el movimiento oscilante de las llamas; viendo como la cena que había preparado con suma devoción durante la tarde de aquel viernes de finales de junio, se enfriaba indiferente a su entrega, mientras en el exterior de su pequeño piso, emplazado en el barrio de Buenavista, la cosmopolita Madrid trataba de conciliar el sueño.

Carlos llegó entrada la madrugada, con aspecto trasnochado y rostro de resentimiento. Tenía la camisa abierta hasta la mitad del pecho y la chaqueta de la mano. Había estado toda la noche bebiendo y fumando por los tugurios probablemente más innombrables de la capital. Esos semiantros sin ventilación a los que acudía clandestinamente y que se encargaban de definir a la perfección qué tipo de persona era y la clase de vida disoluta que llevaba.

Se detuvo en mitad del salón con su uno setenta y cinco de estatura y su aire estirado y, de pie, observó la figura yacente de Sofía. En sus ojos pardos y entrecerrados por el sopor del alcohol descansaba un desafecto casi indolente.

No podía negar que era guapa y que tenía un cuerpo precioso. Solo había que escuchar los comentarios groseros y entintados de machismo de sus amigos, pero en él, Sofía no inspiraba ningún interés. Prefería la desfachatez y los generosísimos pechos de Carmen, su última amante, a la belleza discreta e insinuante de su novia. Sin embargo, era Sofía quien se encargaba de pagar el alquiler del piso y la mayor parte de las facturas. Si la dejaba, se vería en la calle. Se iría a vivir gustosamente con Carmen, pero no era más que una camarera de tres al cuarto cuyo escaso sueldo la obligaba a vivir todavía al amparo de sus padres.

Negó con la cabeza, impasible, se

acercó a la mesa, apagó de un soplido lo que quedaba de las velas y se dirigió despreocupadamente a la habitación, sin prestarle mayor atención a Sofía.

Los tibios primeros rayos del alba asaltaron el salón con timidez. Sofía se revolvió ligeramente en el estrecho sofá. El frío del amanecer la hizo abrir los ojos. La mirada irradió un brillo verde claro que posó en la mesa. Todo estaba intacto, tal y como lo había dejado horas antes; incólume como un juego de piezas de porcelana china. Se incorporó dolorida por la incómoda posición en la que se había quedado dormida y miró a

los lados.

La puerta del dormitorio estaba cerrada. Supo entonces que Carlos había llegado y respiró aliviada, pese a que aquella noche, como otras tantas, no habían compartido el calor de la cama. Pero siempre que él regresaba, aunque fuera a horas intempestivas o rayando la aurora, Sofía respiraba aliviada.

El amor reverente que sentía por Carlos era enfermizo y tóxico, adictivo como una droga dura. El que fuera su amor platónico y chico más popular del instituto hacía algo menos de una década, se conjugaba como veneno y antídoto, como muerte y salvación de un modo tan preciso como aterrador. Con el paso de los años, Carlos había

moldeado a Sofía a su antojo, y lo había hecho ruidosamente a base de insultos y palizas, y ella acababa justificando con excusas absurdas cada exabrupto, cada bofetada, cada empujón y cada patada que él le propinaba debido a una deficiente autoestima que Carlos, por supuesto, se había encargado personalmente de anular por completo. Sofía no miraba si no era a través de sus ojos, no escuchaba si no era a través de sus oídos y no hablaba si no era a través de su boca.

Respiró hondo, se levantó del sofá y recogió en silencio la mesa.

«Quizá le guste que le lleve el desayuno a la cama —pensó para sí mientras terminaba de fregar los platos

—. A todo el mundo le gusta que le despierten con un beso y el desayuno listo». Sonrió.

Puso la sartén en el fuego y preparó unas tortitas.

—A Carlos le encantan las tortitas — dijo en voz baja, echando la masa en el aceite.

Estaba vertiendo la leche en la taza cuando la puerta de la habitación se abrió.

—Buenos días —dijo Sofía, risueña.

—Buenos días —respondió Carlos en tono malhumorado.

Sofía esperó un beso, una caricia, una mirada tierna, un gesto cómplice, o algo que implicara un poco de atención, pero nada de eso llegó.

—Te he preparado el desayuno — comentó, ofreciéndole una sonrisa amable.

—Tengo prisa —afirmó Carlos.

—¿No vas a tomarte ni siquiera el café? Está recién hecho —lo animó.

Carlos alzó los ojos y contempló a Sofía unos instantes, inexpresivo. Cogió la taza y dio un sorbo.

—Ayer te esperé para cenar —dijo Sofía.

—No tenías por qué hacerlo —refutó Carlos, indiferente—. Te tengo dicho que no me esperes, que no sé a qué hora llegaré.

—Lo sé. Lo sé... Pero pensé que quizá te gustaría que cenáramos juntos —se justificó Sofía con voz suave.

—No pienses por mí —soltó Carlos tajante.

—Lo siento. Pensé que sería buena idea...

—Pensaste, pensaste, pensaste — cortó hoscamente Carlos—. No pienses tanto y límitate a hacer lo que se te dice. ¿Está claro?

Sofía asintió sumisamente con la cabeza. No quería enfadarlo. Por nada del mundo deseaba empezar el fin de semana con un ojo morado. Carlos dejó la taza sobre la barra americana que separaba la cocina del salón y de mala gana enfiló los pasos hacia el cuarto del baño. Necesitaba ducharse para quitarse de encima la resaca que le producía el amago de whisky que podía permitirse

pagar. Al llegar a la puerta, en el umbral, antes de internarse en el servicio, se giró.

—Esta noche inauguran la terraza del *Tartan Roof*, en la azotea del Círculo de Bellas Artes —dijo—. Elena y Oliver quieren que los acompañemos en este día tan especial para ellos. Por supuesto les he dicho que cuenten con nosotros, que allí estaremos. Estate preparada a las nueve.

Seguidamente se internó en el baño. No esperó que Sofía diera su aprobación. No hacía falta; irían a la inauguración del *Tartan Roof*, la terraza que Elena y Oliver iban a abrir en la calle Alcalá, con o sin su consentimiento.

CAPÍTULO 2

El sábado pasó tranquilo. Sofía aprovechó la mañana para hacer la compra y dedicó parte de la tarde a su afición favorita: escribir poesía. Género que la fascinaba sobremanera. Podía pasarse horas, incluso días enteros metida en casa, leyendo a Benedetti, a Neruda, o a Borges. Pero eran los llamados *poetas malditos* y, en especial, Charles Baudelaire, por cuya poesía sentía auténtica adoración, los que conseguían transportarla a ese mundo extremo de exacerbada sensibilidad que exhalaban las rimas de sus poemas.

En el fondo se identificaba con la

existencia trágica y las tendencias autodestructivas que habían protagonizado sus vidas. Con aquella extraña maldición que los alejaba de las personas y la sociedad.

Ella también era *una maldita*, como Baudelaire, Gerard de Nerval, o el mismísimo Federico García Lorca. Romántica empedernida, sus sueños de niñez habían estado plagados de príncipes azules, caballos blancos y ramos de rosas rojas. Sin embargo, la realidad, poco amiga de la magia y la fantasía, le había ofrecido un hombre diametralmente opuesto a lo que alguna vez soñó, pero del que estaba enamorada desde la adolescencia.

Carlos le dejó claro que los príncipes

azules no existían y que eso a lo que llamaban amor, estaba lejos de ser tan idílico como en las románticas historias que aparecían en los libros que devoraba cuando el dolor de los golpes no le dejaba dormir durante la madrugada. En su caso, las rosas y los bombones habían sido sustituidos por insultos y bofetadas que ella soportaba estoicamente.

Garabateó los últimos versos del poema que leería en el próximo recital de poesía al que acudiría junto con el grupo de poetas que frecuentaba habitualmente y miró el reloj de la pared. Las manecillasafiligranadas negras marcaban las ocho pasadas. Tenía que comenzar a arreglarse, o de

pronto haría tarde.

—Si no estoy lista cuando Carlos regrese se enfadará conmigo —musitó en voz baja.

Cerró su block de notas, recogió la mesa del salón rápidamente y se dio una ducha.

Escogió un vaporoso vestido de corte griego verde claro que le caía hasta las rodillas. Se onduló la melena castaña y se maquilló discretamente el rostro con una ligera sombra de ojos marrón, un toque de colorete en tono melocotón y un sutil brillo de labios.

«A Carlos le da igual como me vista —pensó desanimada mientras se ajustaba el cordoncillo que tenía el vestido en la cintura—. Nunca se fija en

mí ni en lo que me pongo».

Alzó la mirada y la fijó directamente en sus ojos, del mismo color que la prenda que vestía.

Él nunca le prestaba atención, nunca la cuidaba y casi nunca la trataba bien. La mayor parte del tiempo lo que Carlos le demostraba era indiferencia. Una rotunda indiferencia. Ese sentimiento era el único que Sofía conocía. Ni siquiera había un resquicio de pasión cuando hacían el amor. Si es que alguna vez le había hecho el amor. Quizá los primeros meses de relación. Después todo se quedó en un acto frío y mecánico carente de deseo y, por supuesto, de afecto. En rutina y monotonía.

Sofía reflexionó unos instantes.

Carlos nunca la había enamorado, en el sentido de cortejarla, de seducirla, de atraerla. Ni siquiera lo había hecho al uso. Ella se había enamorado sola, y lo había hecho de la idea que se había forjado de él en sus años de adolescencia. Su mayor error había sido idealizarlo, como ocurre con los amores platónicos, y ahora se veía atrapada en una tela de araña como una mosca indefensa.

Y a veces se sentía tan sola, tan desprotegida, tan vulnerable frente a Carlos y a un mundo en el que no acababa de encontrar su lugar, que el corazón se le embriagaba de tristeza y desconsuelo. Aquella era una de esas veces. Las lágrimas afloraron a sus ojos,

que brillaban como el cristal.

—¿Estás lista?

La voz de Carlos al otro lado de la habitación la sobresaltó. Lo miró a través de espejo, intentando contener el llanto. Respiró hondo.

—Sí —respondió Sofía desviando la mirada y fingiendo que se colocaba algunos mechones de pelo.

Como era de esperar, Carlos no reparó en nada. Ni en el hermoso vestido, ni en la melena ondulada, ni en la sutileza del maquillaje, ni en las lágrimas apunto de derramarse por las mejillas. En nada.

—Vámonos —ordenó escuetamente.

La terraza del *Tartan Roof*, en la azotea del Círculo de Bellas Artes, el edificio más alto y emblemático construido al borde de la calle Alcalá, era un lugar elegante y refinado con Madrid como telón de fondo. Un sueño, el de Elena y Oliver, amigos de Sofía y Carlos, hecho encanto. El área abierta tenía zonas de barra y estaba salpicado de espacios de Chill Out con pérgolas, sofás y sillones blancos y pequeñas mesitas de aire *vintage* en las que descansar las consumiciones y los aperitivos. El resplandor azul y violeta de los focos le confería un glamour de metrópoli moderna y la luz aterciopelada del crepúsculo teñía de

romanticismo la atmósfera veraniega.

—Estás guapísima —halagó Elena a Sofía en cuanto la vio llegar.

Le agarró del brazo en un gesto cómplice y se adelantó unos pasos con ella, dejando atrás a Carlos y a Oliver, que también había salido a recibirlos.

—Gracias —dijo Sofía—. Tú también estás muy guapa —respondió guiñándole un ojo. Y realmente lo creía.

Elena era una chica esbelta con una melena negra por debajo de los hombros y unos ojos grandes.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien.

Sofía paseó la mirada por la amplia terraza.

—Es preciosa —le comentó a Elena.

—¿Te gusta?

—Mucho. Es elegante, glamurosa, romántica... Habéis hecho un gran trabajo. Estoy segura de que vais a tener mucha suerte.

—Ojalá... —dijo Elena con voz cautelosa—. Oliver y yo hemos puesto toda nuestra ilusión y todos nuestros ahorros aquí.

—Ya verás como todo va a salir bien —la animó Sofía con su habitual entusiasmo.

—Menos cháchara, señoritas —interrumpió divertido Oliver, poniendo una mano encima del hombro de cada una—. ¿Qué tal está la chica con los ojos más bonitos de Madrid? —preguntó a Sofía.

—Encantada de estar aquí esta noche, acompañándoos, y fascinada. ¡La terraza es preciosa!

—Entonces, ¿te gusta? —quiso saber Oliver. Un chico de pelo rubio y ojos azul celeste.

—¿A quién no va a gustarle? —dijo Sofía.

—Está genial —opinó Carlos—. No le falta detalle. Creo que me vais a tener aquí más de una noche.

—Serás bienvenido siempre —dijo Oliver mostrando una amplia sonrisa.

—¿Qué queréis tomar? —preguntó Laura—. La primera copa corre a cuenta de la casa, por supuesto.

—Un whisky doble sin hielos para mí —se adelantó a decir Carlos.

—Yo quiero un Martini con limón,
gracias —dijo Sofía.

—Poneos cómodos —señaló Laura
—. Enseguida os lo traigo.

CAPÍTULO 3

—Hacía mucho tiempo que no mirabas a una mujer del modo en que estás mirándola a ella.

La voz de Ernesto sacó a Jorge de sus pensamientos, devolviéndolo de golpe a la realidad. La mano se tendía con una copa.

—No te he oído llegar —se limitó a decir Jorge, cogiendo la copa entre los largos y estilizados dedos.

Ernesto, un treintañero de nariz aguileña, ojos pequeños y expresión perpetuamente optimista, esbozó una ligera sonrisa en los labios finos.

—No me extraña, pareces

hipnotizado...

—¿Sabes quién es? —preguntó Jorge con los ojos enigmáticamente entornados, sin dejar de mirar un solo instante a Sofía.

—Se llama Sofía —respondió Ernesto—. Es amiga de Elena y, como puedes comprobar, una auténtica preciosidad.

«Es más que una auténtica preciosidad», se dijo Jorge para sus adentros. El pensamiento le resultaba desconcertante.

Jorge Montenegro era un reputado arquitecto madrileño, de rasgos angulosos, tez morena, almendrados ojos negros y casi un metro noventa de estatura. Poseedor a todas luces de un

extraordinario atractivo, que a pocas mujeres dejaba indiferente. A lo largo de su carrera profesional había ganado los premios nacionales e internacionales más prestigiosos del gremio, convirtiéndose en uno de los arquitectos más afamados del país.

Había estado observando silenciosamente a Sofia casi desde que la había visto llegar. Y por alguna inexplicable razón que no alcanzaba a comprender, no había podido quitarle los ojos de encima. Contemplaba, más bien, como si fuera una hermosa obra de arte, sus gestos. Se había fijado en cómo sonreía, cómo se colocaba el pelo detrás de la oreja, cómo movía las manos al hablar y cómo miraba de vez en cuando

al tipo del fondo, que de pronto le había empezado a caer mal.

—Desgraciadamente está comprometida —continuó Ernesto—. ¿Ves a ese de allí? —dijo señalando discretamente con el índice a Carlos, que se encontraba hablando con Oliver. Jorge asintió con la cabeza—. Es el hijo de puta de su novio. Según me ha contado Oliver —siguió diciendo Ernesto en tono confidente—, ese muerto de hambre tiene la mano muy larga.

Jorge se giró hacia su amigo como si hubiera recibido una descarga eléctrica en el cuello.

—¿Le pega? —preguntó con cierta nota de alarma en la voz grave.

—Sí —afirmó Ernesto
contundentemente—. Ahí donde lo ves,
tan poca cosa, es un cabrón malnacido.

—Hijo de puta... —musitó Jorge.

¿Cómo podía pegarle? Con lo dulce que parecía Sofía, con lo dulce que seguramente era. ¿Cómo podía ser capaz de ponerle un dedo encima? De pronto, inesperadamente, sintió una punzada de ira y algo parecido a impotencia, en el pecho. No hallaba una razón aparentemente coherente, pero le jodía que aquel cabrón maltratara a esa chica a la que sin saber por qué, no podía dejar de mirar.

—Por si no fuera poco, también es un
crápula —comentó Ernesto—. Demasiado habitual de los antros de

Madrid. —Jorge arqueó las cejas en un gesto elocuente—. El único oficio que se le conoce es el trapicheo. Rara es la vez que no anda metido en líos. Siempre hay alguien detrás de él dispuesto a partirle las piernas.

—Yo me añadiría de buena gana a la lista de esos *buenos amigos* que quieren partirle las piernas —dijo Jorge con una seriedad solemne.

—Al parecer, anda loco tratando de conseguir dinero para pagar su último pufo.

—Es todo un dechado de virtudes —afirmó Jorge con ironía.

—Mientras Sofía le es fiel hasta las trancas, él sería capaz de vendérsela al mejor postor, y ella, por su devoción a

él, se dejaría comprar si así se lo pidiese.

Jorge miró de reojo a Ernesto, astuto como un lobo.

—¿A cuánto asciende su deuda? — preguntó, seguro de que Ernesto estaba al tanto de esa información, porque Ernesto estaba al tanto de todo cuanto acontecía en Madrid. Después la mirada volvió a Sofía, que en esos momentos sonreía como una niña pequeña con una de las ocurrencias de Elena.

—Las malas lenguas dicen que a cincuenta mil euros.

Jorge pareció no inmutarse. Continuaba observando —o estudiando— a Sofía. Su silueta, menuda y torneada, se recortaba contra el azul

oscuro de la noche como la figura de un ángel bajado del cielo.

—Me pregunto de dónde va a sacar semejante cantidad —comentó Ernesto, ajeno a los pensamientos que viraban de un extremo a otro de la cabeza de su amigo—. Tal vez por fin acabe con los huesos rotos, o tirado en el fondo de una cuneta.

A Jorge Montenegro le gustaba cualquiera de las dos ideas. No podía negarlo. Aquel hijo de puta no se merecía menos, desde luego. Estaba convencido de que más tarde o más temprano alguien acabaría ajustándole las cuentas, pero no iba a ser en aquella ocasión.

—¿Podrías hacerme con su teléfono?

—preguntó a Ernesto, que volvió el rostro hacia Jorge con una ceja levantada en un gesto indiscutible de interrogación. Pero Jorge permaneció imperturbable a su expresión de asombro, sin apartar la mirada de Sofía.

—No me irás a decir que estás pensando hacer tratos con ese crápula —dijo Ernesto.

—De pronto ese crápula de ahí tiene algo que me interesa —refutó Jorge.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Ernesto, más sorprendido aún si cabía. No terminaba de entender muy bien dónde quería ir a parar Jorge.

—De Sofía.

Ernesto abrió los ojos de par en par mientras ataba cabos en su cabeza

vertiginosamente. No podía dar crédito a lo que estaban escuchando sus oídos. Jorge Montenegro era por voluntad propia uno de los solteros de oro de la ciudad. Las mujeres se lo rifaban como si fuera una preciada reliquia. Pero desde que Paula, su novia de toda la vida, había fallecido en un desafortunado accidente de tráfico cuyo coche conducía Jorge, el arquitecto se había vuelto una persona introvertida y casi intratable en lo que a cuestiones de amor se refería. El sentimiento de culpa, que lo machacaba cada día y cada noche, había hecho que se encerrara en sí mismo y desde hacía casi cinco años no había estado con ninguna mujer, alimentando el halo de misterio y

enigma que lo rodeaba constantemente. Y, ahora, de repente, estaba interesado en Sofía, una chica preciosa, sí, pero comprometida con un hombre de dudosa reputación y, por lo que Ernesto intuía, Jorge pretendía ¿comprarla?

—¿Qué demonios tienes pensado hacer? —dijo únicamente, tratando por todos los medios de mantener la calma.

—Le daré a ese desgraciado el dinero que necesita para pagar su deuda si permite que Sofía pase un fin de semana conmigo.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Ernesto.

—Probablemente —respondió escueto Jorge con su acostumbrada templanza.

—No dudo de que ese muerto de hambre te *la preste*, por decirlo de alguna manera —dijo Ernesto, que no lograba salir de su perplejidad—. Pero te has parado a pensar lo qué va a decir ella. Estamos en pleno siglo veintiuno. Los hombres no van por ahí comprando a las mujeres. O al menos no de una manera tan directa.

—No voy a comprarla —arguyó Jorge, aunque en ningún momento pretendía justificarse. Había tomado una decisión e iba a llevarla a cabo con todas sus consecuencias.

—¿Ah, no? Entonces, ¿cómo llamas a lo que vas a hacer?

—Las mujeres como Sofía son fieles a sus sentimientos y a los hombres con

los que están, hasta la muerte, aunque sean sus propios verdugos —empezó a explicar Jorge—. De otro modo será imposible conocerla. No es difícil imaginarse cómo tiene que tener la autoestima. Las mujeres maltratadas terminan creyéndose que son las culpables de los golpes que reciben, incluso los justifican. Es una espiral enfermiza de la que no consiguen salir fácilmente.

—Pero...

—Necesito conocerla, Ernesto —interrumpió Jorge, mirándolo fijamente sin titubear un solo segundo. Después se volvió de nuevo hacia Sofía—. Aunque solo sea eso, conocerla... Tenerla exclusivamente para mí durante un fin de

semana.

En ese mismo instante Sofía alzó el rostro y se topó con los persistentes ojos de Jorge, que la observaban con una fijeza contemplativa desde el fondo de la terraza, imponente y elegante con su traje y camisa negros de corte perfecto. Algo intimidada por la seguridad que derrochaba aquel desconocido, apartó rápidamente la mirada con súbita timidez en las mejillas, mientras la suave brisa que corría en la cúspide del edificio le aleteaba los mechones de pelo a ambos lados del rostro.

Ernesto posó la mirada en uno y en otro y soltó el aire que tenía contenido en los pulmones, dándose por vencido.

—Te conseguiré el teléfono de ese

crápula. No te preocupes —concluyó, consciente de que no sería capaz de ninguna manera de disuadir a Jorge de su idea. Y, bien pensado, ¿para qué iba a hacerlo? Era la primera vez en años que su amigo mostraba interés por una mujer. Hasta ese entonces había estado guardando un silencioso luto por Paula, culpabilizándose de su muerte. Ya era tiempo de que dejara atrás el pasado y volviera a ilusionarse de nuevo.

CAPÍTULO 4

Carlos paseaba de un lado a otro visiblemente nervioso, mientras lanzaba miradas al horizonte que delineaban las siluetas de los edificios y monumentos de Madrid. Fumaba sin parar y, desde hacía un buen rato, había perdido el número de copas que se había metido entre pecho y espalda. Resopló, exasperado.

—¿Cómo vas a hacer frente a esa deuda? —preguntó Oliver.

—No lo sé... No lo sé —respondió Carlos, aflojándose el cuello de la camiseta, que de pronto parecía apretarle demasiado.

—Es mucho dinero.

—Ya sé que es mucho dinero —dijo, dando una profunda calada al Marlboro que sujetaba entre los dedos.

—¿No puedes pedir un préstamo? —sugirió Oliver.

Carlos levantó la mirada del suelo.

—¿Qué banco va a concederme un préstamo? —contestó en tono realista—. Además, ya pedí uno hace un año para pagar otro pufo que tenía.

—*Los salinos* no son cualquier cosa, Carlos —le dijo Oliver en tono serio—. Esa gente no se anda con chiquitas...

—¿Crees que no lo sé? —exclamó Carlos.

Dio un largo trago del whisky.

—Entonces, ¿por qué sigues haciendo tratos con ellos?

Carlos sonrió irónicamente.

—¿Acaso crees que el resto son mejores?

—No. Me imagino que no —
respondió Oliver con sinceridad. Hizo una pausa—. Quizá lo mejor es que lo dejaras...

Carlos miró unos instantes a su interlocutor por encima del borde de la copa. Tenía los ojos enrojecidos y vidriosos.

—¿Dejarlo? ¿Y buscar un trabajo de esos que nunca sacan de pobre a nadie?
—Su voz era mordaz—. Ser honrado no es lo mío.

—Al menos te evitarías estos quebraderos de cabeza —afirmó Oliver, intentando que Carlos entrara en razón

para que dejara atrás el ritmo de vida que llevaba—. Cincuenta mil euros no se sacan de debajo de la manga y *Los salinos* tienen fama de no perdonar sus deudas.

—No tengo intención de salir —apuntó Carlos, sorbiendo el último trago de whisky—. Es el modo más fácil de ganar dinero sin tener que partirte el lomo a trabajar como hace cualquier *mindundi*. Y, aunque quisiera dejarlo, no me lo permitirían. Sé y he visto demasiadas cosas...

—Tal vez si saldas todas las deudas que tienes sea más fácil... —insistió Oliver.

Carlos negó en silencio con la cabeza.
—Te repito que ser honrado no es lo

mío —dijo.

—¿Qué piensa Sofía de todo esto?

Carlos se encogió de hombros.

—Sabe que tengo una deuda, pero no sabe a cuánto asciende.

—Me imagino que también ignora con quién la has contraído... —Oliver dejó la afirmación suspendida en el aire.

—A Sofía no le importa a quién deba o no deba dinero —apuntó despectivamente Carlos.

Oliver conocía sobradamente la respuesta, pero aún todo formuló la pregunta.

—¿Por qué sigues con ella si no la quieres?

Carlos rio ligeramente entre dientes.

—¿Quieres que sea sincero?

Oliver asintió un par de veces.

—Porque paga el alquiler del piso en que vivo y también las facturas. —Sacó la cajetilla de Marlboro del bolsillo del pantalón vaquero y cogió un cigarro. Se lo llevó a la boca y lo encendió pausadamente—. Y porque me la puedo follar cuando Carmen no está de humor —añadió sin pudor.

Oliver no pudo evitar sentir vergüenza ajena al oír cómo hablaba Carlos de Sofía. Ningún hombre que se preciara de serlo debería hablar así de una mujer, y menos de Sofía, que daba la vida por él. Lo observó durante un minuto, en silencio, mientras las caladas al cigarrillo se sucedían una tras otra hasta consumirlo casi por completo.

Era un secreto a voces que Carlos la maltrataba. Y no lo sabían porque Sofía llamara a Laura llorando o pidiéndole ayuda. Era demasiado discreta y demasiado reservada para hacer algo así, por muy brutal que fuera la paliza. Pero algunas veces, cuando le hacían una visita imprevista, su rostro aparecía marcado por algún golpe que a duras penas podía cubrir con maquillaje.

—¿Te sorprende que hable así? —preguntó Carlos, como si pudiera leer sus pensamientos.

—No creo que Sofía se merezca que la trates así.

Carlos arqueó las cejas.

—¿Y cómo se debe tratar según tú a una mujer? —preguntó con sorna en la

voz—. Con ellas hay que tener mano dura.

—Seguro que a Carmen no la tratas igual que a Sofía — espetó Oliver.

—Cómo trate a Sofía o a Carmen no te incumbe —dijo Carlos con aire de suficiencia, aplastando la colilla en el cenicero que había sobre una de las mesas altas—. Las dos son mías y, por tanto, puedo hacer con ellas lo que se me antoje.

—Abusas demasiado de Sofía — comentó Oliver, que no aguantaba hablar con Carlos ni un minuto más. Su falta de tacto y su arrogancia eran insufribles—. Quizá un día te deje, cansada de tus maltratos.

Oliver deseaba de todo corazón que

ese día llegara, y a ser posible, pronto. Sofía se merecía estar con alguien mejor que con aquel patán con ínfulas de don nadie. Antes era una chica risueña, optimista, apasionada y, aunque tímida, era extrovertida y muy divertida cuando cogía confianza. Pero desde que salía con Carlos, su carácter se había transformado hasta casi apagarse, como una vela que se consume poco a poco. Ya no sonreía tan habitualmente como lo hacía, apenas tenía vida social, de no ser por los recitales de poesía a los que iba una vez a la semana, y se pasaba la mayor parte del tiempo metida en casa, acurrucada en el sofá, releyendo alguno de los poemas de sus poetas preferidos o una historia romántica. No había

señales de la chica alegre que un día fue. Las rimas y los libros se habían convertido en sus mejores y, casi únicos, amigos.

—¿Tú crees? —preguntó Carlos, pero no dejó que Oliver respondiera—. Yo en cambio pienso que jamás me dejará. Así la trate a patadas. Creo que incluso le gusta —dijo, atreviéndose a delinear, para más ofensa, una sonrisa de burla en los labios.

—¿Cómo puedes decir semejante tontería? —soltó Oliver sin poder contenerse.

—Ya... Ya... —dijo Carlos en tono conciliador—. No es el momento de discutir, y menos por un tema tan banal como las mujeres. —Se acercó a Oliver

y le pasó el brazo por el hombro en un gesto aparentemente amistoso—. Anda, vamos a la barra y me invitas a otra copa, que para eso estamos celebrando la inauguración de tu terraza.

Oliver negó para sus adentros. Carlos era imposible.

CAPÍTULO 5

El sol áureo del mediodía entraba por las cortinas descorridas del salón del pequeño piso. De la calle subía el ruido de los coches y fragmentos de las conversaciones de la gente que se movía por la ciudad. Carlos había llegado inusualmente pronto y Sofía, en su inmensa ignorancia, supuso equivocadamente que tal vez quisiera comer con ella.

—Quiero comentarte algo... — comenzó a decir Carlos nada más de entrar, con cierta cautela en la voz.

—Tú dirás —dijo Sofía, que estaba en la mesa del salón, terminando de

preparar los poemas que iba a leer en el *Conflicto Sentido*, el recital de poesía al que acudiría esa misma tarde en el Marimba Café Bar, un lugar acogedor en pleno corazón del barrio de Lavapiés.

—Tengo una buena noticia —continuó Carlos.

—¿Una buena noticia? —repitió Sofía.

Los ojos verdes, grandes y de espesas pestañas marrones se le iluminaron de súbito. Las buenas noticias no abundaban últimamente.

Cerró el block de notas donde estaba tomando los últimos apuntes, dejó el bolígrafo encima y se dispuso a prestar oídos a lo que Carlos tenía que decirle.

—¿Te acuerdas de la deuda que te

dije que tenía?

—Sí —respondió Sofía, afirmando con la cabeza al mismo tiempo.

—He encontrado una persona que está dispuesta a darme el dinero.

Sofía arqueó las cejas y alargó en los labios una amplia sonrisa. Esa era una de las mejores noticias que Carlos podía darle, por no decir que la mejor. Ese tema lo había tenido irascible y de mal humor las últimas semanas. Quizá ahora que por fin iba a solventar el espinoso asunto, se tranquilizaría y se le apaciguarían un poco los ánimos.

—¿En serio?

—Sí. En serio —confirmó escuetamente Carlos.

—¡Pero eso es estupendo! —exclamó

Sofía.

Se levantó de la mesa y se lanzó a sus brazos.

—Eso es estupendo... —volvió a decir en un susurro. Se sentía feliz.

Carlos fingió acoger su abrazo con la misma calidez con que ella se lo había dado, pero el rostro se mantenía impasible a la emoción de Sofía, y a la del momento. Sin embargo, tenía que acortar distancias y hacer el paripé de novio tierno y afectuoso. Alzó la mano y se la pasó a Sofía por la cabeza. Segundos después deshizo el abrazo. De frente a ella, volvió a hablar, escogiendo cuidadosamente las palabras.

—La persona que va a darme el

dinero ha puesto una condición a cambio —dijo Carlos—. Una condición que está en tus manos cumplir.

Sofía frunció el ceño, desconcertada. ¿Una condición que estaba en sus manos cumplir? ¿Qué condición sería esa?, se preguntó.

—No entiendo... —dijo con una nota de extrañeza en la voz.

—Quiere pasar un fin de semana contigo —soltó Carlos sin gastar el tiempo en preámbulos innecesarios.

Sofía frunció aún más el ceño y retrocedió un par de pasos con una expresión de sorpresa en el rostro.

—Lo harás, ¿verdad? —preguntó Carlos.

Sofía mantuvo silencio. Su cabeza se

había quedado en blanco. No sabía qué decir.

—Lo harás, ¿verdad, Sofía? — insistió Carlos en cierto tono de amenaza al ver que no respondía nada —. Es la única oportunidad que se nos va a presentar para poder saldar la deuda —presionó—. Además, solo será un fin de semana...

«Un fin de semana», repitió Sofía para sus adentros.

Un fin de semana en compañía de un completo desconocido era demasiado tiempo. No había que ser un lince para saber qué era lo que querría ese desconocido de ella... Sintió una punzada de angustia. Jamás se había acostado con otro hombre que no fuera

Carlos. Íntimamente solo lo conocía a él. ¿Cómo se iba a entregar a otro hombre? Y lo que era peor, ¿a alguien que no había visto nunca?

—Sofía... —la apremió Carlos.

Sofía alzó la mirada hacia él.

—Carlos, yo...

Carlos no dejó que terminara de hablar, se acercó a ella y la abrazó. Era un abrazo frío, teatral, pero Sofía lo recibió como si le fuera la vida en ello. Lo necesitaba. Necesitaba sentir su calor. Los brazos se extendieron y se agarraron con fuerza a la espalda de Carlos.

—Sofía es la única manera de poder conseguir el dinero. Tienes que hacerlo.

La angustia dentro del pecho de Sofía

crecía un poco más con cada palabra de Carlos.

—Hazlo por mí —dijo Carlos, al tiempo que le acariciaba la cabeza. Le cogió el rostro entre las manos y la miró fijamente a los ojos—. Eres mi única salvación. —Se inclinó y le besó la frente.

Sofía dejó escapar todo el aire que tenía en los pulmones y posó sus manos sobre las de Carlos, que aún permanecían en sus mejillas. ¿Qué otra cosa podía hacer más que aceptar? Carlos era su vida, estaba pasando por un mal momento y ella sin saber cómo tenía la oportunidad de ayudarlo. Solo sería un fin de semana y después todo volvería a la normalidad. Y si decía que

no, él se enfadaría y le pegaría. Estaba segura de ello.

Tragó saliva y se infundió un poco de valor.

—Está bien, Carlos —respondió finalmente—. Haré lo que me pides.

—Gracias —dijo Carlos con un alivio casi palpable en la voz. Acercó su boca a la de Sofía y la besó. Fue un beso de Judas.

Carlos hubiera utilizado cualquier recurso para convencerla. Cualquier cosa. Pero era mejor que Sofía aceptara por las buenas. No estaría bien visto marcarla el cuerpo. ¿Qué iba a pensar el tipo que la había comprado cuando la desnudara para follársela?

Todavía no podía creerse aquel golpe

de suerte, tan inesperado y extraordinario. Una llamada totalmente impensada de un hombre que estaba dispuesto a pagarle por pasar un fin de semana con su novia. La vida estaba llena de sorpresas. La fortuna le sonreía, sin duda. Carlos no se había molestado en preguntarle nada, ni quién era, ni qué edad tenía, ni a qué se dedicaba. No importaba no tener ningún tipo de referencias. Lo único que importaba es que iba a salvarle el pellejo. Simplemente había aceptado, sin más, sin ni siquiera consultar a Sofía. Iría por las buenas o por las malas. Aunque estaba convencido de que con unas cuantas carantoñas, aceptaría sin problemas. Sofía bebía los vientos por

él; era incapaz de decir basta, y él se aprovecharía de su debilidad y de su espíritu de sacrificio para manipularla a capricho y conseguir su objetivo.

—¿Cuándo...? ¿Cuándo sería? —Fue lo único que preguntó Sofía.

No quería saber nada del hombre al que iba a entregarse a cambio de dinero. No tenía muy claro el motivo; nunca se había visto envuelta en una tesitura semejante, pero no quería saber detalles. No quería pensar en ello más de lo estrictamente necesario.

—El viernes —dijo Carlos.

—¿Tan pronto? —no pudo evitar decir Sofía.

La fecha le pareció precipitada. Era miércoles y apenas quedaban dos días

para el supuesto encuentro. De pronto sintió vértigo.

—Cuanto más pronto sea, más pronto recibiré el dinero —explicó Carlos. Cogió a Sofía por la barbilla para arrastrar con la fingida ternura que le mostraba cualquier resquicio de dudas que tuviera y le levantó el rostro—. Todo va a salir bien —le dijo en tono engañosamente suave—. Solo va a ser un fin de semana, después todo el tiempo será para nosotros.

Sofía se limitó a asentir con la cabeza esforzando una sonrisa. No estaba nada convencida, pero era consciente de que, a pesar de lo descabellada que se veía toda aquella proposición, era la única forma de ayudar a Carlos a que saldara

su deuda.

CAPÍTULO 6

El Marimba Café Bar era un lugar íntimo y acogedor donde el último miércoles de cada mes se celebraba el *Conflicto Sentido*, un recital de poesía al que Sofía acudía encantada cuando su trabajo en una de las perfumerías de la cadena *Miramoud* se lo permitía.

Sin embargo, aquella tarde apenas estaba prestando atención a nada de cuanto acontecía a su alrededor, y cuando le tocó el turno de leer las dos poesías que había escrito para la ocasión, lo hizo de una manera mecánica, sin emoción, como un ser autómatas. Su cabeza divagaba sin parar

entre una extraña serie de sentimientos encontrados, ajena a lo que ocurría en el Marimba Café Bar. Decenas de preguntas se arremolinaban en su mente formando un torbellino confuso. ¿Quién sería ese hombre que quería pasar un fin de semana con ella? ¿Dónde la había conocido? Ella casi no salía de casa.

Levantó los ojos del block de notas que descansa sobre sus rodillas y al que se aferraba con fuerza y miró a un lado y a otro.

«Quizá es alguien del grupo de poesía...», teorizó para sus adentros.

Era el lugar al que iba con más asiduidad. Paseó la mirada con timidez por los rostros de los que se habían reunido en el recital *Conflicto Sentido*.

Ninguno parecía contar con el dinero suficiente para abordar la deuda de Carlos de un modo solvente. Ignoraba a cuánto ascendía exactamente, pero sabía que era varios miles de euros. Notó un pellizco en el corazón. Carraspeó discretamente, nerviosa. Lo que iba a hacer tenía un nombre. Un nombre que no se atrevía a pronunciar, ni siquiera en voz baja. Sintió una opresión en el pecho que no le dejaba respirar con normalidad y notó algunas gotas de sudor deslizándose suavemente por la frente. Sacó un pañuelo de papel del pequeño bolso que se había llevado y se las enjugó.

—Tengo que irme —le dijo de repente a Eva, la amiga que siempre que

podía la acompañaba a los recitales de poesía. Una chica bonachona de carnes abundantes, cara redonda como una hogaza de pan y pelo lacio rubio que gesticulaba sin parar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Eva—. Estás muy pálida.

—Sí, sí —afirmó Sofía en tono apremiante—. Es que tengo calor. Nada más. Solo necesito que me dé un poco el aire.

—¿Quieres que te acompañe afuera? —Eva se mostraba preocupada.

—No. Estoy bien, de verdad —dijo Sofía tratando de sonar convincente. Esbozó una leve sonrisa—. Prefiero irme a casa. Tú quédate disfrutando del recital.

—Como quieras —dijo Eva—. Pero si necesitas algo no dudes en decírmelo.

Sofía asintió mecánicamente.

—¿Nos vemos el próximo miércoles?

—preguntó Eva mientras Sofía cogía su block de notas y se levantaba del asiento.

—Sí, te llamo para quedar, ¿ok?

—Ok —confirmó Eva con una sonrisa, moviendo teatralmente la cabeza de arriba abajo.

Sofía se despidió con un beso y salió del Marimba Café Bar sin rumbo determinado. La brisa soplaba caliente, como si hubieran abierto una ventana en el desierto. El termómetro de pie que había situado en la acera de enfrente al café punteaba veintinueve grados. Iba a

ser un verano muy caluroso. Respiró hondo intentando calmar los nervios que habían empezado a serpentearle en el estómago.

Decenas de interrogantes la perseguían como si de un enjambre de abejas se tratara. ¿Qué edad tendría el hombre? ¿Sería joven o viejo? El latido del corazón le martilleaba las sienes.

—Tenía que haber dicho que no — musitó en voz en baja mientras caminaba a toda prisa por la calle—. Tenía que haberme negado...

¿Cómo la trataría aquel hombre? Él tampoco la conocía de nada. Seguro que con frialdad. Iba a pagar por tener sexo con ella. Por tanto, podía exigir. Y eso le dio miedo, mucho miedo, porque

podía exigir lo que se le antojase... Un escalofrío le bajó por la espalda. De pronto se sintió como un mero objeto sexual. Se sintió agobiada, con ganas de llorar. Se paró en un parque y se sentó en un banco de madera.

¿Y si hablaba con Carlos? Puede que comprendiera que ella no estaba preparada para algo de ese calibre. Ella era mujer de un solo hombre, de él. Eso debería ser una prueba de amor para Carlos. Ya encontrarían el modo de conseguir el dinero para pagar la deuda.

Negó con la cabeza en silencio.

Carlos no le permitiría echarse atrás. Mucho menos ahora que había aceptado. Se enfadaría y probablemente la dejaría. Aquella idea la aterraba, más incluso

que la posibilidad de acostarse con un desconocido.

Suspiró, cansada, y llevó la vista al frente. Una avenida de sauces llorones se abría delante de ella formando un camino de cuento que parecía no tener fin. La claridad de la media tarde se filtraba por el entramado de ramas y hojas dibujando un abanico de haces de luz en el aire.

—Estoy entre la espada y la pared — susurró angustiada.

¿Qué aspecto tendría? ¿Cómo serían sus manos? ¿Cómo la acariciarían? ¿Cómo la besaría? ¿Cómo...? No se atrevió a terminar la frase. Cerró los ojos y agitó la cabeza, intentando que desaparecieran las imágenes que

asomaban a su mente, pero no lo consiguió. ¿Tendría cuidado? ¿La trataría con delicadeza? La espiral incombustible de preguntas seguía hostigándola sin descanso.

Quizá se había precipitado al aceptar. Tenía que haberlo pensado detenidamente antes de haber dicho que sí. No se sentía preparada para algo así. Bajó la mirada y la descansó en el suelo.

«Hazlo por mí —le había pedido Carlos—. Hazlo por mí». Las palabras resonaban en el interior de su cabeza como el sonido cadencioso de un tambor. «Hazlo por mí».

Tal vez su sacrificio mereciera la pena. Tal vez le hiciera abrir los ojos

respecto a ella y darse cuenta de lo que era capaz de hacer por él, de todo lo que lo amaba. Tal vez lo hiciera cambiar. Eso la animó de manera fugaz.

Llegó a casa cuando el crepúsculo caía sobre Madrid, barnizando los edificios de un iridiscente color cobrizo que los hacía parecer caramelos gigantes. No había nadie. Carlos no había llegado, y tal vez tampoco llegara. El silencio se volvió pesado como una losa de mármol.

Sofía se acercó a la ventana del salón, descorrió las cortinas y contempló la calle a través de los cristales. La ciudad se mantenía inmersa entre dos luces, confiriéndole un halo que por momentos parecía mágico. Se sentía tan sola,

desprotegida, vulnerable e insignificante, que apenas era capaz de articular palabra sin romper a llorar. Aquella sensación tan conocida como desoladora le calaba el alma de una tristeza tan profunda que apenas encontraba palabras para describirla. Ni todos los poemas del mundo serían capaces de definir lo que sentía.

Volvió el rostro y miró el reloj. Eran las diez. Quedaban menos de cuarenta y ocho horas para que tuviera lugar la cita. Menos de cuarenta y ocho horas. Se preguntó dónde se encontraría y qué estaría haciendo a esas horas el viernes. Los nervios comenzaron de nuevo a apoderarse de Sofía, y con ellos, las decenas de interrogantes que su cabeza

no parada de formular. ¿Dónde pasarían el fin de semana? ¿En un hotel? ¿En la casa del desconocido? ¿Y si era un hombre casado?

Respiró hondo y trató de calmarse.

—Carlos no va a venir a cenar... — se dijo desanimada.

Se dio la vuelta, enfiló los pasos hacia la cocina y se preparó un sándwich de jamón y queso del que solo dio dos bocados. Tenía un espeso nudo en el estómago.

CAPÍTULO 7

El jueves se convirtió en un día estresante en la perfumería. Finalmente habían llegado a primera hora de la mañana unos pedidos que estaban esperando desde hacía más de una semana, y había que coordinar los escaparates con los carteles y los productos de la nueva temporada.

Sofía se vio inmersa en una frenética actividad de albaranes y *eaux de toilettes* parisinas que le tuvo la cabeza alejada de lo que tendría lugar al día siguiente. Algo que agradeció infinitamente.

Llegó a casa agotada. Pero cuando la vorágine de la exaltada jornada laboral

dejó paso a la tranquilidad, volvió a ser presa de la ansiedad que la visitaba desde que había aceptado la propuesta de pasar un fin de semana a solas con un desconocido.

Tras reflexionar unos minutos en el metro de camino a casa, llegó a la conclusión de que hablaría con Carlos.

—Sí —se respondió a sí misma frente al espejo del cuarto del baño con una ligera sonrisa en los labios—. Carlos lo entenderá.

Sintió la llave en la cerradura y, con una holgada camiseta de U2 que le llegaba hasta los muslos, salió del servicio para recibir a Carlos. Se ducharía después. Cuando lo vio entrar se acercó a él y le dio un efusivo beso

en la boca.

—¿Cómo has tenido el día? —le preguntó cariñosa.

—Bien —dijo Carlos sucintamente, adelantándose unos pasos con su acostumbrada indiferencia

Sofía se frotó las manos, nerviosa, al tiempo que lo seguía. Carraspeó para aclararse la voz.

—¿Podemos hablar? —sondeó, tanteando el terreno y su estado de ánimo.

Carlos dejó caer las llaves sobre la mesa con un gesto desgano y se giró hacia ella.

—¿Sobre qué quieres que hablemos? —dijo con expresión suspicaz en el rostro.

Sofía tragó saliva. Se dio cuenta de que tenía la garganta seca como un trozo de corcho. Sabía que lo que le iba a decir no le iba a gustar en absoluto, pero tenía que sacar valor de donde fuera y hablar.

—No... No... —titubeó.

—No, ¿qué?

—No quiero pasar un fin de semana con un desconocido. No estoy preparada —anunció Sofía al fin.

Carlos demudó la expresión de la cara. Apretó los labios y de un par de zancadas llegó hasta donde estaba Sofía, que retrocedió un paso, intimidada.

—¿Qué diablos estás diciendo? —preguntó entre dientes.

—Carlos, no sé nada de él, no lo

conozco, no puedo...

La bofetada que le dio calló de golpe sus palabras. Sofía se llevó la mano a la mejilla. Le ardía. Pero pese al dolor que le recorría de arriba abajo el rostro permaneció quieta en el sitio, aguantando el tipo estoicamente, sin derramar ni una sola lágrima.

—¿Qué no puedes? —exclamó Carlos con malas pulgas—. Solo tienes que abrirte de piernas. No creo que sea tan difícil.

—Pero Carlos...

—Y si es feo cierras los ojos.

—Pero... —intentaba hacerse escuchar Sofía.

—No pienses ni por un momento que voy a permitirte que te echés atrás —

advirtió Carlos, agitando el dedo de un lado a otro. Los ojos se le iban a salir de las órbitas—. Mucho menos ahora, cuando solo faltan unas horas.

—Podemos pagar la deuda de otra forma —argumentó Sofía—. Trabajaré los fines de semana si es necesario...

Enfadado y sin mediar más palabras, la agarró del brazo con fuerza y la arrastró hasta el baño sin ningún tipo de contemplaciones.

—Me haces daño... —murmuró Sofía, que avanzaba descalza y a trompicones por el salón, tratando de no caerse. Pero Carlos estaba lejos de soltarla—. Carlos, me haces daño...

Carlos propinó una patada a la puerta del cuarto de baño para que se acabara

de abrir y se introdujo en él con Sofía.

—Mañana vas a ir adonde quiera que te lleve ese hombre, te vas a abrir de piernas y vas a dejar que te folle todas las veces que desee. ¿Entendido?

—Carlos, por favor...

Sofía intentó zafarse de la presión que los dedos de Carlos ejercían en su brazo, pero no lo logró.

—Y pobre de ti si no eres complaciente con él. Pobre de ti si no queda satisfecho —le dijo al oído mientras la zarandeaba violentamente de un lado a otro—. Porque entonces vas a saber de lo que soy capaz. Te destrozaré tu bonita carita para que no puedas salir de casa nunca más. ¿Te ha quedado claro? Contesta.

Sofía mantuvo silencio.

—¿Te he preguntado si te ha quedado claro? —repitió Carlos con los ojos encendidos de furia.

—Sí —musitó Sofía en un hilo de voz. Creyó que en cualquier momento Carlos le rompería el brazo.

De un empujón la metió en la ducha y la soltó. Sofía tropezó y se golpeó en el costado derecho con la grifería. La inercia la hizo caer al suelo de rodillas. Carlos abrió completamente el grifo del agua fría. Instantes después Sofía estaba empapada, con la camiseta pegada a la piel y los abundantes mechones de pelo chorreándole agua por el rostro.

—Cállate y dúchate —concluyó Carlos. Se giró con un gesto de

desprecio en los labios y salió del cuarto de baño.

Cuando su silueta se desvaneció tras la puerta, que cerró de un estrepitoso portazo, Sofía rompió a llorar con la aflicción de una niña pequeña. Se llevó las manos a la cara y lloró desconsoladamente durante un buen rato, ajena a los escalofríos que le producían los nervios y el agua helada que resbalaba por su cuerpo.

¿En qué desatinado momento había creído que Carlos la comprendería? ¿En qué desatinado momento? A él únicamente le importaba el dinero y la posibilidad de saldar su deuda, sin tener en cuenta lo que sintiera ella.

CAPÍTULO 8

Sofía se pasó toda la noche llorando, acurrucada en el sofá del salón, viendo como las horas arrastraban con ellas una madrugada que no parecía acabar nunca. Paradójicamente, el amanecer se presentó de manera apresurada, con una sábana de nubes en tonos lavanda que cubría el cielo casi por completo, como en un cuadro impresionista.

El día había llegado.

—Estate preparada a las cuatro — indicó Carlos antes de que Sofía se fuera a trabajar a la perfumería aquella mañana—. Esa es la hora a la que pasará a recogerte. —Hizo una pausa y la miró un instante sin que a sus ojos

asomara una brizna de conmiseración—. Supongo que no tengo que explicarte lo que tienes que hacer...

—No —respondió Sofía con la cabeza baja mientras terminaba de tomarse la leche del desayuno.

Antes de salir de casa, en el umbral, Carlos se giró.

—Disfrútalo —dijo con una nota de ironía en la voz—. Seguro que no es tan malo.

La puerta se cerró tras el perfil de su figura y Sofía se quedó sola en el piso, que de pronto se le antojo inmenso, a pesar de que apenas tenía cincuenta metros cuadrados.

—No me puedes hacer esto —dijo Jorge Montenegro en tono de reproche—. Hoy no.

—Lo siento, hermano, de verdad. Pero me es imposible asistir a la reunión de esta tarde con los norcoreanos.

—Dijiste que te harías cargo tú, Adrián —se quejó Jorge.

—Lo sé... Pero tengo que coger un avión rumbo a Nueva York —se justificó Adrián, el hermano pequeño de los Montenegro. Un chico de veintisiete años, alto, de pelo castaño oscuro y alegres ojos grises—. Me han llamado los directores de *O'Neal Enterprise Consulting* para que les presente mañana sin falta el proyecto de su nueva

sede. Sabes que llevo esperando este momento más de seis meses.

Jorge resopló resignado.

—¿No puede encargarse Raúl? — preguntó Adrián, intentando aportar alguna solución.

—No —negó Jorge—. No está al tanto de este proyecto y ya no le da tiempo a ponerse al día.

Se pasó la mano por el pelo negro y miró a su hermano con benevolencia. Sabía cuánta ilusión había puesto en esa empresa. El nuevo edificio de *O'Neal Enterprise Consulting* en la Quinta Avenida de Nueva York era el ambicioso trabajo en el que había invertido más de un año.

—Está bien —condescendió—. Vuela

a Nueva York. Yo iré a la reunión con los norcoreanos.

—Gracias, hermano —dijo Adrián con una sonrisa de oreja a oreja, dándole una palmadita en la espalda.

—Me debes una —le recordó Jorge.

—Te debo una —repitió Adrián mientras salía por la puerta del despacho de Jorge.

—Adrián...

—¿Sí? —Adrián se volvió en el umbral.

—No se te ocurra volver a Madrid sin ese proyecto bajo el brazo.

—No lo haré —aseveró Adrián, convencido de lo que decía.

La puerta del despacho se cerró.

Jorge respiró hondo, cogió el teléfono

móvil de encima de la mesa e hizo una llamada.

—Walther...

—Dígame, señor —respondieron al otro lado de la línea.

—Por favor, recoge a Sofía a las cuatro en el número 15 de la calle Gómez Arteche en el barrio de Buenavista —indicó a su chofer—. Dile que por motivos de trabajo me ha sido imposible ir a buscarla personalmente, pero que la veré esta noche.

—Sí, señor.

—Gracias, Walther.

Colgó y dejó el móvil sobre la mesa. Chasqueó la lengua al mismo tiempo que lo tomaba de nuevo en la mano.

—Walther...

—Dígame, señor.

—Cuídame la, por favor.

—Por supuesto, señor.

—Gracias.

Colgó con Walther y con un par de toques a la pantalla táctil llamó a Nina, su niñera y ahora ama de llaves.

—Casa del señor Montenegro.

—Nana, soy Jorge.

—Dime...

—Tengo una reunión muy importante y me es imposible ir a recoger a Sofía —comenzó a explicar Jorge—. He mandado a Walther que vaya a buscarla por mí. Llegarán sobre las cinco menos cuarto allí. Prepara la habitación de invitados, la del jacuzzi grande, e instálala en ella. Sírvele algo de

merienda a las seis y que cene sobre las nueve. Trata de que esté lo más cómoda posible...

—Sí, mi niño —dijo Nina.

—Te enviaré con Walther un sobre con unas instrucciones que quiero que siga Sofía —continuó—. Déjalo sobre el escritorio de mi dormitorio.

—Se hará como quieras.

—Nana...

—¿Sí?

—Cuida de ella mientras yo llego, por favor —le pidió Jorge con voz suave.

—Faltaría más —dijo Nina muy amablemente—. Se sentirá como un princesita.

—Gracias.

Colgó y miró por los enormes ventanales del despacho. La luz entraba a raudales, como en una azotea abierta en pleno centro de Madrid. Permaneció de pie frente a los cristales, con las manos metidas en los bolsillos, imponente y regio, observando la silueta de los edificios que se alzaban en la capital. Aprovechó el silencio antes de comenzar a preparar la reunión con los norcoreanos para reflexionar.

Le hubiera gustado ir a recoger a Sofía él mismo. Aprovechar cada minuto del fin de semana con ella, cada segundo. Pero el deber requería toda su atención en esos momentos. Había un proyecto sumamente importante entre manos y no podía dejarlo escapar. Sería

una falta de profesionalidad y de responsabilidad no acudir a la reunión que estaba prevista desde hacía semanas con unos altos cargos del gobierno de Corea del Norte, para cerrar un acuerdo en el que había varios cientos de millones de euros y varios miles de puestos de trabajo en juego.

Sofía abrió la pequeña maleta de viaje con coloridos dibujos de los monumentos más representativos de cada país y metió un par de vaqueros largos, unos cortos, un par de vestidos fresquitos y unas cuantas camisetas de manga corta que cogió al azar. No sabía

qué ropa llevarse, así que eligió prendas cómodas. ¿Total? ¿Qué más daba lo que se pusiera? No tenía ninguna intención de lucirse ante nadie.

Se metió en la ducha y bajo el chorro de agua caliente trató de relajarse, pero fue totalmente imposible. Tenía los nervios a flor de piel. Las cuatro se acercaban sigilosamente por el reloj mientras se ponía un ligero vestido de tirantes blanco estampado con pequeñas flores de distintos colores. Se recogió la larga y frondosa melena en un moño informal que soltó de inmediato para volver otra vez a recogerse. Finalmente decidió dejarlo suelto.

Le dolía mucho el costado. El golpe con el grifo la noche anterior había

estampado sobre la piel un hematoma excesivamente negro que se extendía en el torso como un mapa. Sería difícil de esconder cuando se desnudara. Tendría que pensar una excusa para evitar dar explicaciones. Aunque quizá el hombre con el que se iba a encontrar no se percatara de él o no le importara. ¿Por qué habría de importarle? Solo quería sexo.

CAPÍTULO 9

El portero automático repicó puntualmente cuando las agujas del reloj señalaban las cuatro. El corazón de Sofía dio un brinco dentro del pecho. Se encaminó hacia la puerta y lo descolgó.

—¿Sí? —preguntó en tono tembloroso.

—¿Señorita Sofía?

La voz que habló al otro lado era madura y firme y Sofía pensó que demasiado formal. Tragó saliva.

—Sí, soy yo.

—Soy Walther, el chófer del señor Montenegro. He venido a recogerla.

«Montenegro», pensó Sofía. Pero no

le vino a la mente nada relacionado con ese apellido, aunque le resultaba vagamente familiar.

—Enseguida bajo —dijo.

—¿Necesita que la ayude con la maleta? —le preguntó Walther.

—No, no es necesario. Gracias.

Sofía no pudo evitar sorprenderse ante aquella amabilidad. Pero desde luego, no le desagradó en absoluto.

—¿Señorita Sofía? —volvió a decir Walther cuando Sofía alcanzó finalmente la calle arrastrando la pequeña maleta detrás de ella.

—Sí, soy yo —le dijo al hombre alto y delgado que en esos momentos extendía el brazo para darle la mano.

—Soy Walther, el chófer del señor

Montenegro —se presentó.

Sofía le estrechó la mano.

Walther tenía el pelo blanco corto y unas gafas estrechas apoyadas en el pronunciado tabique de la nariz que le hacían parecer un político. La voz era firme y suave a un tiempo y hablaba con una cordialidad que animaba a confiar en él. Vestía un impoluto traje negro con camisa blanca y corbata también negra.

—Déjeme que la ayude con la maleta —dijo.

—Gracias —agradeció Sofía.

Walther abrió con el mando a distancia el maletero del impresionante BMW gris aparcado en la acera y metió la pequeña maleta. Sofía paseó disimuladamente la mirada de un lado a

otro del coche abarcando toda su envergadura.

—Si es tan amable... —indicó Walther con una sonrisa afable en los labios, abriéndole al mismo tiempo la puerta del BMW y dándole paso.

Sofía asintió ligeramente con la cabeza y se introdujo en el coche con un cierto apocamiento que no pudo disimular. Se sentía intimidada a pesar de la indiscutible cortesía con que la trataba Walther.

Cuando el chófer cerró la puerta, el mundo pareció desaparecer, como si hubiera traspasado los límites de otra dimensión. Los ruidos de Madrid eran apenas un susurro huidizo entre los asientos de cuero negro y la carrocería

de lujo de ese BMW solo apto para economías solventes.

—Póngase cómoda —dijo Walther cuando arrancó.

Sofía trató de seguir el consejo del chófer sin mucha suerte. No había forma de tranquilizarse. Respiró hondo. Sacó del bolso de mano unas gafas de sol y se las puso. Pensamientos de todo tipo viajaban por su mente sin tregua.

Alguien con chófer propio y un coche de aquellas características debía de tener también una edad respetable. Tenía que ser un *señor*, como lo nombraba Walther. Sintió una punzada de angustia en el corazón mientras contemplaba los altos edificios de la capital a través de los cristales tintados.

«Un fin de semana. Solo un fin de semana —pensó Sofía con tristeza—. Después todo volverá a ser como antes», se dijo.

Walther volvió a hablar.

—El señor Montenegro quería venir a recogerla personalmente —comentó, girando a la derecha para tomar la Gran Vía madrileña—. Pero le ha surgido un imprevisto en el trabajo y le ha sido imposible venir.

—Entiendo —dijo Sofía.

—La verá esta noche —añadió el chófer.

Claro que lo entendía. Seguramente el *señor Montenegro* era uno de esos hombres encopetados, engreídos y presuntuosos para los que el trabajo y la

fiesta lo era todo. Sabía cómo se las gastaban esos millonetas a los que la vida parecía sonreír siempre. Juerguistas, mujeriegos, inconscientes, libertinos, caprichosos... Acostumbrados a conseguir todo lo que querían, aunque fuera pagando. ¿Por qué uno había tenido que poner sus ojos precisamente en ella? Ella, que detestaba hasta la médula ese tipo de vida y de comportamiento.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Estaba aterrada. Intentó reprimir el llanto por todos los medios posibles. No era el momento ni el lugar, pero fue absurdo. Una inoportuna lágrima se deslizó por su mejilla; Sofía se la secó apresuradamente con los dedos. Walther

alzó la mirada y la posó en el espejo retrovisor. Ver a aquella chica de vivos y preciosos ojos verdes y rostro angelical llorando le encogió el corazón.

—El señor Montenegro es todo un caballero —afirmó, tratando de disipar la angustia que pensó tenía que estar sintiendo Sofía—. No tiene de qué preocuparse.

Sofía sorbió por la nariz y se enjugó el resto de lágrimas que rodaban por su rostro con un pañuelo de papel que había sacado del bolso.

Podía preguntarle a Walther qué edad tenía el señor Montenegro, si era joven o mayor, si era buena persona... Pero no se atrevió y, de todas formas, ¿qué iba a responderle? Era su jefe; trabajaba para

él. No hablaría mal de la persona que le daba de comer y menos con una desconocida.

Dejaron el bullicioso centro de Madrid atrás, entre los toques de claxon y las largas caravanas de coches, y tomaron la autovía A-6 dirección norte, hacia Las Rozas. Sofía miraba el paisaje por las ventanillas del BMW mientras los nervios le seguían haciendo nudos en el estómago. Nudos que no podía deshacer. Las manecillas del reloj se deslizaban por la esfera blanca demasiado deprisa. ¿Por qué el tiempo no se paraba? Necesitaba un alto, unos minutos... Necesitaba volver a casa, acurrucarse en el sofá tranquilamente y leer una de esas novelas románticas que

tanto le gustaban.

Respiró hondo y cerró los ojos unos instantes. Cuando los abrió segundos después, entraban en una urbanización de lujo próxima a la sierra de Guadarrama. Tras pasar el control rutinario, Walther condujo el coche por una amplia avenida de chalets pareados. Al llegar al final se detuvo, apretó un mando a distancia y unas puertas macizas de hierro se deslizaron hacia los lados.

—Ya hemos llegado —dijo el chófer mientras circulaban por un pequeño camino que se abría paso por una explanada de césped perfectamente cuidado.

CAPÍTULO 10

Sofía contempló fascinada la enorme casa de dos plantas que apareció dentro del marco rectangular que dibujaba la ventana. Walther salió del coche y se apresuró a abrirle la puerta.

Sofía bajó del BMW sin poder apartar los ojos de la lujosa construcción que se alzaba a unos cuantos metros delante de ella. Era una moderna residencia de piedra, acero y cristal con un marcado estilo vanguardista, que parecía estar formada por cuatro enormes cajas rectangulares de color hueso; dispuestas unas encima de otras en dos niveles, con un amplio

porche con sus correspondientes sofás y su mesita de mimbre negra y una piscina tan grande como el piso del barrio de Buenavista en que vivía. Desde luego, a eso sí que se le podía llamar una vivienda digna.

Walther sacó del coche la maleta de Sofía.

—Por aquí —indicó con su habitual amabilidad.

Sofía subió los tres escalones del porche mirando hacia los lados, tratando de abarcar con los ojos todo cuanto la rodeaba. La casa era lujosa en su justa medida, sin parecer ostentosa ni recargada, pero su sofisticación la intimidaba. Todo el mundo debería tener una casa así, pensó para sus adentros.

Una mujer de mediana edad, con hebras blancas en la media melena morena que llevaba cortada por encima del hombro, de rostro achatado y amable esperaba en el umbral de la puerta de doble hoja blanca de la entrada.

—Bienvenida —le dijo, delineando en sus labios finos y simétricos una sonrisa amplia e insólitamente radiante.

Se aproximó a ella y le dio un par de besos que a Sofía le parecieron afectuosos, incluso maternales, como si ella fuera una hija a la que no viera desde hacía mucho tiempo.

—Soy Nina —se presentó.

—Yo soy Sofía.

—Lo sé, lo sé... —afirmó el ama de llaves. Su sonrisa seguía inalterable en

el rostro—. Pero, por favor, no te quedes en la puerta. Pasa, pasa... —Se volvió hacia el chófer—. Walther, lleva la maleta de Sofía a la habitación de invitados, la del fondo —le pidió.

Walther asintió.

Sofía entró en la casa acompañada de Nina y sorprendida por aquel recibimiento, que no dejaba de ser efusivo en cierta manera. Por alguna razón que no alcanzaba a entender, todos se mostraban, no solo amables, sino... felices. Más de lo estrictamente profesional. Sofía se esperaba una bienvenida más fría y formal. Pero aquella amabilidad extra la desconcertaba. Aunque tenía que reconocer que la hacía sentir cómoda, o

al menos todo lo cómoda que podía sentirse en tales circunstancias. Estaba claro que el *señor Montenegro* tenía bien aleccionados a sus trabajadores.

—Por aquí —indicó Nina mientras subía por la escalera que llevaba al piso superior, tras dejar atrás un enorme hall de inspiración japonesa.

Sofía siguió sus pasos hasta el final del pasillo. Una galería larga y amplia decorada de forma minimalista, con puertas lacadas en blanco a ambos lados y sin ningún tipo de modestia en sus acabados.

—Entra, por favor —dijo Nina cuando alcanzaron la última a la derecha.

—Gracias —respondió Sofía en tono

apocado.

La habitación era un espacio diáfano y pulcramente organizado como la suite de un hotel, con una enorme cama de matrimonio con el catre blanco y una colcha blanca y muchos cojines de diferentes tonalidades. Enfrente había un jacuzzi de dimensiones estratosféricas. Sofía alzó las cejas.

La pared del fondo era un único cristal que dejaba ver en el horizonte la silueta que dibujaba la sierra de Guadarrama recortada contra el cielo azul celeste, aportando una extraordinaria sensación de libertad. La panorámica era preciosa y con un toque entre bucólico y romántico del que Sofía se quedó prendada. Podría pasarse un

día entero contemplando la belleza que supuraban aquellas vistas sin aburrirse.

Paseó los ojos por la habitación. Había un escritorio blanco, a juego con el resto del elegante mobiliario, con un ordenador portátil encima, un armario de dos cuerpos, una mesa auxiliar, una televisión de plasma encajada en la pared y una estantería con libros. Libros. Un centenar de ellos colocados por colores en los estantes. Su maleta descansaba al lado. Todo tenía un aire cálido y moderno al mismo tiempo.

«El *señor Montenegro* cuida muy bien a sus invitados», pensó Sofía.

—Acomódate a tu gusto —dijo Nina—. Estás en tu casa.

—Gracias —volvió a decir Sofía.

«Gracias» era la única palabra que salía de sus labios. Pero no tenía otro modo de agradecer tantas atenciones.

—Si necesitas algo no tienes más que decírmelo —apuntó el ama de llaves con amabilidad. Sofía hizo un ademán afirmativo con la cabeza—. Puedes utilizar el jacuzzi. De hecho, al señor Montenegro le gustaría que lo utilizaras... —comentó—. Ha comprado cuatro clases de sales y aceites esenciales para el baño, para que escojas la que más te guste. —Nina hizo una breve pausa—. Te dejo... Dentro de una hora te traeré algo de comer.

—No te molestes —dijo Sofía—. No es necesario.

—Tienes que comer —rebatía Nina

sin perder un ápice de amabilidad—. No puedes estar con el estómago vacío. — Miró a Sofía con ojos condescendientes. Su preciosa mirada verde dejaba entrever una preocupación que no pasaba desapercibida, aunque intuyó que la trataba de disimular—. Te traeré algo ligerito, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Sofía.

La figura delgada de Nina desapareció tras la puerta, que cerró despacio. Cuando Sofía se quedó sola, llenó los pulmones de aire y los fue vaciando poco a poco. Se giró, dando un nuevo repaso a la estancia, y descansó la vista en el poyete del jacuzzi. Sobre él había cuatro cestas de distintos colores. Se acercó y pasó la mano por la

primera: *Jazmín*, leyó en uno de los frascos de cristal. *Azahar*, *Madreselva* y *Orquídea*, aparecía escrito en las tres siguientes.

«Azahar —pensó para sus adentros —. Me encanta el olor a azahar».

Cogió el tarrito de aceite esencial de azahar, lo destapó con cuidado y se lo acercó a la nariz. Aspiró suavemente. Mientras la fragancia le embriagaba las fosas nasales, se le escapó una ligera sonrisa.

«Al señor Montenegro le gustaría que utilizases el jacuzzi», se repitió a sí misma, parafraseando las palabras que le había dicho Nina.

El halo de misterio que había en torno a él crecía exponencialmente a los

nervios que tenía en el estómago. Cada minuto que pasaba era uno menos para conocer finalmente a aquel desconocido que había pagado para pasar con ella un fin de semana.

Pensó en las amenazas de Carlos. Si el *señor Montenegro* le daba quejas de ella, lo pagaría caro. Estaba convencida. Conocía sobradamente a Carlos y sabía de lo que era capaz cuando se enfadaba. ¿Qué podía hacer aparte de ofrecerse incondicionalmente a ese hombre? ¿De satisfacerlo en todo lo que pudiera? ¿De darle placer como una...? El término se le atascó en la garganta, imposible otra vez de pronunciarlo.

Se preguntó, a pesar de todo, por qué Carlos permitía algo así. Conociendo lo

posesivos que son los hombres con lo que consideran suyo, lo lógico hubiera sido haberse enzarzado en una pelea con ese desconocido. Sin embargo, Carlos no solo había aceptado la proposición, sino que lo había hecho de muy buena gana.

Sofía suspiró y abrió el frasco con la esencia de madreselva. Hizo lo mismo con la de jazmín y la fragancia de orquídea.

—Al menos el *señor Montenegro* cuida los detalles —musitó en voz baja al tiempo que dejaba el bote de cristal sobre el poyete del jacuzzi—. A Carlos jamás se le ocurriría algo semejante.

Giró el rostro y, por décima vez desde que había entrado en la

habitación, recorrió su perímetro con los ojos. Se irguió y enfiló los pasos hasta donde descansaba su maleta. Descorrió la cremallera y levantó la cubierta. Abrió el armario, que estaba totalmente vacío excepto por doce o quince perchas que colgaban solitarias de la barra, y colgó en ellas la poca ropa que se había llevado.

«¿Será en esta habitación dónde...?», se preguntó mientras colocaba el cepillo de dientes en el lavabo del baño propio que poseía la estancia.

Tenía que dejar de torturarse con tantas preguntas y, sobre todo, con las respuestas, o acabaría volviéndose loca. Lo mejor sería deshacerse de todas ellas y no adelantarse a los acontecimientos.

CAPÍTULO 11

—Discúlpeme un momento, señores —dijo Jorge Montenegro en un perfecto inglés.

Los seis hombres de nacionalidad norcoreana inclinaron ligeramente la cabeza.

Jorge se levantó de la mesa y se alejó unos metros, extrajo con elegancia en el gesto el teléfono móvil del bolsillo del pantalón y llamó a su chófer.

—Walther...

—Dígame, señor.

—¿Habéis llegado ya? —preguntó.

—Sí, señor. Hace media hora más o menos —respondió Walther.

—¿Qué tal está Sofía? —se interesó Jorge.

—Nerviosa —dijo el chófer—. Durante el camino ha intentado no llorar, pero finalmente no ha podido evitar derramar unas lágrimas.

Jorge escuchaba en absoluto silencio al otro lado de la línea mientras miraba el Rolex Daytona negro de su muñeca. Quedaban todavía más de cuatro horas y media para verla.

—Se la ve... preocupada —añadió Walther.

—¿Cómo se ha quedado después?

—Bien. Ya conoce a Nina. Hace sentir cómodo a cualquiera.

—Está bien —apuntó Jorge, que parecía estar reflexionando sobre las

palabras de Walther—. Hablaré ahora con ella para ver cómo está pasando la tarde Sofía.

—Como quiera, señor.

—Otra cosa, Walther...

—Dígame.

—Ven al despacho. Hay un sobre que necesito que lleves a Nina.

—Como ordene, señor. En tres cuartos de hora estaré allí —dijo Walther, solícito.

—Gracias.

Jorge colgó y a continuación llamó a Nina.

—¿Cómo está Sofía? —le preguntó.

—Bien, dentro de lo que cabe —respondió Nina—. Parece una niña pequeña asustada.

—¿Ha llorado?

—No —negó el ama de llaves—. Aunque se le nota algo angustiada—. La he dejado en la habitación para que se instale a su gusto.

—Bien... —dijo Jorge. Después hubo un pequeño silencio—. Por favor, Nina, cuídame la —volvió a repetirlo.

Su voz salía con un notable deje de preocupación.

—Lo haré. No te preocupes. Por cierto, es preciosa —comentó Nina incapaz de reprimir su opinión—. No la dejes escapar —añadió como el que no quiere la cosa.

—Gracias, nana —concluyó Jorge.

Apartó el teléfono y observó el reflejo de la incombustible Madrid en el

cristal del despacho. Sabía que estaba jugando con fuego y que se podía quemar. Sin embargo, estaba seguro de lo que iba a hacer y el modo en que lo estaba haciendo. Tenía que estar con Sofía, aunque fuera de aquella manera tan inusual. Desde que la había visto en la inauguración del *Tartan Roof* apenas una semana antes, no había dejado de pensar en ella ni un solo minuto.

Él mismo estaba desconcertado. Hacía muchos años que ninguna mujer había conseguido despertar su interés como lo había hecho en unas horas esa tímida chica de grandes ojos verdes, frondosa melena castaña y modales modestos. Incluso había tenido un par de erecciones esporádicas imaginándose lo

que le haría.

La vio llegar a la terraza con su discreto y elegante vestido de corte griego y su sonrisa deslumbrante y no había podido dejar de mirarla. Realmente, tal y como había dicho Ernesto, parecía hipnotizado. Lo estaba, por ella.

Su timidez, su risa, su sonrisa, la manera de jugar con un mechón de su sedoso pelo castaño y la mirada huidiza que trataba de esconderse de la suya cuando se encontraron, lo tenían confundido. ¿Cómo era posible que después de tantos años una chica a la que no conocía de nada hubiera llamado tanto su atención como lo había hecho Sofía?

—¿Todo bien? —le preguntó en inglés uno de los norcoreanos con los que estaba reunido.

Jorge dejó a un lado sus cavilaciones y volvió a inmiscuirse en la realidad.

—Sí, todo bien —dijo mientras afirmaba con la cabeza—. Discúlpenme. —Alzó los ojos y miró a los hombres que lo esperaban en la mesa—. Continuemos —indicó.

CAPÍTULO 12

Sofía pasó la tarde navegando por internet, viendo viejos videoclips de música y curioseando los tomos que presidían la estantería. Un repertorio de obras clásicas dignas de la biblioteca de Alejandría, que la mantuvo con la cabeza apartada del motivo que la había llevado hasta allí.

Tal y como había sugerido veladamente el *señor Montenegro*, se había metido en el jacuzzi envuelta en el aroma fresco y primaveral del azahar, después de que Nina le hubiera llevado una bandeja con café, zumo de naranja, pastas de té, fruta, pan y embutido, entre

otras cosas, para que eligiera lo que quisiera como merienda.

Sofía se bebió el café e hizo un esfuerzo para comerse un par de las coquetas pastas de té que descansaban en un pequeño plato de porcelana verde. No tenía hambre.

El crepúsculo invadió el cielo con sus colores anaranjados y escarlatas mientras Sofía miraba el móvil frente a la pared de cristal. Esperaba en vano una llamada de Carlos, un whatsapp preguntándole cómo se encontraba, o diciéndole que todo iba a salir bien. Lo necesitaba. Sobre todo a medida que avanzaban las horas. Pero a pesar de necesitarlo como respirar no llegaba. Cada cinco minutos revisaba la lista de

llamadas perdidas y los whatsapp, pero el nombre de Carlos no aparecía en ninguna de ellas.

«¿Con quién estará?», se preguntó.

La idea de que Carlos tenía una amante había dejado de ser una sospecha en los últimos tiempos para pasar a ser una certeza. Una dolorosa certeza que le arañaba el corazón. Carlos en brazos de otra... Pensar en ello la angustiaba.

Alguien tocó a la puerta.

—Adelante —dijo Sofía.

Nina entró en la habitación con una sonrisa cálida y una nueva bandeja llena de comida.

—Te he traído un poco de sopa de marisco y pollo asado —anunció

mientras apoyaba la bandeja sobre la mesa.

Sofía se aclaró la garganta para aliviar la evidente tensión que tenía.

—No tenías que haberte molestado —dijo—. No tengo hambre.

—Me imagino —razonó Nina. Su voz sonaba amable—. Pero tienes que comer. Las cosas se llevan mejor con el estómago lleno.

Sofía mantuvo silencio sentada en la cama. Miró el reloj. Eran las nueve. La hora se acercaba.

—¿Me permites sentarme a tu lado? —dijo Nina.

—Sí, claro —respondió Sofía.

—El señor Montenegro es muy respetuoso —señaló—. No tienes nada

que temer. Nada.

«Nada que temer...», repitió Sofía. Iba a tener sexo con un desconocido. ¿Cómo no lo iba a temer? Para ella el sexo era algo demasiado íntimo, demasiado personal, demasiado secreto para practicarlo de buenas a primeras con alguien a quien no había visto nunca. ¿Cómo no lo iba a temer?

—No puedo evitarlo —se atrevió a decir únicamente.

Nina movió la cabeza.

—Lo entiendo —dijo, mirándola detenidamente a los ojos—. Pero créeme: no tienes nada que temer.

Nina parecía muy segura de lo que decía, sin embargo Sofía no estaba nada convencida. Tanto ella como Walther

eran sus empleados. No iban a hablar mal del nombradísimo *señor Montenegro*; les iba el puesto de trabajo en ello.

—Cena algo —sugirió Nina tras el silencio de Sofía—. Vendré a buscarte a las diez menos cuarto.

—¿Tengo que vestirme de alguna forma determinada para encontrarme con el señor Montenegro? —preguntó Sofía en tono suave.

—Cuando llegue el momento sabrás lo que tienes que hacer —indicó el ama de llaves—. Ahora come algo...

Sofía se limitó a asentir en silencio.

Nina se levantó de la cama y salió de la habitación. Sofía se acercó hasta la mesa y se sentó. Cogió la cuchara y

removió la sopa. De pronto rompió a llorar. Las lágrimas bañaban sus mejillas como cuentas de diamante. Por milésima vez miró el teléfono móvil: Carlos seguía sin dar señales de vida. Negó con cabeza sin poder contener el llanto.

Sorbió un par de veces por la nariz y cuando logró serenarse se llevó una cucharada de sopa a la boca, pero los nervios le provocaron una arcada. Se fue al baño y se lavó la cara.

—Solo un fin de semana —se dijo mientras las gotas de agua se deslizaban por su rostro—. Solo un fin de semana y después todo volverá a ser como antes, como siempre...

Echaba de menos su rutina diaria,

incluida la apatía casi congénita de Carlos.

Un reloj en alguna parte de la casa anunció las diez menos cuarto con unas campanadas suaves. El largo día de junio se despedía entre dos luces dando paso a la noche. La luna brillaba llena como un enorme medallón en lo alto de las cúspides de las montañas que daban forma a la sierra de Guadarrama.

Nina tocó la puerta.

—Ven conmigo —le indicó a Sofía.

Sofía la acompañó por el largo pasillo por el que habían accedido a su habitación. El corazón le había

empezado a latir descontroladamente. Se detuvieron frente a una puerta blanca del otro extremo.

—Entra —le dijo después, cediéndole el paso. Sofía hizo lo que le pidió sin poner ninguna objeción. Lo único que quería es que lo que fuera a suceder, que sucediera cuanto antes—. ¿Ves el sobre que hay en esa mesa? —preguntó Nina apuntando con el índice un sobre de color rojo que había en una elegante mesa negra y gris situada enfrente.

—Sí —respondió Sofía. Tragó saliva.

—Ábrelo y lee su contenido. Son las instrucciones que el señor Montenegro ha dejado para ti. A las diez en punto tienes que estar lista.

—Vale.

—Y recuerda —dijo Nina mientras enfilaba los pasos hacia la puerta—: No debes temer nada.

La puerta se cerró con un chasquido sordo. Sofía se quedó mirando unos segundos el hueco por el que había salido el ama de llaves, con las palabras prendidas en la boca y los oídos inundados de un silencio que resultaba ensordecedor. Le hubiera gustado decirle a Nina que no se fuera, que se quedara con ella, que no la dejara sola...

Tenía miedo; más del que se atrevía a reconocerse a sí misma. Miedo al señor Montenegro y a sus caprichos. A esos a los que no se podía negar.

Miró el reloj. Faltaban doce minutos para las diez. Tenía que darse prisa.

Caminó por el pasadizo perfectamente encerado del suelo y se dirigió a la mesa, rodando la mirada por la habitación. Una estancia elegante, sobria y sofisticada, con muebles negros y grises y unas lámparas de diseño blancas que emitían una luz aterciopelada ocre que acariciaba el contorno de las cosas. Al igual que en la que había estado ella, la pared del fondo era de cristal, dejando ver la panorámica que ofrecía la sierra de Guadarrama. También contaba con jacuzzi y baño propio. Cuando alcanzó la mesa, tomó el sobre entre las manos, que le temblaban por los nervios, quitó

el lacre como buenamente pudo y lo abrió.

Las indicaciones eran claras y concisas:

1.- Cámbiate de ropa y ponte lo que he dejado para ti encima de la cama.

2.- Permanece de pie, quieta y de espaldas a la puerta en el mismo punto donde estás ahora leyendo.

3.- Cuando entre en la habitación no te gires ni hables hasta que me acerque a ti.

Lo primero que hizo Sofía fue volver la cabeza. Sobre el edredón gris plata de la cama descansaba un precioso picardías de color negro. Sofía se

inclinó y lo cogió. La prenda, sofisticada y exquisita, tenía una suavidad insólita al tacto, tanto que se le escurrió ligeramente entre los dedos. La tela era semitransparente con un finísimo encaje de rosas en el bajo y en el pecho. La braguita a juego estaba al lado, junto con unas medias oscuras y unos altísimos zapatos de tacón.

Volvió a mirar el reloj. Las diez menos diez.

Se deshizo de su vestido de flores y sus sandalias planas y se puso el picardías. Se preguntó cómo el señor Montenegro había acertado la talla de una manera tan concisa. Desde luego era un muy buen observador. Se sentó en la cama y se fue subiendo las medias

lentamente hasta que el encaje se ajustó en mitad del muslo. Echó un vistazo a los zapatos. Eran un 37. Su número. Los cogió y durante unos instantes los contempló a la suave claridad de la luz. Eran preciosos. De blonda negra sobre fondo plata, al igual que el picardías y las braguitas. Tampoco se podía negar que el señor Montenegro tenía buen gusto.

A Carlos nunca se le hubiera ocurrido organizar algo así, pensó Sofía. Aparte de apático era poco imaginativo.

Se introdujo los zapatos, que le quedaban perfectos, y se puso en pie. El espejo de cuerpo entero que había al otro lado de la habitación reflejó su imagen entre la media luz ocre de las

lámparas. Sofía no pudo evitar sorprenderse. Jamás se había visto tan sexy. Se miró de arriba abajo, como si por primera vez en su vida fuera consciente de su cuerpo. De pronto se sintió intimidada; cuando cayó en la cuenta de que era así como la iba a ver por primera vez el señor Montenegro... La segunda si contaba con que ya la había visto una vez quién sabe dónde. Sintió que se le secaba la garganta. Iba a morir de vergüenza. Los ojos se deslizaron hasta el hematoma del costado. Se había tornado más negro si cabía. Sería imposible que el señor Montenegro no lo viera. Resopló.

Llevó de nuevo la vista hasta el reloj. Las diez menos tres. ¡Solo faltaban tres

minutos! Se encaminó hasta la mesa y se puso frente a ella, de espaldas a la puerta, tal y como lo había indicado el señor Montenegro. El corazón le latía tan rápido que parecía querer salirse del pecho. Las sienes le golpeaban como un martillo. Durante un segundo creyó que iba a desvanecerse. Respiró profundamente.

—Cálmate Sofía —se ordenó a sí misma con voz autoritaria—. Cálmate.

Cuando dejó de oír su propia voz la estancia se anegó de silencio. Un silencio absoluto y abrumador que le taladraba los oídos, hasta que en el pasillo empezaron a repiquetear unos zapatos de unos pasos que se aproximaban. Sofía se movió inquieta en

el sitio, intentando mantener el equilibrio sobre los altísimos tacones que tenía puestos. Le temblaban las rodillas. El momento había llegado.

CAPÍTULO 13

La puerta se abrió silenciosamente y Jorge Montenegro entró en la habitación con su porte majestuoso, sigiloso como un gato. Impoluto con su traje sastre negro. Sofía escuchaba nerviosa como sus pasos se acercaban a ella mientras el corazón le trepaba por la tráquea y hacía intentos de salirse por la boca. Cerró los ojos y tragó saliva.

—Bienvenida —dijo Jorge Montenegro.

Sofía abrió los ojos a la voz grave y profunda que le había hablado. Delante de ella, a escasos centímetros, la mano grande de dedos largos y elegantes de

Jorge le ofrecía una rosa, roja como la sangre. Sofía carraspeó intentando aclararse la garganta, cerrada por los nervios.

—Gracias —agradeció en un tono apenas audible, al tiempo que tomaba la flor entre las manos.

El instinto la impulsó a girar el rostro, pero se detuvo a mitad de camino. Tenía que seguir las instrucciones que había dentro del sobre rojo. Nada de girarse. Volvió a tragar saliva.

—¿Estás bien? —le preguntó Jorge Montenegro.

Su voz firme y al mismo tiempo llena de calidez produjo un escalofrío a Sofía que le recorrió de arriba abajo la columna vertebral.

—Sí —respondió.

Fue la única palabra capaz de articular.

Jorge sonrió para sí. Le gustaba su timidez. Imaginó que tenía las mejillas ruborizadas, y no se equivocó en absoluto. Desde hacía un rato el rostro de Sofía se había teñido de un sonrojo adorable. Se dio la vuelta, se alejó unos pasos y se recostó en el borde de la cómoda con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. La perspectiva era espectacular. El cuerpo menudo de Sofía era precioso. Durante un rato la contempló como si fuera la escultura más cara y preciada del mundo.

—Gírate, por favor —le pidió amablemente.

Sofía se mordió el labio y con apocamiento se dio la vuelta. Cuando sus ojos verdes se encontraron con la figura de Jorge, un nuevo golpe de rubor ascendió hasta sus mejillas. El *señor Montenegro* no era ningún viejo rico. Era un atractivo hombre de treinta y dos años de porte imponente y distinguido y aire de galán. Tenía el pelo de color azabache peinado de manera informal y unos ojos oscuros y profundos enmarcados en un abanico de larguísimas pestañas negras que la miraban de forma insistente y penetrante.

—Me llamo Jorge —se presentó.

—Yo... Yo me llamo Sofía.

—Lo sé —aseveró Jorge Montenegro con el amago de una sonrisa en los

labios.

—Claro... —dijo Sofía, cayendo en la cuenta. Apretó la boca.

¡Qué tonta! Aunque no la conociera en persona, por lo menos tendría que saber su nombre.

—Ven —pidió Jorge, colocando frente a él un pequeño sillón de cuero negro.

Sofía avanzó lentamente por la habitación, tratando de mantener intacta la poca serenidad que le quedaba. Pero las piernas le seguían temblando. Aquel hombre alto de rasgos marcados y rotundos y talante de modelo de Armani la imponía, más teniendo en cuenta que solo llevaba puesto un escueto picardías que con esfuerzo le tapaba las caderas.

—Gracias —dijo al tiempo que se sentaba.

Las uñas jugueteaban nerviosas con la rosa, raspando el tallo de arriba abajo.

—¿Quieres que dejemos la rosa aquí? —preguntó Jorge Montenegro al advertir sus nervios.

—Sí —respondió Sofía de forma automática. Las manos le sudaban copiosamente.

Jorge alargó el brazo, cogió la rosa de los dedos de Sofía y la dejó sobre la cómoda. No quería hacerle pasar peor rato del que ya estaba pasando.

—Es muy bonita —apuntó Sofía, que no sabía muy bien qué decir ni qué hacer en esos momentos.

—Me alegra que te haya gustado —

anotó Jorge esbozando media sonrisa en los labios perfectamente delineados, mientras seguía manteniendo una actitud serena—. ¿Te gustan las rosas?

—Sí.

—¿Y qué más cosas te gustan?

La pregunta pilló desprevenida a Sofía. No esperaba que el *señor Montenegro* tuviera interés en sus gustos.

—¿Qué cosas me gustan? —repitió extrañada.

—Sí... Qué hobbies tienes, qué aficiones, qué es lo que haces cuando no trabajas en la perfumería...

Le sorprendió que supiera que trabajaba en una perfumería. Se preguntó en silencio que más cosas sabría de ella.

Carraspeó y, nerviosa, se colocó el pelo detrás de la oreja.

—Bueno, me gusta pasear, leer... Hace tiempo que ya no practico, pero me encanta patinar, y escribir.

—¿Escribir? —Jorge alzó ligeramente las cejas.

El gesto no pasó desapercibido para Sofía.

—Sí —confirmó—. Escribo poesía. Pensó que seguro que al *señor Montenegro* esa afición suya a la poesía le parecía estúpida, como a Carlos.

—¿Neruda, Borges, Bukowski, Baudelaire...?

Sofía se sorprendió de que al menos supiera el nombre de cuatro poetas.

—Baudelaire —respondió sin

pensarlo ni un solo segundo—. Tengo debilidad por los *poetas malditos* —añadió bajando la mirada.

—Que curioso... —señaló Jorge Montenegro, acariciándose parsimoniosamente la barbilla.

—Me gusta su irreverencia —explicó Sofía—. Su atrevimiento...

—Su talento los convirtió en malditos —dijo Jorge, mirando fija y atentamente a Sofía. Sus ojos claros eran aún más bonitos entre la semipenumbra de la habitación.

—Así es. Fue su propia genialidad la que los apartó de un mundo que no entendían y contra el que se revelaban a través de su virtuosa prosa.

El silencio sobrevoló la estancia.

—Me has dicho que te encanta patinar, ¿por qué ya no lo practicas? — quiso saber Jorge.

—A mi novi... —Sofía se interrumpió súbitamente. Sin saber por qué se sintió violenta al hablar de Carlos. Iba a decir que a su novio no le gustaba que patinara, pero prefirió cambiar la respuesta—. No salgo mucho de casa —dijo, encogiéndose de hombros.

—Entiendo... —dijo Jorge—. ¿Qué tal en la perfumería? ¿Estás contenta?

Sofía estaba confundida. Nadie nunca se había interesado tanto por ella. Ni siquiera Carlos. De pronto se sintió... importante.

—No es el trabajo de mi vida —

contestó con sinceridad—. Pero me ayuda a pagar las facturas.

Jorge se puso en pie y cambió de posición.

«Que alto es —pensó Sofía para sus adentros—. Y que guapo».

Su último comentario, inesperado, por otro lado, la desconcertó. Desde que salía con Carlos no se había fijado en ningún otro chico que no fuera él, y de eso hacía ya unos cuantos años.

Jorge clavó su mirada de almendrados ojos negros en Sofía.

—No voy a obligarte a hacer nada que no quieras hacer —dijo sin entrar en preámbulos—. No estás obligada a nada.

Sofía notó que el rostro se le

sonrojaba violentamente. Las mejillas le ardían como si debajo de la piel tuviera ascuas incandescentes.

—Haré lo que me pidas —dijo con la voz cargada de pudor—. Todo lo que me pidas.

Jorge continuó mirándola en silencio unos instantes. Su expresión era inquietantemente tranquila. Sofía, con las pupilas vibrantes, le sostuvo la mirada, hasta que finalmente la apartó y bajó la cabeza.

—Eso es lo que te ha dicho tu novio que digas, ¿verdad? —soltó Jorge, que no pudo reprimir el comentario. Estaba indignado. ¿Cómo un hombre, si es que se le podía llamar así a ese hijo de puta, podía ser tan inconsciente?

—Carlos necesita dinero —dijo Sofía—. Mucho dinero. Tiene una deuda que saldar... —Hizo una pequeña pausa tratando de mantenerse templada—. No puedo defraudarlo. Si te quejas a él...

—No voy a quejarme —interrumpió Jorge, cuya indignación seguía creciendo como la espuma—. ¿Cómo iba a ser tan poco caballeroso para hacer algo así? —Bufó ligeramente—. ¿Sabes que ni siquiera me preguntó quién era o qué intenciones tenía? ¿Que no se molestó en preguntarme el nombre, la edad o a qué me dedico?

Sofía escuchaba atentamente mientras observaba el rostro de Jorge, que mostraba una evidente expresión de enfado.

—Necesita dinero... —lo justificó Sofía.

—¿Dinero? —repitió Jorge. Casi le daba asco pronunciar la palabra—. ¿Y para conseguirlo vende a su novia al primer postor que paga por ella?, ¿sin informarse de quién es? Así, ¿sin más? —Bufó de nuevo—. ¿Y si yo fuera un depravado, un violador, o un psicópata?

Sofía no quería pensar en aquellas aterradoras posibilidades, pero tenía que reconocer que lo que había hecho Carlos no tenía justificación. Había jugado con su seguridad, con su vida. Lo que no entendía es por qué al *señor Montenegro* le preocupaba tanto. Él ya había conseguido lo que quería.

—A mí jamás se me ocurriría ceder,

prestar o vender a mi novia... Jamás — ratificó rotundo Jorge, sancionando la conducta de Carlos—. ¿Te hubieras dejado meter un puño por el ano si yo te lo hubiera pedido?

Sofía alzó la mirada, compungida.

—Carlos necesita dinero... —volvió a decir por tercera vez como respuesta. La voz le temblaba—, y yo no quiero decepcionarlo.

Los ojos de Sofía se advertían vidriosos. Jorge suspiró con una mezcla de impotencia y resignación. Se acercó a ella, la asió la mano y la levantó suavemente del sillón. A esas alturas, su expresión se había dulcificado.

—Shhh... Tú no tienes la culpa — dijo mientras la abrazaba con fuerza—.

No tienes la culpa de nada. De nada. —
Le acarició la cabeza.

Sofía se fundió en la calidez de los brazos de Jorge y en el agradable olor a recién duchado que desprendía su cuerpo y, haciendo un esfuerzo, se tragó las lágrimas. No quería que la viera llorar. Era demasiado orgullosa para dejar entrever que estaba mal.

CAPÍTULO 14

Las bocas estaban a escasos centímetros cuando Jorge y Sofía deshicieron el abrazo. Los ojos de Sofía se mantenían entrecerrados, velados por la ternura de Jorge mientras que los suyos palpitaban de deseo.

—Sofía... —dijo en un hilo de voz.

En un impulso, tomó su rostro entre sus enormes manos y lo acercó al suyo.

—Necesito besarte —susurró con la voz cargada de deseo—. Necesito probar el sabor de tu boca. Necesito hacerte mía...

Quería morderle el labio, la lengua, arrasar su boca, pero optó por un beso suave y delicado, una suerte de tacto

susurrante. Un beso que, sin embargo, puso en pie todos los sentidos de Sofía. Un beso que se prolongó una y otra vez en el tiempo hasta que Jorge empezó a deslizar su persuasiva boca por la línea indiscreta del cuello de Sofía.

Su piel acaramelada era fina y extremadamente suave. La recorrió de arriba abajo sin prisas, invadiendo cada poro con su lengua, que no era capaz de mantener quieta.

—Eres tan perfecta... —musitó Jorge con su voz grave, profundizada aún más por el deseo—. Tan perfecta para mí...

Sofía sintió que un incontrolado escalofrío le recorría la espalda cuando la incipiente erección de Jorge se hizo patente bajo el pantalón de corte

perfecto de su traje negro. La agarró de las nalgas y la empujó contra sus caderas. La erección se acentuó. Sofía gimió en su boca. Súbitamente la cogió en brazos y con una elegancia innata la tumbó encima de la cama. Jorge le subió poco a poco el picardías hasta que sus caderas quedaron al descubierto. Los dedos acariciaron los muslos de Sofía como si quisiera aprenderse de memoria su cuerpo, al que de pronto añoraba. Cuando la tela dejó ver el enorme hematoma del costado, Jorge se detuvo, horrorizado.

—¿Cómo te has hecho esto? — preguntó con una nota de alarma en la voz al tiempo que pasaba delicadamente la mano sobre el relieve del moretón.

Sofía giró la cabeza y pensó una excusa rápida.

—Me caí en la ducha y me golpee con el grifo... Soy un poco torpe —respondió, intentando sonar convincente, aunque no estaba segura de haberlo conseguido. No se le daba bien mentir.

—¿Y los dedos que tienes marcados en el brazo también son de una caída? —sondeó Jorge en tono suspicaz.

Sofía volvió de nuevo el rostro y mantuvo silencio. Jorge sacudió la cabeza. Era cierto que su novio le pegaba, pensó. La sangre comenzó a bullir dentro de sus venas. Miró a Sofía, que permanecía con la cara escondida en la almohada, tratando de velar una verdad que se dibujaba macabramente

en las magulladuras de su cuerpo.

Jorge se incorporó y se acercó hasta la cómoda. Abrió uno de los cajones y extrajo de él un bote de Thrombocid. En silencio se sentó al lado de Sofía y le dio un poco de pomada sobre el hematoma. Lo hizo con una delicadeza asombrosa; no quería hacerle daño.

—Si ese desgraciado vuelve a ponerte una mano encima lo mato — afirmó con voz contundente.

Sofía rompió a llorar. Había estado evitándolo desde que Nina la había dejado sola en la habitación del señor Montenegro. Pero ya no aguantaba más. Eran demasiadas emociones, demasiados nervios, demasiados sentimientos encontrados, demasiado

dolor.

Jorge no dijo nada. No era necesario. El silencio hablaba por sí solo mejor que cualquier palabra. Simplemente se puso detrás de ella, dejó que se acurrucara contra su cuerpo y la abrazó con fuerza mientras el llanto liberaba su alma.

No era el momento de tener sexo, aunque se moría de ganas de hacerla suya. Pero, como le había dicho, no iba a obligarla a hacer nada que no quisiera. No estaba allí para eso. Solo necesitaba sentirla cerca, estar con ella, aunque fuera así, en silencio.

Jorge pasó la noche despierto, sentado en el sillón de cuero negro, velando el sueño de Sofía que, finalmente, después de estar un larguísimo rato llorando, se había quedado dormida entre sus brazos.

Mientras la luna recorría el cielo azul oscuro de la madrugada detrás de la pared acristalada, Jorge contemplaba el rostro inmaculado de Sofía sobre la almohada. Parecía relajada, serena como una niña pequeña. Estaba preciosa. Era preciosa. Con cuidado para que no se despertara, la había tapado con la sábana y le había apartado algunos mechones de pelo que le caían ondulados por las mejillas, al tiempo que reflexionaba sobre las ideas que

bamboleaban su mente.

La imagen de Carlos, el chico con aire altanero que había permanecido al fondo de la terraza del *Tartan Roof* el día de la inauguración, revoloteaba en su cabeza sin cesar. Jorge apretó los dientes. Los huesos de la mandíbula se perfilaron en su rostro de rasgos varoniles. Él no era nada de Sofía; no había un vínculo que los uniera, pero si ese malnacido volvía a pegarle, no respondería de sus actos.

No sabía exactamente qué le sucedía con ella. No encontraba una explicación lógica a lo que sentía; a todo lo que le inspiraba. Desde que Paula había fallecido en aquel trágico accidente de coche no había reparado en ninguna otra

mujer. Nadie conseguía interesarle lo más mínimo. Hasta que vio a Sofía y algunos sentimientos y algunas sensaciones que daba por hecho que jamás volverían empezaron a despertarse de un largo letargo. Solo ella había sido capaz de obrar el milagro.

Y, ahora que la había encontrado, no la iba a dejar escapar.

El amanecer esbozó un lienzo de tonos rosados y púrpuras en las enormes cristaleras de la habitación. Jorge permanecía recostado en la pared con un

hombro, observando la hermosa vista que le regalaba el día. Se giró, miró de nuevo a Sofía y bajó a la primera planta.

Veinte minutos después apareció portando una bandeja con el desayuno. Lo dejó a un lado de la cama y con un suave soplo despertó a Sofía.

—Buenos días, bella durmiente — dijo, delineando una sonrisa de dientes blancos y uniformes en los labios.

—Buenos días —respondió Sofía, desperezándose lentamente.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien. —La misma Sofía parecía asombrada por la respuesta. Pero realmente había dormido bien. Serena y tranquila, sin el miedo en los huesos a que Carlos le pegara. Algo que anhelaba

desde hacía mucho tiempo—. ¿Y tú?

—Bien —mintió Jorge, dándole un toquecito en la punta de la nariz. A continuación cogió la bandeja y se la acercó a Sofía, que la miró entre extrañada y sorprendida.

—¿Y todo esto? —dijo.

—Tienes que coger fuerzas —contestó Jorge. Sofía frunció el ceño. Sus cejas castañas se juntaron hasta formar una sola—. Voy a estar todo el día haciéndote el amor —aseveró Jorge, que parecía divertido—. Y toda la noche también...

Sofía abrió los ojos de par en par y se ruborizó. De nuevo le ardían las mejillas. Pero no dijo nada. Una oleada de calor, como una corriente eléctrica,

viajó de un extremo a otro de su cuerpo mientras los latidos del corazón se le aceleraban.

—Así que empieza —dijo Jorge, moviendo el café con leche que le había preparado y acercándosele. Sofía extendió las manos y cogió la taza.

—Y tú, ¿ya has cogido fuerzas? —le preguntó con voz tímida, dando un sorbo de café.

—Sí. —El monosílabo de Jorge sonó animado—. ¿Más azúcar? —preguntó.

—No, así está bien. Gracias —dijo Sofía, que no sabía muy bien hacia dónde encarrilar la conversación—. ¿Y ya te has duchado?

—No. —Jorge alzó la mirada. Su expresión era traviesa como la de un

niño pequeño—. Te estoy esperando: voy a ducharme contigo. —Hizo una pausa al tiempo que pasaba un croissant relleno de chocolate a Sofía, que lo cogió de forma mecánica—. Ya sabes... para ahorrar agua y esas cosas.

—Entiendo. —Sofía no salía de su asombro, pero le encantaba el juego lleno de ironía de Jorge—. Ahorrar agua es muy importante —dijo inocentemente siguiéndole la bola. Se llevó el croissant a la boca y le dio un mordisco.

—Por eso vamos a ducharnos juntos.

—¿Has terminado? —Jorge parecía ansioso, aunque intentaba por todos los

medios mantenerse templado.

Sofía asintió con una única inclinación de cabeza y expresión de expectación en el rostro.

—Ven conmigo —murmuró Jorge que, de pie y seguro de sí mismo, alargaba el brazo hacia ella. Los ojos oscuros brillaban con un destello ardiente, excitado...

Sofía se levantó de la cama, tomó su mano y se dejó llevar. No quería pensar en nada. Solo en los ojos del *señor Montenegro*, que la observaban con todo el deseo del mundo, y de los que no podía apartar la mirada. Jorge la guio a través de la habitación hasta el cuarto de baño. Frente a la ducha, le quitó el picardías.

—Estás preciosa con él —le susurró al oído mientras los dedos hacían descender suavemente la prenda por los brazos. Hundió la nariz en su frondosa cabellera e inhaló profundamente—. Pero seguro que lo estás más desnuda.

La voz de Jorge, siseada bajo el aliento cálido de su boca, la hizo estremecerse.

CAPÍTULO 15

El agua caía tibia y suave por los cuerpos desnudos que iluminaban los primeros rayos de sol del amanecer. El murmullo de los besos, los pequeños gemidos y los jadeos llenaban el silencio mientras Jorge recorría con la boca cada centímetro de piel de Sofía. Su sabor era tan dulce como el almíbar.

¿Cómo podía un hombre no enamorarse de ella?

Las manos se cerraron en torno a sus pequeños pechos mientras le mordía sensualmente el lóbulo de la oreja por detrás.

—Te deseo... —musitó en su oído con voz voluptuosa.

Sofía sintió dispararse la adrenalina y recorrerle el interior de las venas como si fueran agujas. Miles de agujas.

La erección de Jorge, dura e imperiosa, le apremiaba por penetrarla, por inmiscuirse en ella, por embestirla. Allí mismo, contra la pared de azulejos grises y negros de la sofisticada ducha. Salvaje como un animal en celo. Sin embargo, debía de ser paciente. Tenía que asegurarse de que estuviera lista. A pesar de todo, él no dejaba de ser un desconocido.

Jorge fue deslizándose los besos, los mordiscos y las caricias por el torso de Sofía hasta alcanzar el vientre,

provocando que el vello de la piel se le erizara.

Sofía gimió. Sus dedos acariciaban los mechones de pelo empapados de Jorge mientras él le arrancaba con la lengua un intenso orgasmo que llegó de forma precipitada. Oírla gemir de placer lo excitó aún más, si cabía.

Se incorporó en toda su estatura, la cogió a horcajadas sin esfuerzo y la llevó a la cama. Sofía lo miraba exhausta, sin saber qué decir. No era capaz de articular palabra. Jorge la tendió cuidadosamente sobre las sábanas, sacó un preservativo de la mesilla de noche, se lo puso y se colocó encima de ella. Besos y pequeños mordiscos se fueron sucediendo unos

tras otros a lo largo del cuello, de los pechos y del vientre sin darle una tregua, ni siquiera para respirar con normalidad. Su lengua trazó caminos de saliva y placer de un extremo a otro del cuerpo tembloroso de Sofía, que se retorció sobre sí misma, sofocada.

Jorge alzó el rostro y la miró fijamente. Con los ardientes ojos oscuros clavados en ella, le abrió las piernas despacio y la fue penetrando poco a poco, suavemente, calibrando en todo momento su reacción.

Sofía frunció ligeramente los labios, pero no articuló ninguna queja. Jorge continuó entrando en ella despacio, sin dejar de observar su rostro, sonrojado por el placer y la vergüenza. Estaba

cerradita, pero insistió una vez más hasta que su miembro se hundió completamente en Sofía, hasta el fondo.

—Ya, mi niña... —murmuró con voz envolvente.

Sofía sintió como el pene de Jorge se expandía más y más en su interior, invadiendo cada rincón de su vagina. La sensación era desconcertante, incluso impropia, pero le gustaba que la llamase «mi niña». Aunque no lo fuera; aunque ella fuera de Carlos.

Jorge se mantuvo un rato quieto dentro de Sofía, inmóvil, para que se acostumbrara a su miembro y a él mientras la miraba con toda la dulzura del mundo y hacia esfuerzos por no empujar con el inmenso deseo que había

estado acumulando desde que la vio por primera vez en la terraza del *Tartan Roof*. No quería hacerle daño.

—Mi niña... —volvió a decir, como si le hubiera leído el pensamiento.

Y empezó de nuevo a besarla tiernamente. A hacerse sentir poco a poco. Pero al final las lenguas se entrelazaron con una pasión desenfrenada hasta casi hacerse un nudo.

Jorge notó entonces una cálida corriente alrededor de su erección. Sonrió. Sofía se había humedecido por la excitación de los besos y lo había empapado. Estiró los brazos y envolvió las manos de Sofía con las suyas. Los dedos se entrelazaron por encima de las

cabezas y, despacio, comenzó a moverse sobre ella, primero en círculos y después entrando y saliendo suavemente de sus entrañas, sin quitarle los ojos de encima ni un segundo. Cuando las pelvis se acoplaron con la precisión de las piezas de un reloj y el rostro de Sofía se relajó, Jorge incrementó el ritmo, volviendo su respiración irregular.

Instintivamente, Sofía rodeó su cintura con las piernas, echó la cabeza hacia atrás y los cuerpos se unieron en una comunión perfecta. Jorge le estaba haciendo sentir algo que Carlos no le había hecho sentir nunca: deseada, incluso amada. ¿Cómo era posible? El *señor Montenegro* no era más que un desconocido. Estaba desconcertada y

fascinada a partes iguales por tantas sensaciones que explotaban caóticamente como una bomba dentro de ella.

—Mírame —le pidió Jorge entre jadeos.

Sofía incorporó la cabeza y se encontró con su intensa mirada, que se mantenía fija en sus ojos mientras se movía cadenciosamente sobre ella, como si quisiera transmitirle un mensaje secreto. Gimió, excitada. Empezó a temblar por dentro cuando Jorge aceleró las embestidas. Instantes después su cuerpo se convulsionaba de placer con una corriente de calor irrefrenable. Sofía coreó el nombre de Jorge como un mantra mientras se dejaba ir. Él empujó

unas cuantas veces más, aferrando con fuerza sus dedos entrelazados, hasta que estalló en un violento orgasmo que lo sació por completo.

—Mi niña... —dijo entrecortadamente, todavía dentro de ella—. Mi preciosa y dulce niña...

Sofía dejó caer la cabeza en la almohada, extenuada, mientras Jorge la bañaba a besos de manera incansable.

CAPÍTULO 16

Sofía abrió los ojos a la luz que entraba por la enorme cristalera y que inundaba la habitación. Su rostro descansaba sobre el torso desnudo y definido de Jorge, que la rodeaba protectoramente con los brazos. Se sentía extrañamente pletórica. No tenía ni idea de qué hora era, pero tampoco le importaba demasiado. En esos momentos solo quería quedarse así; inmersa en esa sensación de protección que le daba el abrazo de Jorge. ¿Hace cuánto que Carlos no la abrazaba de ese modo?

Cerró los ojos e hizo un repaso

mental de todo lo que había sucedido desde que había puesto un pie en la habitación del señor Montenegro. El enigmático *señor Montenegro*... Con su nombre en el borde de los labios cayó en un profundo sueño.

Cuando se despertó de nuevo, el lado de la cama de Jorge estaba vacío. Miró a derecha e izquierda. El agua de la ducha sonaba en el extremo de la habitación. Se estaba duchando.

—¿Estás bien? —preguntó Jorge en voz baja.

Había salido del cuarto del baño con una toalla ajustada a la cintura y con pasos aristocráticos se había acercado hasta Sofía. Tenía el pelo alborotado y olía al frescor del aroma del gel.

—Sí —respondió ella, incorporándose en la cama. Jorge se sentó a su lado.

—¿De verdad? —insistió Jorge. Estiró la mano y le levantó la barbilla con los dedos.

—Sí —afirmó otra vez Sofía, meneando enérgicamente la cabeza.

Jorge pareció aliviado. La expresión de su rostro se distendió.

«¿Cómo puede ser tan atractivo?», se preguntó Sofía en silencio.

—Sé que esta situación no es fácil para ti —empezó a decir Jorge—. Walther me dijo que lloraste cuando te traía para casa.

—No pude evitarlo —contestó Sofía con sinceridad mirándose las manos—.

Estaba muy agobiada.

—Lo entiendo —dijo Jorge, sintiéndose algo culpable. Hizo una pausa—. El hematoma de tu costado... ¿Te pego por mí?

Sofía alzó el rostro. Los ojos de Jorge estaban clavados en ella, a la espera de una contestación. Pero no hizo falta que Sofía hablara. Su mirada le dio la respuesta sin necesidad de palabras.

—Lo siento —se disculpó Jorge.

—No fue tu culpa —dijo Sofía con suavidad, tratando de que Jorge no se sintiera mal—. Siempre hay un motivo...

—Ningún motivo justifica el maltrato —interrumpió Jorge.

Sofía respiró hondo.

—Me eché para atrás en el último momento y le pedí que no me obligara a pasar un fin de semana con un desconocido —explicó finalmente Sofía—. No me vi capaz... No te conocía, no sabía nada de ti; no sabía quién eras, ni si eras joven o viejo... Tuve miedo. Mucho. —Jorge le pasó la mano por la mejilla, consolando su dolor—. Le dije a Carlos que ya conseguiríamos el dinero de otra forma, que yo podría ponerme a trabajar los fines de semana, pero no le gustó la idea. Se enfureció. Me agarró del brazo, me llevó a rastras al cuarto de baño y me empujó contra la ducha. —Jorge se estremeció con el escalofriante relato que le estaba narrando Sofía—. Cuando me soltó,

perdí el equilibrio, me caí y me golpee con el grifo...

—¿Desde cuándo te pega? —preguntó Jorge directamente. La sangre llevaba un buen rato hirviéndole en las venas.

—No quiero hablar de ello... —dijo Sofía, titubeante. Pero la mirada inmutable de Jorge la obligó extrañamente a responder—. No recuerdo un tiempo en el que no me haya pegado —contestó al fin.

—¿Cuánto lleváis juntos?

—Siete años.

Jorge movió la cabeza de lado a lado, lamentándose. Siete años de golpes, insultos y vejaciones. Siete años de humillaciones, de dolor, de infelicidad...

—¿Cómo puede pegarte? —preguntó. Aunque más bien era un pensamiento en alto—. Lo que debería hacer es cuidarte, protegerte, amarte y hacerte el amor todos los días...

Los ojos de Sofía se llenaron de lágrimas. Aquellas palabras sonaban muy bien, pero eran demasiado utópicas para la realidad que ella vivía.

—¿Qué te parece si bajamos a comer? —preguntó Jorge mirando el reloj—. Son las cuatro y media de la tarde.

—Perfecto —respondió Sofía, a quien el tiempo se le estaba pasando

volando—. Tengo que ir a la otra habitación a por algo de ropa. Aquí solo está el picardías, y no creo que a Nina le haga mucha gracia verme con él.

Jorge rio, dejando ver su impoluta dentadura.

—No tienes que preocuparte por Nina, le he dado el fin de semana libre —comentó. Enfiló los pasos hacia su armario de diseño, abrió la puerta y sacó una camisa negra del centenar que tenía de ese color. Se la tendió a Sofía —. Toma, póntela.

—¿No crees que me va a quedar un poco grande? —bromeó ella.

—Sí, pero así tardo menos en quitártela —aseveró Jorge con una sonrisa maliciosa en la comisura de los

labios—. A veces me entran prisas... Soy muy impaciente.

Sofía se sonrojó violentamente. No acababa de acostumbrarse al divertido descaro de Jorge.

—¿Siempre vistes de negro? —curioseó según se abrochaba los botones de la camisa.

—Casi siempre —contestó Jorge, escueto.

—¿Por alguna razón en particular?

—Es una historia muy larga.

El tono de voz de Jorge había cambiado. Sonaba serio, incluso triste. Sofía decidió no ahondar más. No lo creyó oportuno.

—Tienes un culo precioso —afirmó Jorge cuando bajaban las escaleras.

Sofía, que iba delante, se sonrojó ligeramente. Pero aun todo se giró y le dio las gracias, como si fuera una niña pequeña que acabara de hacer una trastada. Jorge se le palmeó.

—Y encima está durito...

—Ya vale... —dijo Sofía, divertida.

El rubor le encendió las mejillas. Jorge rio a carcajadas.

—Después me encargaré de él —anunció con ironía—. Ahora tenemos que coger fuerzas.

Entraron en la sofisticada cocina de diseño entre risas cómplices.

—Siéntate —indicó Jorge mientras

abría el frigorífico—. Seguro que Nina nos ha dejado algo de comida preparada. ¡*Equiliquá!* —exclamó, sacando una fuente con ensaladilla rusa—. ¿Te gusta la ensaladilla rusa? —le preguntó—. Si no te gusta, te puedo hacer otra cosa.

—No, tranquilo. Me gusta la ensaladilla rusa. ¿Dónde tienes los platos?

—En el armario que hay al lado de la televisión, el de la izquierda.

Sofía extrajo dos platos y dos vasos y los colocó sobre los manteles individuales azules que había puesto Jorge encima de la estilosa mesa blanca de la cocina.

—Tienes una casa preciosa —apuntó

Sofía—. La cocina es tan grande como mi piso.

Jorge sonrió.

—Gracias. La diseñé yo mismo.

—¿Sí?

—Sí. Soy arquitecto —aclaró.

Sofía se paró a pensar unos instantes. De pronto cayó en la cuenta. Jorge Montenegro... Claro, el arquitecto. No estaba muy metida en ese círculo, pero sabía que era uno de los arquitectos más prestigiosos del país. Ráfagas de información empezaron a colapsarse en su cabeza.

—También me encargué del diseño de l *Tartan Roof* —añadió Jorge, llevándose el tenedor a la boca.

—La terraza de Elena y Oliver... —

musitó Sofia.

—Sí. Conocí a Oliver en el instituto. Somos amigos desde entonces. Me lo pidió como favor y no pude negarme —explicó—. Fue allí donde te vi por primera vez, el día que la inauguraron, con tu vestido griego verde claro y tu sonrisa tímida.

Sofía alzó los ojos y miró a Jorge, confundida. Él era el hombre con el que había cruzado la mirada. El que la observaba de manera insistente desde el fondo.

—Vaya... —dijo sorprendida y al mismo tiempo halagada.

Nunca se hubiera imaginado que aquella noche había causado tanto impacto en Jorge Montenegro, el

arquitecto más importante de España.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —
tanteó Sofía.

—Por supuesto —dijo Jorge—. ¿Qué
quieres saber?

Sofía tragó saliva y reunió el valor
suficiente para plantear la cuestión.

—¿Siempre pagas por... por estar
con mujeres?

La pregunta sonó extraña en su voz,
pero quizá Jorge Montenegro era uno de
esos hombres a los que les excitaba
pagar por tener sexo. Quizá le gustaban
las prostitutas de lujo, aunque no tuviera
necesidad de contratar ese tipo de
servicios; sentir el poder que da el
dinero... No sabía qué pensar.

—No. —La respuesta de Jorge fue

contundente—. De hecho, hace mucho tiempo que no estaba con nadie —se sinceró.

Sofía frunció el ceño. Sin entender por qué, se sintió aliviada al escuchar la respuesta de Jorge. De todas formas, ¿qué importaba? Después de aquel fin de semana no iba a volver a verlo. Pero, ¿cómo alguien como él, en el siglo XXI, iba a estar solo? Sofía estaba convencida de que las mujeres se tirarían a sus pies.

—Entonces, ¿por qué razón... — Sofía buscó palabras que suavizaran la pregunta, pero no las encontró—... pagaste para estar conmigo?

—No lo sé... —La respuesta de Jorge la dejó perpleja por momentos—. Hace

cinco años, la que era mi novia de toda la vida se mató en un accidente de coche. —Sofía arqueó las cejas, sorprendida por aquella revelación del todo inesperada—. El coche lo conducía yo...

—Cuéntamelo solo si quieres —le dijo. No pretendía que se sintiera incómodo.

Jorge sonrió levemente y continuó. Su voz había adquirido una nota melancólica.

—Nos dimos contra un coche que venía de frente. Estaba adelantando a un camión en una carretera secundaria. No nos había visto, o pensó que le daba tiempo... No sé. —Movi6 la cabeza haciendo una mueca de disgusto con los

labios—. Yo no pude esquivarlo y nos empotró.

—Pero tú no tuviste la culpa —apuntó Sofía, que advertía en las palabras de Jorge un viso de culpabilidad.

—Es cierto, no tuve la culpa. Pero conducía yo, y Paula murió, y yo quedé vivo...

—Entiendo que puedas sentirte mal. Pero un accidente no deja de ser un accidente.

Sofía trató de animarlo de alguna manera. Había enterrada tanta pena en su alma.

—Desde aquel día visto de negro y, desde aquel día —enfaticó Jorge—, ninguna mujer había captado mi interés, hasta que te vi a ti en la terraza del

Tartan Roof. No sé qué fue exactamente lo que me hizo tomar la decisión de... comprarte, pagar para estar contigo, llámalo como quieras. Quizá fue tu sonrisa, tu timidez, tu cuerpo menudo, tus ojos verdes, o el dolor que vi detrás de ellos... —La miró fijamente con una intensidad que Sofía hizo que se desmoronara por dentro—. El caso es que Ernesto, mi mejor amigo, sabía algunos datos tuyos y se me ocurrió hablar con... tu novio. —Le costaba pronunciar ese término. Le perturbaba.

—No sé qué decir —expresó Sofía en voz baja.

—Entonces, no digas nada —dijo Jorge, acercando su rostro al de Sofía con expresión cautivadora—. Solo

déjame besarte...

CAPÍTULO 17

Jorge le quitó la camisa, la cogió por la cintura y la sentó en la mesa, desnuda.

—Necesito estar dentro de ti otra vez —le susurró en tono cálido y seductor sin dejar de besarla.

Sofía notó que el corazón le aporreaba las costillas como un martillo y que tenía las mejillas encendidas por la excitación. Se tumbó despacio sobre la superficie de madera y abrió las piernas sin mover los ojos de la penetrante mirada de Jorge. Quería ser suya otra vez, sentirse deseada; aunque solo fuera durante las horas de un fin de semana.

Jorge le asió por los muslos y tiró de

ella para acoplar su cuerpo a sus caderas mientras el ritmo de la respiración le cambiaba visiblemente.

—¿Nata o chocolate? —preguntó de pronto con expresión traviesa.

—¿Nata o chocolate? —Sofía estaba desconcertada. ¿Qué quería decir?—. Chocolate —respondió finalmente.

Jorge se dirigió al frigorífico con pasos seguros y sacó un bote de chocolate negro. Sofía abrió los ojos de par en par cuando intuyó cuál eran sus intenciones.

—Yo también prefiero el chocolate a la nata —comentó Jorge sin deshacer la expresión traviesa de su rostro—. Estate quietecita... —dijo.

Abrió la tapa y vertió un hilo de

chocolate alrededor del ombligo de Sofía, que no salía de su asombro. El líquido frío en contacto con su piel hizo que se estremeciera a pesar de las altas temperaturas con que el verano sacudía los primeros días de julio.

—¿Está frío? —dijo Jorge con ironía.

Sofía asintió repetidamente, boquiabierta.

Jorge se inclinó y con la punta de la lengua fue retirando suavemente del torso el reguero de chocolate negro. La panorámica era sexy y tremendamente excitante. Seguidamente deslizó unas gotas encima de los pezones y los lamió con sensualidad hasta que no quedó ni rastro.

—Dios mío... —masculló Sofía, que

había emprendido ya el camino sin retorno del placer.

—Quietecita —repitió Jorge con sonrisa perversa.

Bajó hasta la entrepierna, le abrió los labios con los dedos y echó un chorro de chocolate. Sofía suspiró. El contraste del frío del líquido con el calor que estaba sintiendo ya en sus partes hizo que se sacudiera como si le hubiera dado un ligero calambre. Jorge acercó la boca al clítoris y comenzó a chuparlo como si degustara el manjar más exquisito del mundo.

Sofía se mordió el labio inferior y movió la cabeza de un lado a otro mientras la lengua de Jorge jugueteaba sin descanso con su sexo.

Las corrientes de calor viajaban por su cuerpo esparciendo el placer por cada rincón, invadiendo cada órgano, cada célula. Una oleada de deleitosos espasmos comenzó a agitarse en su interior hasta que finalmente se corrió entre una coral de gemidos.

Jorge se incorporó sobre ella, buscó sus labios y la besó apasionadamente mientras le sostenía la cabeza.

—¿Te ha gustado? —preguntó, aunque la expresión de satisfacción de Sofía despejaba cualquier duda.

—No sabes cuánto... —respondió ella, tratando de controlar la agitada respiración.

—Ahora te toca a ti.

Jorge se irguió en su casi metro

noventa de estatura, ayudó a Sofía a bajarse de la mesa y la arrodilló delante de sus piernas, abiertas ligeramente. Cogió el bote de chocolate y se embadurnó el miembro ante la atenta mirada de Sofía, que sonreía casquivanamente. No hicieron falta más indicaciones. Sofía lamió lentamente la erección de Jorge de arriba abajo como si fuera un helado. El amargor del chocolate embriagaba su paladar mientras la lengua saboreaba la tesura de su miembro erecto.

Movió los ojos y miró hacia arriba. Jorge la contemplaba con los rasgos descompuestos por el placer. Sin apartar la mirada, cogió su pene y se lo introdujo completamente en la boca.

Jorge lanzó al aire un sonoro gemido.

—Sofía... —jadeó con los dientes apretados.

Sofía aceleró el ritmo. Dentro fuera. Dentro fuera, sin detenerse, sin pensar en nada que no fuera devolver a Jorge el placer que minutos antes él le había dado. Los gemidos se hicieron más graves, más profundos.

—Ahhh... Así, mi dulce niña, así...

Jorge estalló de placer dentro de la boca de Sofía unos envites después. La ligera mezcla de semen y chocolate le inundó las papilas gustativas. Tragó. Jorge sacó su miembro de ella cuando consiguió calmar los fuertes espasmos, se agachó y volvió a besarla.

—Vas a volverme loco si sigues

haciéndome cosas como estas — murmuró con voz voluptuosa, mirándola a la cara con expresión cómplice.

Sofía no articuló palabra; solo lo miraba con las pupilas vibrantes y colmadas de algo a lo que no daba explicación. Se sentía sonrojada y orgullosa a partes iguales. Incluso feliz. En un impulso irrefrenable se lanzó a la boca de Jorge; quería continuar degustando el sabor de sus labios perfectos, sin pensar en la realidad que había al otro lado de los muros de aquella sofisticada construcción cercana a la sierra de Guadarrama.

CAPÍTULO 18

Carlos dejó el vaso de whisky con indolencia y miró a los dos hombres de mediana edad con rostros sombríos y aire de suficiencia que lo acompañaban en la terraza del *Índalo*, un bar mítico de Alcalá, en el centro de Madrid.

Alargó el brazo mirando disimuladamente a derecha y a izquierda y puso encima de la mesa una bolsa negra de plástico de una conocida marca de ropa masculina de alta costura.

—Cincuenta mil euros —dijo, asegurándose de que no le oía nadie.

Los dos hombres que estaban con él intercambiaron una mirada muda.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó el que estaba situado a la

derecha. Un tipo voluminoso y mofletudo con una papada tan grande que se escurría por el cuello de la camisa gris.

—¿Eso importa? —respondió Carlos. Sacó un cigarrillo de la cajetilla de Marlboro que había extraído del bolsillo del pantalón vaquero, lo cubrió con las manos y lo encendió—. ¿Queréis uno? —Dio una calada. Los dos hombres negaron al unísono con la cabeza.

—No, no importa demasiado —dijo el tipo orondo que le había preguntado—. Es simple curiosidad —apuntó, cogiendo la bolsa y echando un vistazo en el interior.

—Es sorprendente que lo hayas

conseguido en tan poco tiempo — subrayó con mirada excesivamente suspicaz el otro hombre. Un maromo alto y desgarrado de ojos hundidos y nariz gruesa—. La semana pasada no tenías un solo euro que darnos...

—Uno tiene sus recursos —alegó Carlos, dando una nueva calada al cigarrillo.

Se sentía aliviado por haber podido saldar finalmente su deuda después de tantos meses. *Los salinos*, como bien le había advertido Oliver, no era gente que se viniera a razones, sobre todo, cuando había dinero por medio.

—¿Y qué recursos son esos? — insistió el maromo, encendiendo un enorme habano. Tras un par de caladas

profundas, una decena de finas hebras de humo se alzaron delante de su rostro, velando sus ordinarios rasgos—. Quizá nos convenga hablar de negocios con «tus recursos». Siempre es bueno rodearse de personas con dinero para que el oficio prospere.

—No lo creo —se apresuró a contradecirlo Carlos, que daba una calada detrás de otra—. Y, aunque estuviera dispuesto a hacer negocios con vosotros, no podría deciros quién es mi benefactor. —Hizo una pausa en su argumento y soltó una bocanada de humo—. Ni yo mismo sé quién es.

Los dos hombres alzaron las cejas en un gesto interrogativo. ¿De qué hablaba ese imbécil?

—¿Cómo que no sabes quién es tu benefactor? —preguntó el tipo voluminoso con desdén—. ¿Acaso crees que la gente va dejando cincuenta mil euros así por así a un desconocido? ¿Eres estúpido?

Carlos pasó por alto el insulto y el tono desdeñoso en que le habló. Su deuda con *Los salinos* estaba saldada. Por el bien de sus huesos, que podrían haber acabado rotos en una cuneta, o en el fondo de un pozo. Nada de lo que le dijeran le importaba ya, así fuera un escarnio en medio de la Plaza Mayor. ¿Qué más daba que aquellos dos matones profesionales supieran como había conseguido finalmente el dinero?

—Probablemente mi benefactor ha

sido un viejo millonetero de tantos que hay por Madrid —respondió en tono despreocupado—. Se encaprichó de mi novia y me ofreció cincuenta mil euros por pasar un fin de semana con ella... —Miró su reloj de muñeca. Eran las diez y veinte—. Seguro que en estos momentos se la está follando como un carcamal.

—¿Has vendido tu novia a un viejo verde? —preguntó con sorna el hombre que estaba fumándose el habano.

—Alquilado, más bien. Y no a un viejo verde cualquiera, sino a un viejo verde podrido en dinero —especificó Carlos, sin mostrar ninguna clase de pena o remordimiento.

No le importaba lo más mínimo quién

estuviera follándose a Sofía, ni dónde. No era una cuestión que le preocupase. Ni siquiera se había parado a pensarlo. Solo le importaba el dinero que ese insólito e inesperado acuerdo le había reportado. Ese hombre le había salvado el pellejo. Mientras tanto, para no aburrirse, se había llevado a Carmen al piso y entre raya y raya de cocaína se la tiraba en la misma cama en la que dormía Sofía.

El tipo orondo de gran papada meneó la cabeza enérgicamente.

—La próxima vez preséntanos a tu novia —dijo con voz obscena. Sus ojos tenían de pronto un brillo libidinoso—. Si tiene un buen polvo, tal vez puedas pagar tu deuda con ella. —Sonrió

maliciosamente—. Si la hembra lo vale, también admitimos pagos en especie. — Soltó una sonora carcajada.

—Lo tendré en cuenta —concluyó Carlos, que parecía estar pensando seriamente en su propuesta.

CAPÍTULO 19

Jorge alargó el brazo y tendió la mano a Sofía.

—Ven —dijo.

Sofía se acercó al sofá de mimbre del porche y se aferró a sus dedos largos y elegantes. Jorge tiró de ella para que se sentase junto a él y ahuecó el cuerpo para que la cabeza de Sofía recostara sobre su pecho. Le gustaba tenerla cerca. Muy cerca. Poder aspirar el olor que desprendía su piel acaramelada, su melena... Era un aroma tan fresco y singular.

—¿Te molesta? —preguntó Jorge, entrelazando cariñosamente su mano con

la de Sofía.

Sofía tardó unos segundos en responder. ¿Molestarla? Para nada. No se lo explicaba, pero resultaba insólitamente agradable escuchar en su oído el corazón de Jorge Montenegro latiendo de manera rítmica y sosegada; su abrazo protector defendiéndola del mundo. Y el suyo desbocado. Hacía tanto que no se le desbocaba el corazón de aquella manera, que había momentos en que parecía estar muerto. Muerto en vida, como estaba ella al lado de Carlos.

—No —dijo sin dudar, acoplándose mejor a su torso musculado.

—Si algo de lo que hago te incomoda, tienes toda la libertad para decírmelo —

apuntó Jorge—. Ante todo quiero que estés bien.

—Tranquilo. Estoy bien —dijo Sofía con voz dulce—. De verdad, estoy bien.

«Mejor que bien», pensó en silencio para sus adentros.

La noche era especialmente cálida y la brisa, susurrante como el arrullo de un gato, acariciaba suavemente la piel de sus rostros relajados. Un millar de estrellas iluminaban el manto azul oscuro del cielo, dando un toque romántico al lugar.

—Háblame de ti —pidió Jorge en tono cálido.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Sofía.

—Todo. Excepto si guardas

cadáveres en los armarios o el congelador —bromeó Jorge—. Ese tipo de detalles insignificantes no es necesario que los menciones.

Sofía se echó a reír.

—Soy más de emparedarlos — continuó con la mofa.

—¿Para ahorrar espacio?

—Sí, básicamente. Mi piso es muy pequeño.

Ahora era Jorge el que reía de modo distendido.

—¿Tienes hermanos? —preguntó.

—No, soy hija única.

—La niña mimada de papá...

—De mamá, más bien. Mi padre murió cuando yo tenía doce años — aclaró Sofía.

—Lo siento —dijo Jorge.

—Mi madre vive actualmente en Barcelona. Es comercial, y el trabajo la obliga a viajar por todo el país.

—¿La echas de menos?

—Mucho —respondió Sofia con voz apesadumbrada—. Me gustaría que estuviera más cerca. Voy a verla siempre que puedo. Pero no cuento con mucho dinero y a veces no es posible...

—Hizo una pausa. No quería ponerse melancólica—. Y tú, ¿tienes hermanos?

—Ella también quería saber cosas de Jorge Montenegro. No sabía si por seguir el ritmo de la conversación, pero tenía interés en conocer otras parcelas de su vida.

—Sí, tengo dos hermanos pequeños:

Raúl y Adrián.

—¿Y actúas de hermano mayor con ellos?

—Es inevitable —respondió Jorge, sonriendo—. Tengo un instinto protector muy desarrollado. Aunque he de reconocer que se defienden bien. Raúl es abogado y Adrián arquitecto, como yo.

El teléfono móvil de Jorge, que estaba sobre la mesa de mimbre del porche, sonó con la canción *Still loving you* de Scorpions. Se incorporó y lo cogió.

—A propósito de Adrián —dijo, cuando vio que era él quien lo llamaba. Descolgó—. Dime...

—Felicita al arquitecto que va a encargarse de diseñar el nuevo edificio

de *O'Neal Enterprise Consulting* en la Quinta Avenida de Nueva York — anunció radiante Adrián.

—¿Lo conseguiste? —preguntó retóricamente Jorge, que se sentía pletórico con la buena nueva de su hermano.

—Acabamos de firmar el proyecto — dijo Adrián.

—¡Bien! —exclamó Jorge—. Ese es mi hermanito. Felicidades.

—Gracias. —Adrián no cabía en sí de gozo.

—Estaba seguro de que lo conseguirías.

—Hay unas cosillas en las que tienes que ayudarme... Hay que salvar algunas dificultades técnicas, porque va a

construirse sobre un túnel de cercanías.

—Eso está hecho —afirmó Jorge—. Solo hay que adaptar la cimentación amortiguada a la estructura interior del edificio. En cuanto vengas a Madrid nos pondremos a ello.

—Estoy deseando contarte todo. Pero lo dejaré para cuando regrese. Me imagino que ahora estás ocupado... — Adrián dejó la frase suspendida en el aire. Su voz tenía un ligero matiz pícaro.

—Así es —respondió Jorge con discreción.

—¿Está ahí?

—Sí —confirmó Jorge, mirando de reojo a Sofía.

—¿Y qué tal?

—Bien. Muy bien...

Adrián sonrió al otro lado del teléfono, cómplice. Le entusiasmaba ver a su hermano mayor ilusionado de nuevo con una mujer. Si alguien se merecía ser feliz, ese era él.

—Cuídala, hermanito —aconsejó a Jorge—. Cuídala como solo tú sabes.

—Lo haré.

—El lunes vuelo para Madrid —dijo Adrián.

—Hasta el lunes, entonces —se despidió Jorge.

Colgó y dejó el móvil a un lado.

Bajó la mirada hasta Sofía y vio que se había quedado dormida. No le extrañaba. Había estado casi toda la tarde haciéndole el amor apasionadamente y ambos habían

acabado exhaustos. Pero es que no podía resistirse a su piel, a su cuerpo, a su encanto, a su pasión... Se sentía hechizado. No sabía qué le sucedía exactamente con ella, pero tampoco se lo preguntaba. Simplemente se dejaba llevar. Así era eso a lo que llamaban amor: imprevisto e impetuoso como una tormenta de verano.

La imagen de Paula surgió en su mente. A ella le hubiera gustado Sofía, pensó. Le hubiera gustado mucho. Eran distintas e iguales a la vez. Quizá había sido Paula, desde dónde estuviese, quien había puesto a Sofía en su camino, para que dejara atrás el doloroso fantasma de su muerte y para salvar a la propia Sofía del infierno en que estaba metida. Él la

llevaría a ese lugar secreto donde vuelan las mariposas.

La cogió cuidadosamente en brazos y se levantó del sofá. Le inspiraba una inmensa ternura contemplar su rostro angelical apoyado en su pecho mientras subía las escaleras que llevaban a la segunda planta en el más absoluto de los silencios.

Entró en la habitación y la tumbó en la enorme cama. Cuando fue a arroparla, tenía la camiseta ligeramente levantada y vio de nuevo el hematoma del costado. Como un autómatas extendió la mano y pasó las yemas de los dedos por él mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Le dolía en el alma aquel golpe y todos los que hubiera recibido

Sofía. Alzó la mirada y le contempló el rostro.

—Mi niña... Mi dulce niña... —dijo.

Le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y le dio un tierno beso en la frente. Inconscientemente, Sofía sonrió.

—Tienes que ser mía... para siempre —le susurró Jorge al oído.

CAPÍTULO 20

—¿Me leerás un día una de tus poesías? —preguntó Jorge. Se acercó a Sofía y le dio un beso fugaz en la boca.

—¿Quieres que te lea algo de lo que escribo? —Sofía parecía desconcertada ante el interés que mostraba Jorge por su poesía.

—Por supuesto —dijo él, como si fuera algo obvio—. Y me la leerás desnuda sobre la cama.

Sofía no pudo evitar sonrojarse imaginándose la sensual escena. Carraspeó, tratando de disimular el calor que había descendido hasta su entrepierna. ¿Por qué aquel hombre

causaba ese efecto, casi inmediato, en ella? ¿Por qué quería ser suya otra vez? ¿Por qué no le molestaban sus caricias?, ¿sus besos?, ¿sus abrazos? ¿Por qué lo deseaba tanto?

—Conozco algunas cafeterías de Madrid donde hay muy buenos recitales de poesía... —comentó Jorge.

—Sí —afirmó Sofía—. El último miércoles de cada mes yo voy al *Conflicto Sentido*, un recital que se celebra en el Marimba Café Bar.

—¿El Marimba Café Bar? —repitió Jorge—. No me suena.

—Es un bar muy acogedor situado en pleno corazón del barrio de Lavapiés.

—Tendré que pasarme un día —aseveró Jorge, mirándola de reojo.

El corazón de Sofía dio un brinco. Excepto su amiga Eva, nadie conocía sus versos. A Carlos, la poesía le parecía algo estúpido y sensiblero. Jamás había ido a verla a ninguno de los lugares donde Sofía había recitado alguna de sus poesías, por mucha ilusión que le hiciera. Así que se había convertido en una afición íntima y personal, casi secreta, que solo compartía con Eva y las personas anónimas que se reunían en el café.

Miró a Jorge unos instantes. Estaba convencida de que el *señor Montenegro* no acudiría al Marimba Café Bar a verla. ¿Por qué razón habría de hacerlo? Era un hombre demasiado ocupado y demasiado importante para perder el

tiempo en algo semejante. El interés que mostraba era simplemente fruto del momento. El lunes todo caería en el más absoluto y absurdo de los olvidos.

—Te has quedado muy callada —apuntó Jorge con voz suave, buscando su mirada—. ¿Estás bien?

—Sí—respondió Sofía, volviendo en sí.

—No sé si creérmelo —dijo Jorge. Sus ojos negros tenían una expresión cálida.

—Sí, de verdad —confirmó Sofía esforzando una sonrisa—. Estoy bien.

No, no estaba bien. Nada estaba bien, pensó Sofía para sus adentros. ¿Qué diablos le pasaba? ¿Por qué no quería que ese fin de semana terminara? ¿Por

qué de pronto no quería que todo volviera a ser como antes? ¿Por qué le ilusionaba que Jorge Montenegro fuera a verla a un recital de poesía? Se sentía tremendamente confundida.

Jorge se acercó a ella y la rodeó con los brazos. Los contornos de sus siluetas se convirtieron en dos figuras negras recortadas contra la luz del sol que entraba a raudales en el salón. Una estancia sofisticada como el resto de la casa, con dos sofás cheslong de cuero negro formando un ángulo recto alrededor de una mesa baja blanca y un plasma de televisión de dimensiones exorbitadas empotrado en la pared.

—Cuéntame... ¿Qué está pasando por esa cabecita? —preguntó Jorge, rozando

su nariz con la de Sofía.

—No es nada —se excusó ella—. Es solo un poco de cansancio. Me has dejado agotada —se atrevió a decir en broma.

—¿Estás segura de que solo es cansancio? —insistió Jorge arqueando una ceja. No estaba muy convencido de su respuesta.

Sofía afirmó en silencio con la cabeza. Jorge se le quedó mirando. Había una extraña sombra en el fondo de sus hermosos ojos verdes que no lograba descifrar. Pero después de unos segundos decidió creerla. Quizá estaba así por la forma en que se habían conocido. Él había pagado para estar con ella. Eso no tendría que ser fácil

para Sofía. Y tenía tanto miedo a que él se quejara a Carlos, que, probablemente, por eso estaba tan receptiva a él, incluso tan cálida. No era más que el miedo a las represalias lo que la hacía actuar así.

—¿Te apetece ver una peli? —le preguntó, cambiando de tema.

—¿Una romántica? —propuso Sofía, tanteando como acogía Jorge su sugerencia. Carlos detestaba las películas románticas.

—¿Ghost, Agua para elefantes, Los puentes de Madison...?

Sofía sonrió sin despegar los labios.

—Me encantará ver Los puentes de Madison contigo —dijo.

—Acomódate en el sofá —indicó Jorge. Su rostro varonil reflejaba

satisfacción—. Haré un par de bolsas de palomitas en el microondas.

Sofía observó como la figura regia de Jorge desaparecía por el pasillo hacia la cocina. Estaba embobada. Era tan distinto a Carlos. Como el día y la noche. Como el agua y el vino. Carlos... Su nombre centelleó en su mente. Una de las condiciones que le había puesto Jorge era que no tendría acceso al móvil durante todo el fin de semana. Sofía ignoraba si Carlos la había llamado o le había mandado un whatsapp; aunque, sinceramente, lo dudaba. No parecía estar muy preocupado por su paradero.

Sofía suspiró.

En ese momento, Jorge llegó imprevistamente por detrás y le dio un

beso en el cuello, sacando a Sofía de sus cavilaciones. Cuando giró el rostro, Jorge le ofrecía un bol hasta arriba de palomitas de maíz.

—Gracias —dijo Sofía entusiasmada, cogiéndolo con las dos manos.

Jorge dejó encima de la mesa el otro y se dirigió hacia una estantería situada al lado del plasma. Pasó el índice por el canto del centenar de DVD de la enorme colección que poseía hasta que encontró *Los puentes de Madison*. Lo cogió y lo introdujo en el aparato reproductor.

—¿Lista? —preguntó con un guiño de complicidad.

Sofía movió enérgicamente la cabeza de arriba abajo mientras metía la mano en el bol de las palomitas y sacaba un

puñado. Jorge encendió la televisión, se sentó junto a Sofía y estiró el brazo para que ella pusiera su cabeza sobre él.

—¿Estás cómoda? —dijo Jorge.

—Mucho —respondió Sofía. Le encantaba esa posición. Le hacía sentirse protegida.

CAPÍTULO 21

Cuando la película y las palomitas de maíz se terminaron, la tarde caía en la sierra de Guadarrama pintando un lienzo de colores escarlata en el cielo. Jorge se levantó y al ir a recoger los boles, Sofía le tiró un cojín que fue a parar a su cabeza.

—Se me ha caído —dijo Sofía con cara de niña buena cuando Jorge giró el rostro y la miró divertido arqueando las cejas en un gesto interrogativo.

—¿Dos metros delante de ti? —preguntó.

—Tengo muy mala puntería —se excusó Sofía, poniendo expresión

traviesa.

Jorge cogió el cojín del suelo y se lo lanzó a Sofía, dándola en plena cara. Sofía atrapó dos almohadones más y se los tiró a la vez, pero Jorge se agachó y los esquivó sin problemas.

—Buenos reflejos —afirmó Sofía.

—Gracias —ironizó Jorge—. ¿No crees que eres un poco guerrera?

—¿Guerrera, yo? —preguntó Sofía, lanzándole un nuevo cojín—. Para nada.

Jorge rio, moviendo la cabeza.

—Si vuelves a tirarme otro almohadón vas a ir directa a la piscina —la amenazó con una sonrisa pícaro y seductora.

—¿No te atreverás? —lo desafió Sofía con los ojos entornados.

—Ponme a prueba.

Sofía se levantó del sofá, cogió el último cojín que había y se lo tiró a Jorge, que lo atrapó al vuelo. La complicidad entre ambos era palpable.

—¿Te he dicho que tienes muy buenos reflejos? —repitió Sofía.

Jorge dejó el cojín a un lado sin decir nada y con los ojos entornados como un felino apunto de atacar, e hizo el amago de salir corriendo. Sofía dio un salto y se colocó detrás del sofá. El cuello de la camiseta le caía por el brazo, dejando su hombro al descubierto de una manera que a Jorge le pareció extremadamente sensual y coqueta. No sabía si tirarla a la piscina o hacerle el amor.

—Es muy tarde para bañarse en la

piscina —se excusó Sofía, tratando de contener una sonrisa.

Primero la tiraría a la piscina y después le haría el amor.

—Haberlo pensado antes de lanzarme el cojín. Te lo advertí —indicó Jorge con el dedo.

Jorge salió disparado hacia Sofía con los ojos brillantes de diversión y... deseo. Ella rodeó el sofá para que no la atrapara.

—¿No querrás que me constipe? —preguntó Sofía al tiempo que se movía de un lado a otro.

—¿En el mes de julio y con más de treinta grados en la calle? —ironizó Jorge, dando una zancada hacia ella y acortando distancias.

—Soy muy sensible —afirmó Sofía en broma.

Salió corriendo intentando que Jorge no la cogiera. Pero él saltó por encima del sofá y la persiguió por todo el salón hasta que finalmente la atrapó. Sofía lanzó un grito.

—Te vendrá bien un bañito... —dijo Jorge mientras la cogía en volandas y se la echaba al hombro como un saco.

—No, no, no, no...

—Sí, sí, sí, sí...

—¿Y si te doy un beso? —lo chantajeó Sofía entre risas sofocadas.

Jorge se detuvo en seco en mitad del jardín. La piscina estaba a unos metros, iluminada por una línea de fluorescentes blancos.

—Déjame que me lo piense. Tu oferta es muy tentadora —dijo—. Mmm... no —contestó transcurridos unos segundos. Alzó los brazos y lanzó a Sofía a la piscina. Cuando emergió a la superficie rio, como hacía tiempo que no reía, como hacía años, como cuando ella era ella, y no la persona apagada y silenciosa en que la había transformado Carlos, con quien no tenía ni la mitad de complicidad que con Jorge.

Agitó las manos y salpicó a Jorge, que la contemplaba con ojos ardientes desde el césped. Tenía el pelo alborotado y el torso desnudo.

—Eres un idiota —le dijo Sofía, sin dejar de echarle agua.

Jorge sonrió, cogió carrerilla y se

lanzó de cabeza a la piscina.

—Un idiota al que vas a volver loco —aseveró con voz grave mientras agarraba a Sofía por la cintura y la atraía hacia él.

Su niña no podía estar más sexy, con la camiseta mojada pegada al cuerpo como una segunda piel, deslizándose por el hombro y marcando los pequeños pechos por debajo del algodón. Tenía los pezones endurecidos. Sofía metió los dedos entre el pelo mojado de Jorge y lo miró a los ojos con una ansiedad que, por más que trataba, no podía disimular.

—¿Eres consciente de cuánto te deseo? —le preguntó Jorge—. ¿Eres consciente, Sofía?

Sofía no dijo nada, pero notó su

miembro duro en la tripa. Miles de mariposas empezaron a revolotear en su estómago. Se acercó a la boca de Jorge y se besaron apasionadamente como si no hubiera un mañana. Quizá ya no lo hubiera para ellos, pensó Sofía. Quedaban algo menos de tres horas para que acabara el domingo, para que terminara el fin de semana; ese que tanto había temido que llegara y que ahora no quería que pasara. ¿Por qué se sentía tan confundida? ¿Tan turbada? ¿Por qué las palabras de Jorge le daban tanto miedo?

Apartó todos aquellos interrogantes de su cabeza y se fundió con sus labios, que la reclamaban sin descanso. La lengua de Jorge, rebelde, inspeccionaba cada rincón de su boca de forma

posesiva, autoritaria...

Jorge se separó, la llevó con él hasta uno de los lados de la piscina y se situó detrás de ella.

¿Iba a hacerle el amor allí?, se preguntó Sofía con cierto asombro. ¿De qué se extrañaba? Jorge era fogoso y apasionado hasta la saciedad. Insaciable, ambicioso, explorador. Había perdido el número de veces que la había hecho suya en todas las variables posibles a lo largo de esos dos días. Y ahora iba a volver a poseerla. Dentro de la piscina.

Jorge trasteó con las manos y se quitó el pantalón de lino blanco que llevaba puesto. Después desabrochó el botón del short vaquero de Sofía y se deshizo de

ellos junto a las braguitas. Ella movió las piernas para ayudarlo mientras sentía su aliento cálido en el oído.

—Te deseo tanto —murmuró Jorge besándole el hombro con ternura—. Tanto...

Alzó el rostro y le rozó la oreja suavemente con la nariz. El cuerpo de Sofía empezó a vibrar, expectante. Jorge deslizó las caricias por el cuello. Sofía levantó los brazos y le agasajó el pelo, ladeando al mismo tiempo la cabeza para facilitarle el acceso. Suspiró cuando Jorge le mordisqueó repetidamente. Los pezones de Sofía se endurecieron más aún.

—Eres tan femenina...

Las manos de Jorge se acoplaron a

sus pechos y los apretó con fuerza. Sofía gimió y se convulsionó contra su cuerpo.

—Tan sensual...

Le mordió con delicadeza el lóbulo de la oreja y tiró de él para sí.

—Tan dulce...

Le pasó la lengua lánguidamente. Con el dedo índice fue dibujando una línea descendente hasta el final de la espalda. Sofía sintió un escalofrío a lo largo de la espina dorsal.

—Jorge... —susurró.

—¿Qué? —dijo él, introduciendo el dedo dentro de ella.

La sangre de Sofía se activó en las venas y la respiración empezó a acelerarse descompasadamente. Jadeó. Jorge la inclinó ligeramente hacia

delante mientras su dedo seguía jugueteando en su interior.

—Voy a morir de placer... —
murmuró Sofía.

—Entonces, moriremos juntos —
afirmó Jorge.

Sacó el dedo y se lo metió a Sofía en la boca, que lo lamió con ansiedad. Seguidamente juntó sus labios con los de ella y probó su sabor. Exquisito.

La inclinó un poco más, la cogió de las caderas y la estrechó contra él y, lentamente, la fue penetrando. Sofía cerró los ojos y se dejó llevar por la placentera sensación de invasión que Jorge ejercía sobre ella, que comenzó a moverse cada vez más rápido mientras los ojos le ardían de pasión.

Ambos gimieron a la vez cuando la penetró profundamente.

—Ahhh... —suspiró Sofía casi a punto de llegar al clímax.

Jorge aceleró el ritmo. Sus caderas se mecían cada vez más apremiantes. Sofía pegó el culo a su entrepierna. Quería sentirlo en lo más hondo de su ser. Hasta que esa sensación ardiente y familiar la recorrió todo el cuerpo. Miles de punzadas de placer que la catapultaron al éxtasis, agarrada al borde de la piscina.

Jorge la aferró con fuerza de la cintura, jadeando. Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y dando un último empujón se corrió con los dientes apretados. Sofía se dejó caer,

sobrecogida. Jorge la sujetó y le dio la vuelta para mirarla. Le cogió el rostro con las dos manos y la besó cariñosamente, tratando de regular su respiración entrecortada.

CAPÍTULO 22

—Me encantaría lavarte el pelo — dijo Jorge.

Sofía le pasó el champú en silencio y se dio la vuelta lentamente en la ducha. Jorge se echó un poco en las manos y frotó para hacer espuma. Los dedos empezaron a friccionar el cuero cabelludo de Sofía con delicadeza. Sofía suspiró mientras contaba los minutos que faltaban para las doce de la noche.

De pronto se sentía como Cenicienta; pendiente de la hora en que se rompería el encantamiento; pendiente de que el hechizo se acabaría y volvería a la

realidad. Su realidad. ¿No era eso lo que quería desde que Carlos le hizo la extraña proposición de pasar un fin de semana con un desconocido? Sí, claro que sí. No deseaba otra cosa.

—¿A qué hora entras a trabajar mañana en la perfumería? —preguntó Jorge, masajeándole la cabeza.

—A las diez —respondió Sofía.

—Quiero pasar esta noche contigo —anunció Jorge. Sofía abrió los ojos de par en par. El corazón le aporreó el pecho como si tuviera dentro cien tambores—. ¿Crees que a... Carlos le importará? —A Jorge le costaba horrores pronunciar su nombre.

Sofía bajó la cabeza y durante unos segundos se mantuvo callada.

—No —dijo al fin. Hubo un silencio pesado—. Probablemente le dé igual... —Su voz se fue apagando.

Jorge advirtió que la actitud indiferente e impasible de Carlos dolía a Sofía, y sintió una punzada de rabia, de celos. ¿Cómo podía estar enamorada de ese cabrón? Pese a todo, por un momento envidió su suerte. La envidió porque la tenía a ella. A su preciosa y dulce niña. Porque Sofía ya era su niña.

—Y tú, ¿quieres quedarte esta noche conmigo? —le preguntó en tono moderado al tiempo que le aclaraba la frondosa melena.

La espera hasta que Sofía respondió se le antojó eterna.

—Sí.

Jorge sonrió, y notó un alivio en el fondo del estómago. La rodeó con los brazos y la besó con ternura en el pelo mojado. Sofía se agarró a sus enormes manos y deslizó la cabeza hacia atrás para apoyarse en su pecho desnudo.

Suspiró de nuevo. Estaría unas horas más con el *señor Montenegro*.

Durmieron abrazados, hechos un nudo de brazos y piernas mientras el amanecer llegaba con sus tímidos tonos pastel. Antes de que el alba hiciese acto de presencia, Jorge volvió a hacerle el amor a Sofía de un modo tan apasionado que casi era salvaje, animal. Necesitaba,

porque era una necesidad imperiosa, sentirla de nuevo, estar dentro de ella, aunque fuera por última vez.

La hizo suya con pasión, y con el dolor de no volverla a ver nunca más; de no tenerla así, entre sus brazos, nunca más; de no estar dentro de sus entrañas nunca más; de no contemplar embobado su deslumbrante sonrisa nunca más.

Ambos acabaron extenuados.

Jorge le abrió caballerosamente la puerta del BMW gris con el que Walther fue a recogerla el viernes a su piso. El silencio había sido el protagonista del desayuno y también tenía intención de

ser el protagonista del viaje de regreso a Madrid. Las palabras se negaban a salir, parecían estar atascadas en mitad de la garganta. Sofía trató de entablar conversación varias veces, pensó varios temas, pero hablar del tiempo era demasiado trivial después del intenso fin de semana que había vivido. Así que se limitó a contemplar el soleado paisaje por la ventanilla del coche mientras Jorge la llevaba a casa.

—¿Es aquí dónde vives? —preguntó Jorge cuando llegaron al número 15 de la calle Gómez de Arteche, en el barrio de Buenavista, aunque era una pregunta obvia.

Sofía asintió en silencio con los labios ligeramente apretados, mirando a

Jorge por debajo de las espesas líneas de pestañas que se extendían como un abanico a lo largo de sus ojos verdes.

—Entonces, hemos llegado —anunció Jorge.

—Sí —afirmó Sofía.

Se bajaron del coche, Jorge abrió el maletero y sacó la pequeña maleta de viaje de Sofía.

—Gracias —dijo Sofía.

Era temprano aún. Las calles de la polifacética Madrid empezaban a desperezarse entre los vivos y cálidos rayos del sol de julio. Sofía, indecisa y expectante, miró fugazmente hacia su portal.

—Tengo que irme, o llegaré tarde a la perfumería —dijo a media voz.

Jorge se quedó mirándola en silencio, asimilando sus palabras. Sofía sintió que el corazón se le paraba en seco. Los ojos oscuros y seductores de Jorge ardían como dos ascuas.

—No voy a dejar que te vayas sin robarte un beso —aseveró Jorge con contundencia.

La cogió por la cintura con un movimiento preciso y efectivo, la atrajo de un tirón hacia él y la besó. Sofía perdió la noción del tiempo y del espacio mientras se fundía con sus labios de terciopelo. No había nadie en la calle, pero tampoco le hubiera importado que la hubieran visto. De pronto no le importaba nada que no fuera Jorge Montenegro y la marabunta

de sensaciones que producía en ella.

—Ya, por favor... —dijo en voz baja apartándose de él. Jorge no insistió. No quería presionarla—. Tengo que irme —repitió Sofía, retrocediendo cautelosamente un par de pasos.

—¿Puedo invitarte un día a un café? —preguntó Jorge. Sus pupilas vibraban. Sofía movió la cabeza lentamente.

—No creo que sea una buena idea —respondió, sin pensarlo mucho. No supo a ciencia cierta por qué dijo eso, pero lo dijo—. Tengo novio...

Jorge asintió. Lo entendía... o no. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Sofía cogió la maleta y la hizo rodar unos cuantos metros hasta llegar al portal. Antes de entrar, se giró.

—Jorge... —lo solicitó.

Jorge permanecía de pie al lado del coche con su impoluto traje sastre negro, en el mismo sitio donde lo había dejado, soberbio y majestuoso con su casi metro noventa y su aire de modelo de Armani; inmóvil como una estatua de mármol, mirándola fijamente, como si tuviera el cuerpo clavado al asfalto. Ni un seísmo lo hubiera movido de allí.

—Dime... —dijo.

Sofía soltó la maleta, corrió hacia él y lo abrazó con fuerza.

—Gracias —susurró únicamente contra su pecho.

«Gracias a ti», pensó Jorge. Alzó la mano y le acarició la cabeza.

Sofía deshizo el abrazo después de

unos instantes que le resultaron, sin duda, efímeros, se dio la vuelta, recogió la maleta y, sin mirar ya atrás, se introdujo en el portal. No servía de nada alargar más la despedida.

CAPÍTULO 23

Se asomó a la ventana del salón del piso y vio que el BMW gris de Jorge torcía por la calle que salía a la izquierda. Sofía pareció desinflarse como un globo cuando desapareció de su vista definitivamente.

—Adiós —dijo en un hilo de voz con las palmas de las manos apoyadas en el cristal.

Se dio la vuelta con los hombros caídos. Se sentía extraña. En una casa que de pronto se le antojaba vacía y solitaria. Demasiado vacía y demasiado solitaria.

Miró a su alrededor y olfateó el

ambiente; estaba enrarecido. En el aire flotaban las notas marchitas de un perfume que no era el suyo. Un perfume pesado y penetrante; barato, que se resistía a irse y que desafiaba a su fresca y chispeante fragancia de flores silvestres. ¿A quién había llevado Carlos al piso?

Se encaminó hacia el dormitorio y abrió la puerta. La cama estaba totalmente deshecha y las sábanas revueltas como si hubiera pasado un tornado. Se le encogió el corazón. Carlos había aprovechado su ausencia para estar con otra mujer. ¿Con una prostituta?, ¿o con una amante? Sofía paseó la mirada por la habitación buscando más pistas, como si las

necesitara. Abrió el armario y algunos cajones de la cómoda en los que guardaba su ropa. Todo parecía estar en su sitio.

Agarró las sábanas y tiró de ellas. Estaba llena de rabia, de ira, de impotencia mientras las arrancaba de la cama con los ojos anegados de lágrimas. ¿Cómo podía Carlos ser tan atrevido?, ¿tan desleal? ¿Cómo podía tener tan poco tacto? ¿Es que acaso su desvergüenza no tenía límite?

Las arrebujó en una bola y las metió directamente en el cubo de la basura. Por nada del mundo iba a dormir en unas sábanas en las que Carlos hubiera estado follando con otra.

Se apoyó en la pared, se dejó resbalar

hasta el suelo y lloró amargamente sentada sobre la frialdad de las baldosas de la cocina, hasta que llegó la hora de irse a trabajar.

—No tienes muy buena cara —dijo Sara a Sofía cuando la vio entrar en la perfumería. Sara era su compañera de trabajo. Una chica de rasgos aguileños, pelo rizado moreno y cuerpo desgarrado —. Parece que has llorado... ¿No ha sido un buen fin de semana?

Sofía desvió la mirada del rostro con expresión inquisitiva de Sara. No estaba de humor para hacer frente a sus siempre agotadores e inoportunos

interrogatorios. Sara quería saberlo todo, aunque no le concerniera nada.

—No he dormido bien —se justificó Sofía, que no tenía ningunas ganas de darle explicaciones.

Sin mediar más palabras, se fue a las taquillas y se puso el uniforme.

Adrián entró radiante en el enorme despacho minimalista de Jorge, situado en la cúspide de uno de los edificios de la sin par Castellana. Acababa de aterrizar de su viaje a Nueva York y vestía de manera informal, con unos vaqueros y una camisa de lino blanca.

—Enhorabuena —dijo Jorge.

Salió de detrás del escritorio, atestado de planos y futuros proyectos y dio a su hermano pequeño un afectuoso abrazo.

—Gracias —respondió Adrián.

—Pero, cuéntame... Cuéntame cómo ha sucedido todo —pidió Jorge, dibujando una amplia sonrisa en los labios.

Ambos se dirigieron a la mesa alargada, negra y rectangular que poseía el despacho, y se sentaron en las sillas de cuero. Adrián estuvo más de tres cuartos de hora relatando pormenorizadamente a su hermano mayor los detalles de la presentación del proyecto a los directivos de *O'Neal Enterprise Consulting*, y como

finalmente se lo habían concedido a él. Jorge volvió a felicitarlo por su hazaña.

—¿Qué tal te fue en la reunión con los norcoreanos? —se interesó Adrián.

—Bien —respondió Jorge con voz entusiasmada—. Creo que mi proyecto les convenció.

Adrián le dio unas palmaditas en el hombro.

—¡Eres un crack, hermanito! —exclamó.

—Todavía falta mucho camino por andar... Pero creo que finalmente será nuestro.

—¡Sí! —prorrumpió Adrián con los puños cerrados. Se calmó y miró a Jorge con gesto cómplice—. ¿Y qué tal el fin de semana con Sofía? —dijo en tono

confidencial.

Jorge alzó los ojos. Su expresión se había ensombrecido.

—Demasiado bien —afirmó.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara? —quiso saber Adrián.

—No creo que vuelva a verla... —aseveró Jorge—. A no ser que pague de nuevo a su novio, y no quiero que pase otra vez por algo así.

Adrián movió la cabeza. No entendía nada. ¿Por qué si había ido tan bien como Jorge exponía, no iban a volver a verse? ¿Sería por Paula? ¿Su fantasma seguía atormentándolo?

—Sofía ha estado sorprendentemente receptiva a mí durante todo el fin de semana —dijo Jorge, adelantándose a la

pregunta de Adrián, que lo miraba con rostro circunspecto—. Pero era por la presión a la que le ha sometido Carlos.

—¿Su novio?

—Sí. Para que yo no me queje de «su servicio», por llamarlo de alguna manera —dijo Jorge—. Si yo no hubiera quedado conforme, Sofía tendría que haber hecho frente a las represalias de Carlos. Y ya me imagino en qué consisten...

—Entiendo... —dijo Adrián—. ¿Cómo puede ser alguien tan hijo de puta?

—Me duele que Sofía esté con un hombre así —comentó Jorge, apesadumbrado. Me duele que esté con cualquier hombre que no sea yo, pero

sobre todo me duele que esté con un hombre de la calaña de Carlos. Me duele y me da miedo... —dejó la frase colgando—. Todos sabemos cómo acaban algunas de las víctimas de la violencia de género y las vejaciones por las que sus verdugos les hacen pasar. —Hizo una pausa y apretó las mandíbulas con fuerza. Los rasgos se le endurecieron—. De buena gana mataría a ese cabrón con mis propias manos.

—Tienes que tranquilizarte —dijo Adrián, haciendo gala de sensatez—. Me hago una idea de la impotencia que sientes, de la rabia, pero no vas a arreglar el problema tomándote la justicia por tu mano. ¿No le has planteado la posibilidad de

denunciarlo?

Jorge se llenó los pulmones de aire y los soltó de golpe.

—Sofía está enamorada de Carlos hasta las trancas —afirmó muy a su pesar—. Vive por y para él. Hubiera hecho cualquier cosa y se hubiera dejado hacer cualquier cosa con tal de no decepcionarlo, de no defraudarlo.

—Entonces solo puedes hacer una cosa... —dijo Adrián con los ojos brillantes. Jorge frunció el ceño, extrañado—. Enamorarla —aclaró rotundo Adrián. Sonrió, astuto—. Vamos, hermanito... Cualidades no te faltan. Tienes a tus pies a la mitad de las mujeres de Madrid y, si me apuras, del país. Eres el soltero de oro de España.

—Sofía no es de esas... —se adelantó a decir Jorge.

—Lo sé —interrumpió Adrián—. Si lo fuera, tú no te habrías fijado en ella. —Rio—. ¿No me digas que a estas alturas voy a tener que enseñarte a ligar? Quizá, después de tantos años, has perdido práctica. Pero ligar es como montar en bici: nunca se olvida.

Jorge levantó una ceja en un elocuente gesto. Estaba realmente sorprendido.

—No es necesario que me des clases sobre como cortejar a una mujer —ironizó—. Creo que me las apañaré bien solo.

—Pues desempolva tus armas de seducción y a por Sofía —le aconsejó—. Quítasela a ese hijo de puta —dijo

en tono serio—. Eres un Montenegro... Que se note que eres el galán de la familia.

Jorge meneó la cabeza reflejando una expresión de resignación en el rostro. Adrián era imposible. No harían carrera de él, pero tenía razón. Era la única alternativa que le quedaba. No había nada que le impidiera conquistar a Sofía. Absolutamente nada. Y lo haría de la manera que él sabía: como un caballero.

CAPÍTULO 24

—¿Qué hacen las sábanas en la basura? —inquirió Carlos en tono despótico cuando llegó al piso por la noche, después de haber estado el día entero ganduleando por Madrid.

—No voy a dormir en ellas después de que te has estado revolcando con otra en mi propia cama —soltó Sofía con toda la rabia que tenía acumulada en su interior, sin percatarse que revelarse contra Carlos era, con todo pronóstico, una imprudencia.

—¿De qué diablos hablas? —dijo Carlos, haciéndose el despistado.

—Sé que has estado aquí con otra

mujer.

Carlos carcajeó teatralmente.

—Vaya... La mosquita muerta está sacando las uñas —señaló con sumo desdén—. Deja de ver fantasmas donde no los hay. Y si los ves, no los alimentes.

—No son fantasmas —aseguró Sofía encarándose con él—. Cuando he entrado esta mañana en el piso olía a perfume barato.

«Esa tonta de Carmen debería ser más precavida —pensó Carlos malhumorado—, o acabará metiéndome en un lío».

—Ya sabes lo poco que me gustan las escenas de celos —dijo en voz alta.

—No es una escena de celos, Carlos.

—¿Qué derecho te crees que tienes

para montarme este numerito? —gritó a la defensiva con la intención de desviar el tema.

—Con el derecho que me da ser tu novia —argumentó Sofía en tono visiblemente impotente—. ¿Eso no es nada para ti? Me debes respeto.

Carlos bufó divertido. En sus ojos marrones parecía habitar una broma perpetua.

—¿Respeto? —repitió, como si nunca antes hubiera oído esa palabra—. No eres más que una zorra, como todas las mujeres —vociferó exaltado—. ¿Qué respeto se le puede tener a una zorra? Dime...

—Soy tu novia... —murmuró Sofía en un tono de voz apenas audible.

—Mi novia... —dijo Carlos, haciéndole burla mientras se acercaba a ella—. ¿Sabes lo único que significa eso? ¡¿Lo sabes?! —rugió en su oído.

—No —respondió Sofía en voz baja, negando al mismo tiempo con la cabeza. Carlos le daba miedo cuando se enfadaba.

—Que puedo follarte cuando me dé la real gana —afirmó Carlos. Los ojos miraban a Sofía con desprecio—. ¿Eso es lo que quieres? ¿Qué te folle? —inquirió, agarrándola del brazo y tirando de ella hacia él.

—No... —dijo Sofía. Tenía la boca seca.

—Voy a darte tu merecido —bramó Carlos, obligándola a ir al dormitorio.

—Suéltame, Carlos, por favor. Suéltame. No quiero... Así no quiero, por favor —sollozaba Sofía, que no encontraba la manera de detener aquello.

Carlos la llevó hasta la cama y le dio un fuerte empujón.

—Voy a hacer valer tus derechos y tus deberes como novia —afirmó con voz maliciosa.

—Así no..., por favor. Así no... —suplicó Sofía. Carlos se puso encima de ella, desoyendo los ruegos que pronunciaba entre lágrimas y de un tirón le desgarró el vestido—. Por favor...

—Cállate —dijo, dándole una fuerte bofetada en la cara—. O te haré callar yo a hostias.

Sofía se retorció sobre sí misma, intentando zafarse de Carlos, pero su pesado cuerpo la tenía atrapada contra la cama. Carlos se bajó la cremallera del pantalón y se sacó el miembro por la bragueta, haciendo patente su apremiante erección. Con las rodillas le abrió las piernas a Sofía y sin dilaciones ni pérdidas de tiempo estúpidas que no necesitaba, la penetró, hundiéndose en ella hasta el fondo.

—¿Quién te folla mejor? —le preguntó Carlos desdeñosamente y con un ridículo aire de suficiencia mientras entraba y salía de ella a la fuerza—. ¿Yo, o ese viejo con el que has pasado el fin de semana?

—¡Déjame! —exclamó Sofía,

retorciéndose debajo de Carlos, que la seguía penetrando una y otra vez—. ¡Déjame, por favor...!

—¿No dices que eres mi novia? Entonces, compórtate como tal —apuntó Carlos con sorna, dándole otra fuerte bofetada—. Tienes derechos, y también deberes. Dejarte follar es uno de ellos...

Carlos siguió moviéndose de arriba abajo entre sonoros jadeos, hasta que su cuerpo se tensó como un cable. Dio un último empujón, introduciéndose profundamente en Sofía, —que gritó al sentir un pellizco de dolor en las entrañas—, y se corrió dentro de ella.

Carlos se derrumbó exhausto sobre el cuerpo menudo y dolorido de Sofía, que trataba de contener las lágrimas para no

empeorar la situación, pero a duras penas lo conseguía. Los ojos le escocían y las mejillas le ardían por las bofetadas. Carlos se echó a un lado con la respiración entrecortada y segundos después se levantó.

—Si vuelves a exigirme derechos y respetos, volveré a exigirme deberes — dijo con prepotencia mientras se subía la cremallera de la bragueta.

Cuando Carlos salió de la habitación, Sofía se dio la vuelta en la cama, se tapó la cara con la almohada y rompió a llorar como una niña pequeña. ¿Por qué la trataba así? A ella siempre le había gustado hacer el amor con él. Entonces, ¿por qué la trataba así? ¿Qué tenían esas otras mujeres con las que se acostaba

que no tuviera ella? Ella... que tanto lo quería.

El llanto y el cansancio la vencieron y se dejó arrullar por el dios del sueño, que la reclamó toda la noche.

CAPÍTULO 25

—A ver qué le parece este — preguntó Sofía a una señora de avanzada edad con el pelo blanco y corto que había entrado en la perfumería a comprarse una colonia. La mujer extendió el brazo y le ofreció la muñeca —. Es fresco y a la vez sofisticado... — dijo Sofía al tiempo que le rociaba un poco en la piel.

—No está mal —respondió—. Pero me gusta más el primero.

—¿Este? —se aseguró Sofía, señalando con el dedo un frasco de cristal con forma de busto de mujer que descansaba sobre el mostrador.

—Sí. Su fragancia es mucho más

sutil...

La puerta de la perfumería se abrió, interrumpiendo la conversación, y un chico de veintipocos años, repeinado y con un uniforme de la floristería Bourguignon entró en la tienda con un enorme ramo de rosas rojas.

—Dios mío... —se oyó decir a Sara desde el fondo. Corrió hacia la puerta, esperanzada de que fuera para ella, y se detuvo frente al repartidor—. ¿Es para mí? —interrogó.

—No lo sé —dijo él. Miró el papel de entrega y preguntó—: ¿Eres Sofía?

—No —contesto Sara, desanimada y con los hombros caídos.

Sofía, que no había dudado un momento de que el ramo fuese para

Sara, levantó los ojos, que se advertían brillantes y asombrados, y miró hacia el chico. Un golpe de rubor le invadió las mejillas.

—¿Eres Sofía?

—Sí —afirmó ella boquiabierta mientras se acercaba al repartidor.

—Entonces esto es para ti —anunció él, tendiéndole el enorme ramo de rosas con una sonrisa afable. Sofía lo cogió como si fuera una bomba de relojería a punto de explotar—. Si eres tan amable de echarme una firmita aquí —indicó el repartidor.

Sofía dejó el ramo encima del mostrador, cogió el resguardo y firmó en el recuadro que le había señalado el chico.

—Gracias —dijo.

—Que tengáis buena mañana —se despidió el repartidor.

Sofía se volvió y contempló las rosas unos instantes. Eran preciosas, de un rojo vibrante, casi vivo. Estaban lozanas y frescas como si las acabaran de cortar, y parecían de terciopelo. Se inclinó lentamente hacia ellas y las olió. El aroma que desprendían era inspirador. Después cogió la tarjeta, la abrió y la leyó.

*Gracias por todo lo que me has
dado.*

*Porque he vuelto a ser gracias a ti,
durante las horas que
has estado conmigo.*

*Porque muero por llevarte
a ese lugar secreto
donde vuelan las mariposas.*

Jorge Montenegro.

«Donde vuelan las mariposas...»

Sofía pasó cuidadosamente el dedo por la tarjeta, como si temiera que las letras desaparecieran al contacto con las yemas cuando relejó esa frase.

«¿Qué lugar será ese?», se preguntó, y sonrió cómplice con el mensaje de Jorge.

—Y luego te quejas de que Carlos no es romántico. —La voz de Sara se escuchó detrás de Sofía, que emergió de golpe a la realidad.

—¿Carlos...?

—Sí, Carlos —dijo Sara—. Porque es Carlos quien te lo ha enviado, ¿no?

—Sí, claro que sí —mintió Sofía algo titubeante, aunque podían pasar por ser los nervios de la emoción—. ¿Quién me lo va a enviar sino?

Volvió a sonreír para sus adentros y se metió la tarjeta en el bolsillo de la camisa del uniforme. Sara, que había vuelto a sus quehaceres, se moriría si supiera que realmente quién le había mandado aquel impresionante ramo de rosas rojas era Jorge Montenegro, el arquitecto más prestigioso del país y uno de los hombres más guapos del panorama nacional.

—Siento haberla hecho esperar —se

disculpó Sofía con la mujer de avanzada edad a la que estaba atendiendo antes de que entrara el repartidor de flores—. ¿Finalmente se lleva esta? —preguntó, intentando retomar su trabajo.

—Sí —confirmó la señora—. ¿Me la puedes envolver para regalo?

—Por supuesto, ahora mismo —dijo Sofía, que trataba de concentrarse por todos los medios.

Se dirigió al mostrador, cortó un trozo de papel de regalo y envolvió la colonia.

—Son diecisiete euros —dijo cuando terminó.

La mujer abrió la cartera, sacó un billete de veinte euros y se lo dio a Sofía para que cobrara.

—¿Me permites un consejo? —le dijo en tono confidencial. Sofía asintió mientras le daba los tres euros de vuelta —. Sea quien sea el que te ha enviado este precioso ramo —dijo, mirando las rosas—, no lo dejes escapar. La manera en que te han brillado los ojos cuando has terminado de leer la tarjeta dice más que mil palabras.

La señora le dedicó una cálida sonrisa y Sofía le devolvió el gesto, agradecida.

—Gracias —dijo.

La mujer inclinó la cabeza, satisfecha, y se marchó.

Sofía extrajo la tarjeta del bolsillo de la camisa y volvió a leerla.

—¿Cómo puedes decir que Carlos no

es romántico? ¿Cómo? ¿Has visto bien el ramo de rosas que te ha enviado? Casi no entra por la puerta.

Sofía puso los ojos en blanco y meneó la cabeza con cierta exasperación. ¿Podía ser Sara más pesada de lo que era? ¿De dónde le nacía esa curiosidad por querer saber todo de todo? ¿Era congénito? Seguro que sí.

—La gente cambia —dijo únicamente Sofía, y por decir algo—. Voy a buscar un jarrón.

—¿No te las vas a llevar a casa?

—No —respondió Sofía—. Con el calor que hace en la calle y la condensación del metro no llegaría ni una sana. Durarán más si las dejas aquí.

—Tienes razón —dijo Sara, que

pareció conformarse con la explicación de Sofía.

El resto de la mañana pasó volando. De vez en cuando, Sofía contemplaba el ramo de rosas con un indisimulado embeleso en la mirada e, irremediablemente, como las nubes de tormenta que ves llegar a lo lejos, aparecían en su mente fragmentos de imágenes de los momentos vividos en el fin de semana que había pasado con Jorge. Recordaba sus besos, sus ardientes caricias, sus palabras susurradas al oído, la fogosidad con que la hacía suya..., y se ruborizaba con la vergüenza e inexperiencia de una adolescente que hace por primera vez el amor.

CAPÍTULO 26

Sofía se lanzó escaleras abajo y corrió hacia el metro antes de que las puertas se cerraran. Miró a derecha y a izquierda del vagón y vio un asiento libre al fondo. Caminó hasta él y se sentó.

Antes de irse de la tienda había cogido una de las rosas del ramo y se aferraba a ella como si le fuera la vida. Sacó el móvil del bolso bandolera blanco que llevaba, entró en el whatsapp, buscó a Jorge y abrió el cuadro de diálogo. Tras borrar varios inicios de conversación que no la convencían, finalmente escribió:

—*Gracias por la rosas. Son preciosas.*

Dio a enviar con el dedo tembloroso mientras se acercaba la rosa a la nariz e inhalaba su aroma, y observó la doble palomita, que se mantenía gris. Ahora debía guardar el teléfono y esperar. La respuesta de Jorge llegó cinco minutos después.

—*No tanto como tú* □

Sofía leyó el mensaje y contestó:

—*Gracias también por alegrarme el día.*

—*¿Alegrarte el día? ¿Le tenías triste?* —se interesó Jorge.

—*Un poco bajo de ánimo, nada más.*

—Sofía trató de quitar hierro al asunto. No quería aburrir a Jorge con su

montante de penas.

—*¿Y ahora cómo estás?* —Sofía reflexionó la pregunta.

—*Perfectamente.*

—*¿Segura?* —se preocupó Jorge.

—*Sí, segurísima* □ *Y tú, ¿qué tal estás?*

—*Acabo de salir de una reunión con unos locos de los detalles. Necesito desesperadamente un Ibuprofeno* :P —bromeó Jorge, añadiendo un emoticono con la lengua fuera.

—*¿Te llevo uno?* :P —Sofía siguió con la broma, sin pensar que Jorge le tomaría la palabra.

—*Solo si me lo traes tú en persona.*

Sofía dudó: ¿Lo decía en serio o en broma?

—*¿Lo dices en serio?* —le preguntó, expectante.

—*Totalmente.* —Después de unos segundos, Jorge dijo—: *¿Dónde estás?*

—*En el metro, camino a casa* —respondió Sofía de inmediato.

—*¿Qué tal te queda la Castellana?*

—*¿A qué altura?*

—*Llegando a la Plaza de Castilla* —indicó Jorge—. *Si te viene mal, voy a buscarte.*

—*No es necesario. Me bajo en Gregorio Marañón y voy andando.*

—*¿No quieres que te vaya a buscar?* —insistió Jorge.

—*No, de verdad. Seguro que el tráfico está imponente. Es mejor que vaya andando. En nada estoy allí.*

—*Ok. Pregunta en recepción por mí.*

—*Ok.*

—*Te espero impaciente... —se despidió Jorge.*

Sofía guardó el móvil y la rosa en el bolso. Se levantó y esperó a que el metro se detuviera. Las puertas del vagón se abrieron y se apeó de él con prisa y una sonrisa en los labios tan bobalicona como inevitable.

Enfiló el Paseo de la Castellana tratando de tranquilizarse. Los nervios ya estaban haciendo de las suyas en el estómago y el corazón le latía apresuradamente en las sienes. ¿Por qué Jorge Montenegro la ponía siempre en ese estado que cualquier psicólogo

describiría como frenético? Lanzó una exhalación.

Echó un vistazo al reloj. Las dos y veinte. No le daría tiempo a ir a casa; tendría que comer algo por ahí. El rostro de Carlos se asomó traicioneramente a su cabeza mientras esquivaba a la gente, que caminaba con rapidez de un lado a otro.

Se paró en seco en medio de la acera, a la altura de Nuevos Ministerios. Tenía que estar en casa cuando él llegara. ¿Qué iba a pensar si ese día iba a comer y no la encontraba en el piso? Frunció el ceño con gravedad. Alzó el rostro y miró a lo lejos, hacia la Plaza de Castilla, abrumadora como solo Madrid podía serlo. Los transeúntes pasaban a

su lado, sorteándola.

«Seguro que ni siquiera va comer a casa —pensó en silencio—. Y, aunque fuera, no echaría en falta mi ausencia...»

Sin pensarlo mucho más y deshaciéndose de la imagen de Carlos, se arrancó de nuevo a caminar apretando el paso. Quince minutos más tarde llegó al edificio sobrio y rotundo de acero y acristalamiento azul cobalto en el que se alojaba la firma de Jorge Montenegro. Levantó la mirada a pie de calle. Nunca se había fijado en lo que podía imponer una construcción de aquella envergadura casi inabarcable con los ojos.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarla? —dijo la recepcionista cuando Sofia se decidió finalmente a

entrar. Era una chica pelirroja de unos treinta años, excesivamente maquillada, que llevaba puesta una ajustada americana azul celeste.

—¿El señor Montenegro? —preguntó Sofía.

—¿Jorge, Raúl o Adrián? —dijo la recepcionista.

Sofía cayó en la cuenta de que Jorge le había comentado que tenía dos hermanos pequeños.

—Jorge... Jorge Montenegro —especificó.

—Última planta. Pasillo de la derecha —le indicó amablemente la recepcionista.

—Gracias.

Sofía se dirigió a la fila de

ascensores observando el espacio diáfano del hall y la elegancia del mobiliario. Mientras esperaba a que bajase alguno, advirtió que estaba hecha un manojo de nervios. Se introdujo en el ascensor repitiéndose como un estrambótico mantra que tenía que tranquilizarse, aunque su cabeza no parecía hacerle mucho caso.

Cuando llegó a la última planta, las puertas se abrieron y ante ella se extendió un área amplia, luminosa y de líneas depuradas con un sutil aire de confort. Se internó en el pasillo de la derecha y caminó por él hasta que llegó a una especie de antesala con una mesa en la que no había nadie. Al fondo, unas enormes puertas de doble hoja negra

acaparaban casi toda la pared. Antes de nada, sacó del bolso la tableta de Ibuprofeno que siempre llevaba en un pequeño neceser.

Sofía se acercó a ellas y leyó la pulcra inscripción en letras plateadas que había en la madera.

Jorge Montenegro
Arquitecto

Alzó la mano y tocó sutilmente con los nudillos. Segundos después oyó los pasos firmes y cadenciosos de Jorge al otro lado.

—Mi niña... —dijo Jorge con voz cálida cuando abrió la puerta.

—Hola —alcanzó a decir Sofía, que

se quedó sin aire al verlo.

Jorge llevaba un ajustado traje sastre negro que ponía de relieve la definición perfecta que poseían sus músculos y su aire regio. La americana estaba desabrochada y la corbata, negra al igual que la camisa, se notaba sensualmente aflojada. De pronto, una exacerbada timidez paralizó a Sofía.

—¿Vas a quedarte todo el rato en la puerta? —bromeó Jorge, mostrando una sonrisa pícaro y felina.

—No, claro que no —respondió Sofía dando un par de pasos hacia adelante—. Tu Ibuprofeno —dijo, tendiendo la tableta a Jorge. Echó un rápido vistazo al despacho. Era diáfano, luminoso y enormemente sofisticado, como Jorge.

—Gracias —dijo él con una mirada seductora, al tiempo que cogía la tableta.

Sofía carraspeó. De nuevo estaba allí, acentuada, esa sensación que Jorge Montenegro ejercía sobre ella. Ese efecto magnético y sugestivo que no le permitía apartar la mirada de él. Aunque, haciendo un soberano esfuerzo, mantenía los ojos en la panorámica que se proyectaba al otro lado de la enorme cristalera del fondo del despacho.

—¿Te gustan las vistas? —le preguntó Jorge, intentando hacerla sentir cómoda.

—Sí —respondió Sofía.

Jorge había comenzado a sentir ese cosquilleo que le recorría el cuerpo

nada más ver a Sofía con su faldita vaquera y aquella camiseta blanca informal que le caía por el hombro. ¿Cómo hacía para estar tan sensual con lo que se pusiera? Esa chica iba a volverlo loco.

Respiró hondo y trató de mantener a toda costa la compostura, pero la mirada le delataba. Sofía percibió en el aire una extraña tensión. Algo de índole sexual que apremiaba ser resuelto.

—Acércate —dijo Jorge, alargándole la mano para que la cogiera. Sofía la tomó y se aproximó a la cristalera—. Mira... —le susurró Jorge al oído—. Tienes Madrid a tus pies. ¿Lo ves?

El tacto de sus dedos y ese olor tan característico que desprendía la piel de

Sofía aceleró las pulsaciones de Jorge, que no pudo controlarse más.

—Lo que necesito desesperadamente no es un Ibuprofeno, es a ti —afirmó estrechando apasionadamente a Sofía contra la cristalera—. Eso es lo único que necesito.

Sofía suspiró con fuerza mientras notaba el formidable cuerpo de Jorge haciendo presión sobre el suyo, que temblaba como una hoja.

Jorge buscó el botón de la falda, cuando lo encontró, lo desabrochó con la destreza de un maestro y dejó caer la prenda a los pies de Sofía. Sin perder tiempo le subió la camiseta por la espalda y se deshizo de ella.

—Mi preciosa y dulce niña... —

murmuró al tiempo que le quitaba el sujetador.

Bajó el brazo, metió los dedos entre las braguitas y acarició el sexo de Sofía. Estaba mojadita; lista para él. Se desabrochó el pantalón y lo deslizó hasta la mitad de los muslos.

—Jorge... —farfulló Sofía.

De pronto sintió vergüenza. ¿Y si volvía la secretaria de Jorge y los escuchaba? o, peor aún, ¿y si los pillaba de esa guisa?

—Tranquila. Mi secretaria no regresa hasta las cinco —dijo Jorge, leyendo su pensamiento mientras tiraba las braguitas a un lado.

Cogió las manos de Sofía y apoyó las palmas contra el cristal, por encima de

la cabeza. Metió ligeramente la rodilla entre sus piernas y le dio un ligero toque para que las separara. De ese modo su cuerpo quedaba expuesto a la ciudad como una maravillosa obra de arte.

—Quiero que todo Madrid vea como te hago el amor —aseveró Jorge en tono sugerente, entrelazando posesivamente sus dedos con los de Sofía y estrechándose más contra su cuerpo—. Así... —susurró, hundiéndose en ella sin control.

Sofía sintió vértigo, como si a sus pies se abriera un profundo abismo y estuviera a punto de caer. No sabía si por las decenas de metros que la separaban del suelo o por la pasión vehemente con que Jorge la embestía.

Solo fue consciente de esa sensación de placer que llenaba cada recoveco de su ser y que la hizo correrse apresuradamente mientras Jorge buscaba un orgasmo en el calor que se alojaba entre sus piernas temblorosas.

—Así, mi niña... Te quiero corrida. Te quiero mía... —dijo Jorge entrecortadamente, sin detenerse ni darse un respiro—. Así...

Los jadeos de Jorge y sus embriagadores gemidos de placer abocados a su clímax final volvieron a ponerla en alerta. Sus entrañas se contrajeron de nuevo mientras Madrid se desplegaba completamente a sus pies y, de manera inesperada, como un relámpago que cruza el cielo, volvió a

correrse al compás de Jorge, que se convulsionó con violencia sobre su espalda entre palabras que Sofía no alcanzó a entender. Exhausto, la envolvió con sus brazos y la apretó fuerte contra él.

CAPÍTULO 27

—¿Te gusta la comida japonesa? — preguntó Jorge.

—Sí —contestó Sofía.

—Hay un restaurante japonés al lado. ¿Bajamos a comer algo o pedimos que nos lo traigan aquí? —propuso Jorge.

—Mejor comemos aquí —sugirió Sofía, aún con el rostro sofocado—. Si te parece bien...

—Me parece perfecto —dijo Jorge, dándole un beso rápido en la boca.

Media hora después la alargada mesa del despacho estaba llena de udon, onigiri, sushi y takoyakis, entre otras exquisiteces niponas.

—Cuéntame por qué estabas baja de ánimo esta mañana —preguntó Jorge a Sofía.

—Por nada en especial —dijo Sofía.

Jorge dejó los palillos sobre la mesa, extendió el brazo y le levantó la barbilla con dulzura.

—¿Sabes que puedes confiar en mí?

—Sí.

—¿Y que puedes contarme lo que quieras?

—Sí.

—¿No van bien las cosas en la perfumería? —sondeó, mirándola fijamente a los ojos—. Si es así, puedo encargarme personalmente de conseguirte un trabajo más acorde a tu gusto o tus aptitudes. Incluso podrías

trabajar aquí. Nuestra firma es muy amplia.

—No, no... Las cosas en la perfumería van bien —se adelantó a decir Sofía—. De todas formas, gracias.

—¿Entonces? —insistió Jorge—. ¿Es por Carlos? —Su tono de voz adquirió una gravedad sobrecogedora.

—No —negó Sofía. Por nada del mundo quería que Jorge se enterase de lo que había pasado con Carlos. Sería capaz de matarlo—. Son días que se tienen... No hace falta un motivo.

Jorge se quedó mirándola con ojos profundos. Durante un instante Sofía pensó que podía leer su pensamiento como un libro abierto; que no se había creído la vaga justificación que le había

dado.

—¿Segura? —El tono de voz y la expresión del rostro de Jorge continuaban siendo graves.

—Segura —afirmó Sofía, acompañando la respuesta de una sonrisa que resultara convincente.

—¿Sabes que tienes unos ojos preciosos? —dijo de pronto Jorge, que no quería seguir presionando a Sofía con sus preguntas. Se conformaba con ver que su estado de ánimo había cambiado y que había sido gracias a su ramo de rosas. Sofía no pudo evitar ruborizarse ante su inesperado halago—. Soy incapaz de describir su color exacto. No sé si son verdes, azules... Solo sé que son preciosos y que podría perderme en

ellos.

—Gracias —dijo Sofía, visiblemente nerviosa—. Pero no te pierdas, por favor.

Jorge no dejaba de imponerla. Su atractivo, racial y viril, era intimidante. Su mirada negra de larguísimas pestañas era tan profunda, tan cautivadora como la de esos antiguos galanes de cine. ¿Cómo podía ser alguien tan perfecto exterior e interiormente? ¿Y por qué se había fijado en ella? Ella, que era tan insignificante. O eso era lo que siempre le decía Carlos: Que era insignificante. Y también se lo demostraba —porque su novio era muy demostrativo— prefiriendo a cualquier mujer antes que a ella. Regalándole su indiferencia, su

desprecio...

Sofía había llegado a pensar alguna vez que el desprecio y la indiferencia era lo que la mantenían atada a Carlos, consciente de ser merecedora de ellos, como una especie de autocastigo por no haber sido nunca la mujer que él quería que fuera. Pero, ¿qué clase de mujer quería Carlos? El odiaba a todas. Era un misógino. El término parecía más de manual psicológico que de uso cotidiano, pero en Carlos adquiría contexto. Y lo peor de todo es que siempre había sido así.

Jorge le dio un toquecito en la nariz y la besó suavemente en los labios.

—No me perderé —aseguró—. Te lo prometo.

Sofía esbozó una sonrisa tímida.

—¿Y qué tal ha ido tu reunión? —le preguntó mientras le hincaba el diente a un poco de sushi.

—De locos —respondió Jorge llevándose a la boca un takoyaki—. Estoy ultimando los detalles de una casa de lujo en las afueras de Madrid y los dueños son muy tiquismiquis. —Masticó—. Esto está delicioso —comentó—. Prueba... —Alargó la mano con el tenedor y se lo dio de comer a Sofía.

—Sí, está delicioso, aunque sigo prefiriendo el sushi —dijo Sofía.

Jorge fijó de nuevo su mirada en ella.

—¿Qué tal tienes el hematoma del costado? —preguntó.

—Bien. Ha disminuido bastante.

—Déjame verlo...

Sofía se levantó un poco la camiseta y se lo enseñó.

—Todavía está muy oscuro —señaló Jorge.

—Pero ya no me duele tanto —aclaró Sofía para no preocuparlo.

—Cuídatelo —dijo Jorge como un padre protector—, o iré todos los días a la perfumería para cuidártelo yo. ¿Me has entendido?

—Perfectamente.

—Son las cinco menos veinte —anunció Jorge—. Hora de que te lleve al trabajo.

—No hace falta —dijo Sofía—. Puedo coger el metro.

—Ya sé que puedes coger el metro —

ironizó Jorge—, y también sé que puedes ir andando, pero prefiero llevarte en el coche.

—No quiero entretenerte... Seguro que tienes muchos asuntos de los que preocuparte.

—Sí —afirmó Jorge—. Y tú eres uno de ellos; eres un muy buen asunto en el que entretenerme y del que preocuparme. Y si yo no pudiera llevarte, encargaría a Walther que lo hiciera.

—Está bien, como quieras —capituló Sofía suspirando resignada—. Eres muy cabezón.

—¿Crees que tengo la cabeza demasiado grande? —bromeó Jorge, haciendo una mueca divertida con la

boca—. Mi madre me lo dice siempre...

Sofía le dio un pequeño golpe en el hombro.

—Que tonto eres —arguyó en un tono entre divertido y resignado.

—Te caerá muy bien mi madre. Ella piensa lo mismo.

Sofía rio con una risa que contagió a Jorge.

—Anda, vamos —dijo Jorge, agarrando la mano de Sofía y tirando de ella.

—Ha sido excitante —dijo Sofía mientras atravesaban las calles de Madrid.

—¿El qué?

—La manera en que... —Sofía se interrumpió ruborizada —. Bueno, ya sabes...

—¿La manera en que te he hecho mía en el despacho? —terminó de decir Jorge. Sofía asintió en silencio—. No he podido evitarlo. Trato de contenerme, pero es más fuerte que yo. —Volvió la cabeza y miró a Sofía—. Me pongo solo con mirarte. Esa camiseta que te deja el hombro al descubierto... —La frase quedó suspendida en el aire—. Ahora mismo te llevaría a un parking subterráneo y te follaría hasta que te corrieras de nuevo. Pero sé que a las cinco tienes que entrar a trabajar.

Sofía no quería que se contuviera. Le

gustaba esa espontaneidad casi irracional —animal— con que Jorge la poseía, la follaba... Con él, aquel término alcanzaba una dimensión muy diferente a la que estaba acostumbrada. Incluso la palabra la excitaba. Pero no sabía si estaba bien decírselo a Jorge. Las veces que se había insinuado a Carlos, o había propuesto algo nuevo para romper la tediosa monotonía, él había vertido sobre ella una retahíla de exabruptos entre los que no podía faltar su idolatrado «zorra», que parecía tener pegado al paladar, dispuesto siempre a salir.

—Soy muy apasionado y muy sexual —alegó Jorge con voz seductora—. Es mi manera de demostrarle a alguien que

me gusta... mucho. —Miró de reojo a Sofía, atento a su reacción—. No follo por follar. Nunca he follado por follar. No va conmigo. Incluso para echar un simple polvo tengo que sentir pasión. No me vale cualquiera.

Sofía lo miró sin saber muy bien qué pensar. Sabía que Jorge no era un hombre como los demás, pero también que la muerte de Paula, su novia, había marcado a fuego su vida. Él mismo se lo había confesado. ¿Qué sentía en esos momentos por ella? ¿La seguiría amando? La idea le produjo angustia y... celos.

Nunca antes se lo había preguntado, pero, ¿qué aspecto tendría Paula? ¿Sería alta o baja? ¿Rubia o morena?

Seguramente que era muy guapa. Una punzada de algo que no supo reconocer le sacudió el corazón. Todos sus complejos e inseguridades resurgieron en su interior como una bestia.

—Ya hemos llegado.

Sofía volvió a la realidad al escuchar la voz de Jorge, que había parado el coche en doble fila frente a la perfumería. Sofía rezó para que Sara no estuviera cerca, o la sometería de nuevo a uno de sus insoportables interrogatorios.

—Gracias por acercarme —dijo.

—Ha sido un placer —respondió caballeroso Jorge.

Sofía abrió la puerta del BMW y se dispuso a salir.

—¿Te vas a ir sin darme un beso? —
le preguntó Jorge.

Sofía giró el rostro hacia él y lo miró unos instantes con el corazón en vilo. ¿Cómo iba a negarle un beso con esa súplica silenciosa que asomaba a sus almendrados ojos negros? ¿Cómo iba a negarle algo a Jorge Montenegro? Se inclinó y lo besó. Jorge apretó sus labios contra los de Sofía de forma exigente.

CAPÍTULO 28

Sofía no quería pensar en Paula, ni en Carlos, ni en la amante de Carlos, ni en nada. Pero era tan inevitable como respirar. El ramo de rosas que le había enviado Jorge y su encuentro con él en su despacho la había levantado el ánimo. ¡Y de qué manera! Pero siempre parecía haber algo que le cortaba las alas, algo que no la dejaba volar.

«Volar... —Le vino a la cabeza la frase que Jorge había escrito en la tarjeta—. Donde vuelan las mariposas».

Se había olvidado por completo de preguntarle qué significaba esa hermosa frase y qué lugar era ese al que la quería

llevar. Jorge Montenegro siempre acababa distrayéndola; aunque solo fuera con la mirada. Ella, como devota aficionada a la poesía, encontraba una encantadora sensibilidad en esas enigmáticas palabras. Un misterio que estaba dispuesta a que Jorge le desvelara.

El teléfono sonó. Un whatsapp. Sofía cogió el móvil de la mesilla y miró quién le enviaba el mensaje: Jorge.

—*Felices sueños, mi niña.*

Sofía desplegó en el rostro una sonrisa cómplice, con ese característico cosquilleo que aparecía en su estómago siempre que Jorge andaba cerca, siempre que la llamaba «mi niña».

—*Felices sueños... —tecleó.*

Se replegó en la cama y se tapó la cara con la sábana. Jorge Montenegro iba a volverla loca.

—¿Has visto el hombre que acaba de entrar en la perfumería? —le preguntó Sara a Sofía, que salía en esos momentos del almacén cargada con un montón de *eaux de toilettes* para reponer en la tienda—. ¿Se puede estar más bueno?

Sofía miró hacia la puerta. Su sorpresa fue mayúscula cuando vio que el hombre al que Sofía se refería y que no paraba de comerse con los ojos era Jorge. Estaba vestido de manera algo

informal, sin corbata y con la camisa ligeramente abierta. Pero elegantísimo como siempre.

—Buenas tardes —saludó Jorge ante el manifiesto asombro de Sofía.

—Buenas tardes —se apresuró a decir Sara, adelantándose unos pasos hacia él—. ¿En qué puedo ayudarte?

Jorge miró de reojo a Sofía, que se mantenía de pie, petrificada, con las cajas de las colonias en los brazos, derritiéndose por dentro al verlo, mientras Sara ahuecaba coquetamente los rizos de su melena.

—Quiero comprar un perfume a... mi madre, y necesito que me aconsejéis —dijo, mirando a Sofía por encima del hombro de Sara.

—Claro, por supuesto... —Sara se deshacía en amabilidad—. ¿Qué tipo de aroma le gusta a tu madre?

En ese momento silbó el teléfono fijo de la tienda. Sara lo miró, sin embargo, no tenía ninguna intención de ir a cogerlo. Probablemente perdería la única oportunidad de hablar con un hombre como aquel. El estridente sonido invadió el lugar.

—Sara, ¿puedes coger el teléfono? —dijo Sofía.

Sara giró la cabeza y vio que Sofía tenía las manos ocupadas con las cajas que había sacado del almacén. Sofía alzó las cejas en un gesto elocuente.

—Sí, claro... —dijo Sara de mala gana.

Sofía dejó las *eaux de toilettes* sobre el otro mostrador y se acercó a Jorge.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó en voz baja y con un matiz de reproche, aunque estaba muy lejos de ser una recriminación.

—He venido a comprar un perfume a mi madre —repitió Jorge, al que la situación le parecía de lo más divertida, dada su expresión.

—Ya, claro... —dijo Sofía, que en el fondo se alegraba enormemente de que Jorge estuviera allí.

—¿Cómo te puede sentar tan bien un uniforme? —afirmó Jorge con voz sugestiva, mirando a Sofía de arriba abajo.

—Jorge, por favor... —Sofía se puso

nerviosa.

Jorge sonreía con picardía, sin romper el contacto visual con Sofía. Parecía un niño pequeño.

—¿Me puedes atender tú, o lo va a hacer tu compañera la vanidosa?

Sofía miró a Sara, que estaba inclinada sobre el mostrador, tomando unas notas con el teléfono sujeto entre la oreja y el hombro.

—Ven —indicó a Jorge.

Jorge la siguió por la tienda con su tradicional paso regio y seguro.

—En serio —dijo—, ¿cómo te puede sentar tan bien un uniforme?

Sofía giró el rostro y le lanzó una mirada admonitoria y cómplice a la vez. No era el lugar ni el momento. ¿O, sí?

Tragó saliva. Los ojos de Jorge destellaban un brillo en el que Sofía no debería pararse a pensar. Definitivamente la situación lo divertía.

Cuando llegaron a la estantería del fondo, se oyó la voz de Sara.

—Era la directora de tiendas — anunció, dirigiéndose a Jorge más que a Sofía—. Voy al almacén a comprobar unos pedidos que han mandado equivocados.

Sofía asintió. Sara parecía desilusionada. De buen grado hubiera estado toda la tarde asesorando a Jorge. Sofía la conocía de sobra; Sara no perdía ninguna oportunidad de ligar con quien fuese.

—Ya no hay peligro —dijo Jorge al

ver que la figura algo desgarbada de Sara desaparecía detrás de la puerta del almacén.

—Sí, sí lo hay —afirmó Sofía a media voz—. ¿Cómo se te ha ocurrido venir?

—Quería verte —contestó rotundo Jorge, echando un vistazo rápido a la colección de perfumes que se desplegaba a lo largo de la estantería que quedaba a su izquierda. Se hizo un silencio—. ¿Qué estás pensando?

Sofía lo miró rendida, vencida, como si Jorge le hubiera ganado un asalto.

—Me haces sentir importante, especial... —confesó de pronto.

—Eres importante —aseveró Jorge con un brillo de sinceridad en los ojos

—, y especial. Muy especial... Y quién diga lo contrario, miente.

Sofía bajó la cabeza. Estaba tan poco acostumbrada a ese tipo de declaraciones que le costaba aceptarlas. El concepto que tenía de sí misma era pésimo y estaba terriblemente distorsionado. Carlos se había encargado de demostrarle que no tenía derecho a nada, ni siquiera a ser feliz y, lo peor de todo, es que ella había acabado creyéndoselo.

Sara se asomó por la puerta del almacén, interrumpiéndolos.

—¿Sabes qué código tiene Hugo Boss? —preguntó, sin dejar de mirar un segundo a Jorge.

—150580 —respondió Sofía al

tiempo que, para disimular, cogía el probador de uno de los perfumes. Se volvió hacia Jorge—. Va a desgastarte de tanto mirarte —señaló con una sonrisa.

—Estás preciosa cuando sonríes. — Fue el apunte de Jorge—. Sé que es una frase típica de películas y novelas románticas, pero en tu caso no puede ser más cierto.

Sofía cogió un cartoncito y lo roció con la fragancia.

—¿A ver qué te parece este perfume para tu madre? —dijo con ironía, acercándoselo a Jorge, que se inclinó e inhaló.

—¿No es un poco intenso? —opinó—. No creo que a tu futura suegra le

guste mucho. —Alzó las cejas. Sus ojos brillaban divertidos—. Prefiere algo más ligero...

—¿Mi futura suegra? —repitió Sofía. La broma le hizo gracia.

—Sí, tu futura suegra. Por si no lo sabes, un día me voy a casar contigo.

—Baja la voz —le pidió Sofía, tratando de ponerse seria—. Sara puede oírnos.

—Puede ser tu dama de honor —sugirió Jorge.

Sofía se llevó el dedo índice a la boca.

—Shhh...

Cogió otro frasco, vertió un poco de perfume y se lo ofreció a Jorge.

—Así no hay forma de aclararse —

dijo. Sofía frunció el ceño. Jorge se acercó a su oído y le susurró—: Quiero olerlo directamente de tu piel.

Sofía suspiró y sacudió la cabeza, resignada. Roció suavemente su muñeca y se la tendió a Jorge.

—Eso está mucho mejor —afirmó él, inclinándose hacia la mano de Sofía.

Jorge acarició lentamente su piel con la punta de la nariz. Al descender, pasó los dientes por ella con un roce tan sensual que Sofía sintió un escalofrío. ¿Iba a morderla? Sus ojos, llameantes, la miraban fijamente, subiendo la temperatura de Sofía. Tenía que para aquello, o en breve empezaría a hervirle la sangre.

—¡Jorge! —susurró retirando la

mano.

—Ya sé... Sara —dijo Jorge, negando lentamente con la cabeza—. Por cierto, ahí viene.

—Entonces, ¿te quedas con este? —le preguntó Sofía a Jorge tratando de disimular.

—Sí—afirmó Jorge.

Sofía se dirigió al mostrador y Jorge la siguió sin poder contener una risita.

—¿Me lo puedes envolver en papel de regalo? —preguntó Jorge con una deslumbrante e irónica sonrisa que se extendía de oreja a oreja mientras Sara no paraba de pulular a su alrededor.

—Por supuesto... —dijo Sofía entre dientes. Al final Sara iba a terminar descubriéndolos—. Son setenta y cuatro

euros con noventa y nueve céntimos.

Sara abrió los ojos de par en par. Sofía le había vendido una de las fragancias más caras de toda la perfumería. Jorge sacó la cartera sin mayor sorpresa y extrajo setenta y cinco euros.

—Aquí tienes.

—Gracias —dijo Sofía, tendiéndole la bolsa con la misma sonrisa deslumbrante e irónica de oreja a oreja que minutos antes le había dedicado él —. Espero que le guste a tu madre.

—¿Lo has visto bien? —preguntó Sara, volviéndose hacia Sofía cuando Jorge salió de la tienda—. Está para foll...

—¡Sara! —la interrumpió Sofía.

—¿Me vas a decir que no?

«Sí, por supuesto que sí», pensó Sofía para sus adentros.

CAPÍTULO 29

Aquella noche la cena de Carlos también se enfrió en el plato, como de costumbre. Seguro que tampoco iría a dormir. Sofía ya no afirmaba con la contundencia de antes que quisiera compartir cama con él, pero la idea de que la dejara le seguía pareciendo aterradora, y no entendía por qué.

Mientras acababa de recoger la mesa, y contra todo pronóstico, Carlos llegó.

—Te he dejado la cena sobre la encimera —dijo Sofía, dándole un beso en los labios que Carlos no correspondió.

Carlos tiró las llaves encima de la

mesa del salón, se acercó a la cocina y observó el plato de raviolis. Cogió el tenedor y probó uno.

—Está frío —dijo despectivamente.

—Puedes calentarlos en el microondas. Están recién hechos.

—Ya sé que puedo calentarlos en el microondas, pero no quiero.

Carlos estaba de mal humor. Cogió el plato de raviolis, lo llevó hasta el cubo de la basura y lo tiró bruscamente ante la mirada impotente de Sofía, que permanecía callada.

—Hazme otra cosa —ordenó Carlos.

—¿Qué te apetece? —preguntó Sofía con voz titubeante.

—Lo que sea, pero algo que esté caliente.

Sofía se acercó al congelador, sacó unos filetes y los salteó con unas verduras. No podía entretenerse mucho en hacer algo más elaborado, o Carlos se enfadaría más de lo que ya estaba.

—¿Has tenido un mal día? —le preguntó cariñosamente mientras ponía de nuevo la mesa para él.

Carlos lanzó un bufido al aire.

—Nunca es un buen día... para nada. Todo son problemas —gruñó.

—Si quieres contármelo... —se ofreció Sofía esbozando una sonrisa cálida mientras se sentaba con él en la mesa.

—¿Qué quieres que te cuente? —dijo Carlos en tono de protesta.

—Lo que te sucede... Qué problemas

tienes... A veces hablando se ven las cosas más claras, desde otra perspectiva.

Carlos ríe desdeñosamente.

—¿Ahora te ha dado por ser psicóloga? —dijo.

—No —negó Sofía con voz templada—. Pero es cierto que cuando te desahogas, las cosas se ven de diferente manera. Desde un ángulo que antes no habíamos visto.

Carlos tiró el tenedor de mala gana sobre el plato y miró a Sofía con expresión burlona en los ojos.

—¿Qué sabe una dulce niña de lo que es el mundo? —preguntó.

A Sofía, aquella pregunta le dolió, porque ella no había tenido una vida

fácil, nada fácil. Desde que su padre había muerto las cosas para su madre y para ella se complicaron hasta casi quedarse en la calle. Y en la actualidad, su vida tampoco era un camino de rosas, pendiente todo el tiempo de lo que decía o hacía para que su novio no le pegase.

—Mi vida no ha sido fácil —afirmó únicamente.

—¿Y a quién le importa cómo ha sido tu vida? —refunfuñó Carlos.

«A Jorge Montenegro», pensó Sofía en silencio mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Vas a llorar? —le recriminó Carlos. Sofía se mordió el labio inferior para contener el llanto—. Así lo solucionas tú todo en la vida: llorando.

Empujó la silla para atrás, se levantó y se fue al cuarto de baño.

—Voy a ducharme —dijo con malas pulgas.

Sofía se derrumbó. ¿Hasta cuándo iba a tratarla así Carlos? ¿Hasta cuándo? ¿Es que nunca iba cambiar?, se preguntaba entre las lágrimas que abrían surcos por sus mejillas. Quizá ese era su error. Pensar que algún día cambiaría. Pero llevaba con él demasiados años y lo conocía demasiado bien para saber que Carlos nunca cambiaría.

«La gente no cambia —se dijo—. Y si lo hace, es a peor».

Se enjugó las lágrimas con un pañuelo de papel, recogió las sobras de la cena de Carlos y se puso a fregar. Su teléfono

vibró. El rostro de Sofía se iluminó, esperanzado de que fuera un mensaje de Jorge. Se secó las manos rápidamente en el delantal y echó un vistazo al móvil. Era Eva. La cara de Sofía demudó en una expresión de desilusión.

—*La próxima semana hay un recital especial de poesía en el Marimba Café Bar* —escribió Eva.

—*¿Debido a qué?* —preguntó Sofía, extrañada.

—*Van a conmemorar a los poetas muertos. Te apuntas, ¿no?* □

—*¿Podremos leer poemas nuestros?*

—*Sí.*

—*¿Qué día es?*

—*El jueves.*

—*¿Sabes la hora?*

—A las 20:30. ¿Te dará tiempo?

—Creo que sí □ —respondió Sofía.

—¿Te paso a buscar por la tienda, entonces? —dijo Eva.

—Sí. No me lo perdería por nada del mundo. Gracias.

—De nada. Oye, ¿tú mareo del otro día bien? —se preocupó Eva.

—Sí, perfectamente. Solo fue una pequeña bajada de tensión —se excusó Sofía—. Es por este calor sofocante que tenemos...

—□

—Hasta el jueves. Besos —se despidió Sofía.

—Besos.

Sofía permaneció con el teléfono en

la mano un largo rato, sopesando la posibilidad de mandar un whatsapp a Jorge. De pronto, necesitaba hablar con él. Abrió el cuadro de diálogo de la aplicación y comenzó a teclear el saludo, pero antes casi de terminar de escribirlo, lo borró, se salió del whatsapp y dejó el móvil sobre la mesa, negando reiteradamente con la cabeza.

Acabó de fregar los cacharros de la cena que le quedaban y se fue a dormir sin pensar por qué finalmente no había mandado un mensaje a Jorge. Solo cayó en la cuenta de que aquello se le estaba yendo de las manos y de que tenía miedo.

CAPÍTULO 30

Jorge alzó la copa y dio un sorbo de vino tinto mientras contemplaba la luna, prendida del sereno manto azul oscuro de la noche, desde la amplia terraza del piso de arriba. Unos metros detrás de él, el ordenador portátil permanecía abierto encima de la mesa de madera con un cúmulo de proyectos a los que dar forma.

—¿Todo bien, mi niño?

Jorge se giró. Nina había estado contemplándolo unos minutos antes de hablar. Le gustaría tanto que se volviera a enamorar, que se ilusionara de nuevo... Se lo merecía. Ya había

guardado luto muchos años. Demasiados, quizá. Había llorado tanto la muerte de Paula. Tanto, que llegó a pensar que nunca sería capaz de superarlo. Pero, de pronto, inesperada e inadvertidamente, como funciona la magia del amor, o la química del mismo, había aparecido Sofía. Una chica sencilla y hermosa con la que Jorge parecía haber recuperado la ilusión, la esperanza...

Nina sabía lo que le había costado dejar el recuerdo de Paula atrás y no quería que volviera a pasar por algo así o semejante. El olvido siempre era muy largo. A veces, más que el propio amor.

—Todo bien —respondió Jorge.

—¿Cómo van las cosas con Sofía? —

preguntó Nina en tono pausado.

—Bien.

—Pero...

Jorge hizo una mueca con los labios.

—Tengo que ser cauteloso —empezó a explicar—. No quiero... No debo presionarla. Para eso ya está su novio —añadió poniendo voz a sus pensamientos.

—La situación es delicada —opinó Nina.

—Sí, muy delicada —corroboró Jorge—. A veces tengo la sensación de que la sostiene un hilo muy fino que en cualquier momento puede romperse.

Nina percibió una nota de sufrimiento en su voz. Sofía le gustaba mucho.

—Es tan frágil, nana. Y tan fuerte a la

vez —afirmó Jorge, dibujando media sonrisa en los labios—. Pero está tan magullada, tan herida, que no es capaz de ver que es preciosa, única, especial...

Nina sonrió maternalmente.

—Entonces te tienes que encargar de hacerle ver que es todo eso —dijo—. Tienes que devolverle la confianza en sí misma, que aprenda a valorarse, a quererse de nuevo. Que se arriesgue sin pensar siempre en que va a fracasar. Convéncela de que puede lograr lo que se proponga. Porque, si se lo propone, lo conseguirá.

—Yo también creo que puede lograr absolutamente todo lo que se proponga. Es una luchadora nata —dijo Jorge—.

El problema es que ella no lo piensa así.

—Hay hombres que son capaces de destruir a una mujer. Pero también hay otros capaces de levantarlas. —Nina miró fijamente a Jorge. Sus profundos ojos negros se estremecían. Tenía tantas ganas de que aquello saliera bien—. Tú, eres un hombre de los que elevan a la mujer que tienen al lado. Eres un hombre, con letras mayúsculas, con lo que significa ser un hombre.

—¿Qué puedo hacer, nana? —preguntó Jorge—. ¿Qué puedo hacer?

—Cuídala, valorara, respétala, ámala como es. Simplemente —aseveró Nina.

—Ya lo hago —aclaró Jorge, que por momentos parecía desesperado.

—Entonces ten paciencia... —dijo

Nina—. Zamora no se conquistó en una hora —citó haciendo gala del refranero español—, y el corazón de una mujer, tampoco. Sobre todo, de una mujer como Sofía. Por eso precisamente te gusta.

—Paciencia... —repitió Jorge, reflexionando, mientras daba un nuevo trago de vino.

—Todo tiene su tiempo. Hay que dejar que las cosas maduren, que los sentimientos maduren. Sofía es una víctima de su novio, de las circunstancias, de la vida, incluso de ella misma. Y tú tienes que ser el ángel que la saque del abismo en que está metida. —Nina hablaba como una abuela sabia.

—Eso mismo es lo que ella está

haciendo conmigo, nana. Sacarme de mi particular abismo.

—Lo sé —dijo Nina, inclinando la cabeza.

—La muerte de Paula fue un duro golpe del que jamás pensé que me recuperaría. —Jorge cambió el tono de voz—. Su pérdida me hizo encerrarme en mí mismo, cerrarme al amor, a la vida, hasta que aquella noche en la terraza del *Tartan Roof* vi a Sofía... —Sonrió ligeramente sin despegar los labios. Le gustaba recordar el momento en que la vio por primera vez y lo que sintió.

—Has guardado luto por Paula durante mucho tiempo, mi niño. —Nina alargó el brazo y acarició la mejilla de

Jorge. Lo quería como una madre, como al hijo que ella no había tenido—. Es tiempo de pasar página. Su recuerdo siempre va a acompañarte, pero la vida sigue. El mundo no se para por nada.

—A veces pienso que ha sido Paula quien ha puesto a Sofía en mi camino — afirmó Jorge.

—¿Quién sabe? —se preguntó Nina con voz suave, encogiéndose de hombros—. Dicen que los ángeles existen. Algunos están en el cielo y otros en la Tierra. —Esbozo una sonrisa condescendiente. Un gesto en el que Jorge la acompañó—. ¿Vas a quedarte trabajando esta noche? —preguntó después.

—Sí —respondió Jorge.

Nina asintió.

—No te acuestes muy tarde —le aconsejó cariñosamente.

—Tranquila, nana. —Jorge pasó la mano por el brazo de Nina—. Solo voy a echar un vistazo rápido a algunos detalles que hay que cambiar del proyecto que Adrián va a hacer en Nueva York.

—Como quieras.

CAPÍTULO 31

—¿Y tiene que ser esta semana? — preguntó Jorge a la persona que hablaba al otro lado del teléfono—. ¿Esta tarde? —Frunció el ceño mientras escuchaba unas explicaciones que no le convencían mucho—. Está bien... —condescendió al fin—. Lo prepararé todo ahora mismo.

—¿Qué ocurre? —le preguntaron casi al unísono Adrián y Raúl Montenegro.

—Esta tarde tengo que coger un vuelo a Berlín —respondió Jorge—. El Ministerio de Cultura quiere proponerme el diseño de un nuevo museo oceanográfico que van a abrir en

la ciudad. Al parecer, no pueden esperar. Ni siquiera unos días. —Jorge parecía molesto.

—¿Tienes algún proyecto más esta semana? —preguntó Raúl, que no entendía por qué su hermano se quejaba, si no lo había hecho nunca. Estaba más que acostumbrado a viajar de un lado a otro del mundo y, a veces, sin previo aviso, como en aquella ocasión.

Jorge levantó la mirada y la fijó en su hermano.

—El proyecto más importante de mi vida —dijo.

—Sofía —se adelantó a decir Adrián.

—Exacto: Sofía —corroboró Jorge—. No quiero alejarme de ella. No ahora que estamos empezando...

—¿Empezando? —repitió Raúl. El hermano mediano. Un hombre apuesto, como todos los Montenegro; alto, moreno de ojos vivos y labios gruesos que parecía sonreír con la mirada—. ¿Qué me estoy perdiendo?

—Nuestro hermano mayor se ha enamorado —se adelantó a decir el pequeño del clan.

—Adrián... —lo amonestó Jorge, aunque no había mucha seriedad en su tono de voz—. Te lo contaré detalladamente. Pero antes tengo que conseguir un vuelo urgente para Berlín.

Descolgó el teléfono fijo de su despacho y marcó la extensión de su secretaria.

—Estela...

—Dígame.

—Necesito volar esta tarde a Berlín, en la compañía que sea. Incluye en la búsqueda vuelos low cost y demás... Tengo que estar allí sin falta.

—Muy bien, señor —dijo la secretaria—. Deme unos minutos. Le tendré algo.

—Gracias.

—¿Y ahora me vas a contar quién es Sofía y qué es lo que estáis empezando? —preguntó Raúl con divertida ironía.

—Es una preciosidad de mujer... — se arrancó a decir Adrián.

—Si tú no la has visto —cortó Jorge.

—Tiene que ser preciosa si te has enamorado de ella al primer golpe de vista —comentó Adrián. Jorge puso los

ojos en blanco—. Además, me permití el atrevimiento de preguntar a Walther, y confirmó que es preciosa.

—Quizá debería cortarle la lengua a Walther —bromeó Jorge.

—No, pobre. Él simplemente se limitó a inclinar la cabeza en absoluto silencio cuando le pregunté si Sofía era guapa —explicó Adrián—. Pero, como buen profesional, no entró en detalles.

Jorge sacudió la cabeza.

—¿Cómo os conocisteis? —curioseó Raúl.

—En la terraza del *Tartan Roof*, la noche de su inauguración.

—¡Pero eso es estupendo! —exclamó Raúl, que se alegraba horrores de que su hermano mayor hubiera encontrado una

mujer a la altura de sus expectativas. Después de la muerte de Paula, parecía imposible que se volviera a enamorarse —. Mereces ilusionarte de nuevo.

—Eso mismo pienso yo —terció Adrián.

—Pero es complicado... —comentó Jorge.

—¿Por qué? —Raúl no entendía nada.

—Pagué cincuenta mil euros a su novio para que consintiera que pasara un fin de semana conmigo —dijo Jorge. Aunque estaba seguro de lo que había hecho, no dejaba de ser algo inusual, incluso inapropiado.

—¿Que hiciste qué? —Raúl arqueó las cejas y abrió los ojos de par en par con expresión de estupefacción.

—Lo que acabas de escuchar — confirmó Jorge sin dar muchas más vueltas al asunto.

Raúl giró la cabeza y miró a Adrián, que asintió con la cabeza un par de veces.

—Realmente te ha tenido que impresionar mucho si has hecho algo así. Tú nunca harías algo así —dijo Raúl sin salir de su asombro.

—Era la única manera —aseguró Jorge—. De otra forma nunca hubiera logrado llamar su atención. La relación que mantiene con su novio es tormentosa y... violenta.

Raúl frunció el ceño. Aquello no le gustaba nada.

—¿La maltrata? —preguntó en tono

grave.

—Sí. Física y psicológicamente — especificó Jorge, tensando la mandíbula y cerrando inconscientemente la mano en un puño.

—Hijo de puta —farfulló Raúl—. Valiente cabrón.

—Sofía es una de esas víctimas que está enganchada a su verdugo —afirmó Jorge con pesadumbre—. Aunque me duele reconocerlo, lo quiere. —Alzó los ojos y miró a sus hermanos, que lo escuchaban atentamente—. Sé que Carlos le pega y que le insulta, pero ella no quiere contármelo y yo no puedo presionarla para que me lo cuente. Bastante sufrimiento tiene.

»El fin de semana que estuvo

conmigo, Sofía tenía un hematoma enorme en el costado derecho y unos dedos marcados en el brazo. Su novio la llevó a rastras hasta el cuarto de baño y la empujó dentro de la ducha. Se golpeó con el grifo al caer. —Jorge dejó escapar una exhalación, tratando de calmarse. Le hervía la sangre solo de imaginárselo—. Cuando se lo vi, amenacé con matar a Carlos si volvía a ponerle una mano encima.

—¿No ha pensado denunciarlo? —quiso saber Raúl—. Puedo asesorarla como abogado.

—Creo que es algo que ni siquiera se ha planteado —dijo Jorge.

El teléfono del despacho sonó. Jorge lo cogió.

—Señor Montenegro, he reservado un vuelo a las siete en la compañía de Air Europa.

—Perfecto.

—Me ha sido imposible que fuera en primera clase, pero le he conseguido una plaza en pasillo en clase turista.

—Muchas gracias, Estela. Recuérdame que te suba el suelo —bromeó Jorge—. Tengo que premiar tu eficiencia de alguna manera.

—No es necesario —rio Estela—. Sabe que lo hago con gusto. Es mi trabajo.

—Arreglado —anunció Jorge mientras colgaba el teléfono.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? —preguntó Adrián.

—Algo más de una semana. Vuelvo el próximo viernes. —Apretó los labios. No quería separarse tanto tiempo de Sofía. No quería dejarla tanto tiempo sola.

CAPÍTULO 32

El metro estaba atestado de gente de toda índole y calibre. Ejecutivos, adolescentes, madres, niños... Unos leían, otros escuchaban música en el iPod y otros, los que no habían conseguido un asiento, se agarraban a las barras del vagón tratando de no perder el equilibrio.

Esa mañana, de vuelta a casa, Sofía había sido una de las afortunadas que podía ir sentada, observando el ir y venir de aquellos extraños con los que a veces se identificaba. Divagando sobre Jorge, que cada vez ocupaba con más insistencia y asiduidad su

mente. Confundiéndola, turbándola, alborotándola, aliviándola, incitándola, excitándola... Provocaba tantas emociones en ella, tan encontradas en ocasiones, que le era imposible ponerles orden. Así que se dejaba llevar...

El móvil vibró dentro de su bolso bandolera. Lo abrió, metió la mano en él y buscó el teléfono, apartando todos los enseres inservibles que había en su interior. El nombre de Jorge relucía en la pantalla cuando finalmente lo encontró en el fondo. El corazón se le disparó y sintió un halo de calor en el rostro. ¿Incluso en la distancia tenía ese extraño efecto sobre ella? Sacudió la cabeza y lo cogió.

—Hola —saludó.

—¿Cómo estás, mi niña? —preguntó Jorge en tono suave.

«Mi niña...» ¿Por qué le gustaba tanto que la llamase así? ¿Acaso porque era así cómo se sentía? ¿Como una niña pequeña a la que él protegía celosamente?

—Bien, ahora que estoy hablando contigo —respondió Sofía con timidez.

Jorge sonrió. Se tomaría aquello como un cumplido.

—A mi madre le ha encantado el perfume —comentó—. Me ha dicho que te dé las gracias por tan acertada elección.

Sofía se ruborizó.

—Me alegro de que le haya gustado —dijo.

—De hecho, quiere darte las gracias personalmente. Así que vas a tener que venir a casa a probar su café y las maravillosas pastas de té que hace. — Sofía se quedó muda, como si le hubieran echado encima un jarro de agua fría. ¿La madre de Jorge Montenegro quería conocerla? ¿Jorge quería que ella y su madre se conocieran?—. ¿Estás ahí? —preguntó Jorge—. Tranquila, no pretende envenenarte. En serio... El perfume le ha encantado.

—Esto... Sí, sí, claro —contestó Sofía cuando reaccionó—. Iré cuando quieras, o cuando quiera ella.

—Organizaré un encuentro para el sábado de la semana que viene. ¿Qué te parece? ¿Te viene bien?

—Sí, perfecto.

—Salgo hoy para Berlín —comentó Jorge—. Vuelvo el viernes de la semana que viene.

«¿El viernes?», se preguntó Sofía algo desilusionada. Sin saber por qué había pensado que quizá Jorge querría ir a verla leer poesía al recital que iba a tener lugar el jueves en el Marimba Café Bar. ¿Iba a estar más de una semana sin verlo?

—Que tengas buen viaje —le deseó Sofía, intentando que no se le notara la desilusión en el tono de voz.

—Gracias. ¿Qué vas a hacer tú esta semana? —preguntó Jorge.

—El jueves hay un recital especial en el Marimba Café Bar para conmemorar

a los poetas muertos y me he apuntado para una de las lecturas de autor. Estaré ocupada peleándome con las musas — bromeó Sofía.

«¿El jueves?», se dijo Jorge. ¿No había otro día? ¿Por qué narices existían las casualidades de ese tipo? ¿Por qué el Ministerio de Cultura de Alemania se había empeñado en llamarle precisamente esa semana?

—Me encantaría ir, mi niña, pero me es imposible. No regreso a España hasta el viernes —dijo Jorge.

—No te preocupes. No pasa nada — lo disculpó Sofía—. Ya irás en otra ocasión.

¿Qué podía decirle? Le hubiera gustado mucho que fuera a verla. Le

hacía ilusión. Pero lo entendía.

—Llámame si las musas no aparecen. Me encargaré personalmente de que se presenten —apuntó Jorge.

—Lo tendré en cuenta. —Sofía sonreía. Jorge siempre la hacía sonreír.

—¿Te llamo el viernes por la tarde para quedar el sábado? Tienes una cita pendiente con mi madre —le recordó Jorge.

—Sí —dijo Sofía.

—¿Me prometes que te vas a cuidar? —preguntó Jorge.

—Te lo prometo —respondió Sofía.

—Hablamos...

—Hablamos...

—Un beso, mi niña —dijo Jorge en un tono entre dulce y sensual, íntimo.

—Un beso —se despidió Sofía.

Sofía colgó y descansó el móvil sobre su regazo. ¿Un encuentro con la madre de Jorge Montenegro? Resopló. El corazón le tañía deprisa dentro del pecho.

El metro se detuvo. Sofía miró el monitor digital. Quedaban dos paradas para la suya, pero decidió apearse e ir andando hasta casa. Necesitaba que le diera el aire. Estaba emocionada de una manera extraña. Introdujo rápidamente el móvil en el bolso, se lo echó al hombro al tiempo que se levantaba del asiento y se bajó del vagón.

—¿Mi suegra? —murmuró con una voz apenas audible mientras sorteaba a la gente, que iba de un lado a otro. Jorge

había dicho que un día se casaría con ella. Sofia sacudió la cabeza y se echó a reír. Jorge estaba loco y la estaba volviendo loca a ella.

CAPÍTULO 33

Jorge iba de reunión en reunión, de encuentro en encuentro. Los días en Alemania eran jornadas prácticamente interminables. La idea que tenía en mente el Ministerio de Cultura para el museo oceanográfico le resultó sumamente atractiva y no le costó mucho decidirse a participar en aquel ambicioso proyecto que pretendía abarcar 150.000 metros cuadrados y 57 millones de litros de agua y que se encargaría de representar los ecosistemas marinos más importantes del planeta y sus correspondientes ambientes acuáticos.

Tortugas, morsas, delfines, focas, medusas, leones marinos, tiburones, ballenas y pingüinos eran algunos de los ejemplares de las más de 550 especies que pretendía albergar.

Les presentó un primer boceto allí mismo. Un esbozo rápido y apresurado con los patrones principales, que desarrollaría después con tiempo y calma cuando llegara a Madrid. Mientras en la capital, Sofía seguía con su rutina, tratando, a ratos, de arrancarle versos y rimas a las perezosas musas.

El jueves para Sofía llegó echando de menos a Jorge. Más incluso de lo que ella hubiera esperado y de lo que le gustaría. Jorge la tenía presente cada instante, pero decidió que lo mejor era

darle un tiempo para que lo echara de menos, para que aclarara sus ideas y sentimientos con respecto a él, a Carlos y a lo que había surgido inesperadamente entre ellos. Paciencia... le había aconsejado Nina.

—¿Estas lista? —le preguntó Eva a Sofía, sacando la cabeza por la ventanilla de su Mini rojo.

—¡Lista! —exclamó Sofía, que la esperaba en la puerta de la perfumería con el block de notas en la mano.

Rodeó el coche, abrió la puerta y se sentó en el asiento del copiloto.

—¿Qué tal han estado las musas esta semana? —curioseó Eva mientras se ponían en marcha.

—Un poco holgazanas —afirmó Sofía

abrochándose el cinturón de seguridad —. Me ha costado arrancarlas los versos... ¿Y las tuyas?

Eva frunció los labios en su cara redonda como una hogaza de pan.

—Tan holgazanas como las tuyas — dijo torciendo aparatosamente la boca.

—Entonces nos conformaremos con que no nos tiren huevos y tomates —dijo Sofía entre risas.

Eva asintió ente una retahíla de ruidosas carcajadas.

—¿Irás Carlos a verte?

—No. —Sofía negó con la cabeza—. Carlos detesta la poesía. Piensa que es algo estúpido.

—Él sí que es estúpido —apuntó Eva sin poder contenerse. Sofía la miró

resignada. Tal vez Eva tuviera razón.

—Nunca ha venido a verme y nunca vendrá —concluyó Sofía.

El Marimba Café Bar tenía una tenue y sutil luz ámbar que acariciaba íntima y seductoramente los contornos de los rostros de las personas que habían llegado ya. Las sillas estaban dispuestas en hilera en varias filas, tipo teatro. Al fondo había una tarima de madera de unos veinte centímetros de alto y una silla negra que descansaba solitaria en el centro.

Eva y Sofía se acercaron al tablón de corcho para ver en qué posición leerían. Sofía lo haría en último lugar.

El recital dio comienzo bajo un aire solemne y ceremonioso que invitaba al

recogimiento y a la concentración. Los poetas leyeron sus poemas inmersos en el silencio casi sepulcral del lugar.

Llegó el turno de Sofía, que se levantó y se dirigió hacia la tarima. Se sentó en la silla y abrió su block de notas. Cuando iba a dar comienzo a la lectura de su poema, vio la figura estilizada de Jorge en el fondo del bar. Entre la gente y los claroscuros de las luces ambarinas. Regio e imponente como un príncipe y tremendamente atractivo con unos pantalones vaqueros ajustados y una camiseta informal negra. Jorge le sonrió ligeramente. Sofía le devolvió el gesto, tímida. Había ido a verla. Jorge finalmente había ido a verla. Carraspeó nerviosa. Las manos le

temblaban y el corazón estaba acelerado, como una montaña rusa descontrolada. Tragó saliva y comenzó a leer pausadamente, sumergiéndose en los giros y los timbres de los versos, que fluían como notas musicales en su VOZ.

Afrodita.

*Entre la instrucción de tus muslos,
derramaré la desazón expuesta en mi
piel,
vertiendo mi deseo en ti,
hasta ser uno solo con tu placer.*

*Extenderé mis ansias por tu cuerpo,
para que me hagas el amor enredada*

*entre los restos de este naufragio de
huesos.*

*Erguida contra la pared,
estremecida por tus susurros en mis
oídos,
divulgando jadeos en el borde de las
sienes,
al tiempo que te pierdes entre mis
piernas.*

*Cada noche me vaciaré de sexo,
esperándote detrás de la cara oculta
de la luna,
ayunando lujuria y obscenidades,
preservándome para ti.
Y seré tu Afrodita de tiempos
griegos,
tu Venus romana en el Olimpo del*

pecado.

*Comprende que, aún siendo Diosa,
te necesito más allá del roce de las
manos.*

*Empápame de humanidad,
de generosidad, de ternura.*

*Descongela con el calor de tu boca
este corazón helado a base de
desilusiones.*

Vuélveme mujer de carne y hueso.

*Y yo me haré piel para tus manos,
labios para tu boca,
oídos para tu palabra,
verbo para tu lengua,
y poesía para tu pluma.*

El público se arrancó en una ola de acalorados aplausos. Pero Sofía solo veía a Jorge, que tenía los ojos negros fijos en ella. Se mantenía serio, sereno, sin apenas pestañear. Solemne como un rey. Sabía que Sofía escribía poesía. Ella misma se lo había dicho, y por eso estaba allí. Pero nunca se imaginó que sus poemas tuvieran tan buena calidad literaria, tanta fuerza, que expresaran tanto, que hicieran que se erizara la piel. Su niña era una caja de sorpresas, pensó.

Sofía bajó el paso de la tarima y se dirigió a Jorge, que ya se acercaba a ella entre la gente que comenzaba a levantarse y a irse.

—Al final has venido —le dijo,

entusiasmada como una niña pequeña. La mirada le brillaba con un destelló que a Jorge se le antojó tierno y entrañable.

—No me lo hubiera perdido por nada del mundo —aseveró.

—Pero, ¿no deberías estar en Berlín?

—Tenía que venir a verte. He llegado a Madrid hace un par de horas.

Sofía le miró con ojos vibrantes.

—Gracias —dijo mientras se deshacía por dentro.

Había que guardar las formas, pero de buen grado Jorge le hubiera dado un apasionado beso y, de buen grado, Sofía le hubiera correspondido, hasta que las bocas se hubieran quedado sin saliva.

—¿Cuándo vas a leerme una de tus

poesías sentada desnuda sobre mi cama?
—le siseó Jorge en el oído.

Sofía se sonrojó y desvió la mirada. En ese momento vio que Eva venía hacia ella, aparatosa como siempre.

—¡Qué poema! —exclamó dando un efusivo y llamativo abrazo a Sofía—. Y eso que tus musas estaban holgazanas... —añadió cuando se separaron.

—Gracias —dijo Sofía—. Quiero presentarte a un... amigo. Eva, Jorge. Jorge, Eva.

—Encantado —saludó Jorge educadamente, inclinándose hacia Eva y dándole un par de besos.

—Igualmente —dijo Eva medio embobada. Miró a Sofía casi obligada—. ¿Nos vamos? —le preguntó.

—Puedo acercarte yo, si quieres — intervino Jorge—. Ya sabes que tu casa me pilla de camino.

¿De camino? Sofía sonrió para sus adentros.

—No quiero dejar a Eva sola. —No quería hacerle un feo dejándola irse sola.

—¿Sola? ¿Crees que me voy a perder? —ironizó bonachonamente Eva, moviendo las manos de un lado a otro —. Vete con él. Mañana hablamos, ¿ok?

—¿No te importa?

—Para nada. Anda, vete con él — insistió Eva, poniendo los ojos en blanco de manera exagerada.

—Gracias —dijo Sofía, estirando los brazos y apretando a Eva contra su

cuerpo.

—Creo que tienes que contarme muchas cosas... —le susurró confidencialmente Eva al oído.

Sofía se limitó a sonreír. Sí, tenía que contarle muchas cosas. Pero no sabía por dónde iba a empezar.

CAPÍTULO 34

Jorge tenía aparcado su BMW M4 Cabrio de color negro en una calle contigua al Marimba Café Bar. Un coche de líneas deportivas y elegantes, de llantas enormes y tapacubos excesivamente brillantes que atraía inevitablemente las miradas y los cuchicheos de la gente que lo veía.

—¿Cuántos coches tienes? —preguntó Sofía, solo para saciar su curiosidad.

—Unos cuantos —respondió Jorge, sin decir la cantidad exacta. Eso no era importante.

«Vaya —pensó Sofía en silencio—. Y yo ni siquiera puedo tener uno».

—Sube —indicó Jorge con amabilidad, abriéndole la puerta.

—Gracias.

Jorge rodeó el coche y entró.

—¿Qué tal te ha ido por tierras alemanas? —interrogó Sofía.

—Se podría decir que bien. Voy a ser el arquitecto del nuevo museo oceanográfico que se va a construir en Berlín.

—Wow... ¡Felicidades!

—Muchas gracias. —Jorge arrancó el coche y salió del aparcamiento—. Me encanta como escribes —comentó—. Creo que tienes talento.

—Gracias —dijo Sofía, sonrojándose ligeramente—. No pensé que te fuera a gustar tanto.

—No sabía que escribías así. Tus poemas son muy descarnados. Te muestras en ellos tal y cómo eres. Me ha sorprendido mucho. Deberías tomarte más en serio tu afición —le aconsejó, lanzándole una mirada de reojo—. ¿Qué tal estos días?

—Sin parar —respondió Sofía—. Ha habido mucho jaleo en la perfumería y en los ratos que he tenido libre he estado escribiendo. Mis musas han estado algo perezosas.

—Te dije que me llamaras si las musas no aparecían —le recordó Jorge divertido—. Que yo me encargaría de ellas. Tengo muy buena mano para esas cosas.

—Sí, tenía que haberlo hecho. Tenía

que haberte llamado... —dijo Sofía. Se calló unos segundos—. Te he echado de menos —soltó en un arranque de sinceridad.

—¿Y eso es malo?

—No... No lo sé —dijo Sofía como si de pronto estuviera abrumada.

—Yo también te he echado de menos —afirmó Jorge con total franqueza—. Mucho.

Sofía miró por la ventanilla. El sol se hundía lentamente por detrás de la línea que perfilaban los edificios de Madrid, bañando las calles de escarlata y oro.

—¿En qué piensas? —le preguntó Jorge.

—En nada importante —dijo Sofía, quitando hierro al asunto.

Jorge se desvió al arcén y aparcó el coche en una zona de carga y descarga que estaba libre.

—¿A qué tienes miedo, Sofía? —le preguntó.

Su voz era como el arrullo de un gato. Sofía giró el rostro y lo miró.

—No lo sé... —respondió—. De verdad que no lo sé... —Jorge parecía frustrado con su respuesta poco clara—. No estoy acostumbrada a que las cosas me salgan bien. Ni siquiera estoy acostumbrada a que me traten... bien. —Decir aquella última frase la emocionó. Las lágrimas acudieron a sus ojos—. Lo siento... —dijo, tratando inútilmente de contenerlas.

—Heyyy.... —dijo Jorge,

inclinándose hacia ella y abrazándola con fuerza contra su pecho—. Ya... ya... No llores. No llores, por favor —la consoló mientras le acariciaba la cabeza con dulzura.

—No sé lo que tengo que hacer, Jorge —murmuró Sofía, sorbiendo por la nariz.

—No tienes que hacer nada, mi niña —aseguró Jorge con voz tierna mientras le enjugaba las lágrimas de las mejillas con los pulgares. Sofía levantó los ojos y lo miró con expresión de desconcierto mientras él le sujetaba la cara entre las manos—. Solo déjame cuidarte, déjame protegerte, déjame mimarte, déjame consentirte, déjame amarte... Solo eso —concluyó blandiendo una sonrisa

cargada de amor y franqueza.

—Hay tanta nobleza y tanta lealtad en tus ojos —comentó Sofía.

—Sé que lo has pasado mal, que tu vida no ha sido ni es fácil. Sé el infierno que tienes en casa. Pero eso puede cambiar, mi niña. Y yo quiero ayudarte en esa tarea. —Jorge juntó su frente con la de Sofía—. Solo déjame estar cerca de ti, muy cerca de ti... —susurró.

—¿Para llevarme a ese lugar secreto donde vuelan las mariposas? —le preguntó Sofía.

Jorge sonrió sutilmente.

—Sí —respondió—. Para llevarte a ese lugar secreto donde vuelan las mariposas...

Sofía se separó unos centímetros de

él, pero sin dejar de sentir su aliento.

—¿Y dónde está ese lugar? —
curioseó. Desde hacía días quería
preguntárselo, pero siempre acababa
olvidándose.

—Te lo diré el sábado —dijo
enigmáticamente Jorge. Su voz sonaba
en ese momento dulce y misteriosa a la
vez. Envolvente.

—¿Me llevarás a él? —musitó Sofía.

—Por supuesto que sí —contestó
Jorge con una sonrisa en los labios.

Alguien tocó varias veces la bocina
del coche detrás de ellos y no parecía
estar de buen humor.

—Creo que deberíamos irnos —
sugirió Sofía, haciendo un mohín con la
boca.

—Yo también lo creo —advirtió Jorge.

Se colocó recto en su asiento, arrancó y se incorporó de nuevo a la circulación.

—¿Te importaría dejarme unas calles antes de la mía? —propuso Sofía en tono apocado—. No quiero tener problemas.

—Claro, ¿dónde quieres que te deje? —preguntó Jorge. Él era el primero que pretendía evitar problemas con Carlos. No quería que, para solucionarlos, aquel malnacido la emprendiera a golpes con Sofía. Si se atrevía a ponerle un solo dedo encima otra vez y él se enteraba, no respondía de sus actos. De verdad que no respondía.

—En Joaquín Turina está bien —dijo

Sofía.

Jorge callejeó por la capital hasta llegar a Joaquín Turina y dejó a Sofía en la esquina que la vía hacía con la calle Polvoranca, que iba a dar directamente a Gómez de Arteche.

—¿El sábado te viene bien que pase a buscarte a las cinco? —preguntó Jorge. Los ojos le brillaban.

—Sí, genial —respondió Sofía, que todavía no acababa de hacerse a la idea de que iría a conocer a la madre de Jorge—. Pero no vengas hasta mi casa. Mejor nos vemos en la plaza de la Emperatriz. Está al final de esta misma calle. —Sofía indicó la dirección con dedo.

—Muy bien. A las cinco en la plaza

de la Emperatriz.

Sofía se acercó a Jorge y le dio un beso fugaz en los labios. Después salió del coche rápidamente, sin dejarle tiempo para reaccionar.

—La próxima vez no te consentiré que el beso sea tan corto —afirmó Jorge a través de la ventanilla que acababa de abrir—. El sábado me encargaré de ti.

Sofía volvió la cabeza, miró por encima del hombro y, traviesa, le sacó la lengua. Jorge la miró con picardía mientras se alejaba calle abajo. No tenía ninguna intención de dejar escapar a esa chica. Ninguna, pensó. La quería para él. Exclusivamente para él, y al final sería suya. Palabra de Jorge Montenegro.

CAPÍTULO 35

La plaza de la Emperatriz era un pequeño espacio rodeado de hileras de árboles, arbustos verdes y bancos de madera entre la calle Joaquín Turina y la plaza Seis de Diciembre. La tarde estaba tranquila en aquella zona alejada del bullicioso centro y el sol brillaba radiante y caluroso.

Sofía esperaba impaciente sentada en un banco cercano al quiosco que había situado en uno de los lados de la plaza; enfundada en un vaporoso vestido de tirantes blanco. Llevaba el pelo suelto —le caía brillante y en suaves ondas hasta la mitad de la espalda—, sin

apenas maquillaje y con una sonrisa bobalicona en el rostro, fruto de la emoción y los nervios.

Había llegado con casi diez minutos de antelación para no encontrarse con Carlos, que estaría a punto de llegar a casa quién sabe de dónde. Hacía mucho tiempo que Sofía había dejado de preguntarle, cansada de sus ofensas y sus malas contestaciones.

Se levantaba del banco cuando llamó su atención el ruido de una moto BMW de gran cilindrada de color negro y plata que se detuvo a unos metros de donde se encontraba. Entornó los ojos y miró circunspecta. De ella se bajó un hombre alto, esbelto y de espaldas anchas vestido con una cazadora y un pantalón

ajustado de cuero negro. El anonimato en que lo sumía el casco, también negro, desplegaba a su alrededor un halo de misterio. Pero aún todo, Sofía sabía que la estaba mirando a ella. Trago saliva.

El hombre se quitó los guantes de cuero en dirección a Sofía. Fue cuando finalmente se sacó el casco cuando se dio cuenta de que se trataba de Jorge. El corazón empezó a latirle vertiginosamente en la garganta mientras repasaba su cuerpo de arriba abajo.

—Dios mío... —siseó, apenas sin aliento. Estaba... Sofía no encontraba palabras para describir lo atractivo que estaba Jorge. De pronto se sintió turbada ante el magnetismo que irradiaba. Era arrebatador. Tenía el pelo alborotado

por el casco, una mirada seductora y una sonrisa deslumbrante en la boca.

—Hola, mi niña —dijo Jorge cuando alcanzó a Sofía, que lo miraba sin poder pestañear.

—Hola... —fue lo único capaz de decir.

Jorge se acercó tanto que Sofía temió que le diera un beso. Sin embargo, mantuvo las formas. Y menos mal que Jorge tenía algo de cordura en esos momentos, porque ella no estaba segura de haberse resistido; aunque se encontraran en plena calle y los pudiera ver cualquier persona.

—¿Preparada?

—¿Vamos a ir en moto?

—¿No te parece buena idea?

—Sí, claro que sí —respondió Sofía, sonriente. Nunca había montado en una moto de esa envergadura, pero le apetecía mucho. Sería excitante ir con Jorge. Tremendamente excitante—. ¿No habrá problema con mi vestido? —preguntó con aire inocente.

—Recógetelo por delante y apriétate fuerte contra mí para que no se escape —dijo Jorge con una mirada un tanto perversa—. Toma, ponte el casco.

Sofía cogió el casco y se lo metió en la cabeza. Jorge la ayudó a abrochárselo mientras le dedicaba una mirada seductora.

—¿Te he dicho que estás preciosa? —Sofía negó enérgicamente con la cabeza como lo haría una niña pequeña,

juguetona—. Pues lo estás. —Jorge la miró con divertida malicia y sonrisa lobuna—. Ya me encargaré luego de ti —dijo, bajándole el visor—. Por el escueto beso del jueves.

Sofía sintió como una ola de calor ascendía por su rostro. Soltó aire por la parte de ventilación del casco, acalorada por las miles de cosas que imaginaba que le iba a hacer Jorge. Jorge se subió a la moto con un movimiento ágil y resuelto y después ayudó a subir a Sofía, que pasó las manos por su espalada y se pegó a él todo lo que pudo.

—¿Lista? —le preguntó Jorge mientras se ajustaba los guantes. Sofía inclinó la cabeza—. Agárrate fuerte.

Jorge arrancó la moto y aceleró un par de veces en el sitio. La máquina rugió enfurecida y Sofía notó que un torrente de adrenalina se disparaba violentamente dentro de su cuerpo, como un millón de alfileres.

Giraron en una calle y en otra de la capital hasta coger la A-6 dirección Las Rozas, donde vivían los padres de Jorge. Sofía sentía que flotaba sobre aquellas dos ruedas que parecían no tocar el asfalto mientras se deslizaban por la autovía. Aunque el cuerpo de Jorge la protegía, apreciaba la fuerza con que el viento golpeaba su melena y la hacía ondularse como una bandera.

Estiró los brazos con las manos totalmente abiertas y se dejó llevar por

la infinita espiral de sensaciones que le recorrían por dentro. Se sentía libre como nunca, plena, y feliz... Jorge aceleró un poco más y Sofía gritó a través del casco. No había complejos, no había prejuicios, no había inseguridades. No había nada. Solo ella y Jorge.

Los señores Montenegro vivían en una urbanización de lujo situada en la parte sur de Las Rozas. En un impresionante chalet de estilo clásico de tres plantas, que haría, por supuesto, las delicias de cualquier arquitecto.

Sofía entró contenida y ciertamente

cohibida. Como siempre le ocurría con aquel tipo de construcciones, tan utópicas e inalcanzables para el resto de mortales, se sentía intimidada. Y luego estaba Jorge y su atuendo de cuero, cuya imagen hacía que le palpitara la entrepierna. Pensarlo le hacía morir de la vergüenza.

—¿Estás bien? —le preguntó Jorge, que había percibido su inquietud.

—Sí —contestó Sofía, asintiendo varias veces con un ademán de afirmación.

—Vamos, ¿entonces?

Sofía inclinó la cabeza. Pero cuando Jorge iba a echar a andar, lo sujetó del brazo.

—¿Qué ocurre, mi niña? —dijo Jorge

con un matiz de preocupación en la voz. Sofía estaba visiblemente nerviosa —. Tranquila —la calmó—. Mis padres son gente humilde y sencilla. No vas a tener problema. A mi madre le vas a caer muy bien, ya verás...

—No es por tu madre —aclaró Sofía a media voz. Jorge la miró desconcertado, observándola con atención—. Es por ti —Jorge meneó la cabeza de lado a lado. No entendía nada —. Verte así, vestido de cuero, con el casco, en la moto... me está excitando. De hecho, estoy excitada ahora mismo —dijo en un susurro apenas audible.

Jorge abrió los ojos como platos y parpadeó un par de veces fingiendo estupefacción. Después rió con

indulgencia. Aquella revelación le pilló por sorpresa pero le encantó.

—Yo no le veo la gracia —concluyó Sofía en tono serio. Quería que la Tierra la tragara.

Jorge se acercó a ella y le levantó la barbilla.

—Me ocuparé personalmente de ese asunto más tarde. Te lo aseguro —aseveró, blandiendo una sonrisa felina como la de un gato. Se inclinó y le mordisqueó el labio inferior con sensualidad—. ¿Crees que aguantarás?

—Si me vuelves a hacer eso, no —respondió Sofía.

Jorge se echó a reír, observándola con ojos danzarines, divertidos.

—Hay un cobertizo en el jardín,

detrás de la casa. Si te ves muy apurada, dímelo. —La sonrisa felina de su rostro se acentuó.

—¡Jorge! —lo amonestó Sofía.

Jorge sonrió de nuevo, le cogió la mano y tiró de ella.

—Vamos —dijo, mientras se la llevaba por el largo pasillo.

CAPÍTULO 36

—¡Mamá, ya estamos aquí! —anunció Jorge.

Sofía esperaba a su lado en mitad de un enorme y sofisticado salón de techos altísimos y elegantes muebles de diseño de color crema, con la mano cogida a él, que no la había soltado ni un solo momento. Sabía que aquel contacto le daría seguridad.

—Bienvenidos —dijo una guapa mujer de unos cincuenta y siete años; sofisticada y elegante como una dama de alta cuna, con una melena castaña clara cortada perfectamente a estilo *garçon* y un aire jovial envidiable. Iba vestida

con un pantalón de lino blanco y una blusa amplia con un colorido estampado étnico. Se acercó apresuradamente y dio un afectuoso beso a Jorge. Seguidamente deslizó la mirada hasta Sofía—. Tú eres Sofía, ¿verdad? —preguntó, enarcando una ceja en un gesto de complicidad con ella.

—Sí.

—Yo soy Blanca, la madre de Jorge.

La señora Montenegro le dio dos besos al tiempo que la abrazaba.

—Encantada —dijo Sofía, que intentaba por todos los medios posibles no parecer nerviosa—. Gracias por la invitación.

—Es un placer. —Blanca sonrió con expresión cálida, dando confianza a

Sofía—. ¿Te gustan los capuchinos y las pastas de té? —Su tono de voz era modulado y afable.

—Sí. —Sofía le devolvió la sonrisa.

—Perfecto. Enseguida os sirvo.

Sentaos.

—Mi madre hace unas pastas de té que están para chuparse los dedos —intervino Jorge, sentándose en uno de los sofás marrones de los tres que poseía el salón.

—¿Qué vas a decir tú que eres mi hijo? —bromeó Blanca mientras se dirigía a la cocina.

Un par de minutos después apareció con una bandeja de madera negra en la que había tres tazas rebosantes de espuma, un azucarero y un plato atestado

de pastas de té con una pinta estupenda.

—¿La ayudo? —preguntó Sofía, ofreciéndose a repartir las tazas.

—No, no es necesario. Gracias. Por cierto, nada de llamarme de usted. No me eches más años de los que ya tengo —comentó Blanca, guiñándole un ojo.

—Está bien —dijo Sofía—. Como quieras.

Blanca se sentó en el sofá que había al lado.

—Me ha dicho Jorge que trabajas en una perfumería.

—Sí —confirmó Sofía.

Durante un instante se le pasó por la cabeza que quizá la madre de Jorge pensara que ser dependienta de una perfumería era un trabajo demasiado

humilde para una familia como la suya. Pero después de un largo rato de conversación se dio cuenta de que eran prejuicios que ella se imaginaba y que realmente no existían. Blanca era una mujer franca, sencilla y extrovertida que la miraba con ojos brillantes y afectuosos, como si quisiera ganarse el corazón del tesoro máspreciado de su hijo mayor.

—¿Y papá dónde está? —preguntó Jorge.

—Ha ido a pescar con Fermín. Llevaban semanas planeándolo. Ya lo conoces... ¿Os quedáis a cenar? —preguntó Blanca.

—No, nos vamos ya —dijo Jorge—. Sofía y yo tenemos que hacer algunas

cosillas.

Sofía se sonrojó ligeramente al pensar qué cosillas eran esas que tenían que hacer.

—Lo entiendo. No os preocupéis — concedió Blanca de buen grado—. Pero prometedme que vendréis un día a cenar. A tu padre le encantará conocer a Sofía.

—Cuenta con ello, mamá.

—Espero volver a verte muy pronto —dijo Blanca, envolviendo cariñosamente las manos de Sofía con las suyas. Sofía asintió complacida—. Ha sido un placer conocerte.

—Igualmente —correspondió Sofía, que realmente había quedado encantada.

—Nos vemos, mamá —se despidió Jorge, dándole un beso en la mejilla.

El sol había comenzado a menguar, emitiendo una luz opaca, y las nubes reflejaban los vivos colores con los que se presentaba el crepúsculo. Unas vaporosas pinceladas rosas, naranjas y rojas que dotaban al cielo de una hermosura inconmensurable.

—¿Dónde vamos? —preguntó Sofía a Jorge mientras se dirigían a la moto.

—A mí casa —contestó Jorge contundentemente—. Tengo que ocuparme de cierto asunto —añadió, pasándole el casco a Sofía y dedicándole una intensa mirada.

Sofía tragó saliva, estremecida.

Aquella forma que tenía Jorge de mirarla le cortaba la respiración casi por completo, y la excitaba, más de lo que ya estaba.

Dejaron atrás el lujoso chalet de los señores Montenegro, salieron de Las Rozas y se incorporaron de nuevo a la A-6 dirección Guadarrama. En veinte minutos estaban entrando en el garaje de Jorge, que cogió los cascos de ambos en cuanto cruzaron el umbral y los apoyó en la alacena. Tenía prisa.

A Sofía apenas le dio tiempo a ver que era un espacio pintado de negro y que las líneas que delimitaban la decena de plazas de aparcamiento eran de un azul eléctrico hipnótico. Sin previo aviso Jorge tomó su cara y la besó

apasionadamente, invadiendo su boca de miel con su lengua. Estaban hambrientos, necesitados el uno del otro.

—Llevo más de una semana sin tocarte —murmuró Jorge a modo de queja.

—Jorge... —musitó Sofía entre pequeños suspiros de placer.

—Sofía... Mi Sofía... —siseó Jorge en una exhalación.

Cerró la puerta del garaje con el mando a distancia y fue arrastrando a Sofía dentro de él. Era tan ligera, tan grácil... tan suya. Sonrió para sus adentros al tiempo que le pasaba los dientes por el labio inferior. Sofía gimió en su boca.

—Vamos a solucionar ese... pequeño

problema que tenías —dijo juguetón, repasando con la mirada las líneas suaves y perfectas del rostro de Sofía. Los ojos negros le brillaban, más oscuros que nunca.

—¿Aquí? ¿En el garaje? —Jorge esbozó una sonrisa ladina. Sofía cayó en la cuenta—. ¿En la moto?

Sofía se ruborizó solo pensarlo. Deseaba a Jorge desesperadamente, con unas ansias que le quemaban por dentro. Deseaba sentirlo en sus entrañas, poseyéndola con aquella maestría con que solo él sabía hacerlo. El lugar era lo de menos, o lo de más, dado el caso. Alzó los brazos y le quitó la cazadora de cuero. Le levantó la camiseta, dejando al descubierto su torso perfectamente

cincelado, tiró de ella para atraerlo hacia su cuerpo y se lanzó a su boca.

Jorge cogió los tirantes del vestido y los deslizó suavemente por los hombros de Sofía. Se inclinó y fue encadenando besos y pequeños mordiscos desde uno hasta otro. Resultaba tan embriagador, tan excitante...

—Date la vuelta —le indicó.

Sofía se giró y Jorge tiró del vestido para que cayera al suelo. Su cuerpo menudo y delicado quedó al desnudo. Jorge se quitó rápidamente la camiseta y se pegó a ella para que sintiera su calor. Le sujetó la cintura con una mano mientras la otra se desplazaba a la cara interna de sus muslos. Sofía cerró los ojos y suspiró.

Jorge introdujo lentamente los dedos por su braguita y jugueteó con los labios de su vagina haciendo círculos con las yemas. Sofía jadeó y reclinó la cabeza en su torso. Jorge esbozó una ligera sonrisa de triunfo mientras le quitaba el sujetador. Le gustaba que el cuerpo de su niña se rindiera a él. Que respondiera tan sublimemente a su deseo. Que fuera tan desinhibida, tan fogosa, tan loca como él.

La mano de la cintura subió hasta el pecho, lo envolvió con ella y apretó el pezón con el índice y el pulgar. Sofía se encogió de placer.

—¿Bien? —preguntó Jorge en su oído con voz morbosa, masajeando el seno al mismo tiempo.

—Muy bien —dijo Sofía, dejándose arrastrar por el placer.

Jorge le mordisqueó el lóbulo de la oreja después de lamérsele. Sofía lanzó un suspiro al aire. Le dio la vuelta y la cogió a horcajadas.

—No sabes cómo me gusta verte así... Cómo me pone —afirmó Jorge.

Sofía sonrió, cómplice, poderosa, se inclinó y lo besó apasionadamente sin decir nada, hundiendo las manos en su pelo alborotado negro. Los hechos siempre eran más demostrativos que las palabras, pensó mientras recorría con la lengua su boca de labios simétricos.

Jorge la tumbó sobre la moto, con cuidado para que no se cayera, le quitó las braguitas, le levantó las piernas y las

colocó sensualmente encima de sus hombros.

—¿Qué quieres? —preguntó a Sofía con voz ronca.

—Que me folles —respondió ella sin ningún tipo de pudor. Estaba con Jorge Montenegro. Su Jorge Montenegro. Él sonrió con una mezcla de dulzura y picardía. Alargó los brazos, metió las manos por debajo de las caderas de Sofía y de un fuerte envite la penetró. Sofía soltó el aire de golpe y gimió. Jorge salió y volvió a entrar en ella con una expresión morbosa en el rostro al tiempo que la estimulaba el clítoris con los dedos.

Sofía no dejaba de mirarlo. No podía. La intensidad de los ojos negros de

Jorge y el ardor y la lujuria con que la observaban jadear de placer la subyugaban hasta casi perder la razón.

—Sigue... —le animó, cautivada por el movimiento constante de sus caderas —. Sigue... por favor...

Aquellas palabras encendieron más aún a Jorge, que aceleró el ritmo de sus embestidas. Las pulsaciones de Sofía tañían atropelladamente por todo su cuerpo, empezando a estremecerse y a contraerse de arriba abajo hasta desembocar en un fuerte orgasmo que la hizo arquearse y gritar aferrada, con los ojos cerrados, al cuero del asiento. Cuando los abrió, aturdida, Jorge la miraba atentamente mientras seguía con sus acometidas.

Se inclinó sobre ella y agarró el manillar para hacer más fuerza.

Las penetraciones se hicieron más profundas por la posición que habían adquirido, más íntimas. Los rostros de ambos estaban a escasos centímetros, intercambiando alientos, jadeos y placer. La expresión de Jorge se contrajo. Un instante después se liberó en el interior de Sofía con un alarido agónico que ella trató de sofocar con un beso. Jorge sonrió, extenuado, y paseando su boca sobre la de Sofía, le susurró:

—¿Solucionado tu problema?

—De momento, sí —respondió Sofía en tono travieso.

CAPÍTULO 37

—¿Dónde vuelan las mariposas? — preguntó Sofía.

—En el cielo —respondió Jorge.

—¿En el cielo? —volvió a decir Sofía.

—Sí, en esa parte del cielo donde las corrientes de aire son suaves y les permite avanzar hacia su destino, donde pueden mantener el vuelo sin caer, donde el viento no las arrastra.

Sofía sonrió. Entendía el símil. Jorge quería que ella mantuviera el vuelo, que no fuera a contracorriente, que el viento no la arrastrara, que no la hiciera caer y que pudiera avanzar hacia su destino.

—¿Me llevarás allí? —dijo.

—Cada minuto, de cada hora, de cada día —le aseguró Jorge—. Será un lugar secreto que tú y yo crearemos, que solo tú y yo conoceremos y al que solo tú y yo podremos ir. ¿Quieres que te muestre dónde vuelan las mariposas?

—Sí —afirmó Sofía, ampliando la sonrisa en el rostro—. Cada minuto, de cada hora, de cada día.

Jorge la besó tiernamente envuelto en la magia que los envolvía y que solo surgía cuando estaba con Sofía.

—Tengo que irme, mi niño —dijo ella, rompiendo el silencio que reinaba desde hacía un largo rato en el lugar.

Jorge echó un vistazo a su Rolex Daytona. Eran las diez de la noche.

—¿Tan pronto? —preguntó haciendo un mohín de disgusto con los labios. Estaba tan bien en esos momentos, con el cuerpo desnudo de Sofía acurrucado contra el suyo en el viejo sofá columpio que tenía dentro del garaje.

—Quiero que te quedes —afirmó Jorge—. Quiero dormir contigo.

Sofía le rozó cariñosamente la nariz con la suya.

—No puedo —dijo únicamente.

Jorge exhaló, resignado.

—Lo sé —dijo, pasándole la mano por el rostro—. Lo sé...

Sofía se levantó del sofá, recogió la ropa del suelo y se vistió. Ella también quería quedarse. También quería dormir con Jorge. Pero tenía que irse. Debía

irse. Carlos podría llegar a casa en cualquier momento y si no estaba se enfadaría.

Jorge observó a Sofía mientras se ponía las bragas, el sujetador y el vaporoso vestido blanco. Tenía el pelo alborotado y el rostro con un sonrojo natural y encantador. Fue deslizándose lentamente los ojos por la curva de sus pechos, de sus caderas y por la línea de sus piernas.

—¿Qué? —dijo Sofía con timidez cuando advirtió que Jorge la estaba mirando—. ¿Quéeee? —repitió al ver que no contestaba.

—La próxima vez no voy a dejar que te vayas —dijo al fin, encerrando en sus palabras todos los pecados que le

sugería el cuerpo de Sofía.

—Jorge...

—Lo digo muy en serio, Sofía. —Y realmente hablaba en serio—. La próxima vez no voy a dejar que te vayas.

Jorge dejó a Sofía en Joaquín Turina, esquina con la calle Polvoranca, como la anterior vez.

—¿Dónde demonios has estado? —preguntó Carlos con voz pastosa cuando entró Sofía en casa.

Estaba sentado en el sofá del salón, fumando, ebrio y con cara de pocos amigos.

—Tomándome un café con Eva —

respondió.

—¿Y no sabes que tienes que estar aquí cuando yo llegue? ¿Quién me va a hacer sino la cena? —inquirió Carlos. Tenía los ojos vidriosos.

—Últimamente nunca vienes a cenar...

—¡Pero hoy he venido! —exclamó con los ojos enormes y enrojecidos, dando un fuerte puñetazo en la mesa.

Sofía se sobresaltó.

—Lo siento... —dijo, metiéndose nerviosamente el pelo detrás de la oreja.

—Lo sientes, lo sientes, lo sientes... —repitió Carlos con burla, elevando cada vez más el tono de voz.

Sofía retrocedió un paso cuando vio que Carlos se levantaba del sofá,

tambaleante, y que se dirigía a ella.

—He dejado preparada una ensalada de pasta —comentó Sofía, tratando de calmar a Carlos—. Enseguida estará lista.

Se dirigía a la cocina cuando Carlos la agarró bruscamente del brazo y la detuvo. Sofía ahogó un grito de dolor en la garganta.

—¡No quiero comerme tu mierda de ensalada! —espetó Carlos muy cerca de su rostro.

—No te preocupes. Te haré otra cosa —dijo Sofía con voz dulce.

—Sí, si me preocupo —continuó Carlos sin soltarla del brazo—. Porque resulta que tengo una novia que es una buena para nada.

—Carlos, por favor...

—Por favor, ¿qué? —El aliento le apestaba a alcohol.

—Eres una inútil, una imbécil...
¿Quién crees que estaría contigo si no estuviera yo? ¿Quién crees que cargaría contigo? ¿Eh? ¿Quién?

—Carlos, me haces daño. —Sofía habló con un hilo de voz mientras la zarandeaba.

—Carlos, Carlos, Carlos... —dijo socarrón—. ¿Qué harías tú sin mí? ¿Adónde irías sin mí?

—Por favor, ya... Déjame, por favor.

—¡No quiero dejarte! Tienes que aprender, y parece que solo lo haces a golpes.

Sin soltarla, le dio varias bofetadas

rápidas en la mejilla.

—Ya, Carlos...

Sofía intentaba aguantar las lágrimas y el dolor. Dio un fuerte tirón para soltarse, pero no lo consiguió. Los dedos de Carlos aferraban su brazo como una garra.

—No eres más que una zorra, que una maldita zorra —gritó dándole un fuerte empujón. Sofía trastabilló y cayó estrepitosamente al suelo—. Ahí es donde deberías estar siempre, en el suelo. Besando por donde piso. — Carlos se inclinó hacia ella y le escupió con saña la cara—. Ni se te ocurra dormir hoy conmigo —aseveró. Después caminó hasta el dormitorio con pasos tambaleantes y cerró de un portazo.

Sofía flexionó las piernas, se las cogió con las manos y se quedó en posición fetal parte de toda la noche, llorando amargamente.

Frente al espejo, Sofía sacó el bote de maquillaje del neceser, se echó un poquito en la mano y lo extendió por la mejilla. Las bofetadas que le había dado Carlos le habían provocado un hematoma en la parte alta del pómulo. No podía presentarse así a trabajar o comenzaría la batería de preguntas, en este caso, justificada. Nadie va por la calle con cardenales en la cara. Vertió otro poco de maquillaje y se dio una

segunda capa. Tenía los ojos rojos e hinchados de las largas horas que había estado llorando durante el resto del fin de semana. Había estado sola en casa. Así que no había peligro de que Carlos la viera y volviese a pegarle por estar llorando.

Jorge le había enviado un par de whatsapp cariñosos, pero Sofía no había contestado. No la podía ver en ese estado, o se preocuparía.

—Está bien, mejórate —le dijo Sofía a Sara, que había llamado a la tienda para decir que no iría. Al parecer, tenía una gastroenteritis de caballo que la

obligaba a estar en cama.

A Sofía no le importó quedarse sola en la perfumería y sacar el trabajo de Sara adelante. Lo prefería. Así estaría entretenida y mantendría la cabeza lejos de la tristeza y el dolor que le embriagaban el alma.

Terminó de hacer la caja, colocó unos últimos perfumes que habían llegado por la mañana y cerró la tienda. Fuera la esperaba Jorge.

—¿Qué haces.... aquí? —le preguntó Sofía, que pese a que quería evitar un encuentro con él, la alegró inmensamente verlo allí, plantado en la acera, galante como siempre, esperando que ella saliera de trabajar.

—Necesitaba verte —dijo Jorge con

voz entrañable. En el fondo sospechaba que algo no iba bien. Lo intuía—. ¿Te acerco a casa?

—No hace falta, Jorge. Es mejor que vaya en metro —respondió Sofía.

—¿Está todo bien? —sondeó Jorge en un tono algo suspicaz.

—Sí, sí. Todo está bien. —Sofía trató por todos los medios que el pelo le tapara la mejilla—. Estoy un poco cansada. Nada más. Sara tiene gastroenteritis y no ha venido a trabajar...

Jorge le alzó la barbilla para obligarla a que lo mirara. Necesitaba ver en sus ojos qué estaba pasando. Cuando Sofía levantó el rostro, Jorge advirtió el hematoma atenuado por el

maquillaje que tenía su mejilla.

—¿Ha vuelto a pegarte? —dijo entre dientes. Aunque no era una pregunta sino una dolorosa afirmación.

Sofía bajó la cabeza y se cubrió de nuevo la mejilla con el pelo.

—Todos está bien, Jorge. De verdad.

—¡Maldito hijo de puta! —exclamó, dando un puñetazo a la pared—. Voy a matarlo.

—Jorge, no... Por favor. —Los ojos de Sofía se llenaron de lágrimas—. Por favor... —repitió.

—Sofía...

—Jorge... —dijo Sofía como una súplica—. Solo serían problemas para mí.

Jorge se pasó la mano por el pelo,

tratando de apaciguarse. Le hervía la sangre dentro de las venas. Sentía rabia, impotencia, dolor. Cerró los ojos y apretó los dientes con fuerza. Quería abrazar a Sofía, estrecharla entre sus brazos, consolarla, pero no podía. ¡Maldita sea, no podía! ¡Ni siquiera eso podía! Estaban en plana calle y cualquiera podría verlos.

—No voy a consentir que vuelva a pegarte —aseveró con una seriedad estremecedora en la voz—. Me da igual lo que me pase, pero no voy a consentir que ese cabrón vuelva a pegarte.

CAPÍTULO 38

Sofía contemplaba el ir y venir de los coches y los transeúntes embebida en sus pensamientos, inmersa en el silencio que forma la ausencia de palabras. Las luces de los comercios se deslizaban por los cristales tintados del BMW de Jorge, centelleando en su rostro de expresión abatida.

—¿Por qué no te vas el próximo fin de semana a ver a tu madre a Barcelona? —le preguntó Jorge cuando se detuvo en Joaquín Turina para dejarla.

—No puedo —respondió únicamente Sofía.

—¿Por qué? Te vendría bien tomarte

unos días de descanso. Desconectar, relajarte. Estás sometida a mucha presión, Sofía.

Sofía se revolvió en el asiento, incómoda. Le encantaría ir a ver a su madre a Barcelona. Lo necesitaba. Necesitaba estar con ella, que le diera su cariño, que la aconsejara; recibir ese amor desinteresado de madre al que tan poco acceso tenía por la distancia que había entre las dos. De hecho, lo había pensado. Pero no podía. No tenía dinero para pagarse el billete. Carlos había sacado de la cuenta lo que tenía para pagar la última factura de la luz y del agua y se había visto obligada a sufragarlas con los pequeños ahorros que guardaba en una cajita en la

estantería de su habitación.

—No puedo, de verdad —dijo de nuevo.

—¿Es por dinero? —quiso saber Jorge. Sofía desvió la mirada—. Si es por dinero, yo puedo dártelo. No hay problema.

—Jorge, no... —Sofía se interrumpió y apretó los labios. No quería que Jorge le prestase dinero y menos que se lo diera. Ya se sentía bastante mal respecto a ese tema.

—Deja de ser tan orgullosa —se adelantó Jorge, esbozando una sonrisa condescendiente—. Es solo dinero.

«Solo dinero», pensó Sofía. Negó con la cabeza ligeramente.

—Gracias, de verdad. Pero no es

necesario —dijo.

—Sí, sí es necesario.

—No, no lo es.

—Sí, sí lo es.

—No, no lo es. —Sofía pensó en una excusa rápida—. Mi madre está fuera de Barcelona y no sabe cuándo regresará.

Jorge arqueó una ceja, circunspecto.

—Qué casualidad... —dijo.

—Sí, bueno... Ya sabes que las casualidades existen.

Sofía le besó en la clandestinidad que confería la noche y se bajó del coche. No quería seguir hablando de ese tema y Jorge era de lo más insistente cuando quería.

Jorge no creyó nada de lo que le decía Sofía. La conocía lo suficiente

para saber que estaba mintiendo. Básicamente porque se le daba fatal. Pero se dejó engañar. Ya se las arreglaría él para que Sofía fuese a ver a su madre el próximo fin de semana.

La mañana estaba siendo caótica para Jorge, tratando de solucionar los problemas técnicos del proyecto de Adrián, empezando con el diseño del museo oceanográfico de Berlín y haciendo frente a las complicaciones cotidianas. Sin embargo, buscó un hueco para lo que tenía en mente.

—Estela.

—Dígame, señor...

—Búscame vuelos para Barcelona.

—¿Qué día?

—Para el viernes por la tarde el de ida y el de vuelta a Madrid para el domingo por la noche. Que sea en primera clase, por favor.

—Sí, señor.

—Emítelos a nombre de Sofía Silva.

—Sí, señor.

—Gracias. Ah, Estela... —dijo antes de colgar.

—¿Sí?

—Cuando tengas los billetes llama a Walther y dile que se pase por el despacho.

—Perfecto.

Colgó el teléfono y suspiró satisfecho.

—Vas a ir a Barcelona sí o sí, mi

niña orgullosa —murmuró a media voz.

Estela entró en el despacho de Jorge. Era una chica de veintitrés años, morena de pelo liso y rostro pecoso que caminaba encorvada ligeramente hacia adelante y llevaba unas gafas de pasta negra.

—Los billetes, señor —dijo, extendiendo la mano y ofreciéndoselos a Jorge.

—Gracias, Estela —agradeció él cogiendo los billetes—. ¿Has avisado a Walther?

—Sí, está subiendo.

—Gracias.

Estela salió por la puerta en el mismo instante en que Walther entraba en el despacho de Jorge.

—¿Me ha mandado llamar, señor? — preguntó.

—Sí, Walther.

Jorge abrió uno de los cajones de su escritorio, cogió un sobre alargado y metió los billetes de avión en él. Seguidamente escribió unas palabras en una cuartilla, la dobló y la introdujo también en el sobre.

—Lleva este sobre a la dirección que te estoy apuntando aquí. Es la perfumería en la que trabaja Sofía —le aclaró—, y se lo das personalmente a ella, por favor.

—Sí, señor —asintió el chófer,

alargando la mano—. ¿Alguna cosa más?

—No, Walther, gracias.

Sofía estaba despidiendo a un grupo de revoltosas adolescentes que habían ido a comprar una colonia a una amiga, cuando vio entrar a Walther en la tienda.

—¿Walther? —dijo con una nota de asombro en la voz.

—Señorita Sofía —saludó el chófer.

—¿Qué haces aquí? ¿Quieres que te asesore para comprar un perfume? —bromeó Sofía.

—Otro día, quizá —contestó Walther con un guiño y su habitual amabilidad—.

He venido a traerle esto.

Alargó la mano y le tendió el sobre a Sofía, que frunció el ceño.

—Gracias —dijo.

Antes de darse la vuelta e irse, Walther le preguntó con cierta complicidad:

—¿Todo bien, señorita Sofía?

—Todo bien, Walther —respondió Sofía, dedicándole una sonrisa afable.

Sofía abrió el sobre y sacó los dos billetes de avión. Arqueó las cejas, sorprendida. A continuación extrajo la cuartilla que había escrito Jorge, la desplegó y la leyó:

No es dinero, así que no puedes negarte a aceptarlos. Además, le harías

*un feo a mi secretaria, que ha estado
toda la mañana buscando un vuelo
cómodo.*

Jorge

Sofía volvió a mirar los billetes.
Suspiró. No tenía palabras. ¿Por qué
Jorge Montenegro siempre la dejaba sin
palabras?

CAPÍTULO 39

Sofía preparó su pequeña maleta de viaje de coloridos dibujos con dos días de antelación. Estaba pletórica, como una niña con zapatos nuevos. Hacía seis meses que no veía a su madre. Una eternidad. Pero por fin iba a pasar todo un fin de semana con ella.

Carlos no se inmutó cuando se lo dijo. No le interesaba en absoluto, como nada de lo que hacía Sofía. Pero Sofía se había prometido a sí misma que no dejaría que nada ni nadie le estropeará ese momento.

El viernes, después de llegar del trabajo, comió, se duchó, comprobó que

los billetes de avión estaban en su bolso y se fue hacia la plaza de la Emperatriz, donde la recogería Jorge para llevarla al aeropuerto.

—¿Estás contenta? —le preguntó Jorge de camino a la T4.

—Sí —respondió Sofía con ojillos brillantes, sin poder disimular su alegría.

—Me gusta tanto verte así —comentó Jorge—. Te ves tan hermosa...

Le pasó los dedos por la mejilla. Sofía se ruborizó. No acababa de acostumbrarse a los halagos de Jorge, que en esos momentos la miraba con infinita ternura.

—Que tengas buen viaje —dijo Jorge.

—Gracias.

—Disfruta mucho de Barcelona.

—Gracias.

—Relájate, descansa y recarga las pilas —le aconsejó.

—Gracias.

—Y dile a mi suegra que espero conocerla pronto. —Sofía frunció el ceño en un gesto divertido. Jorge sonrió —. ¿No te había dicho que un día voy a casarme contigo?

Sofía no pudo contenerse y lo abrazó. ¿Cómo podía Jorge alegrarle la vida de aquella manera? ¿Cómo podía proporcionarle aquella sensación de seguridad que sentía?

—Pásalo bien, mi niña —dijo Jorge, acariciándole la cabeza con dulzura. Le sujetó el rostro entre las manos, se inclinó y le dio un beso en la frente—. Avísame cuando llegues, ¿vale?

—Vale —contestó Sofía, asintiendo.

Cogió la maleta y fue hacia la zona donde se embarcaba bajo la atenta mirada de Jorge, que solo apartó los ojos cuando la perdió de vista mezclada entre el resto de los pasajeros.

«Primera clase... —se dijo Sofía dando un repaso al interior del avión—. Podría haber ido perfectamente en clase turista». No necesitaba tantas

comodidades.

Se reclinó en el mullido asiento, sacó su iPod del bolso, se puso los cascos y se sumergió en la colección de música que tenía almacenada en el pequeño reproductor.

Cuando aterrizó en el aeropuerto El Prat de Barcelona, su madre la esperaba con una sonrisa que apenas le cabía en el rostro. Clara, que así se llamaba la madre de Sofía, y de quien había heredado parte de su belleza, era una mujer que, pese a que la vida le había golpeado con dureza, seguía manteniendo un optimismo inquebrantable.

—Mi pequeña... —dijo corriendo hacia ella y fundiéndose en un

calurosísimo abrazo.

—Mamá... —dijo Sofía, con las lágrimas en los ojos.

—¿Cómo estás? —preguntó su madre, mirándola de arriba abajo también con ojos vidriosos por la emoción—. Estás muy delgada, Sofía. Tienes que comer más.

—Como bien, mamá —respondió ella—. Es que no paro mucho.

Clara le pasó el brazo por los hombros y la estrechó contra sí. Estaba tan feliz de que su pequeña hubiera ido a verla.

—¿Qué tal las cosas por Madrid? —se interesó Clara cuando iban en el coche camino de Barcelona.

—Bien —respondió Sofía.

—¿Qué tal Carlos? —Sofía apretó los labios—. ¿Las cosas no van bien con él? —sondeó Clara al ver el gesto de su hija.

—Las cosas nunca han ido bien con él —dijo Sofía.

Clara frunció el ceño, preocupada y desconcertada a partes iguales.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Después hablamos —fue la respuesta de Sofía—. Ahora quiero disfrutar un poquito de ti y de Barcelona.

—Está bien, mi pequeña.

Después de que Sofía se instalara en

el pequeño piso que tenía su madre en El Raval, salieron a cenar juntas a una brasería cercana.

—Mamá, ¿pretendes cebarme? — preguntó Sofía cuando empezaron a llegar los platos de panceta, chorizo y torreznos.

—Tienes que comer —dijo de nuevo su madre.

Sofía no se lo pensó dos veces y le hincó el diente a un trozo de chorizo. Realmente estaba delicioso.

—¿Qué sucede con Carlos? — preguntó Clara.

—No sé... —se arrancó a decir Sofía, que no sabía muy bien cómo abordar el tema—. No me trata bien... Nunca me ha tratado bien.

Clara meneó la cabeza, confusa.

—¿Qué quieres decir, Sofía? —Sofía alzó la mirada y se mordió el labio, nerviosa. Su madre empezó a inquietarse—. ¿Sofía...? —De pronto, las sospechas que Clara tenía respecto a Carlos cristalizaron de golpe—. ¿Te maltrata?

Sofía trató de mantener la compostura. No quería preocupar a su madre. Pero últimamente le costaba horrores fingir y se echó a llorar. Su madre se levantó de inmediato, se sentó a su lado y la abrazó con fuerza.

—Por Dios, Sofía... —murmuró, acariciándole el pelo una y otra vez—. Por Dios... —Se imaginó al impresentable de Carlos pegando e

insultando a su pequeña y se le revolviéron las tripas—. Tienes que dejarlo, Sofía —dijo entre lágrimas de dolor—. No puedes estar con alguien así.

—He conocido a un chico, mamá. — Los ojos de Sofía brillaron—. Se llama Jorge. Es... maravilloso. Simplemente maravilloso —dijo Sofía.

Clara observó atentamente a su hija. Su mirada resplandecía como nunca. ¿Había amor hacia ese chico en los ojos de su hija?

—¿Es bueno? —preguntó.

Sofía asintió enjugándose las lágrimas con la mano.

—Él ha sido quien me ha pagado el billete para poder venir a verte.

Clara suspiró.

—¿Por qué no me has dicho que te hacía falta dinero? —le reprendió su madre.

—Porque no quería preocuparte.

—Sofía, eres mi hija. Tengo que preocuparme por ti. Y si te hace falta dinero, tengo que saberlo.

—Ya, mamá —dijo Sofía, que no quería hablar más de ese tema.

—Está bien —condescendió Clara—. Dime, ¿te gusta ese chico? ¿Jorge? —dijo, cambiando de tema.

—Sí —afirmó entusiasmada Sofía—. Me ha cuidado, mimado y protegido en el poco tiempo que nos conocemos más que Carlos en siete años de relación. Si le vieras, mamá... Es guapo, atento,

trabajador, y creo que... me quiere —
concluyó a media voz.

—Entonces, ¿a qué estás esperando?
—preguntó Clara.

—Tengo miedo...

—¿A qué?

—No lo sé... Miedo a que no salga bien. Miedo a que salga bien. No lo sé, mamá —señaló Sofía, confundida y abrumada—. No estoy acostumbrada a que la vida me trate bien. A que las cosas me salgan bien.

—Quien tiene miedo al miedo no vive —afirmó Clara—. El miedo paraliza, limita y no permite que avancemos.

—Tengo miedo a sufrir.

—¿Y no estás sufriendo ahora? Dime, Sofía, ¿no estás sufriendo ahora?

Sofía reflexionó unos instantes sobre la pregunta que le había planteado su madre.

—¿Prefieres seguir gastando tus palabras con quien no las escucha? ¿Malgastando tu vida con quien no te merece? Porque desde luego Carlos no te merece. ¡Despierta, pequeña! — exclamó Clara, chasqueando los dedos. Ahí fuera hay un mundo que te espera, un chico que te espera, una vida que quiere que la vivas. No renuncies a ser feliz, Sofía. Jamás renuncies a ser feliz. — Clara le acarició el rostro con un amor inmenso—. El trato que te da Carlos no habla de ti, sino de él. Tú no tienes la culpa. Tú no te mereces que te peguen, que te insulten, que te humillen. Aunque

él te haya hecho creer que sí. ¿Queda claro?

Sofía inclinó la cabeza, afirmando.

—Te necesitaba tanto —dijo, abrazando a su madre.

—Y yo a ti, pequeña. Y yo a ti.

CAPÍTULO 40

El fin de semana pasó volando, tan rápido como un suspiro. Sofía y su madre compartieron charlas, risas y helados paseando por Las Ramblas y las numerosas playas barcelonesas. Sofía le contó todo acerca de Jorge Montenegro, incluso que ya había conocido a su madre. Omitió, eso sí, la insólita manera en que se habían conocido ellos dos. Decidió que lo mejor era decir que se habían visto por primera vez en la terraza del *Tartan Roof*, el bar de unos amigos comunes. Lo cual, no era del todo mentira.

Clara contó a su hija que en el trabajo no le iba nada mal, que su jefe estaba

considerando ascenderla a directora regional y que eso la tenía muy ilusionada.

—Tienes que volver a enamorarte — le aconsejó Sofía mientras se tomaban un café con hielo en una terraza del centro de Barcelona.

—El amor ya no está hecho para mí —dijo Clara en tono jocosos.

—Mamá, eres muy joven aún. Tú tampoco puedes renunciar a ser feliz. Además, ¿te has visto? Sigues siendo un bellezón.

Y realmente lo era. Clara tenía unos hermosos ojos verdes, intensos como los de Sofía, un rostro de rasgos suaves y femeninos y una figura envidiable para sus cincuenta y dos años.

—Sofía...

—Te lo digo en serio, mamá. Tienes que volver a enamorarte.

Ambas rieron cómplices.

A su regreso a Madrid, relajada, feliz y con las ideas claras, le esperaba Jorge, que miraba impaciente por encima del mar de cabezas, por si aparecía.

La divisó al fondo, arrastrando la pequeña maleta enfundada en un pantalón vaquero y una camiseta blanca de manga corta, con ese aire sensual que la caracterizaba y que lo volvía loco. Se fijó en su rostro. Se veía radiante. Jorge

sonrió cuando finalmente la alcanzó.

—Bienvenida de nuevo a Madrid, mi niña —saludó. Tuvo que hacer un esfuerzo para resistir las ganas que tenía de besarla.

—Gracias.

—¿Qué tal en Barcelona?

—Bien. Muy bien —respondió Sofía con una mirada cómplice.

—Y mi suegra, ¿qué tal está?

—Bien. Te manda recuerdos, por cierto.

Jorge arqueó las cejas. En parte sorprendido de que Sofía hubiera hablado de él a su madre.

—¿Le has dicho que tengo pensado casarme contigo?

—No voy a facilitarte el camino. Eso

se lo tendrás que decir tú solito — bromeó Sofía—. Aunque he de decir en tu favor que no le has caído mal del todo.

Jorge rio mientras le cogía la maleta.

—¿Te apetece que nos tomemos algo juntos? —sugirió Sofía.

—¿Es necesario que me lo preguntes? —respondió Jorge. Sofía se encogió de hombros, divertida—. Mujeres... —suspiró, poniendo los ojos en blanco teatralmente. Sofía le sacó la lengua.

—Voy a tener que hacer algo para quitarte esa mala costumbre de sacarme la lengua —dijo Jorge fingiendo seriedad y mirando a Sofía con ojos juguetones. Se acercó a su oído por detrás y le susurró—: Claro, que si

supieras las cosas escandalosas que se me ocurre hacerte y que me hagas cuando la veo, quizá la dejarías escondidita en la boca.

—O quizá te la enseñaría más —afirmó Sofía, adelantándose un par de pasos y riéndose de su travieso comentario mientras entraba en una de las cafeterías del aeropuerto.

Se sentaron en una mesa del fondo, apartados de los que hacían tiempo para coger sus vuelos. Un camarero, un chico delgado y larguilucho, se acercó a ellos con una libreta en la mano.

—¿Qué queréis tomar? —preguntó.

—Yo quiero una Coca-Cola —dijo Sofía.

—Yo una cerveza sin alcohol —dijo

Jorge.

—Enseguida os lo traigo.

—Gracias —le agradeció Jorge educadamente. Volvió el rostro hacia Sofía y clavó sus ojos en ella—. ¿Qué tal te ha ido? —quiso saber.

—Bien, Jorge. Muy bien —respondió Sofía. Parecía aliviada por algo—. Necesitaba tanto ver a mi madre, hablar con ella, escuchar sus consejos... —se sinceró. Sofía bajó la mirada y se observó las manos—. Gracias por... regalarme los billetes de avión para poder ir a Barcelona. Gracias, de verdad.

El camarero llegó en ese momento con las consumiciones y las dejó encima de la mesa.

—¿Qué billetes? —bromeó Jorge quitando hierro al asunto cuando el chico delgado y larguilucho volvió a la barra. No quería que Sofía se sintiera incómoda por nada. Menos por algo así —. No recuerdo haber comprado ningún billete de avión a Barcelona.

Sofía sonrió ligeramente. Jorge le hacía la vida tan fácil.

—Gracias de todas formas —repitió Sofía. Jorge le guiñó un ojo—. He estado pensando mucho... Mucho. Ordenando las ideas en la cabeza, los sentimientos... —Sofía hizo una pausa y miró a Jorge con ojos trémulos—. Voy a dejar a Carlos —concluyó rotunda.

Jorge soltó el aire que tenía contenido en los pulmones desde que Sofía había

comenzado a hablar. Llevaba días esperando escuchar eso. No había querido presionarla. No sería justo para ella. No después de la tensión a la que ya estaba sometida con Carlos. Pero era la mejor decisión que podía haber tomado.

—Es lo mejor, mi niña —dijo, cogiéndole la mano.

—Lo sé —afirmó Sofía—. Tenía que haber tomado esta decisión antes, muchos años antes... He estado aguantando demasiado tiempo los golpes de Carlos, los insultos, las humillaciones, las vejaciones, la indiferencia; creyendo que me lo merecía, justificándolo. He estado tan ciega...

Sofía se mordió el labio, nerviosa. Jorge le apretó la mano.

—Todo va a ir bien —la animó con una sonrisa de satisfacción—. Todo va a ir bien, mi niña. Puedes mudarte a mi casa, o alquilar un apartamento más céntrico, si te viene mejor. Yo te ayudaré con el alquiler y los gastos. No hay problema.

—No es necesario —dijo Sofía—. De momento, prefiero quedarme en el piso de Buenavista. Yo soy la que se encarga de pagar el alquiler y las facturas. Puedo seguir haciéndolo.

—¿Lo pagas tú todo? —preguntó Jorge, extrañado. ¿Es que Carlos no tenía un mínimo de decencia?

—Sí —respondió Sofía—. Le daré a

Carlos unos días para que recoja sus cosas y se vaya. Creo que es lo más justo.

—Lo más justo es que lo echaras a patadas —comentó Jorge con aticismo.

—Quizá... Pero no quiero problemas —aclaró Sofía en tono indulgente.

—Está bien. Hazlo cómo mejor te parezca —condescendió Jorge, que de buena gana hubiera sacado a Carlos a empujones.

CAPÍTULO 41

Sofía iba de un lado a otro del salón retorciéndose los dedos compulsivamente. Estaba totalmente segura de la decisión que había tomado. De hecho, nunca había estado tan segura de algo en su vida, excepto del amor que sentía por Jorge Montenegro. Pero no sabía de qué modo iba a reaccionar Carlos cuando se lo dijera. Era tan impulsivo, a veces, que se hacía complicado predecir qué era exactamente lo que iba a hacer o a decir.

—¿Tienes un minuto? —le preguntó a Carlos cuando entró en casa.

—¿Un minuto para qué? —respondió

Carlos con su tradicional malhumor.

—Para hablar.

—¿Sobre qué?

Sofía tragó saliva. Tenía la garganta seca como el corcho y estaba visiblemente nerviosa. Carlos la miró con desdén. ¿Sobre qué quería hablarle aquella estúpida?, pensó para sus adentros con fastidio. Había quedado para verse con Carmen y las tonterías de Sofía harían que se retrasase.

—Nuestra relación... —Sofía se interrumpió y carraspeó.

—¿Qué le pasa a nuestra relación? —sondeó Carlos, girándose completamente hacia Sofía.

Sofía respiró hondo, se armó de valor y dijo:

—Creo que deberíamos dejarlo.

Carlos la observó durante unos instantes con una expresión indescifrable en el rostro.

—¿Me estás dejando? —preguntó con una tranquilidad estremecedora. Sofía se sobrecogió.

—Es lo mejor —afirmó Sofía.

—¿Para quién? —dijo Carlos, acercándose a ella lentamente con aire acechante.

Sofía retrocedió un paso. La actitud de Carlos era extraña e inquietante, con un matiz de desafío que a Sofía comenzó a darle miedo.

—Carlos, tú no me quieres —se defendió—. Nunca me has querido. No sé por qué estás conmigo, pero desde

luego no es por amor.

Carlos no la escuchaba. Simplemente avanzaba hacia ella con la cara encendida, sin ver nada de lo que había a su alrededor, como un monstruo que va a atrapar a su presa.

—¿Quién te has creído que eres para dejarme? —dijo, apretando los dientes—. ¡¿Quién, maldita zorra?!

El puño de Carlos se movió rápidamente y golpeó el rostro de Sofía, que trastabilló unos pasos hacia atrás. Estuvo a punto de caerse, pero en el último momento se agarró a una silla y frenó la caída.

—¡Basta! —le gritó a Carlos, llevándose las manos al rostro dolorido—. ¡Basta!

Carlos volvió a golpearla sin mediar palabra. Sofía intentó protegerse con los brazos, pero no llegó a tiempo. El puño de Carlos impactó sobre su cabeza. Sofía sintió un fuerte mareo y se desplomó al suelo.

—¿Quién te has creído que eres para dejarme, zorra? —volvió a decir Carlos con voz enervada—. ¡Solo eres una jodida inútil! ¡Una jodida estúpida! ¡Una jodida zorra! —gritaba mientras le daba patadas sin descanso en el estómago, las costillas, la cara y la cabeza.

—Carlos, por favor... Por favor... No me pegues más, te lo suplico —imploraba Sofía entre lágrimas—. Por favor...

—¡Es lo que te mereces! ¡Que te mate

a golpes! ¡Por zorra! ¡Por inútil! ¡Por estúpida! —Carlos se inclinó hacia ella y le tiró del pelo brutalmente al tiempo que las palabras estallaban en el aire—. ¿Quieres dejarme? —preguntó mientras la arrastraba por el salón. Sofía manoteaba intentando zafarse, pero no lograba que Carlos la soltara.

Cuando fue a levantarla en vilo, Sofía se movió y se liberó. Corrió tambaleándose hasta la puerta, aturdida. Alcanzó el pomo con la mano y lo giró. Pero en esos momentos Carlos llegó por detrás y cerró la puerta de un estrepitoso golpe.

—¿Adónde demonios crees que vas? —dijo, agarrándola de nuevo por la melena y tirándola al suelo.

Sofía gritó. Al caer, se golpeó el costado con una silla. El dolor le atravesó el torso como un calambre.

—Por favor... Por favor... —suplicó entre lágrimas.

Carlos volvió a tirar de ella y la arrastró hacia el salón.

—Por favor, ¿qué, puta? Por favor, ¿qué? —se burlaba.

De un impulso la lanzó contra la pared. Sofía notó como le crujió la columna vertebral. Un nuevo puñetazo de Carlos aterrizó en su nariz, aunque Sofía pudo amortiguar el golpe con las manos. La sangre comenzó a manar de ella, caliente y de manera alarmante. Sofía se estremeció. Pero Carlos no se detuvo. La empujó y la tiró al suelo.

—Estás loca si piensas que voy a permitirte que me dejes —vociferó—. Antes te mato.

Sofía sintió una punzada de pánico. Un frío que le heló el corazón. Conocía a Carlos. Hablaba en serio. Seguro que su amenaza no se quedaba solo en un intento. Tenía que salir de allí, pensó. Trató de incorporarse. Carlos, al advertir su intención, alzó el pie y le dio una fuerte patada en el estómago. Sofía se retorció sobre sí misma con un acceso de tos que no pudo controlar. El dolor invadió cada recoveco de su lastimado ser. Quería moverse, pero el cuerpo no respondía. No le quedaban fuerzas, ni siquiera para rogar a Carlos que no le pegara más. Se quedó quieta,

como una muñeca de trapo, recibiendo las patadas que su novio le daba en la cabeza, hasta que sus ojos se cerraron y llegó la oscuridad. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas trazando surcos de dolor en el rostro.

El fuerte golpe de la puerta al cerrarse la sobresaltó. Temblaba. De miedo, de confusión, de dolor. Todo estaba en silencio. Carlos se había ido. Durante un instante respiró aliviada. Movi6 los ojos en todas direcciones y trat6 de incorporarse. No podía. El cuerpo no respondía a las órdenes que le daba el cerebro.

Aturdida, con la cabeza a punto de estallarle y haciendo un esfuerzo sobrehumano, se arrastró hasta la mesa del salón, tirando de ella misma, donde había dejado el móvil. Empujó el mantel y el teléfono cayó a su lado. Lo aferró con mano temblorosa y llamó a Jorge.

Jorge estaba en el despacho con Adrián, dando un último retoque a los detalles técnicos que exigía el proyecto de *O'Neal Enterprise Consulting*. *Still loving you* de Scorpions sonó, llamando su atención. Alargó el brazo y cogió el teléfono. Sonrió cuando en la pantalla apareció el nombre de Sofía.

—¿Cómo está la chica más bonita de todo Madrid? —dijo al descolgar. A su lado, Adrián esbozó una ligera sonrisa.

Su hermano mayor estaba enamorado de Sofía como un adolescente.

—Jorge... —dijo Sofía con esfuerzo.

—¿Qué te sucede? —preguntó Jorge, alarmado al escuchar el extraño tono de su voz.

—Carlos... Carlos me ha pegado una paliza —tartamudeó Sofía tratando de no tragarse la sangre que le salía de la nariz.

—¡Maldito hijo de puta! —masculló Jorge entre dientes—. ¿Dónde estás? —preguntó con angustia.

—En... En casa.

—Voy para allá, mi niña.

—No sé lo que me pasa, Jorge —dijo de pronto Sofía. Jorge notó que estaba asustada—. Casi no veo y me dan

punzadas en la cabeza. Me voy a volver loca de dolor...

—Ya voy para allá, Sofía. No te preocupes. —Jorge trataba de mantener la calma, pero le era imposible—. Sofía no cuelgues el teléfono, ¿ok? ¿Sofía? ¿Sofía? ¡Joder! —Jorge miró a su hermano, que permanecía de pie, alertado por la extraña conversación de Jorge—. Adrián, vente conmigo —indicó.

Adrián asintió mientras lo dejaban todo como estaba y se lanzaban a la carrera para alcanzar la calle.

—¿Qué ocurre? —preguntó una vez montados en el BMW gris.

—Carlos ha pegado una paliza a Sofía —explicó Jorge.

—Cabrón.

Jorge conducía de manera temeraria por el centro de Madrid mientras la noche, con su espeso manto de sombras negras caía sobre la ciudad. Tras un camino que se le antojó interminable, finalmente llegó al piso de Sofía. Entraron en el portal corriendo, justo cuando salía una mujer. No esperaron al ascensor; subieron directamente por las escaleras. Cuando llegaron al piso, Jorge llamó a la puerta incesantemente.

—¿Sofía? —dijo, impaciente—.
¿Sofía?

Pero nadie respondía al otro lado. Sin pensárselo dos veces, comenzó a golpear la puerta con el hombro una y otra vez hasta que al fin, con la ayuda de

Adrián, cedió y se abrió ruidosamente.

—¿Sofía?

Estaba tirada en el suelo, con la cabeza ladeada y el rostro lleno de sangre y hematomas. Jorge corrió hacia ella, desesperado. Se arrodilló en el suelo, la cogió y la apoyó en su regazo.

—Adrián, llama al 112 —le pidió. Adrián sacó del bolsillo de su pantalón el teléfono y marcó—. Sofía... —dijo Jorge, acariciándole suavemente el rostro—. Sofía...

Sofía abrió los ojos despacio y esforzó una sonrisa.

—Has venido... —balbució.

—Claro que he venido, mi niña. Claro que he venido...

Los ojos negros de Jorge se llenaron

de lágrimas. Ver así a su pequeña le partió el alma. Tan indefensa, tan vulnerable, tan herida... Tenía la cara hinchada y con hematomas por todas partes y la nariz le sangraba profusamente. Sacó el pañuelo de la chaqueta negra de su traje y le limpió cuidadosamente el rostro mientras trataba de no llorar. No quería que Sofía se preocupara; aunque ella advirtió en la expresión intranquila de su rostro que algo no iba tan bien como debería.

—Me duele... Me duele mucho la cabeza —dijo Sofía con la voz pastosa.

Intentó tocarse la cara, pero solo se quedó en un gesto frustrado. No coordinaba bien los movimientos. Jorge, que se había dado cuenta de ello, le

cogió la mano y se la besó.

—Ya... —la consoló—. Pronto vas a estar bien. Ya lo verás.

—El 112 ya está de camino — anunció Adrián. Jorge asintió—. ¿Cómo puede alguien ser tan cruel? —susurró, inclinándose sobre Sofía. No se atrevía ni siquiera a acariciarla, por miedo a hacerle daño. Los golpes que tenía por todo el cuerpo dolían solo con mirarlos. Adrián se conmovió profundamente.

Los hombres como Carlos le provocaban náuseas. Era inconcebible que, basándose en la superioridad física, dejaran a una mujer como ese cabrón había dejado a Sofía. Se la veía tan dulce...

—Tengo sueño —dijo Sofía. La frase

le salió con dificultad de los labios.

—No puedes dormirte —indicó Jorge, haciendo un esfuerzo por sonreír—. Tienes que mantenerte despierta. Tienes que hacerme compañía. —Sofía cerró los ojos. Los párpados le pesaban como si fueran de plomo—. ¿Sofía? ¿Sofía? —la llamó Jorge, tratando de espabilarla.

Los sanitarios del 112 llegaron en esos momentos. Un médico hizo a Sofía un primer reconocimiento mientras dos enfermeras le trataban las heridas y cortaban la hemorragia nasal.

—¿Cómo está? —preguntó Jorge, después de que se la llevaran en la camilla.

El médico torció ligeramente la boca.

—Tiene varios traumatismos craneoencefálicos y contusiones por todo el cuerpo —dijo—. Es pronto para concretar un diagnóstico, pero está muy grave. —El médico miró fijamente a Jorge—. Quién le haya hecho esto, ha actuado como un animal.

Jorge cerró los ojos y se pasó la mano por el pelo, preocupado. La sangre le bullía. Se encargaría personalmente de que Carlos pagara por la paliza que le había dado a Sofía.

—Vamos a trasladarla a La Paz — habló de nuevo el médico.

Jorge asintió y a continuación giró el rostro buscando a su hermano.

—Adrián, llévate mi coche —le pidió—. Yo me voy en la ambulancia con

Sofía.

—Perfecto. Nos vemos en el hospital.
—Jorge sacó las llaves del bolso de su chaqueta y se las pasó a Adrián. Cuando su hermano las cogió le dijo a Jorge—: Se va a poner bien, no te preocupes. Jorge le miró con ojos vidriosos. Agradecía los ánimos, pero él no estaba tan convencido de ello, a pesar de que intentaba ser optimista.

CAPÍTULO 42

Las horas pasaban lentamente. Parecía que las agujas plateadas de su reloj de muñeca habían invertido el movimiento, porque Jorge no conseguía ver que avanzaran por la esfera negra. Estaba desesperado.

Sofía llevaba tres largas horas en el quirófano, de las nueve o diez que iba a durar aproximadamente la intervención. Su cuerpo se debatía entre la vida y la muerte sobre la fría mesa de una sala de operaciones. Todo se le antojaba como una pesadilla, de no ser porque el dolor y el miedo que le perforaban el corazón le recordaba que era real. La vida de su

niña, de su preciosa y dulce niña pendía de un hilo muy fino.

Los médicos de guardia habían hablado claro. Sofía había sufrido varios traumatismos craneoencefálicos a consecuencia de los golpes y las brutales patadas que había recibido. Eso había desembocado en la formación de varias hemorragias subaracnoideas, es decir, un sangrado entre el cerebro y los delgados tejidos que lo cubren que había que atajar cuanto antes para eliminar los coágulos de sangre y evitar complicaciones como daños cerebrales permanentes. En conclusión, el hijo de puta de Carlos la había puesto al borde de la muerte.

—¿Has avisado a su madre? —

preguntó Raúl, que en cuanto le dio la noticia Adrián salió para el hospital.

Los dos, junto a Adrián, que estaba atendiendo unas llamadas, se encontraban de pie, deambulando impacientes de un lado a otro de la sala de espera de los quirófanos.

—Sí. Me he traído el teléfono móvil de Sofía y he podido localizar su número. Viene de camino —explicó Jorge.

Comunicarle lo que había ocurrido a la madre de Sofía había sido uno de los peores tragos de su vida. Pero era a él a quién correspondía decírselo y tratar de contener su llanto y su impotencia ante la atrocidad que habían hecho con su hija.

—Todo va a salir bien —lo animó Raúl, apretándole el brazo afectuosamente.

—Ahora que la he encontrado, Dios no me la puede quitar. No... —A Jorge no le salían las palabras. La quería tanto, que la sola idea de perderla le aterraba—. No me la puede quitar —dijo mirando fijamente a su hermano.

—Y no te la va a quitar —aseveró Raúl—. Sofía es una persona fuerte y valiente. Va a salir de esta, ya lo verás...

Jorge sacudió la cabeza.

—Ese hijo de puta... —masculló entre dientes.

—Ya le llegará su hora —dijo Raúl—. Ahora lo más importante es Sofía, y

que salga bien de la operación. Ya nos encargaremos después de ese cabrón.

Dos horas después salió del quirófano una enfermera, para informarles que todo estaba bien y que la operación seguía su curso sin complicaciones.

Jorge respiró aliviado.

—Aguanta un poquito más, mi niña — musitó con la voz llena de esperanza—. Solo un poquito más.

Clara, la madre de Sofía, llegó al hospital una hora y media más tarde. Jorge la reconoció enseguida en cuanto la vio doblar la esquina del pasillo.

Sofía se parecía extraordinariamente a ella, aunque su madre presentara un aspecto demacrado en esos instantes. Pero tenía su mismo corte de cara y compartían aquel insólito color de ojos.

—¿Eres Jorge? —le preguntó nerviosa.

—Sí —respondió Jorge, inclinándose y dándole un par de besos.

—Soy Clara, la madre de Sofía —se presentó. Hablaba con cansancio—. ¿Qué... Qué han dicho los médicos?

—Hace casi dos horas ha salido una enfermera para decirnos que de momento todo está bien. Hay que esperar a que finalice la operación.

Clara se echó a llorar.

—Dios mío... —susurró, llevándose

la mano temblorosa a la boca.

Jorge la abrazó calurosamente. Sabía el dolor que sentía en el alma. La impotencia, la rabia, el sufrimiento... Lo sabía porque él estaba sintiendo exactamente lo mismo.

—Gracias por... por avisarme —le dijo en un tono de voz de sumo agradecimiento—. Y por estar con ella. Sofía me ha hablado de ti. —Sonrió con una mueca agrídulce—. Sé que la cuidas y que la proteges... Gracias.

Los ojos de Clara brillaban por el reflejo acuoso de las lágrimas.

—No tienes que darme las gracias —dijo Jorge en tono cariñoso y educado—. Lo haría mil una veces si fuera necesario. Sofía se ha convertido en la

persona más importante de mi vida. Es mi niña, mi princesita... ¿Cómo no voy a tratarla como a una reina?

Clara volvió a sonreír. Jorge Montenegro era una especie de ángel para Sofía.

Después de una larga noche, al filo del cálido amanecer de púrpuras y escarlatas llegaron las tan ansiadas noticias.

—La operación ha sido todo un éxito —anunció el neurocirujano. Un hombre de unos sesenta años de piel y barba blancas. Todos suspiraron de alivio—. Hemos podido extraer los coágulos y

contener las hemorragias subaracnoideas que se habían presentado. A consecuencia de los sucesivos golpes que la paciente ha recibido en la cabeza se han lesionado algunos de los centros motores del hemisferio izquierdo del cerebro, provocando una hemiparesia.

—¿Una hemiparesia? —preguntó Clara.

—Es una especie de parálisis —explicó el cirujano para que lo entendieran—. En el caso de Sofía, el lado derecho está severamente debilitado.

—Dios mío... —masculló Clara.

—¿Qué tratamiento hay? —se interesó Jorge.

—Lo primero y principal es frenar su avance —respondió el médico—. Después tratar de recuperar tantas funciones como sean posibles. Se hará una terapia física: rehabilitación, para que recobre el control y desarrolle más la fuerza muscular de la parte afectada, y se le proporcionarán una pautas de adaptación.

¿Qué le había hecho el malnacido de Carlos a su hija?, se preguntó Clara llena de angustia.

—La operación ha sido un éxito y estamos de enhorabuena por ello. Pero el peligro aún no ha pasado. Las próximas cuarenta y ocho horas son críticas —comentó el neurocirujano.

—¿Podemos verla? —preguntaron

Clara y Jorge casi al unísono.

—Está en la sala de observaciones. Su estado sigue revistiendo mucha gravedad. No puede recibir visitas, pero podréis verla a través del cristal habilitado para ello —indicó el médico—. Quiero advertirles algo, para que no les coja por sorpresa. Le hemos tenido que cortar el pelo y rasurárselo en aquellas zonas donde se han practicado las incisiones.

—Gracias, doctor —dijo Jorge.

¿Qué importaba que le hubieran tenido que cortar el pelo a esas alturas en que seguía debatiéndose entre la vida y la muerte?, pensó. El pelo crecía.

Cuando la enfermera descorrió las pesadas cortinas blancas de la sala, a Jorge y a Clara se les llenaron los ojos de lágrimas. La madre de Sofía lloró amargamente cuando vio a su preciosa hija con el rostro lleno de hematomas, la cabeza completamente vendada, entubada y enchufada a un montón de máquinas que trataban de controlar todas sus constantes vitales.

—Mi niña... —susurró Jorge, apoyando la palma de la mano derecha en el cristal. Una lágrima resbaló por su mejilla—. Mi preciosa y dulce niña...

Se colocó de espaldas, pegado a la pared, y se fue deslizando poco a poco hasta quedar de cuclillas en el suelo.

Hundió el rostro entre las manos y rompió a llorar sin que nadie pudiera darle ningún tipo de consuelo. Su preciosa y dulce niña se iba, y no podía hacer nada para impedirlo.

De fondo, la sirena de una ambulancia sonaba con urgencia en la calle, como el eco de un trueno que se pierde en el vacío.

CAPÍTULO 43

Clara se frotó los ojos con los dedos. Le escocían de no dormir. Miró la hora. Las manecillas anunciaban las seis de la tarde.

—Me imagino que estarás cansada —dijo Jorge educadamente.

—Todos estamos cansados —respondió Clara—. A ti también se te ve agotado.

Jorge hizo un amago de sonrisa.

—¿Por qué no vas a mi casa, te das una ducha y comes algo? —sugirió Jorge—. Le diré a mi chófer que te acerque.

—No...

—Has conducido durante muchas

horas para venir a Madrid —cortó Jorge con suavidad—. No te vendrá mal darte una ducha, comer algo, descansar... — insistió tratando de convencerla.

—No quiero dejar sola a Sofía... — se excusó Clara.

—No está sola —señaló Jorge con ternura—. Yo estoy con ella. —Clara rodó los ojos hacia la sala donde se encontraba Sofía. Estaba estable, pero seguía al límite de una situación muy crítica—. Nosotros tenemos que estar bien para poder cuidarla —dijo Jorge, levantando las cejas en un gesto interrogativo.

—Está bien... —aceptó Clara después de unos segundos.

Jorge sacó el teléfono móvil del

bolsillo del pantalón y llamó a su chófer.

—Walther...

—Dígame, señor.

—Ven a recoger a la madre de Sofía al hospital para que la lleves a casa, por favor.

—Sí, señor —respondió Walther obsequiosamente—. ¿Necesita algo más? ¿Que le lleve un café...? —propuso—. Puedo cogerlo en alguna de las cafeterías que me pillan de paso.

—Sí, por favor. Hay que reconocer que el de las máquinas no está tan bueno —comentó Jorge, agradeciendo el detalle de su chófer.

Walther llegó media hora más tarde con un par de cafés en las manos.

—Uno cortado para usted —dijo, tendiendo la mano a Jorge con uno de los vasos—. Y para la señora, como no conozco sus gustos, un descafeinado con leche. Espero haber acertado.

—Sí, perfecto. Muchas gracias —asintió Clara, cogiendo el suyo y dando un sorbo—. Está delicioso —apuntó. Walther asintió complacido.

—Acerca a Clara a casa para que se duche, coma algo y descanse —ordenó Jorge.

—Sí, señor. Señora —dijo Walther mirando a Clara, cediéndole al mismo tiempo el paso.

—Gracias. ¿Te importa si voy antes al coche a recoger mis cosas? —preguntó Clara—. Lo tengo aparcado en

el parking del hospital.

—Para nada —respondió Walther con una sonrisa.

Jorge se acabó el café, tiró el vaso a la papelera y se acercó hasta el cristal. Durante unos minutos contempló a Sofía. Era tan cruel verla así. Tan doloroso... Hasta hace solo unas horas estaba llena de vida, de vitalidad, y ahora... la muerte la acechaba. Sacudió la cabeza enérgicamente, incrédulo. Entornó los ojos con una expresión ladina en ellos. Tenía que ajustarle las cuentas a alguien. Antes de que la policía cogiera a Carlos, él se encargaría de darle una *pequeña* lección.

Clara regresó al hospital en torno a las diez y media. Se había cambiado de ropa y había tratado de dormir, aunque los nervios y la incertidumbre no le habían dejado conciliar el sueño. Pero al menos pudo darse una ducha relajante.

—¿Qué tal? —preguntó Jorge.

—Muy bien —respondió Clara—. Walther y Nina me han tratado como una reina.

—Me alegro —dijo Jorge, sonriente—. Cualquier cosa que necesites... No tienes más que pedirla.

—Gracias —dijo Clara, agarrando las manos de Jorge y envolviéndolas con las suyas—. Muchas gracias por todo.

—No tienes nada que agradecerme. Solo pedir lo que necesites, lo que te haga falta —indicó Jorge. Clara asintió con el rostro lleno de gratitud. Era extraño, dadas las circunstancias, pero le dio gracias a Dios porque Sofía hubiera encontrado un hombre como él, como Jorge Montenegro—. Tengo que atender unos asuntos —añadió Jorge—. No me llevarán mucho tiempo. Volveré dentro de un rato.

—Tranquilo —dijo Clara.

Jorge salió de La Paz con las ideas muy claras. Hacía mucho tiempo que quería hacer lo que iba a hacer y había llegado el momento. Cogió el BMW gris del parking del hospital y se dirigió al número 15 de Gómez Arteche, en el

barrio de Buenavista.

La calle estaba solitaria de no ser por un matrimonio de ancianos que paseaba tranquilamente por la acera agarrados del brazo. Jorge aparcó el coche frente al piso de Sofía y levantó los ojos. Las ventanas abiertas arrojaban una luz anaranjada. Como acertadamente había conjeturado, Carlos estaba allí. Era tan predecible.

Se bajó del coche y cruzó la calle mirando rápidamente a un lado y a otro. El portal estaba casualmente abierto. Llamó al ascensor y subió al tercero. No tenía ninguna prisa. Quería saborear cada instante, aunque la rabia le incendiaba las venas. El ascensor se detuvo y Jorge salió de él contrayendo

las mandíbulas. Al otro lado de la puerta de la casa de Sofía se oían risas ahogadas. Negó con la cabeza en silencio mientras tocaba el timbre hasta casi fundirlo.

Carlos abrió la puerta con expresión hosca.

—¿Quién demonios...?

No terminó la frase, Jorge le agarró del cuello con la mano derecha y lo arrastró hasta la pared de enfrente.

—Ven aquí, hijo de puta —dijo, dándole un fuerte golpe contra el tabique. Carmen profirió un grito, pero Jorge ni siquiera reparó en ella.

—¿Quién coño... ? —Carlos tenía una expresión entre confusión y miedo.

—Solo te voy a decir una cosa —dijo

Jorge en tono amenazante, obligando a callar a Carlos—. Si le pasa algo a Sofía, date por muerto. Si ella muere. Tú mueres. —Carlos trató de librarse de las manos de Jorge, que volvió a golpearlo contra el tabique cuando advirtió sus intenciones—. Tu vida depende de la suya —continuó, apretándole la garganta. El rostro de Carlos comenzó a congestionarse—. Así que rézale a todos los dioses, a todas las vírgenes y a todos los santos de todas las religiones que existen en el mundo para que se salve. ¿Me has entendido? —Carlos no respondió, haciendo gala de una dignidad que nunca había tenido—. ¿Me has entendido? —repitió Jorge, empujándole de nuevo contra la pared.

Carlos asintió con la cabeza varias veces.

Carmen se mantenía a un lado, contemplando la escena sin expresión. Era a su amante al que tenían acorralado, pero era de Jorge de quien no podía apartar los ojos. ¿Existían hombres así más allá de las portadas de las revistas de moda?, se preguntó.

Jorge aflojó los dedos y Carlos cogió una profunda bocanada de aire mientras se llevaba las manos al cuello, tosiendo.

—Ojalá se muera —masculló con los ojos llenos de desprecio y de furia—. La muy zorra quería dejarme... Dejarme —dijo subiendo el tono de voz—. ¡A mí!

Jorge se volvió hacia él y le pegó un

puñetazo en la cara. La nariz crujió bajo sus nudillos. Carlos cayó contra la pared. Jorge lo cogió de la pechera y volvió a golpearlo.

—¡Eres un hijo de puta y un cobarde! —vociferó Jorge—. Pero yo te voy a enseñar... —El puño aterrizó en la boca de Carlos, rompiéndole varios dientes. Lo alzó casi en vilo y lo tiró al suelo estrepitosamente—. ¡Vamos! —le incitó Jorge, relamiendo el momento—. ¿A mí no me pegas? ¿Conmigo no te atreves? Solo te atreves con las mujeres, ¿verdad? Solo te atreves con Sofía...

Carlos se levantó, tambaleante y con la cara bañada en sangre tibia, y se abalanzó sobre Jorge, que le dio una patada en el estómago. Carlos se

encogió sobre sí mismo y gritó entre dientes.

—Así es como os comportáis los de tu calaña, ¿no es cierto? —rugió Jorge—. Sois unos acomplejados; siempre demostrando vuestra fuerza y vuestra superioridad con los más débiles.

—¡Cabrón! —Carlos se lanzó de nuevo a Jorge. Pero él le esquivó sin ningún esfuerzo. Le cogió por la espalda y lo empujó contra la pared.

—Conmigo no eres tan valiente, ¿verdad? No eres tan machito, tan hombre...

Carlos intentó levantarse, pero no podía. Resopló, enfurecido. Se sentía dolorido y humillado. Jorge se inclinó sobre él y de un impulso lo levantó de la

pechera.

—Te lo voy a decir por última vez — le dijo con el rostro a escasos centímetros del suyo—. Reza lo que sepas para que Sofía se salve, o-tú-estás-muerto —concluyó en un tono sobrecogedoramente tranquilo.

Lo soltó lentamente y se giró, dedicando una mirada mezcla de indiferencia y desprecio a Carmen, en cuya presencia no había reparado hasta ese momento. Carmen se quedó muda. Solo alcanzó a ver como la imponente figura de Jorge, impecablemente vestido, desaparecía detrás de la puerta.

CAPÍTULO 44

Dos días después, los médicos desentubaron a Sofía para restaurar su respiración normal tras la fuerte sedación que le habían puesto en la intervención quirúrgica. Afortunadamente el proceso de desconexión de la ventilación mecánica no tuvo ningún contratiempo y Sofía empezó a respirar por sí misma.

—Han detenido a Carlos —anunció Raúl. Jorge apartó lentamente los ojos del cristal y lo miró de reojo—. Alguien le ha dado unos buenos golpes. Aunque no ha dicho quién ha sido la persona que le ha pegado.

Adrián, que también se encontraba en el hospital acompañando a Jorge, abrió los ojos de par en par.

—¿Has sido tú? —le preguntó mientras Raúl lo observaba expectante.

—Sé que no está bien, que no es ético ni cívico, pero se los merecía —afirmó volviendo la vista hacia Sofía.

—¡Bien! —exclamó Adrián sin poder contener su entusiasmo—. Ese es mi hermanito —dijo, palmeándole la espalda—. Y bueno, lo de que no es ético ni cívico es discutible. Mira como ha dejado él a Sofía.

—Como hombre de leyes debo decirte que no es lícito —habló Raúl—, pero como hermano te digo que es justo. Él ha estado a punto de matar a Sofía.

Quizá unos cuantos golpes bien dados le espabilen —añadió blandiendo una ligera sonrisa.

—Se creía impune, invulnerable, hasta que le rompí la nariz y la boca, y alguna costilla —comentó Jorge.

—Siempre tan generoso —apuntó Adrián, que disfrutaba de aquello como un enano.

—¿Qué va a pasar con él? —quiso saber Jorge.

—El caso se pondrá a disposición del juzgado de la Violencia sobre la Mujer, que lo atenderá en un día; dos como máximo. Después se tomarán medidas en función del peligro que corra la víctima, hasta que salga un juicio oral por agresiones —explicó Raúl.

—¿Y mientras tanto? —preguntó Jorge con un viso de preocupación en la voz.

—Se dictaminará una orden de alejamiento.

—Debería pudrirse en la cárcel —apostilló Adrián en tono serio.

—Estate seguro de que lo condenarán —intervino Raúl—, porque hay un parte de lesiones en su contra.

Sofía abrió los ojos lo que le permitía la hinchazón que tenía en ellos y sintió los cálidos rayos del sol de finales de julio sobre su cuerpo. Notaba la cabeza abotagada, como si el cerebro flotara

metido en un tarro de formol. Tenía la sensación de que había estado dormida siglos, porque se encontraba pesada y somnolienta.

Intentó mover las manos, pero estaban llenas de cables y vías intravenosas. De pronto, fragmentos de imágenes de la paliza que le había dado Carlos llegaron hasta su cabeza como fogonazos. Cerró los ojos con fuerza para deshacerse de ellas.

—¿Estás bien? —Una enfermera con un impoluto uniforme blanco la miraba con una cálida sonrisa delineada en los labios—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —respondió Sofía con voz espesa.

La lengua no parecía caberle en la

boca, la garganta estaba hecha de corcho y se notaba que tenía los labios inflamados. La enfermera le puso la mano en la frente para comprobar que no tenía fiebre.

—Tengo sed —articuló Sofía con esfuerzo.

—Enseguida te traemos un poquito de agua.

—Gracias.

La enferma salió de la habitación dejando tras de sí una estela con aroma a rosas frescas que, paradójicamente, se intensificaba a medida que pasaba el tiempo. Sofía movió ligeramente la cabeza y se encontró con un montón de ramos de rosas rojas a su alrededor.

—Jorge... —siseó con una sonrisa

bobalicona.

El neurocirujano de piel y barba blancas que la había operado entró unos minutos después con dos enfermeras. Entre ellas, la primera que había atendido a Sofía, que le acercó un vaso de plástico con agua y la ayudó a beber con una pajita.

—¿Qué tal estás? —preguntó el médico.

—Cansada, pero bien.

—¿Sabes cómo te llamas?

—Sí. Sofía.

El cirujano asintió, conforme.

—¿Cuántos años tienes, Sofía?

—Veinticinco.

—¿Y sabes cuándo es tu cumpleaños?

—continuó el cirujano.

—Sí, el 15 de mayo.

—Muy bien. Sofía, ¿recuerdas por qué estás en el hospital?

Sofía asintió con la cabeza.

—Porque mi novio me ha pegado una paliza —respondió con templanza.

—Sí. Has sufrido varios traumatismos craneoencefálicos que han dado lugar a una serie de hemorragias en la cabeza que hemos tenido que operar para que no causaran daños cerebrales permanentes —empezó a explicarle el médico—. Debido a los fuertes golpes, se han lesionado algunos centros motores del hemisferio izquierdo del cerebro provocando una hemiparesia. Esto quiere decir que el lado derecho de tu cuerpo está en estos momentos

debilitado.

Sofía tragó saliva compulsivamente, intentando comprender lo que le había dicho el cirujano.

—¿No podré moverle... nunca más?
—preguntó angustiada.

El cirujano sonrió ligeramente.

—Recuperarás un porcentaje muy alto de tu movilidad y de tus funciones con una intensa rehabilitación a la que te someteremos. —Sofía suspiró aliviada. Al menos había una posibilidad—. Va a ser un proceso duro y muy largo —advirtió el médico que, pese a todo, hablaba de forma optimista.

—¿Avisamos ya a su familia? —sugirió la enfermera, después de echar un vistazo a los monitores.

—Sí —concedió el cirujano.

Sofía sintió un cosquilleo en el cuerpo.

—Hija... —murmuró su madre cuando entró, tratando inútilmente de controlar el llanto.

—Mamá... —dijo Sofía. La barbilla le temblaba.

Clara se acercó y la besó en la frente.

—¿Cómo te encuentras, pequeña? —preguntó a media voz, llorando.

—Bien, mamá. No llores, por favor —la consoló—. Todo está bien.

Detrás de Clara, Jorge esperaba impaciente a que llegara su turno. Sofía vio alivio en sus almendrados ojos negros cuando se encontró con su mirada. Aunque sus rasgos perfectos

estaban visiblemente demacrados bajo la barba de varios días.

—Nos has dado un buen susto, mi niña —murmuró. Se inclinó y le dio un tierno y casto beso en los labios. Después rozó delicadamente su nariz con la de Sofía. El corazón se le detuvo un instante mientras se derretía por dentro. ¿Cómo podía gustarle tanto Jorge Montenegro? Quizá porque era irresistiblemente encantador.

—¿Todo esto es obra tuya? —bromeó, refiriéndose a los ramos de rosas.

—Me temo que sí. —Jorge hizo una mueca divertida con la boca. Sofía rio débilmente. Jorge Montenegro, el caballero de las rosas rojas, pensó para

sí.

—Ya me ha dicho el médico... —
empezó a decir, dejando la frase
suspendida en el aire.

—Te pondrás bien —afirmó su
madre.

—Disponéis de quince minutos para
estar con ella —intervino el cirujano
con voz protocolaria—. Tiene que
descansar.

Jorge y Clara asintieron mientras el
personal sanitario salía de la habitación
y les dejaban solos.

—Veo que ya has conocido a mi
madre —le dijo Sofía a Jorge.

—Sí. Al fin sé de dónde vienen esos
preciosos ojos verdes que tienes —
anotó él, blandiendo en los labios una de

sus seductoras sonrisas—. ¿Estás bien? —preguntó en un tono un poco más serio al tiempo que le pasaba el dorso de la mano por la mejilla.

—Sí —afirmó Sofía—. Un poco cansada, nada más...

En realidad le dolía la cabeza horrores.

—Has estado al borde de la muerte —dijo su madre, sin poder contener las lágrimas.

Sofía deslizó la mirada hacia Jorge. La expresión de su cara lo decía todo. Carlos casi cumple su palabra. Casi la mata, pensó. Un estremecimiento le atravesó la columna vertebral. Tal vez, si Jorge no hubiera acudido de la manera tan diligente como lo hizo, no

estaría viva. Suspiró. Afortunadamente, todo había salido bien.

CAPÍTULO 45

La mañana que quitaron la venda de la cabeza a Sofía fue impactante. Su melena larga y brillante había dejado lugar a un pelo lleno de trasquilones que su madre tuvo que arreglar como buenamente pudo, y a otras zonas peores en que el rasurado dejaba al descubierto las incisiones que le habían realizado. Por suerte la hinchazón de la cara había remitido y los hematomas no eran más que un amago de amarillo pálido en la piel.

—Estás guapísima —le dijo Jorge con la mirada llena de amor cuando la vio con el pelo corto.

Sofía sonrió algo coqueta dentro del estremecimiento que le había causado verse así. No sabía si Jorge le decía la verdad, o solo eran las ganas de hacerla sentir bien, pero daba igual, le gustaban sus piropos.

—Mañana empiezo la rehabilitación —le anunció.

—¿A qué hora? —preguntó Jorge.

—A las nueve.

—Entonces a las nueve estaré aquí para acompañarte en tu primer día de rehabilitación.

—Jorge, no es necesario que vengas si no puedes. Tendrás mucho trabajo atrasado. Muchas cosas que hacer...

Sofía no podía evitar sentirse mal. No quería que Jorge se sacrificara de la

manera que lo estaba haciendo, aunque sobraba decir que le encantaba tenerlo cerca.

—A las nueve en punto estaré aquí para acompañarte en tu primer día de rehabilitación y no se habló más — concluyó Jorge fingiendo autoridad.

—Como quieras —dijo Sofía sin poder evitar sonreír.

—Quiero estar todo el tiempo posible contigo —murmuró Jorge, clavando su intensa mirada en ella—. He pasado tanto miedo, Sofía. Tanto... —Sofía lo escuchaba atentamente, conmovida—. Ha habido momentos en que creí que te perdería. La sola idea me aterra. No podría pasar otra vez por lo mismo. No contigo. Me volvería loco. —Hizo una

pausa—. Incluso le pedí a Paula, desde donde quiera que esté, que te protegiera, que no te dejara ir...

—Shhh... —lo tranquilizó Sofía, alargando al mismo tiempo la mano izquierda y acariciando su rostro de rasgos angulosos—. No vas a perderme. Siempre voy a estar contigo, Jorge.

—Prométemelo —pidió él casi como una súplica.

—Te lo prometo —dijo Sofía—. Además, tienes que llevarme a ese lugar secreto donde vuelan las mariposas.

Jorge se acercó y la besó, deteniéndose en el contacto, disfrutándolo. Sus labios eran tan suaves...

Sofía carraspeó cuando las bocas se

separaron.

—Ahora que no está mi madre... —
tomó de nuevo la palabra—. ¿Qué ha
pasado con Carlos?

Jorge la miró fijamente a los ojos,
tratando de ver a través de ellos.
¿Seguía Sofía sintiendo algo por Carlos?
No sería la primera mujer que retiraría
la denuncia de malos tratos contra su
pareja y volvería con él, aún después de
haberla pegado una paliza. Sofía no
podía hacer algo así.

—Tiene interpuesta una orden de
alejamiento. No puede acercarse a ti a
menos de trescientos metros —
respondió en tono serio.

—Eso significa que está libre... —
conjeturó Sofía, como ausente.

—Sí, hasta que se celebre el juicio, sí —confirmó Jorge con rostro inexpresivo.

Sofía volvió en sí y miró a Jorge.

—Hey... ¿Qué pasa? —preguntó.

—No vas a volver con él, ¿verdad?

—dijo Jorge sin perder tiempo en rodeos.

—¿Qué? —Sofía torció la boca en un gesto de extrañeza—. Mira cómo me ha dejado... No... No tengo ninguna intención de volver con Carlos. —Jorge sintió alivio. La respuesta de Sofía era rotunda—. Iba a dejarlo con él cuando... —La voz de Sofía se fue apagando.

—Lo sé —dijo Jorge.

—¿Lo sabes?

Jorge entornó los ojos con astucia.

—Le hice una... visita —apuntó.

—¿Una visita? —Sofía estaba desconcertada.

—Fui a buscarlo a vuestro piso.

—Jorge...

—No pude evitarlo —se justificó—.

No quise evitarlo. Tenía que darle a probar su propia medicina, por todas las veces que él te ha pegado a ti...

—Por Dios, Jorge... ¿Te hizo algo?

—preguntó Sofía con un viso de preocupación en la voz.

Jorge sonrió con amargura.

—No me tocó un pelo —dijo—.

Carlos solo se atreve con las mujeres. Solo se atreve contigo...

Alzó la mano y le acarició

cariñosamente la mejilla. Sofia le cogió los dedos y se apretó más contra ellos.

—No me hubiera perdonado que Carlos te hubiera hecho algo —comentó Sofia.

—Es un cobarde —afirmó Jorge despectivamente. Después se calló, sopesando decir algo o no—. Estaba con una chica... —dijo al fin cautelosamente.

Sofia no se sorprendió.

—Su amante —aclaró.

—¿Encima el crápula tiene una amante? —bufó Jorge—. ¡Maldito desgraciado!

—No sé exactamente desde cuándo. Pero hace un tiempo que lo venía sospechando. El fin de semana que tú y

yo pasamos juntos, él aprovechó para llevársela a casa.

Sofía negó lentamente con la cabeza. Había aguantado tantas cosas, y había pasado por tantas otras... Carlos la había humillado infinidad de veces. Bastaba con un mal día para arremeter contra ella, y los malos días eran la regla. ¿Cómo iba a volver con él? ¡Por Dios! Le había pegado una paliza tan brutal que la había dejado a un suspiro de la muerte. Respiró hondo. No, no iba a volver con él

—¿Todo está bien? —La voz mesurada de Jorge la sacó de sus pensamientos.

—Sí —respondió Sofía, asintiendo varias veces.

CAPÍTULO 46

—Yo lo haré —dijo Jorge al celador.

Cogió a Sofía en brazos y la sentó con cuidado en la silla de ruedas.

—Por aquí —dijo el celador.

La sala de rehabilitación era una especie de gimnasio gigante de un aséptico azul y blanco, luminoso y a primera vista confortable, lleno de máquinas y artilugios de todo tipo y para hacer toda clase de ejercicios, con una piscina climatizada en el centro.

—Buenos días —saludó un chico alto de unos treinta y cinco años, con el pelo rubio ceniza y los ojos pequeños y grises, vestido con un pantalón y una

chaquetilla blancas.

—Buenos días —respondieron Sofía y Jorge casi a la vez.

—Soy Rubén, fisioterapeuta y la persona que se va a encargar de llevar a cabo tu proceso de rehabilitación —se presentó, dirigiéndose a Sofía—. Ella es María, la enfermera que va a ayudarme.

—Hola —dijo María.

—Hola —respondió Sofía.

—He preparado una tabla de ejercicios de inicio para empezar a promover el movimiento independiente de tu lado afectado, que consiste básicamente en dos tipos de ejercicios —comenzó a explicar Rubén—. Unos, llamados pasivos de rango, en los que María y yo, incluso tu pareja, si lo

desea, te ayudaremos de forma dinámica a mover un miembro repetidamente. Y los llamados activos de rango, que realizaras tú misma sin nuestra ayuda.

—¿Qué posibilidades hay de recuperarme totalmente? —preguntó Sofía.

—Altas, si eres constante, paciente y llevas a rajatabla las indicaciones que te daremos —contestó el fisioterapeuta con una sonrisa afable—. Lo importante en cualquier tipo de rehabilitación es la práctica repetitiva y persistente de los ejercicios. Pero que viene a ser la misma práctica repetitiva y persistente usada por personas que aprenden una nueva aptitud, como patinar o tocar un instrumento musical.

«Constancia, paciencia y persistencia...», se dijo Sofía.

—¿Comenzamos? —preguntó Rubén en tono animado.

Sofía asintió, contagiándose del buen ambiente que se respiraba en el lugar.

La llevaron con la silla de ruedas hasta una colchoneta naranja situada en uno de los lados de la sala y Rubén y María la tumbaron en ella. Jorge le guiñó un ojo mientras Sofía tomaba aire y exhalaba, nerviosa.

—Intenta levantarte —indicó el fisioterapeuta.

Sofía dio la orden a su cerebro y trató de mover sus miembros del modo que lo haría si todo estuviera bien. Pero no lo estaba, y su intento se quedó en un

movimiento frustrado que abandonó pasado unos minutos.

—No puedo —dijo, desalentada.

—Está bien —señaló Rubén—. No te preocupes, lo acabarás consiguiendo.

El fisioterapeuta cogió su pierna derecha y la flexionó hacia arriba.

—¿Puedes mantenerla levantada?

Sofía apretó los labios haciendo el esfuerzo, pero su pierna acabó desplomándose en las manos de Rubén.

—No.

Rubén empezó a flexionar y a estirar la pierna una y otra vez.

—¿Te duele? —preguntó sin dejar de moverla. Sofía negó con un ademán de cabeza—. ¿Qué sientes?

—Pesadez, como si tuviera kilos de

plomo en ella.

—Es normal —la tranquilizó el fisioterapeuta—. Tus músculos están debilitados y sin tono, pero nosotros nos vamos a encargar de fortalecerlos. Nos vamos a encargar de que salgas de aquí andando.

Sofía deslizó la mirada hacia Jorge. Su ángel de la guarda sonreía mientras seguía atentamente cada paso y cada explicación que daba Rubén. Sofía le devolvió el gesto.

—¿Cómo ha ido tu primer día de rehabilitación? —preguntó Clara cuando regresaron a la habitación.

—Frustrante —dijo Sofía haciendo un mohín con la boca.

—Bueno, pequeña, es solo el primer día —la consoló su madre acariciándole cariñosamente el pelo—. Tienes que tener paciencia...

—Eso mismo me ha dicho el fisioterapeuta —alegó Sofía, lanzando un resoplido al aire.

—Tengo que irme, mi niña —dijo Jorge—. Tengo cosas pendientes en el despacho. Vendré esta tarde.

Sofía lo miró con expresión risueña. A pesar de todo, tener a su lado a Jorge Montenegro le alegraba la vida. Aquel hombre poseía un don para ello. Jorge se acercó a Sofía y la besó en los labios suavemente.

—Lo has hecho muy bien —le susurró al oído. Sofía se animó con sus palabras.

—Nos vemos luego —se despidió.

—Hasta luego. Clara —dijo Jorge.

—¿Lo has visto bien? —preguntó Sofía a su madre cuando Jorge cerró la puerta.

—Es todo un caballero —opinó Clara.

—Es más que eso. No creo que haya en el mundo otro hombre como él. —En la voz de Sofía había una nota de ensoñación. Pero de pronto su rostro se ensombreció.

—¿Qué te preocupa? —dijo Clara, que advirtió el semblante apesadumbrado de su hija—. ¿Es algo

relacionado con tu estado?

—¿Y si no recupero totalmente la movilidad de mi lado derecho? —se preguntó Sofía. Había impotencia en la cuestión que planteaba—. ¿Es justo que Jorge esté con alguien que no puede hacer una vida normal?

—Pero tú vas a recuperarte —la animó Clara—. Los médicos están convencidos de ello.

—Pero, ¿y si no me restablezco? ¿Y si no vuelvo a ser la misma, mamá? ¿Y si no puedo volver a caminar? ¿Es justo para Jorge sacrificar su vida por mí?

—Si eso sucede, no es justo para nadie. Para ti la primera. Pero no creo que para Jorge sea un impedimento. Él ha demostrado que te quiere... Ese

chico te adora, Sofía. Solo hay que ver cómo te mira y, sobre todo, cómo te trata.

—Ya, pero...

—Pero nada —cortó suavemente Clara—. No te adelantes a los acontecimientos, cariño. No pienses por Jorge. Lo único que tienes que hacer en estos momentos es centrarte en la rehabilitación y recuperarte.

Sofía miró a su madre.

—¿Por qué ha tenido que pasar esto justo ahora? —se lamentó.

—La vida nos pone pruebas, nos da lecciones, y lo hace a su manera... Siempre lo hace a su manera. Tampoco importa demasiado el porqué. Lo que importa es que estás viva. Sofía, Carlos

ha estado a punto de matarte. —Clara parecía consternada cuando dijo aquello. Lo estaba.

—Lo sé, mamá. Lo sé...

Sofía se estremeció. A veces se le olvidaba; aunque en su cuerpo menudo aún quedaban vestigios de la intención de su novio. Ex novio, rectificó.

CAPÍTULO 47

Los días siguientes, la rehabilitación se convirtió en un sinfín de ejercicios que agotaban a Sofía. El fisioterapeuta le decía que tuviera paciencia. Su madre le decía que tuviera paciencia. Jorge le decía que tuviera paciencia, incluso su amiga Eva, abriendo mucho los ojos, y Elena y Oliver, que iban a visitarla asiduamente, le decían que tuviera paciencia. Pero a Sofía cada vez se le hacía más complicado. Sobre todo cuando veía que le costaba horrores sujetar un simple vaso de agua. Respiraba hondo, contaba hasta diez y volvía a intentarlo. Se pasaba horas y

horas apretando una pelota de goma para que la mano cogiera agilidad y fuerza.

Había aprendido a comer y a peinarse con la izquierda y, aunque era más lenta, acabó adquiriendo destreza con la siniestra.

Y ante la desesperación que sufría en ciertos momentos, las risas que le provocaba Jorge mientras la ayudaba a hacer los ejercicios. A veces le hacía reír tanto que le dolía la tripa.

—Para, para ya... —pedía Sofía sin poder contenerse cuando le hacía cosquillas.

—Venga, tienes que seguir —la instaba Jorge, fingiendo seriedad mientras reprimía la risa.

—¡Jorge!

—Deja de reírte y haz el ejercicio.

—No puedo —decía Sofía, echando la cabeza de un lado a otro y retorciéndose sobre sí misma para evitar las cosquillas que le hacían los inquietos y maquiavélicos dedos de Jorge Montenegro.

—¿Cómo que no puedes?

—Para... Así no puedo.

—¿Así, cómo?

—Si me haces cosquillas no puedo —balbuceaba sin fuerzas.

—Yo no te estoy haciendo cosquillas. Eres tú que no paras de moverte sobre mis dedos. Pareces una lagartija.

—Ya, para... Por favor... —rogaba Sofía, rendida.

Cuando Sofía acababa exhausta, Jorge

tiraba de ella y la ponía sobre su regazo; inclinaba la cabeza y la besaba tiernamente. Y la tensión desaparecía.

Los ejercicios fueron haciéndose más complejos, exigiendo una mayor atención de Sofía, que ponía toda su fuerza de voluntad en hacerlos bien, pero a veces era imposible. Cada día, Rubén valoraba la fortaleza y resistencia que iban adquiriendo los miembros afectados —siempre insuficiente para Sofía—, evaluaba las anomalías que todavía se tenían que corregir, la resistencia, los movimientos y el déficit sensorial que presentaba su lado derecho.

—Paciencia —repetían unos y otros—. Paciencia.

Sofía había comenzado a detestar aquella palabra.

—¿Recuerdas qué es lo más importante en cualquier tipo de rehabilitación? —le preguntó Rubén después de una jornada tan intensa como frustrante.

—Constancia, paciencia y persistencia —respondió Sofía, agotada.

—La práctica repetitiva y persistente de los ejercicios — redundó el fisioterapeuta—. Tiene que entrarte eso en la cabeza para que se reduzca el nivel de frustración que sientes.

—Lo intento —dijo Sofía, cabizbaja. De pronto, tenía ganas de llorar—. De verdad que lo intento.

—Sé que lo intentas, pero no es

suficiente —aseveró Rubén—. Si no logras entender que este proceso es sumamente lento, no avanzarás. Porque antes de empezar, te habrás dado por derrotada.

Sofía se mordió el labio.

—Ahora mismo eres como un bebé. Tienes que aprender... Aprender a andar, a correr, a coger las cosas sin caerlas, a coordinar los movimientos. Y para eso estoy yo aquí; y María; y Jorge. —Sofía alzó el rostro. Había conseguido mantener las lágrimas a raya—. Tienes que dejar que te ayudemos. Tienes que aceptar nuestra ayuda.

Rubén arqueó sus cejas de color rubio ceniza en un gesto de interrogación. Esperaba una respuesta. Sofía asintió en

silencio mientras continuaba
mordiéndose el labio compulsivamente.

—¿Vas a dejar que te ayudemos? —
insistió Rubén. Sus cejas seguían
curvadas.

—Sí —respondió Sofía.

—Bien. Por hoy hemos terminado.

Durante la noche tibia de aquel día,
bajo las tenues y polvorientas luces de
Madrid que entraban por la ventana del
hospital, y pese a los agotadores
ejercicios de la mañana, que no habían
conseguido que se rindiera al sueño,
Sofía lloró amargamente con el rostro
hundido en la almohada. Lloró por el

sacrificio de su madre, que había pedido una excedencia en el trabajo (justo cuando, después de años de dedicación, estaban a punto de ascenderla) y que se había trasladado a vivir a Madrid, donde había alquilado un pequeño bajo en el barrio de El Pilar, para que ella no tuviera problemas cuando le dieran el alta médica. Lloró por la abnegación de Jorge, que siempre que las obligaciones se lo permitían, lo que se traducía en la mayoría de los días según él, iba a quedarse con ella, a hacerle compañía. Sofía era consciente de que estaba descuidando los proyectos que le habían encargado y que se apilaban en el más absoluto de los olvidos en la mesa de su despacho. Pero parecía darle igual. Lo

importante era ella. Siempre ella. Y aquello le pesaba en la espalda como una enorme losa de granito. Y lloró por ella misma, por esa chica de veinticinco años a la que nunca acababan de salirle bien las cosas. Aquella *maldita*, como Baudelaire, a la que la vida no quería sonreírle, ni siquiera un poquito. ¿Por qué todo era tan difícil? ¿Por qué le costaba más esfuerzo que a los demás conseguir las cosas? ¿Por qué el precio que tenía que pagar era más alto que el del resto?

Se revolvió en la dura cama del hospital, tratando de ahogar las lágrimas, para que su madre, que se había quedado con ella esa noche, no la oyera.

Sofía tenía miedo a que la historia, su historia, no tuviera un final feliz, como el de las novelas románticas que leía. En las que los protagonistas se casaban, eran felices y comían perdices. Sofía tenía miedo de que las perdices se le atragantaran en la garganta.

Su madre tenía derecho a ese merecidísimo ascenso por el que llevaba años luchando, a continuar con su vida en Barcelona. Y Jorge tenía derecho a estar con alguien con quien pudiera salir a pasear, ir al cine, comer un helado, o viajar a París, y no con ella, para quien el mundo parecía haberse reducido a los escasos centímetros de una silla de ruedas.

CAPÍTULO 48

Aquella mañana, después de la sesión de corrientes diadinámicas, encargadas de estimular el tejido muscular, le pusieron unas correas acolchadas por encima del bañador deportivo, que le cruzaban la cintura y la espalda y le sujetaban las ingles como si fuera un alpinista.

—¿Para que es esto? —preguntó Sofía ante la atenta mirada de Jorge, Rubén y María—. ¿Voy a ir de escalada? —bromeó.

—Ahora lo verás —contestó Rubén, sonriente.

Accionó un mando y acercó una grúa

ortopédica, enganchó el arnés al gancho del brazo y con la ayuda de María fue incorporando poco a poco a Sofía, que quedó parcialmente suspendida en el aire en posición vertical, a un palmo del suelo.

—Mueve la pierna derecha hacia delante y hacia atrás —indicó el fisioterapeuta—. Primero despacio y después, si puedes, más rápido.

—Vale —dijo Sofía.

Respiró hondo y expulsó el aire lentamente. Después, con esfuerzo, desplazó la pierna unos centímetros hacia adelante. Jadeó. Parecía que tenía una tonelada de hormigón atada al tobillo. Se concentró y la movió hacia atrás.

—Otra vez —indicó Rubén.

Haciendo de nuevo un esfuerzo sobrehumano, Sofía desplazó la pierna hacia adelante y hacia atrás.

—Otra vez. —La voz de Rubén volvió a oírse, apremiante.

Sofía repitió el movimiento intentando que fuera más rápido. Primero adelante, después atrás, como le había indicado el fisioterapeuta.

—Otra vez —ordenó Rubén, tratando de marcar un ritmo más activo.

La pierna derecha de Sofía volvió a desplazarse adelante y atrás.

—Muy bien —dijo el fisioterapeuta.

Sofía giró el rostro y buscó la mirada de Jorge. Estaba con las piernas ligeramente separadas y las manos

metidas en los bolsillos del chándal negro de Adidas que se ponía cuando acompañaba a Sofía a la rehabilitación. Sus ojos oscuros, y entornados en una mueca sutil, la observaban detenidamente mientras la boca de labios sensuales proyectaba una sonrisa de satisfacción.

—Ahora vas a hacer lo mismo, pero con las piernas metidas en el agua — anunció Rubén mientras terminaba de tomar unas anotaciones—. ¿Preparada?

—Sí —afirmó Sofía con contundencia. La sonrisa de Jorge la había alentado.

El brazo de la grúa se desplazó y comenzó a deslizarse lentamente hacia abajo, sumergiendo las piernas de Sofía

en el agua. María se metió también en la piscina y se acercó hasta Sofía para seguir de cerca la ejecución del ejercicio.

—Debido a que la densidad del agua es mayor que la del aire, el esfuerzo a la hora de hacer el movimiento también lo es —comentó el fisioterapeuta—. Pero de este modo se fortalecen los músculos afectados. —Hizo una pausa en su explicación, se colocó la carpeta de los apuntes debajo del brazo y levantó los ojos para mirar a Sofía—. Comienza: adelante-atrás. Adelante-atrás —le fue marcando.

Sofía desplazó la pierna hacia adelante. Notaba la resistencia que hacia el agua en su extremidad y el esfuerzo

extra que tenía que hacer para moverla unos cuantos centímetros.

—Lo estás haciendo muy bien —la animó María con una sonrisa.

Sofía respiró hondo, apretó los labios y movió la pierna hacia atrás.

—Muy bien —volvió a decir la enfermera.

—Otra vez —indicó Rubén.

Bajo las pautas de Rubén, Sofía repitió el ejercicio tantas veces que acabó poco menos que exhausta.

—Ahora, flexiónala. Arriba y abajo. Arriba y abajo... —dijo el fisioterapeuta mientras le mostraba la manera de hacerlo—. No dejes caer la pierna. Intenta mantener el control de ella todo lo posible, ¿vale?

—Vale —respondió Sofía.

La jornada fue agotadora, con una decena de ejercicios nuevos que Sofía trataba de hacer lo mejor que podía. Pero no siempre lo conseguía. Algunos le resultaban tan duros, que terminaba con los ojos anegados de lágrimas del dolor y de la frustración. Sin embargo, respiraba hondo un par de veces y trataba por todos los medios de contener el llanto. No quería que la vieran llorar. No quería que sintieran lástima por ella. Sobre todo, no quería que Jorge sintiera lástima por ella. Eso sí que no podría soportarlo.

En más de una ocasión se había preguntado si no estaría con ella precisamente por eso, por lástima.

Intentaba no pensar en ello, pero la idea insistía en su cabeza más de lo necesario. ¿No estaría con ella por una especie de obligación moral? Aquel pensamiento la angustiaba y ejercía una presión en su pecho que a veces le impedía respirar. Jamás permitiría que alguien estuviera con ella por pena, compasión, o porque creyera tener una obligación de índole moral o ética. Eso estaba reñido con el amor. La pena y la compasión no eran amor.

¡Era tan desesperante! ¡Todo aquello era tan desesperante!, que en algunos momentos pensaba que iba a volverse loca.

Y casi se volvió loca unos días más tarde.

Los ejercicios que le ponía Rubén aumentaban su complejidad y su dificultad cada jornada. Aquella mañana, en que el sol entraba a raudales por los enormes ventanales de la sala de rehabilitación, colocó a Sofía al inicio de unas barras paralelas entre las cuales tenía que andar. Al principio lo hizo ayudada por la grúa. Sofía había imitado el movimiento que las piernas hacen al caminar en una serie de ejercicios que el fisioterapeuta y la enfermera le habían mandado hacer los días anteriores. Solo tenía que ponerlo en práctica, pensó. Sin embargo, se vino abajo cuando vio que su cuerpo era incapaz de soportar su propio peso.

—Es normal —apuntó Rubén—. Tu

lado derecho todavía está muy débil.

Sofía levantó los ojos y lo miró enfurecida.

—¡Eso ya lo sé! —explotó de pronto—. Lo sé desde que entré por esa maldita puerta.

—Sofía, cálmate —dijo Jorge con voz sosegada.

—¡No quiero calmarme! —gritó Sofía fuera de control—. ¡Lo que quiero es volver a caminar! ¡Lo que quiero es volver a ser la de antes!

—Y lo serás —intentó consolarla Jorge—. Ya lo verás...

—Rubén, quítame el arnés —ordenó Sofía.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó él con un viso de preocupación en la voz.

—A demostraros que puedo caminar por esas malditas barras —afirmó Sofía.

—Es muy pronto para eso —opinó Rubén.

—Sofía, tienes que tener paciencia... —terció Jorge.

—Qué me quitéis el maldito arnés —masculló Sofía entre dientes.

Rubén deslizó la mirada de ojos grises hasta María y asintió ligeramente con la cabeza. Lo mejor, dado el estado alterado en que se encontraba Sofía, era que fuera ella misma quien comprobara que aún era muy pronto para andar sin ningún tipo de ayuda.

—Sujétate a las barras —le aconsejó María. Sofía se cogió la mano derecha con la izquierda, la levantó y la colocó

en la barra. Aunque el brazo afectado había mejorado bastante, seguía estando débil. Después, sostenida aún por la grúa, separó un poquito las piernas—. ¿Lista? —preguntó la enfermera.

Sofía asintió en silencio. María trasteó con el arnés hasta que finalmente lo soltó. Sofía se tambaleó ligeramente ante las miradas de expectación de los presentes, pero mantuvo el equilibrio.

—No me ayudéis —dijo, cuando vio que Rubén y Jorge se acercaban a ella.

—Sofía... —Jorge hacía todo lo posible por que entrara en razón.

—Que no me ayudéis —repitió Sofía. Sofía sentía todo el peso de su cuerpo como una gran losa de mármol en la espalda, tirando de ella hacia abajo. Los

brazos le temblaban del esfuerzo. Apenas podía sostenerse sobre unas piernas que parecían de gelatina. Pero solo tenía que dar un paso, y después otro. Mecánico. No era tan difícil. Es algo que todo el mundo hacía.

«Vamos», se dijo a sí misma.

Sin embargo, su cuerpo no respondía a la orden. ¿Por qué? Era un ejercicio que había hecho mil veces. Primero un pie, después otro. Con un esfuerzo sobrehumano arrastró la pierna derecha hacia delante. Apretó los dientes y bufó. Gotas de sudor resbalaban por sus sienes.

Cuando fue a adelantar la pierna izquierda, el lado derecho no soportó el peso del cuerpo y Sofía se desplomó

como una muñeca de trapo. Jorge y Rubén, en un acto reflejo, salieron corriendo hacia ella. Pero fue Jorge quien entró en el pasillo que formaban las barras y la cogió en brazos antes de que cayera al suelo.

—No puedo... —sollozó Sofía, agarrándose a Jorge con fuerza—. No puedo... —decía llena de impotencia, de rabia y de tristeza.

—Ya, mi niña, ya... —Jorge se echó en el suelo con Sofía en el regazo y le acarició tiernamente la cabeza.

—No puedo... —seguía diciendo Sofía entre lágrimas amargas. Estaba derrotada.

—Shhh... Ya está, mi niña. Ya está... —Jorge se inclinó y le dio un beso

protector en la frente.

Levantó el rostro e intercambió una mirada con Rubén, que cerró los ojos y asintió. Nadie mejor que Jorge para consolar a Sofía. Lo que menos necesitaba en esos momentos era una opinión profesional de lo que acababa de suceder.

Jorge la apretó más contra sí.

CAPÍTULO 49

Sofía estuvo callada toda la tarde. Apenas comió nada de lo que le trajeron y lo único que le apetecía era estar en la cama. Pidió que la dejaran sola. No quería ver a nadie, ni siquiera a Jorge.

Abrió los ojos al sentir el pestillo de la puerta. Se quedó lívida cuando reconoció la figura de Carlos apostada al otro lado de la habitación. Inmóvil y por momentos amenazante, como un ángel del infierno, sin expresión alguna en el rostro. Estaba visiblemente desaliñado y desprendía un repugnante olor mezcla de alcohol y colonia. Una punzada de miedo se abrió camino en su

cuerpo como un cuchillo.

—No puedes estar aquí —alcanzó a decir, titubeante, mientras se incorporaba despacio en la cama.

—¿Por qué? —preguntó Carlos, ladeando la cabeza—. ¿No puedo venir a ver cómo se encuentra mi novia?

—Yo ya no soy tu novia —dijo Sofía en voz baja.

Carlos se adelantó un paso. El olor a alcohol y a colonia se intensificó.

—Es cierto —dijo, como si acabara de caer en la cuenta de ello—. Ahora recuerdo que me dejaste. —Sofía tragó saliva. Carlos nunca la perdonaría. Que lo hubiera dejado era una ofensa—. ¿Me dejaste por ese nuevo novio con aire de modelo que te has echado? —preguntó,

permitiéndose ironizar.

—Él no tiene nada que ver...

—El muy cabrón me partió la cara — comentó Carlos acariciándose la mandíbula, sin prestar atención a Sofía —. Pero la próxima vez no va a tener tanta suerte.

—Carlos, no puedes estar aquí. Vete, por favor —le pidió Sofía, intentando disimular el miedo y los nervios.

La mirada parda de Carlos se oscureció y los labios se tensaron en una línea fina.

—Antes te gustaba que te tocara, que te besara, que te follara... —dijo con una sonrisa lasciva en la boca—. ¿Ahora prefieres que te folle ese modelito con pasta?

—Carlos, por favor... —pidió Sofía.

—¿O no puede follarte ahora que estás... inválida?

—Vete, o llamaré a las enfermeras.

—Sofía se revolvió en la cama.

Carlos rió satíricamente.

—Mi dulce y pobre Sofía... —Carlos se acercó un par de pasos más—. ¿No te has parado a pensar por qué está contigo? —le preguntó—. ¿No creerás que es porque te quiere? —Movi6 la cabeza y chasque6 la lengua—. Eso serí a muy ingenuo por tu parte... Muy romántico, como las historias de esas noveluchas que lees.

—Vete —volvió a decir Sofía con los ojos atestados de lágrimas. Las palabras de Carlos se le estaban clavando en lo

más profundo del alma.

—Vamos, Sofía... ¿Te has mirado bien? Das pena —afirmó con acritud—. ¿Qué otra cosa puedes inspirar a los que te rodean? ¿Qué otra cosa vas a inspirar en tu nuevo novio? Pena, compasión, lástima... —enumeró.

—Cállate, por favor... —le pidió Sofía mientras las lágrimas rodaban silenciosamente por sus mejillas.

—Sabes que lo que estoy diciendo es cierto, ¿verdad? Por eso lloras. Porque sabes que es verdad. Ese modelito con pasta no te quiere. ¿Cómo podría querer a una inválida, con todas las mujeres que tendrá pululando a su alrededor?

—Carlos, por favor...

Sofía rompió a llorar

estrepitosamente. Carlos, lejos de compadecerse de ella, siguió hurgando en la herida.

—Si antes no valías para nada, si antes ya eras una completa inútil... Imagínate ahora...

—¡Cállate! —exclamó Sofía, que había comenzado a moverse intranquilamente en la cama—. ¡Cállate, por favor! —sollozó.

—No vas a ser más que un estorbo, un bulto... —dijo Carlos con saña.

—¡Enfermeras! —gritó Sofía, presa de un ataque de ansiedad. Quería bajarse de la cama y salir corriendo de allí, escapar, pero no podía—. ¡Enfermeras!

Trató de incorporarse para tocar el

botón de auxilio pero perdió el equilibrio y se cayó al suelo, llevándose consigo las sábanas.

—¡Inválida! ¡Inválida! ¡Inválida! —vociferó Carlos en tono divertido.

—¡Enfermeras! —Sofía se arrastró por el suelo, sollozante, intentando apartarse de Carlos para no seguir escuchando su hiriente río de palabras, que eran como dardos envenenados en su alma.

Carlos salió de la habitación justo cuando dos enfermeras entraban al reclamo vociferante de Sofía. Empujó a una de ellas con el brazo y la tiró contra la puerta.

—¿Quién es usted? —preguntó, pero Carlos ya huía por el pasillo como alma

que llevara el diablo.

—¿Estás bien? —se interesó la otra enfermera acercándose a Sofía con una expresión mezcla de espanto y preocupación.

—Que se calle... Por favor, que se calle... —repetía Sofía una y otra vez, llevándose las manos a los oídos—. Que se calle...

—Marga, ayúdame a levantarla.

La enfermera que había empujado Carlos, una mujer de mediana edad bajita y oronda, corrió hacia Sofía y su compañera, que le sujetaba la cabeza en el regazo, y entre las dos la tumbaron de nuevo en la cama. Sofía lloraba como una niña pequeña, repitiendo incesantemente que Carlos se callara.

—Trae un tranquilizante —dijo la enfermera que la había socorrido en primer lugar—. Está teniendo un ataque de ansiedad.

Marga asintió y sin dilación obedeció.

—Cálmate, preciosa —susurró la enfermera, pasándole la mano suavemente por la cabeza—. Ya no está aquí. Ya se ha ido. Cálmate.

CAPÍTULO 50

—Cuando entramos en la habitación salía corriendo un hombre de unos veintinueve años, castaño y con los ojos pardos. Medía uno setenta y algo, iba desaliñado y parecía que había bebido —explicó Marga en control, donde estaban el resto de enfermeras.

—Carlos... —dijo Jorge. Se pasó la mano por el pelo y resopló, pensando en lo que podía haber pasado. Al menos no había tocado a Sofía.

—¿Carlos ha estado aquí? —preguntó incrédula Clara—. Dios mío...

Jorge no podía dejar eso así. Ya no. No podía consentir que ese cabrón

estuviera haciendo de nuevo de las suyas. No podía permitir que se acercase a Sofía ni una sola vez más. Sacó el teléfono móvil y llamó a su hermano mientras las enfermeras contaban a Clara los detalles de lo que había sucedido.

—Raúl...

—Dime...

—Carlos ha venido al hospital —le informó, y sin dejar hablar a su hermano dijo—: Quiero que busques al mejor abogado en temas de violencia de género de todo Madrid. Incluso, si es necesario, contrataré un bufete entero, pero quiero ver a ese hijo de puta pudriéndose en la cárcel. Sé que anda trapicheando con asuntos de droga y

endeudado hasta las cejas. Busca información acerca de eso, seguro que encuentras algo por lo que pueden caerle unos cuantos años más.

—No te preocupes —apuntó Raúl al otro lado de la línea —. Nos encargaremos de él.

—Llámame cuando tengas algo —se despidió Jorge.

Introdujo el móvil en el bolsillo del pantalón y miró al frente. Los ojos negros y profundos se perdieron en un punto de la nada.

«No voy a parar hasta verte con los huesos en la cárcel», pensó para sus adentros. Un músculo se tensó en su potente mandíbula.

Los dedos largos y elegantes de Jorge acariciaron con delicadeza el rostro aterciopelado de Sofía, que abrió lentamente los ojos al suave contacto.

—Mi niña... —susurró—. ¿Estás bien?

Sofía hizo un ademán afirmativo con la cabeza, pero no dijo nada. Algo había cambiado en la cálida expresión de su mirada verde. Jorge siguió acariciándole la mejilla.

—¿Y mi madre? —preguntó Sofía.

—Fuera. ¿Quieres que la llame?

—No —negó Sofía. Como pudo, y con la ayuda de Jorge, se incorporó en la cama—. Quiero hablar contigo, y es

mejor que ella no esté —dijo en un tono demasiado serio.

—¿Ocurre algo? —preguntó Jorge, desconcertado por la actitud distante de Sofía.

—No quiero que vuelvas al hospital. No quiero que vuelvas a venir a verme.

Jorge frunció el ceño, perplejo.

—¿De qué hablas?

—No quiero volver a verte —aseveró Sofía con voz fría.

—No te entiendo... —comentó Jorge, que no salía de su asombro.

—¿Qué es lo que no entiendes? —repitió Sofía, girando el rostro hacia él para enfatizar su respuesta—. No quiero volver a verte. Quiero acabar con... lo que sea que tenemos.

—¿Por qué? —Un torrente de dudas y preguntas viajaba a través de la mente de Jorge—. ¿Es por Carlos? ¿Qué te ha dicho ese cabrón?

—Carlos no tiene nada que ver en la decisión que he tomado —afirmó Sofía—. Simplemente me he dado cuenta de que no quiero estar contigo. No... No te quiero.

—No te creo —dijo Jorge.

—No me entiendes, no me crees... Jorge, no quiero estar contigo. No es tan difícil de comprender.

Una ligera ráfaga de aire entró por la ventana abierta y movió las cortinas. Sofía agradeció que refrescara la habitación.

—No sé que te habrá dicho ese

cabrón —insistió Jorge—. Pero no voy a permitir que rompa lo nuestro.

—No lo está rompiendo él, lo estoy rompiendo yo.

Jorge permaneció unos segundos en silencio, contemplando a Sofía, que mantenía una actitud contenida, gélida, incluso indiferente. Desconocida.

—Sofía...

—Vete —dijo Sofía, como quien dictamina un destierro, evitando el contacto visual con Jorge.

Jorge cerró los ojos lleno de frustración.

—No puedes dejarme sin ti, sin verte, sin tocarte, sin tenerte. No puedes dejarme sin tu dulzura, sin tu timidez, sin tu pasión... Sin tu mirada... No puedes.

Me lo prometiste. Me prometiste que siempre ibas a estar conmigo —dijo Jorge, recordándole la promesa que le había hecho unos días atrás.

Pero Sofía no se inmutó. Al ver que Jorge no se movía, dijo:

—No me lo pongas más difícil. Vete de una maldita vez.

—Mi niña... —murmuró Jorge con voz anhelante.

—¡Jorge, vete! —exclamó Sofía sin ni siquiera girar el rostro para mirarlo.

—Ya me voy —dijo Jorge con semblante derrotado. De pronto se dio cuenta de que no tenía nada más que hacer allí, ni siquiera discutir. Sofía lo había sacado de su vida inesperadamente, de un modo tan rápido

como doloroso. Ignoraba las razones por las que lo había hecho, pero tenía que respetarlas, fueran las que fueran. Se dio media vuelta, cabizbajo, y avanzó hacia la puerta. Y, por primera vez, Sofía advirtió que no iba con esa determinación absoluta que lo caracterizaba. De pie en el umbral, antes de salir, se volvió.

—Nunca te voy a olvidar. Siempre serás mi preciosa y dulce niña. Siempre —dijo a media voz y, despacio, como queriendo detener el tiempo; retener el instante, cerró la puerta tras él.

Un silencio sepulcral cayó de golpe en la habitación, abatiéndose sobre Sofía como una bestia. Un dolor con voluntad propia se abrió paso por su

corazón, desgarrándoselo en miles de pedazos. El llanto contenido le estaba hiriendo la garganta. Se desplomó en la cama y se echó a llorar desconsoladamente, empapándose de la infinita tristeza que le desbordaba el alma. ¿Quién iba ahora a llevarla a ese lugar secreto en el cielo donde vuelan las mariposas?

—¿Qué te pasa, pequeña? ¿Por qué lloras así? —La voz de su madre sonó reconfortante a su lado. Sofía no la había sentido entrar.

—He dejado a Jorge —dijo Sofía.

—Pero, ¿por qué? —Clara estaba desconcertada.

—No puedo atarlo a mí, mamá. Él tiene que hacer su vida, buscarse otra

chica... —explicó Sofía entre lágrimas.

—Sofía, esa es una decisión que tiene que tomar él, no tú. Ya hablamos de esto el otro día.

—Soy yo quien se tiene que sacrificar, no él. Él... —La emoción a duras penas le dejaba hablar—. Él... —Alzó el rostro y miró a su madre reflejando una expresión de impaciencia, de aflicción—. Llévame a casa, mamá —le pidió—. Por favor, llévame a casa.

—Pero, ¿tu rehabilitación? —preguntó Clara.

—Llévame a casa, por favor —rogó de nuevo Sofía—. Llevo mucho tiempo en el hospital, en esta habitación. Por favor, llévame a casa.

La angustia con que le suplicaba su hija encogió el corazón de Clara.

—Mañana hablaremos con el médico y pediremos el alta voluntaria — concedió finalmente—. Quizá puedo traerte yo a hacer la rehabilitación.

—No —negó Sofía con la cabeza—. No quiero hacer la rehabilitación. Más adelante, pero ahora no quiero. Necesito descansar, mamá. Necesito pensar... Necesito...

—Está bien, pequeña —dijo Clara, aferrando a Sofía y estrechándola contra su pecho—. Está bien.

Comprendía las dudas, la incertidumbre y el sufrimiento por el que estaba pasando su hija. Lo entendía muy bien. Su vida se había desmoronado por

completo de la noche a la mañana; se había convertido en cenizas. Su novio le había pegado una paliza hasta casi matarla y ahora tenía que luchar con una parálisis en el lado derecho de su cuerpo y, para colmo, había sacrificado al amor de su vida, a Jorge Montenegro.

CAPÍTULO 51

El piso que Clara había alquilado en el barrio El Pilar era una casa coqueta y recogida de dos habitaciones, con las paredes pintadas de colores vivos y muebles de Ikea. Y, aunque era un bajo, para que Sofía pudiera acceder a él con mayor facilidad, el sol entraba a raudales por los enormes ventanales que tenía.

—¿Qué te parece? —preguntó Clara, empujando la silla de ruedas de Sofía hacia el salón.

—Es muy bonita —respondió Sofía con sinceridad.

—Mira, tiene patio —dijo Clara. Se

adelantó unos pasos y abrió la puerta acristalada que había en la sala. Desde el rectángulo que se dibujaba en el muro podía verse un espacio con césped y un par de sillas de plástico blancas—. Es pequeño, pero vamos a poder tomar un poquito el sol.

Sofía forzó una sonrisa.

—Es perfecto, mamá.

—¿Quieres ver tu habitación?

Clara se acercó de nuevo a Sofía y la llevó a un dormitorio amplio con una cama de matrimonio y cuadros de paisajes abstractos.

—Es la más grande —comentó Clara sonriente—. Así podrás moverte con mayor comodidad.

—Gracias, mamá.

Clara se sentó en el borde de la cama y arrastró la silla de ruedas de Sofía hacia ella.

—Vamos a estar bien, ya lo verás.

Sofía dejó de mirarse las manos, que tenía apoyadas en el regazo, y alzó la vista hacia su madre. Asintió con ojos vidriosos.

—Lo echas de menos, ¿verdad? —le preguntó Clara con voz suave.

—Mucho —contestó Sofía, secándose las lágrimas con los dedos.

—Todavía estás a tiempo... —dejó caer Clara.

—No. —Sofía negó enérgicamente con la cabeza—. Esto es lo mejor.

—¿Lo mejor para quién?

Sofía reflexionó unos instantes sobre

el interrogante que le acababa de plantear su madre. ¿Para quién era mejor haber roto con Jorge Montenegro? ¿Para ella? ¿Para Jorge? ¿Para los dos? O, ¿para ninguno de los dos? Desde luego, para ella no. La aliviaba pensar que él sería feliz al lado de otra mujer. De otra mujer... normal. Le estremecía usar la palabra «inválida». Aunque lo fuera. Y en el fondo de su corazón, le estremecía que Jorge pudiera estar con otra mujer.

—Lo mejor para los dos —respondió finalmente Sofía, respirando hondo y desechando ese pensamiento de su cabeza.

—¿Estás segura?

—No podría vivir tranquila pensando que Jorge está sacrificando su vida por

mí.

—¿Y si para él no fuera un sacrificio?

Clara miró con ojos interrogantes a su hija.

—Mamá, te recuerdo que estoy inválida.

—Los médicos dicen que te recuperarás casi por completo. —
rebatíó Clara.

—Yo no estoy tan segura de eso.

—Sofía, solo es cuestión de tiempo. Si sigues con la rehabilitación...

Sofía se pasó la mano por la frente con gesto agobiado.

—No quiero hablar más de esto —
señaló—. Por favor, mamá.

Clara suspiró quedamente, resignada.

—¿Tienes hambre? —dijo cambiando

de tema—. ¿Por qué no me ayudas a preparar algo de comida?

Sofía movió la cabeza en un ademán de afirmación.

—¿Seguimos adelante con lo de Carlos? —preguntó Raúl, sentado al otro lado del escritorio de roble del despacho de Jorge.

—Más que nunca —respondió Jorge con una seriedad tajante.

Raúl lanzó una carpeta marrón encima de la mesa.

—Nuestro amigo no se priva de nada: tráfico de drogas, timbas ilegales, peleas callejeras, malos tratos... Es un

dechado de virtudes —ironizó con media sonrisa dibujada en los labios.

Jorge alargó el brazo con rostro impertérrito, cogió la carpeta, la abrió y se desabrochó el botón de la chaqueta del traje.

—De momento está en la cárcel por haber incumplido la orden de alejamiento —dijo Raúl mientras Jorge echaba un vistazo a la información que había conseguido.

—Es un crápula en el sentido amplio de la palabra —comentó Jorge sin dejar de leer los papeles.

—No va a ser difícil enchironarle unos cuantos añitos —afirmó Raúl con optimismo, intentando animar a su hermano mayor. Jorge dejó la carpeta en

la mesa, se levantó de la silla y se dirigió en silencio hasta la pared de cristal—. ¿Cómo te encuentras? —se interesó Raúl.

Jorge se encogió de hombros.

—Si dijera que bien, mentiría —respondió, contemplando a sus pies la siempre inquieta Madrid—. Ha sido tan inesperado...

—¿Qué motivos te ha dado?

—Que no me quiere, que no quiere verme, que no quiere estar conmigo... —enumeró Jorge.

—¿Y cuáles son los motivos reales? —dijo Raúl, que le parecía que lo que le había dicho Sofía a Jorge no eran otra cosa que excusas.

—Los desconozco —contestó Jorge

sin girarse—. Pero estoy seguro de que ese cabrón de Carlos ha tenido algo que ver en la decisión de Sofía.

Raúl arrugó el ceño. Sus cejas formaron una línea irregular en su rostro.

—¿Crees que va a volver con él?

Jorge hizo una mueca con la boca.

—No creo que Sofía vuelva con él. No creo que se trate de eso. Fue algo que le dijo cuando estuvo en el hospital... —Dejó la frase colgando—. Pero por más vueltas que le doy al asunto, no logro saber qué pudo ser.

Jorge parecía afligido.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Raúl.

—Por lo pronto ir a verla al hospital

esta tarde —aseveró Jorge, dándose la vuelta—. Necesito verla, hablar con ella... No sé... ¡algo! —dijo, pasándose la mano por el pelo.

—Trata de averiguar qué motivos le han llevado a dejarte —le aconsejó Raúl—. Los reales. Solo de ese modo podrás atajarlos.

Jorge asintió con expresión meditabunda.

Llegó al hospital de La Paz alrededor de las cinco, con una hermosa rosa roja de la mano y el corazón lleno de esperanza. Subió a la planta once, la planta de neurología, entró en la

habitación de Sofía y vio que la cama estaba vacía y que sus cosas habían desaparecido. ¿Había pasado algo? Salió inmediatamente y paró a una de las enfermeras que pasaban en ese momento por el pasillo.

—Perdona, ¿dónde está la chica que estaba en esta habitación? —preguntó—. ¿La han trasladado a otra?

—¿Sofía? —dijo una mujer rubia de pelo corto.

—Sí.

—Se ha ido esta mañana —le informó. Jorge se extrañó—. Ha pedido el alta voluntaria y se ha ido a casa —añadió la enfermera al advertir la expresión de desconcierto que reflejaba el rostro de Jorge.

—¿Ha dejado alguna dirección?

La mujer torció el gesto.

—Lo siento —se disculpó—. Pero no podemos facilitarle esa información. Es confidencial. Y más dado su caso...

Jorge suspiró. Sabía que Clara había alquilado un piso en el barrio El Pilar, pero no tenía ni idea de en qué calle.

—Gracias —agradeció Jorge.

Madrid le pareció, de pronto, una ciudad muy grande. Y se sintió perdido en ella. No tenía ni idea del paradero de Sofía.

Enfiló el pasillo hasta la zona de los ascensores con paso abatido, y bajó a la calle. En las puertas del hospital, sumergido en el bullicio de la gente, contempló la rosa que le había

comprado a Sofía. Ya no podía dársela. Apartó la vista de la flor, se acercó a la papelera que había a la salida de La Paz y la tiró.

CAPÍTULO 52

Los días avanzaban con una lentitud soporífera, envueltos en una rutina que a veces resultaba tediosa. Sofía se pasaba la mayor parte de la noche en vela después de una jornada volcada a leer y, de vez en cuando, a escribir. Por fin, una tibia tarde de últimos de septiembre, se había decidido a desempolvar su pluma, a abrir su block de notas y a componer unos versos, ahora que la movilidad de la mano derecha era casi completa. Escribir le había devuelto la normalidad, aunque fuera un poquito.

A fuerza de insistir e insistir, Clara la convenció para que fuera a casa una

terapeuta ocupacional que se encargara de su rehabilitación. Aunque no era suficiente para la recuperación que anhelaban, al menos los ejercicios la tenía distraída y con la mente lejos de Jorge Montenegro y de las dentelladas de dolor que había supuesto sacrificar su relación.

Al principio, Jorge la llamaba y le enviaba mensajes por el whatsapp, hasta que Sofía le bloqueó. Era muy difícil no ceder a su encanto si no permitía que se olvidara de él, si no ponía distancia, y muy fácil quedar nuevamente atrapada en ese hechizo que irradiaba a cada paso. Le había prohibido categóricamente a todo el mundo que le facilitaran su dirección. A su madre, a

Eva, a Sara y a Elena y Oliver. Si volvía a verlo, estaba perdida. Volvería a hundirse, volvería a romperse; a desbordarse de tristeza. Volvería a desgarrarse en mil pedazos. Más de lo que ya estaba.

Jorge mataba los días entre las cuatro paredes del despacho, embebido entre las líneas y las medidas de los diseños de los proyectos que esperaban su inspiración encima del escritorio. Tratando de que la figura de Sofía no se convirtiera en otro fantasma errante en su vida, como el de Paula.

La mañana siguiente a su desaparición, había regresado a La Paz para ver a Sofía en sus ejercicios. Pero Rubén, el fisioterapeuta, le dijo que

Sofía había suspendido la rehabilitación. Semanas después se acercó a la perfumería. A través del escaparate vio los rizos y la figura desgarbada de Sara y a otra chica de unos veinte años, morena con una coleta alta, que presumió sustituía a Sofía. Se quedó un rato allí, inmóvil como una estatua, ausente, viendo el reflejo de su propio rostro en el cristal mientras el recuerdo de Sofía le taladraba el corazón.

El último miércoles del otoño octubre, un día con un extraño sol de agua, Eva convenció a Sofía para que la

acompañara al recital *Conflicto Sentido* que se celebraba en el Marimba Bar Café a las cinco de la tarde.

—¿Por qué no quieres venir? — preguntó.

—Estoy cansada —se justificó Sofía sin hacer mucho alto en la invitación.

—Hace semanas que no sales de casa. Deja que te dé un poco el aire —dijo Eva, haciendo un exagerado mohín con la boca.

—Eva, no...

—No hay excusas —se impuso la bonachona de Eva—. No hoy que se van a leer poemas de *Las flores del mal* de Baudelaire. ¡Baudelaire! —enfaticó abriendo los brazos, sabiendo que era el poeta preferido de Sofía.

Sofía sonrió sin despegar los labios. Cuando Eva se disponía a desplegar su artillería pesada de gestos y argumentos, Sofía dijo:

—Iré, iré... Todo sea por Baudelaire, y por no oírte —bromeó.

Eva esbozó una amplia sonrisa. Lo había conseguido.

Sofía se levantó de la silla de ruedas con la ayuda de Eva y de su madre, se puso el abrigo, la boina gris de estilo parisino, y se echó en el regazo el bolso y su ejemplar de *Las flores del mal*.

—Lista —le dijo a Eva.

—Te ayudaré a subir al coche —apuntó Clara, que estaba feliz de que su hija se hubiera decidido a salir de casa—. Pasadlo bien —les deseó cuando

Eva arrancó el Mini rojo.

La siempre acogedora e íntima atmósfera del Marimba Bar Café y el olor a capuchinos y tés que flotaba en el aire teñido de ámbar le hicieron sentirse como en casa. Respiró hondo al entrar, empapándose de esa sensación. No había vuelto desde que leyó su poema *Afrodita* y Jorge la escuchaba atentamente al fondo del bar, el día que fue a verla por sorpresa.

Algunos poetas conocidos se acercaron a saludarla y a preguntarle cómo estaba. Sofía tendió sonrisas y ofreció respuestas cordiales, pero poco más. No quería dar muchas explicaciones de su estado, ni de las ojeras alrededor de sus grandes ojos.

No quería hablar de nada.

Se abrió paso con la silla de ruedas entre las mesas del bar y se situó en una de las primeras.

—¿Qué poema vas a leer? —preguntó a Eva.

—*Remordimiento Póstumo*.

—Buena elección.

—Tenía dudas entre *Lamentaciones de un Ícaro* y *Remordimiento Póstumo*, pero al final me decanté por *Remordimiento Póstumo*. ¿Por qué no te animas a leer uno tú? —dijo Eva, siempre tan gesticulante—. ¡Es Baudelaire! —exclamó.

Sofía arrugó la nariz.

—No me apetece mucho salir a leer en silla de ruedas.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo? —
interrogó Eva, que no entendía la actitud
de Sofía.

—No me siento cómoda.

El dueño del Marimba Café Bar,
Pedro, un hombre de aire bohemio, se
acercó a ellas y las interrumpió.

—Bienvenida de nuevo, Sofía —
saludó, dedicándole una amplia sonrisa.

—Gracias —dijo Sofía,
devolviéndole el gesto.

—Eva, ¿te importa abrir el recital con
tu poema? —preguntó Pedro.

—No, no, claro que no.

—Entonces, sube cuando quieras.

Eva cogió su libro y subió a la tarima.

Remordimiento Póstumo

*Cuando en el fondo duermas, mi
bella tenebrosa,
de una bóveda en mármol oscuro
trabajada,
y ya no tengas más por alcoba y
morada
que una llovida cueva y que una
hueca fosa;*

*cuando la tierra oprima tu carne
perezosa
y tus flancos que el ocio con encanto
ha pulido,
ni hay en tu corazón el amor, ni el
latido,
ni tus pies puedan ir tras ninguna
cosa,*

*la tumba, confidente de mi sueño
infinito,
en esas noches de las que el sueño
está proscrito
—la tumba y el poeta son hermana y
hermano—*

*te dirá: «Cortesana de atractivos
inciertos, ¿de que te vale ahora ignorar
a los muertos?»*

*Como un remordimiento te roerá el
gusano.*

Todo el bar aplaudió. Eva hizo una alegre inclinación con la cabeza, agradecida, y regresó a la mesa.

—Has leído muy bien —susurró

Sofía.

—Gracias.

Una decena más de poetas hicieron su particular honor a Baudelaire leyendo varios de sus virtuosísimos poemas.

—Nos sobran diez minutos —anunció el dueño del bar cuando terminaron—. ¿Alguien se anima a leernos algo más?

Eva señaló a Sofía con el dedo reiteradamente.

—¡Eva! —exclamó Sofía entre dientes, mirándola de reojo.

—¿Sofía? —dijo Pedro.

Sofía se sonrojó. Iba a negarse pero Eva la llevaba ya hacia la tarima.

—Recuérdame que después te mate —le siseó Sofía cuando la dejó en mitad del escenario. Eva le dio unas

palmaditas en los hombros.

Sofía carraspeó. Cogió su ejemplar de *Las Flores del Mal* y buscó uno de sus poemas favoritos, pasando las hojas con dedos temblorosos. Cuando lo encontró, comenzó a leer:

Alquimia del dolor

*Uno te alumbra con su ardor,
y otro el dolor te da, Natura.
Lo que a uno dice: ¡Sepultura!
dice a otro: ¡Vida y esplendor!*

*Hermes ignoto que me asistes
y a todas horas me intimidas,
tú me vuelves igual a Midas,
alquimista triste entre tristes,*

*oro por cobre —error eterno—,
y paraíso por infierno me cambias.*

*Y en mis inquietudes
veo en las nubes muertos amados,
y en los celestes acantilados...*

Levantó la mirada. Súbitamente, se interrumpió. El corazón se le aceleró tanto que Sofía creyó que se le había parado. Jorge estaba al fondo del bar, como la anterior vez, mirándola con suma atención en la intimidad que conferían las sombras. Sofía cerró los ojos y sacudió la cabeza lentamente, pensando que era una ilusión fruto de la obsesión que tenía con él, que parecía

verlo en todas partes. Pero cuando los abrió, Jorge Montenegro seguía ahí, arrolladoramente viril, con un abrigo de paño negro y unos guantes de cuero que le resguardaban las manos del frío. Tenía el semblante sereno, como quien aprecia la belleza de una obra de arte en un museo. Las pupilas de Sofía se dilataron extraordinariamente, tratando de abarcarlo con la mirada. Sin saber por qué se ruborizó. De pronto se dio cuenta de que no había acabado de leer el poema de Baudelaire. Pestañeó un par de veces volviendo en sí, y continuó leyendo con voz pausada, como si no estuviera en el Marimba Café Bar, como si solo se lo recitara a Jorge.

*Y en mis inquietudes
veo en las nubes muertos amados,
y en los celestes acantilados
construyo negros ataúdes.*

El público aplaudió, como hacía siempre que alguien acababa de leer un poema. Pero Sofía ni siquiera dio las gracias; quería salir de allí cuanto antes. Hizo rodar las ruedas de la silla y bajó de la tarima por la rampa.

—Vámonos —dijo a Eva al llegar a la mesa.

—¿Pero...?

—Por favor, Eva, vámonos. —Eva la miró con una ceja alzada, sin entender —. Jorge está aquí... ¡Eva, vámonos! — ordenó al ver que su amiga no se movía.

Salieron del Marimba Café Bar precipitadamente, sorteando los grupos de gente que se empezaban a formar, y cruzaron la calle.

—Espera, que te ayudo —dijo Eva cuando Sofía hizo el amago de levantarse de la silla de ruedas para entrar en el coche. Sin embargo los nervios hicieron que se desplomara de nuevo en ella.

—¿Te acerco a casa?

Sofía reconoció de inmediato la voz grave y profunda que le ofrecía acercarla a casa a sus espaldas. Apretó los ojos con fuerza. Jorge Montenegro. Tragó saliva, pero no pudo, tenía la boca seca. Volvió el rostro intentando mantener la compostura.

—No es necesario. Gracias. Ya me lleva Eva —dijo nerviosa. Apartó la mirada de inmediato, sino los intensos ojos de Jorge la seducirían y la harían cambiar de opinión.

—Si quieres, yo puedo volver sola —sugirió Eva de buena gana.

—¡No! —cortó Sofía en tono áspero.

—Como quieras... —condescendió Eva ante la mirada de Jorge.

—Al menos, déjame que te ayude —dijo Jorge con cierta autoridad.

Sofía iba a decir de nuevo que no, pero antes de que se diera cuenta, Jorge la tenía cogida en brazos. El imprevisto contacto le produjo un escalofrío. Una suerte de descarga eléctrica que se intensificaba según bajaba por la

columna vertebral. Intentó mantener las emociones bajo control pero no lo consiguió. Estaba a punto de desbordarse. El latido del corazón podía oírse a cincuenta kilómetros a la redonda. Alzó el rostro y repasó con la mirada sus ojos negros, su pelo formalmente revuelto, sus labios perfectamente cincelados... Iba a decir algo, pero en esos momentos Jorge la sentó en el coche. Sofía dudó un instante.

—Gracias —dijo finalmente. Alargó el brazo y cerró la puerta.

—Lo siento —murmuró Eva a Jorge, cruzando una mirada con él cuando plegó la silla de ruedas y la metió en el maletero—. He hecho todo lo que he

podido.

Eva se metió en el Mini rojo, arrancó y se alejó con Sofía mientras Jorge negaba en silencio.

CAPÍTULO 53

Sofía lanzó a Eva una mirada enfurecida a través de sus largas pestañas oscuras.

—Este encuentro no ha sido una casualidad, ¿verdad? —dijo en tono enfadado. Sabía sobradamente que Eva había tenido mucho que ver con que Jorge estuviera en el Marimba Café Bar justo aquella tarde.

—Perdóname... —se disculpó Eva a media voz.

—¿Qué parte de «no quiero ver a Jorge Montenegro» no entiendes?

—Pero, Sofía... —trató de explicarse Eva sin apartar los ojos del carril.

—¡Pero nada! —cortó Sofía.

—Si hubieras visto el modo en que me lo pidió... No pude negarme —se excusó Eva, como si Sofía no supiera el magnetismo que emitía Jorge Montenegro. Pero sí que lo sabía. Lo sabía y sufría su efecto, a pesar del tiempo que había pasado. Por esa misma razón no quería verlo—. ¡Dios mío, Sofía, es tan guapo! —exclamó Eva, poniendo los ojos en blanco—. ¿Cómo has podido dejarlo?

Sofía sacudió la cabeza. No tenía nada que ver con que Jorge fuera guapo o feo, alto o bajo; tenía que ver con que no quería su pena, su lastima, su compasión. No quería su sacrificio. Pensarlo le llena el corazón de angustia.

Ninguna de esas cosas era amor. Ninguna. Entonces, ¿por qué él seguía insistiendo?

—¿Qué sucede? —preguntó Clara cuando vio la cara larga de Sofía.

—Jorge ha ido a verme al Marimba Café Bar —respondió secamente Sofía mientras con trabajo se sentaba en la silla de ruedas.

Clara frunció el ceño, confusa.

—¿Sabía que ibas a ir?

—Sí, un pajarito llamado Eva se lo ha dicho —aclaró Sofía entrando en casa —. Lo habían planeado juntos.

Clara miró interrogativamente a Eva,

que encogió los hombros con una expresión de resignación en el rostro redondo.

—Un día nos encontramos por casualidad en la Plaza Mayor y bueno... —comenzó a decir.

—¡No debiste hacerlo! —interrumpió Sofía, dándose rápidamente la vuelta con la silla y encarando a Eva—. Me duele verlo —afirmó con ojos llenos de lágrimas que ya no podía contener—. Me duele no poderlo tocar, no poderlo besar. Me duele... —Se interrumpió, hundió el rostro entre las manos y se echó a llorar—. Me duele estar en esta maldita silla de ruedas... y que me vea así, inválida.

—¡Ya está bien, Sofía! —dijo su

madre en tono serio. Sofía abrió los ojos de par en par con expresión perpleja—. Sí, ya está bien —repitió Clara elevando la voz—. Estás en esa silla de ruedas porque quieres y no estás con Jorge porque quieres...

—Mamá...

Sofía estaba desconcertada por la repentina actitud de su madre.

—Deja de ser una víctima —dijo Clara.

—¿Una víctima?

—Una víctima, sí.

A Clara le estaba doliendo en lo más profundo del alma cada palabra que le decía a su hija, pero continuó. Tenía que continuar.

—Mamá, ¿has visto como estoy?

¿Has visto por todo lo que estoy pasando?

—Lo veo todos los días, Sofía —respondió Clara sin cambiar la entonación—. Por eso mismo tienes que dejar de ser una víctima. Porque ya lo has sido mucho tiempo. Has sido víctima de la vida, del destino, de Carlos... No lo seas de ti misma. Ya has tenido demasiados verdugos. No seas uno más en la lista. Deja de castigarte... —La voz de Clara se había vuelto casi suplicante. Sofía tragó saliva. ¿De qué hablaba su madre?

»Dejaste la rehabilitación, dejaste a Jorge, dejaste de salir, dejaste de escribir, incluso has dejado de sonreír —siguió hablando Clara—, y te echaste

a morir. Eso es lo único que haces desde que llegaste del hospital: morirte.

Eva se mantenía inmóvil en mitad del salón, sin apenas pestañear, sin apenas respirar, sin decir una sola palabra, rodando los ojos entre Clara y Sofía. Pero Clara tenía razón. Sofía estaba muriéndose en vida. Quizá no le faltaran motivos. Nadie discutía lo contrario. Pero la vida seguía, con sus cosas malas y con sus cosas buenas. El mundo no tenía pretensiones de parar y dejar que Sofía se bajara, porque el mundo nunca deja que nadie se baje.

—Pensaba que me apoyabas... — susurró Sofía en un hilo de voz.

—Y te apoyo. Pero no me pidas que contemple impasible como te hundes. —

Clara se tragó las lágrimas y el dolor. Debía mostrarse dura ante su hija—. Solo tienes veinticinco años. Te queda todo por hacer. Todo. Pero no vas a poder hacer nada si sigues así — aseveró—. Llorando, lamentándote, quejándote... ¡Así no se soluciona nada!

—¿Y qué quieres que haga? — sollozó Sofía.

—Que te rebeles —dijo Clara contundentemente—. Grita, patatea, tira cosas, si quieres... Pero no te resignes, no te quedes parada.

Sofía alzó los ojos vidriosos y miró a Clara, después los posó en Eva. Por su expresión adivinó que estaba de acuerdo con su madre. Sofía sonrió con un matiz de amargura en los labios.

—Para vosotras es muy fácil —dijo con tristeza—. No estáis en una silla de ruedas como yo.

Giró las ruedas y se dirigió en silencio a su habitación.

—Sofía... —la llamó Eva con voz suave mientras se alejaba. Pero Sofía no se volvió. Entró en su dormitorio y cerró la puerta. Quería que la dejaran tranquila, quería estar sola, con su tristeza, con su dolor, con su sufrimiento. ¿Qué más daba? ¿Qué más daba todo si no podía estar con Jorge? El amor había acabado para ella.

—¿Por qué la vida es tan injusta? —preguntó Eva a Clara.

Clara suspiró. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Amaba a su hija por encima

de todas las cosas y le dolía profundamente verla en aquel estado de apatía. Se le partía el alma en dos.

CAPÍTULO 54

Sofía no cenó. Lloró amargamente todas las horas de aquella noche interminable. La discusión con su madre y las palabras que se habían vertido en ella eran como aguijones de avispa en el corazón. ¿Víctima? ¿Acaso no lo era?, se preguntó a sí misma. Pero hubo algo de lo que le había dicho Clara que llamó su atención por encima del resto.

«No seas víctima de ti misma».

«No seas tu propio verdugo».

Sofía reflexionó sobre esas frases.

¿Se habría convertido en víctima y verdugo de ella misma? ¿Era el victimismo su *modus vivendi*? ¿Su

forma de ser?

—Quizá últimamente sí —se respondió a media voz.

Quizá, desde que dejó a Jorge, había adoptado el victimismo como estilo de vida, buscando inconscientemente lo que más detestaba: la pena y la compasión. Sobre todo, la de ella misma. Siempre había sido una persona fuerte, demasiado fuerte, tal vez. Pero últimamente es cierto que no se reconocía. Había dejado a Jorge y había suspendido la rehabilitación precisamente para no dar la imagen de víctima, ni siquiera de las circunstancias. Sin embargo, había caído en sus propias manos, y como verdugo era implacable.

Carlos la había transformado en víctima con sus constantes malos tratos y ella había acabado creyéndose que ese era su papel, incluso ahora. ¿Lo hacía por costumbre y por comodidad?

No se atrevió a afirmarlo, pero la respuesta estaba clara en su cabeza.

El cielo azul oscuro de la noche comenzó a surcarse de arañazos escarlatas mientras Sofía seguía meditando acerca de todo aquello. Hacía unos minutos que había dejado de llorar y le prestaba atención únicamente a sus pensamientos y a las conclusiones un tanto precipitadas a las que estaba llegando. Confusas a ratos; certeras a otros.

Las duras palabras de su madre le

cayeron encima como una avalancha de piedras. En esos momentos, al borde del frío amanecer, ya no le parecían tan descabelladas, tan faltas de sentido, ni siquiera tan duras. De pronto sentía una extraña identificación con cada una de ellas. ¿Qué había estado haciendo? ¿De que modo había estado... muriendo?, como decía su madre. Y entonces se dio cuenta de la capacidad que tenía para ponerle excusas a la felicidad. Cualquiera diría que había estado boicoteando su propia dicha. ¿Era eso posible? Sí, se respondió en silencio.

Sonrió ligeramente en la dispar vorágine de ideas que iban de un lado a otro de su mente, entre las que se mezclaba la imagen de Jorge. Había que

ser valiente... otra vez. Eso es lo que demandaba la vida de ella. Inspirar hondo, tragarse las lágrimas, levantar la frente, resurgir de las cenizas del dolor, como un ave fénix, y lanzarse a la vida, al mundo.

El sol entraba radiante por la ventana. ¿O le parecía a ella? Daba igual. Acercó la silla de ruedas y, como pudo, se sentó. No sin hacer un enorme esfuerzo. Abrió la puerta y salió de la habitación. En el pasillo olía a café recién hecho y a rosquillas. Cuando llegó a la cocina, su madre trasteaba con las tazas preparando el desayuno.

—Buenos días —dijo Sofía a media voz.

Clara se giró.

—Buenos días, pequeña —saludó—. ¿Tienes hambre? He hecho rosquillas —comentó, colocando un enorme plato encima de la mesa.

Sofía se acercó en silencio a Clara y le abrazó por la cintura.

—Gracias —susurró.

—¿Por qué? —preguntó su madre, desconcertada, acariciándole la cabeza suavemente.

—Por estar ahí siempre, por quererme, por...

—Siento lo que te dije ayer —se disculpó Clara.

Sofía deshizo el abrazo. Clara cogió una silla y se sentó frente a su hija. Había algo nuevo en su expresión cuando la miró. Algo que hacía mucho

tiempo que había desaparecido de su rostro de rasgos angelicales. Un brillo especial, una determinación en el fondo de la mirada que no estaba antes.

—No tienes que sentirlo, mamá. — Sofía se enjugó las lágrimas que habían comenzado a deslizarse por sus mejillas —. Gracias a tus palabras he abierto los ojos. —Las pupilas le vibraban de emoción—. No quiero quedarme atrapada en el rol de víctima —aseveró, confiada en lo que decía—, y menos ser mi propia víctima.

Clara sonrió. Le alegraba tanto oírle decir aquello.

—Hay que ser muy valiente para no autovictimizarse —afirmó—. Y sobre todo en tu caso, que has sufrido tanto.

Pero tú tienes la suficiente dignidad para no hacerlo. Para no caer en ese círculo vicioso de dolor y de infelicidad.

—He estado tan ciega... —se lamentó Sofía.

—Lo importante es que ya se te ha caído la venda —dijo Clara, pasándole la mano por la mejilla.

—A partir de ahora quiero ser la protagonista de mi historia, sin dejarme vapulear por las circunstancias —dijo Sofía.

—Esta es mi pequeña —apuntó Clara con entusiasmo, dándole un fuerte abrazo—. ¿Y que tienes pensado hacer? —le preguntó.

—De momento voy a ir a hablar con Rubén para retomar la rehabilitación —

dijo Sofía—. Espero que no esté muy enfadado conmigo por haberla suspendido —añadió, arrugando la nariz con una mueca divertida.

—Seguro que se alegra muchísimo de que hayas decidido retomar los ejercicios —alegó Clara. Ladeó la cabeza—. ¿Y cuándo vas a ir? —curioseó.

—Hoy mismo —respondió Sofía, curvando sus labios en una sonrisa. Cogió una rosquilla del plato y le dio un mordisco. Estaban tan sabrosas como siempre.

CAPÍTULO 55

Aquella misma mañana, sin tiempo que perder y acompañada por su madre, se acercó al hospital de La Paz y habló con Rubén, que le dio la enhorabuena por la decisión que había tomado y la actitud con que afrontaba esa nueva etapa.

El fisioterapeuta le contó los pasos a seguir y qué tipo de ejercicios iba a realizar a partir del día siguiente. Sofía estaba impaciente por empezar. Afortunadamente, las actividades que había estado haciendo con la terapeuta ocupacional habían mantenido el tono de la musculación en perfectas condiciones.

Rubén temía que lo que había avanzado Sofía en el tiempo en que había estado en rehabilitación, se hubiera perdido en esos meses de inacción.

—¿Cuántos meses tardaré en recuperarme completamente? — preguntó Sofía.

—No deberías pensar en eso — respondió Rubén—. Depende de cómo vayas evolucionando.

—Ya... Pero, ¿aproximadamente? — insistió Sofía.

—Unos seis meses, más o menos.

—Bien. En cuatro meses estaré lista —dijo convencida.

—¿En cuatro meses? —repitió Rubén—. Es demasiado pronto —dijo con cautela. No quería robarle la ilusión a

Sofía, pero tampoco podía darle falsas esperanzas, o se frustraría, como le había sucedido la anterior vez, y lo lanzaría todo por la borda de nuevo—. Iremos trabajando y según vayamos evolucionando, vemos.

—Rubén, en cuatro meses caminaré sin ninguna ayuda, ya lo verás —afirmó rotundamente con una sonrisa.

El fisioterapeuta no le dio réplica, prefirió mantenerse callado. La confianza de Sofía de pronto era aplastante. Quizá tuviera razón si tenía paciencia y era perseverante. Y sabía que en el fondo lo era. Como también sabía que más que la confianza de los demás, era la confianza en uno mismo lo que obraba milagros.

Sofía seguía a rajatabla cada una de las instrucciones y recomendaciones que le indicaba Rubén con ayuda de María. Las jornadas, como en tiempos pasados, eran duras y agotadoras. Pero había un objetivo que conseguir, una meta a la que llegar, y eso la animaba a seguir adelante cada día.

Noviembre pasó rápido y con él, los colores ocres y tierra del otoño, el viento y las alfombras que formaban las hojas en el suelo. Diciembre trajo un invierno de intenso frío, un agradable olor a castañas asadas y una condena de diez años de cárcel para Carlos, por sus

innumerables delitos, entre ellos, los malos tratos a Sofía.

Mientras la Navidad engalanaba de luces brillantes y belenes las calles abarrotadas de gente de Madrid, Sofía no cejaba en su empeño. Por las mañanas hacía tres horas de ardua rehabilitación con Rubén y María en La Paz y por las tardes, en casa, otros tantos ejercicios que le ponía la terapeuta ocupacional. Después de casi dos meses, Sofía se levantaba y se sentaba en la silla de ruedas sin problemas. Podía mantenerse de pie largos ratos y soportaba su propio peso sin la sensación de tener piernas de plastilina.

Y sonreía, con la frente perlada de

sudor por el esfuerzo. Sonreía a Rubén, a María, a su madre y a Eva, que a veces la acompañaba a la rehabilitación.

Cuando de camino al hospital o de vuelta a casa pasaba por delante del sobrio edificio de acero y cristales azul cobalto donde estaba el despacho de Jorge, recortado contra el cielo a veces gris, a veces azul de la capital, sentía que el corazón se le encogía hasta el tamaño de un guisante. Se le hizo un nudo en la garganta cuando Rubén le contó que Jorge había ido a verla a La Paz el día siguiente de que firmara el alta voluntaria y se fuera a casa.

No había un solo día en que no pensara en él, una sola hora en que no evocara su forma de hablarle, de

acariciarla, de hacerle el amor, de llamarla «mi niña», de sacarle unas risas mientras realizaba los ejercicios de rehabilitación, de cuidarla, de protegerla, de tantas cosas... Un solo minuto en que no se preguntara qué estaría haciendo, cómo llevaría el proyecto del museo oceanográfico de Berlín y si se habría olvidado de ella. Había sido tan injusta con él apartándolo de su lado de aquella manera tan cruel.

Y sin darse apenas cuenta el tiempo había pasado fugazmente, como un suspiro, y la distancia había hecho que fuera tarde para casi todo. Principalmente, tarde para un «nosotros», para un futuro juntos. Pero

tenía que seguir adelante, aunque fuera sin Jorge Montenegro en su vida.

La Navidad también pasó entre turrón, cenas familiares y copos de nieve, y enero permitió a Sofía una mayor precisión a la hora de coordinar los movimientos de las piernas y los brazos y llevar a cabo todos aquellos pasos involucrados en cualquier actividad clasificada por Rubén como «compleja».

Si seguía así, con ese tesón, con esa extraordinaria fuerza de voluntad, al final acabaría recuperándose completamente en cuatro meses, pensó Rubén con satisfacción. Definitivamente, Sofía era una luchadora nata, una superviviente.

Se animó —incluso, arriesgó— a incrementar la exigencia y la dificultad de los ejercicios, seguro de que Sofía seguiría bien el ritmo. Y no se equivocó. A mediados de febrero llegó una de las pruebas más duras. La ejecución era familiar, terriblemente familiar. El cuerpo de Sofía se mantenía erguido entre el pasillo que formaban las barras paralelas mientras un arnés la sujetaba al brazo de la grúa.

Sofía se agarró con fuerza a las barras y trató de no pensar en la vez que se desplomó porque no podía con su propio peso y Jorge tuvo que correr y cogerla para no caerse al suelo. Aquello le seguía doliendo. Sacudió la cabeza para arrastrar ese pensamiento fuera de

ella y se concentró. Dio un paso con la pierna derecha y después otro con la izquierda y respiró hondo. Rubén y María la observaban atentamente con una leve sonrisa en los labios.

—Sigue —indicó el fisioterapeuta.

Sofía volvió a adelantar un paso cautelosamente, y otro.

—Sigue.

Y otro, y otro más hasta que llegó al final de las barras paralelas. Rubén sonrió ampliamente.

—Dentro de una semana lo harás sin necesidad de estar sujeta a la grúa —dijo.

—¿En serio? —preguntó Sofía con expresión entusiasmada en el rostro.

Rubén asintió.

—Lo estás haciendo muy bien — afirmó—. Realmente muy bien. La evolución en estos últimos meses ha sido prodigiosa. No tengo dudas de que en marzo estarás de nuevo andando sin ningún tipo de ayuda.

CAPÍTULO 56

Marzo llegó envuelto en días tibios, con un sol sereno y una brisa suave, y olores primaverales que se esparcían por cada rincón con una sutileza embriagadora.

Sofía se miró en el espejo. El pelo le había crecido hasta debajo de los hombros y había recuperado en la mirada esa expresión risueña que tenía antes incluso de conocer a Carlos. Cuando sus golpes y sus constantes humillaciones no le habían arrancado la sonrisa. Sin embargo, en el fondo de los preciosos ojos verdes habitaba la sombra del recuerdo de Jorge, que

pululaba a sus anchas de un lado a otro. Sofía pensó ingenuamente que se olvidaría de él, pero nada más lejos de la realidad. Jorge Montenegro parecía estar grabado en su mente y en su corazón a fuego, y tenía intenciones de quedarse allí durante toda la eternidad.

Era el lunes de su última semana de rehabilitación. Le parecía mentira, mientras contemplaba con rostro de satisfacción las dos muletas que descansaban al lado del lavabo. Hacía quince días que había dejado atrás la silla de ruedas y que andaba con muletas. ¡Lo había conseguido! Y antes de que finalizara la semana también ellas quedarían atrás, junto a los restos de una pesadilla de la que comenzaba a

despertar.

Al tiempo que se pasaba el cepillo por la melena, le vino a la cabeza el momento en que había caminado entre las barras paralelas sin la sujeción de la grúa. Había sido crucial, pero estaba preparada. Sus piernas se coordinaron a la perfección y aguantaron sin problemas el peso de su cuerpo. Animada por Rubén y por María, y por su madre y por Eva, que habían estado ese día con ella, Sofía fue de un extremo a otro sin necesidad de sujetarse ni una sola vez a las barras.

La emoción embriagó a todos, que veían como culminaban meses de tesón, esfuerzo, disciplina y trabajo duro, y como se cerraba una etapa de dolor,

lágrimas y sin sabores.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Clara cuando Sofía se sentó a desayunar.

—Bien —respondió, sin poder evitar el esbozo de una sonrisa.

—¿Preparada para tu última semana de rehabilitación?

—Preparada —dijo Sofía asintiendo al mismo tiempo con la cabeza.

Al volver del hospital en el coche de su madre, Sofía se quedó mirando el tramado del edificio donde estaba el despacho de Jorge, como hacía ceremoniosamente todos los días. Era algo inevitable. Sin embargo, aquella

mañana, mientras esperaban que el semáforo de la Castellana se pusiera en verde. Sofía tuvo la imperiosa necesidad de ver a Jorge, de hablar con él, pero, sobre todo, de pedirle perdón.

—Mamá, ¿te importaría parar un momento? —dijo.

—¿Dónde vas? —preguntó Clara.

—A pedir perdón a Jorge —respondió Sofía.

Clara sonrió, pero no dijo nada. Se desvió a la derecha y aparcó en el hueco de un coche que casualmente acababa de salir. Sofía se bajó y caminó hasta la puerta de la colosal edificación. La sola idea de volver a ver a Jorge después de tantos meses le aceleró el corazón. El latido se escuchaba dentro del pecho

como un tambor de guerra.

La recepción estaba vacía, sin la chica pelirroja y excesivamente maquillada a la que preguntó la primera vez por él. No importaba, se sabía el camino; última planta, pasillo de la derecha.

Se dirigió a los ascensores. Mientras esperaba pacientemente que alguno bajara, cruzó los dedos para que Jorge estuviera en su despacho y no en alguno de sus viajes de trabajo.

Las puertas se abrieron y Sofía se desvió por el pasillo de la derecha hasta llegar a la antesala, donde había una chica joven con gafas, de pelo liso y rostro pecoso tecleando frenéticamente en el ordenador.

—Buenos días —dijo Sofía.

—Buenos días. ¿En que puedo ayudarte? —le preguntó Estela con suma amabilidad, desviando la atención de la pantalla.

—¿Se encuentra el señor Montenegro?

Sofía contuvo la respiración en los pulmones esperando la respuesta.

—Sí, ¿de parte de quién?

—¿Podrías decirle simplemente que soy una amiga? Quiero darle una sorpresa —respondió Sofía.

La secretaria dudó un instante.

—Sí, claro que sí —dijo finalmente—. Espera un momento, por favor.

Estela se levantó de la silla y su figura ligeramente encorvada desapareció

detrás de las enormes puertas de doble hoja negras del despacho de Jorge. Sofía se quedó inmóvil, con el corazón saliéndosele por la boca mientras paseaba la mirada por las pulcras letras plateadas inscritas en la madera. Leer el nombre de Jorge Montenegro le produjo un escalofrío.

—Pasa —dijo Estela, sujetándole las puertas para que entrara con las muletas.

—Gracias —le agradeció Sofía.

Estela cerró la puerta detrás de ella y Jorge alzó la mirada. Los almendrados ojos negros se abrieron ligeramente, como si acabara de ver una visión.

—Buenos días —saludó Sofía de pie en mitad del despacho, entre tímida y nerviosa.

—Mi niña... —murmuró Jorge. Se levantó de inmediato y acudió a recibirla—. Pasa, por favor, no te quedes ahí —dijo.

—Gracias.

Sofía avanzó ayudándose de las muletas y tragó saliva de manera compulsiva. Jorge estaba guapísimo. Impecablemente vestido con uno de esos trajes negros que tan bien le sentaban y con su habitual semblante regio. Durante un momento sintió que le faltaba el aliento.

—¿Necesitas que te ayude? —preguntó Jorge, que no terminaba de salir de su perplejidad ante la presencia de Sofía en su despacho. Su visita había sido toda una sorpresa. Una inesperada

y agradable sorpresa.

—No, gracias —dijo Sofía al tiempo que se sentaba en un sofá de cuero negro—. Ya me defiendo bastante bien. —Sonrió—. El viernes me quitan las muletas definitivamente.

—Enhorabuena —la felicitó Jorge, curvando los labios en una cálida sonrisa. Se desabrochó el botón de la chaqueta y tomó asiento en el sillón que había al lado.

Hubo un momento de silencio en que Jorge no podía apartar la mirada de Sofía. Algo en su expresión risueña y nerviosa (Jorge notaba que lo estaba) no se lo permitía. Se veía hermosísima y radiante, con un vestido de punto de colores vivos y unas botas bajas negras.

—Estás preciosa —dijo sin ningún reparo en la voz. Sofía se ruborizó—. Te ha crecido el pelo —observó anecdóticamente.

—Sí —dijo Sofía, tocándose la melena inconscientemente—. Aunque se me siguen notando las cicatrices de la operación en la cabeza —apuntó.

—Aún todo estás preciosa, como siempre.

—Gracias. —Sofía respiró hondo y miró a Jorge con ojos inquietos. Tenía los nervios a flor de piel—. Jorge, yo... He venido a pedirte perdón —soltó, y de pronto sintió que se quitaba un gran peso de encima. Jorge fue a decir algo, pero Sofía le puso suavemente el dedo índice sobre los labios—. Quiero

pedirte perdón por el modo en que te traté, por el modo en que te aparté de mi lado... Creí que era lo mejor —añadió a media voz.

—¿Lo mejor? —preguntó Jorge extrañado.

—Lo mejor para ti —aclaró Sofía. Jorge meneó la cabeza. ¿De qué hablaba Sofía?—. Tú tenías derecho a estar con una mujer... normal. Yo no era más que un estorbo en tu vida.

—¿Un estorbo? —El tono de Jorge se volvió serio, casi severo—. ¿Y eso quién te lo dijo? ¿Carlos?

—Lo siento... —se disculpó Sofía con los ojos anegados de lágrimas—. No quería que estuvieras conmigo por pena, por compasión, o por algún tipo

de obligación moral. No... —se interrumpió. Tenía las palabras atascadas en la garganta.

—Yo no estaba contigo por ninguna de esas razones, Sofía. Estaba contigo porque te amaba —afirmó rotundamente Jorge. Sofía levantó el rostro. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas. Jorge la miraba serio—. Y todavía te sigo amando —confesó—. No he dejado de amarte desde que te vi por primera vez en la terraza del *Tartan Roof*.

A Sofía le latía el corazón apresuradamente.

—¿Estás enfadado conmigo? —murmuró con voz temblorosa.

Jorge entornó los ojos y la miró con

gravedad.

—Sí —afirmó.

—Jorge... Lo siento... —Sofía dejó la sollozante disculpa flotando en el aire.

—¿Cómo se te ocurre hacer caso a ese cabrón de Carlos? —preguntó—. ¿Cómo se te ocurre alejarme de ti?

—Jorge, yo...

Jorge tiró de Sofía y antes de que se diera cuenta, sin saber cómo, estaba en su regazo.

—No vuelvas a alejarme de ti —dijo Jorge. Su expresión se había suavizado y se advertía un rastro de sonrisa en el rostro. Rozó su nariz con la de Sofía—. No te lo perdonaré.

—No volveré a hacerlo —susurró

Sofía con voz ahogada.

Jorge la abrazó con tanta fuerza que casi le hizo daño, pero Sofía no dijo nada. Cerró los ojos, disfrutando de su contacto. Después Jorge le cogió el rostro entre las manos y la besó. Sus labios quemaban como ascuas incandescentes. El calor de su boca y su urgencia encendió el cuerpo de Sofía de inmediato, que notaba ya aquella marea caliente viajar por su sangre de un extremo a otro de su ser.

Jorge fue encadenando besos y mordisquitos por el lóbulo de la oreja, el cuello, el escote, mientras Sofía soltaba gemidos sofocados.

—Espera, espera... Jorge, espera...
—lo detuvo de pronto. Jorge frunció el

ceño con las manos inmóviles en mitad de la espalda de Sofía. Tenía los ojos encendidos por el deseo —. Tu secretaria puede entrar en cualquier momento —recordó Sofía entre risas, tratando de mantener la compostura—. Hoy sí que está.

Jorge resopló resignado, conteniendo el instinto.

—Te has librado por Estela — bromeó con ironía—. Pero la próxima vez no vas a tener tanta suerte.

—La próxima vez no quiero tener suerte —apuntó Sofía, traviesa.

Jorge se acercó a su boca.

—Es tan difícil resistirse a la tentación. Es tan difícil resistirse a ti — musitó, mordiéndole el labio inferior y

tirando suavemente de él—. ¿Comemos juntos? —propuso cuando se separó—. Así haremos manitas por debajo de la mesa.

—¡Ay, Dios! —exclamó Sofía de pronto.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Jorge—. ¿No quieres que hagamos manitas?

—Mi madre... Está esperándome en la Castellana —afirmó, mirándolo con los ojos muy abiertos. Sofía sacó rápidamente el móvil del bolso y la llamó. Lo cogió al tercer tono—. ¿Mamá? Esto... No me esperes. Voy a quedarme a comer con Jorge —dijo mientras él le mordisqueaba el lóbulo de la oreja. Sofía se retorció provocativamente y sonrió—. ¿Ah, sí?

—Arqueó una ceja, extrañada por lo que le estaba diciendo su madre al otro lado de la línea—. Vale. Entonces nos vemos luego. Un beso.

Colgó. Jorge la miró con gesto interrogativo.

—Mi madre está tomándose un café con Walther —dijo.

—Me da que tenemos nueva parejita —comentó complacido Jorge.

Sofía sonrió ligeramente. ¿Su madre y Walther?, se preguntó. La idea le encantó.

CAPÍTULO 57

Jorge le vendó los ojos con una cinta ancha negra cuando la fue a buscar a casa y la ayudó a subir al coche. Sofía estaba nerviosa, con las manos apoyadas en el regazo mientras se frotaba los dedos compulsivamente.

—¿Dónde vamos? —le preguntó.

—Es una sorpresa. No seas impaciente —respondió Jorge con una nota sensual y traviesa en la voz.

Sofía suspiró, intentando tranquilizarse. El BMW M4 Cabrio de Jorge giraba por una calle y por otra sin que Sofía supiese en ningún momento que dirección tomaba. Supuestamente

iban a celebrar que ella había terminado la rehabilitación, pero Jorge tenía preparada una sorpresa. Aunque Sofía ya se había llevado una cuando, por primera vez, Jorge había ido a recogerla vestido con un elegante traje gris oscuro y una camisa blanca. Después de más de cinco años, se había quitado el luto por Paula.

—Ya hemos llegado —anunció.

Aparcó el coche, salió de él y ayudó a Sofía a bajar. Le cogió la mano y la guió a través de unos escalones. Después se montaron en un ascensor que subió varias plantas. A Sofía se le antojaron que eran demasiadas mientras trataba de escuchar algo, algún ruido que le diera una pista de dónde se encontraban, pero

era inútil.

—Cuidado, que hay que un escalón — dijo Jorge cuando salieron del ascensor. Caminaron unos cuantos metros más—. Párate aquí —indicó—. ¿Preparada?

Sofía tenía el corazón desbocado.

—Sí —dijo, asintiendo al mismo tiempo con la cabeza.

Jorge desanudó la venda y se la quitó. Sofía abrió los ojos.

—Dios mío... —musitó.

La terraza del *Tartan Roof* estaba llena de rosas rojas. Había una mesa cuadrada en el centro preparada para dos comensales y a ambos lados, un par de camareros vestidos de blanco y negro esperaban instrucciones discretamente.

—Que mejor lugar que el *Tartan*

Roof, donde te vi por primera vez, para celebrar tu recuperación —dijo Jorge—. ¿Te gusta cómo ha quedado?

Sofía estaba atónita y hechizada.

—Jorge, está... precioso. Gracias.

La aterciopelada luz azul y violeta que vertían las lámparas de diseño le daban a la atmósfera un toque romántico y elegante conjugado con los retazos de sombras negras que supuraba la noche. El aliento de los centenares de rosas flotaba en el aire tibio, arrastrando notas de amor.

—Ven, mi niña —susurró Jorge, ofreciéndole la mano.

Sofía la tomó, temblorosa, y Jorge la condujo hasta la mesa. Los camareros los saludaron con una ligera inclinación

de cabeza que ambos correspondieron de igual modo.

—¿Servimos ya, señor? —preguntó uno de ellos. Un hombre de unos cuarenta y cinco años con entradas en la cabeza.

—Sí, por favor —dijo Jorge.

—No sé qué decir. —Sofía estaba sin palabras. Jorge siempre conseguía dejarla sin palabras.

—No digas nada. Simplemente disfruta. Disfruta de todo lo que va a ocurrir hoy.

Sofía sonrió. Estaba en una nube, a pesar de que la noche no había hecho más que empezar. Los camareros aparecieron cinco minutos después con la cena, compuesta de entremeses,

merluza, langosta y carne de ternera con una salsa que Sofía hizo que se chupara los dedos.

—¿Traemos el champán, señor?

Jorge asintió.

El camarero les acercó una botella de *Belle Epoque de Perrier-Jouet*, uno de los champanes más caros del mundo y dos copas de finísimo cristal. Colocó cuidadosamente una delante de Sofía y otra delante de Jorge, y sirvió bajo la atenta mirada de Jorge, que no apartaba los ojos de la copa de Sofía mientras sonreía.

—Gracias —dijeron ambos cuando el camarero se retiró.

Jorge tomó la copa y la alzó sin apartar los ojos de Sofía.

—Por ti, por ser la mujer más fuerte que conozco y por haber aparecido en mi vida. Porque desde entonces he vuelto a ser.

Sofía chocó el borde de la copa con la de Jorge y bebió un trago bajo su atenta mirada. En el fondo había un precioso anillo de oro blanco. Sofía abrió los ojos de par en par y se ruborizó cuando lo vio relucir entre las burbujas doradas del champán. Apuró la copa de un trago y extrajo el aro con el índice y el pulgar.

—Jorge... —dijo mirándolo fijamente. Después alzó la vista, que brillaba por el destello de las lágrimas.

—¿Te quieres casar conmigo? —le preguntó Jorge.

Sofía tragó saliva. ¡Jorge Montenegro quería casarse con ella!

—Sí, claro que sí. Por supuesto que sí —respondió, luciendo en el rostro una sonrisa radiante.

Jorge se levantó de la silla y la abrazó. Estaba feliz. Ambos estaban felices. Las delicadas notas musicales de la balada *Por debajo de la mesa* de Luis Miguel empezaron a rasgar el aire.

—¿Bailas? —preguntó Jorge brindando una sonrisa a Sofía, que movió la cabeza en un ademán afirmativo.

Agarrados de la mano acudieron al amplio espacio que quedaba libre al fondo de la terraza. Sofía apoyó el rostro sobre el pecho de Jorge y se dejó

rodear por sus brazos mientras se mecían por la voz de Luis Miguel.

Sofía sintió que tocaba el cielo, que era feliz, como las protagonistas de las novelas románticas que leía.

—Gracias —susurró.

—¿Por qué? —preguntó Jorge.

—Por mostrarme ese lugar secreto donde vuelan las mariposas.

Jorge sonrió con los ojos colmados de amor y apretó el cuerpo de Sofía contra el suyo, y sus siluetas oscuras se recortaron contra el cielo de la cosmopolita Madrid.

—Te quiero —dijo Jorge a Sofía.

—Te quiero —respondió Sofía.

EPÍLOGO

La boda se celebró en julio, y fue una ceremonia íntima y sencilla como deseó Sofía, rodeada de la familia y los amigos más allegados.

Su madre se veía pletórica del brazo del educado Walther, con quien mantenía una relación tranquila y llena de amor que se había consolidado con el paso de los meses.

Eva correteaba detrás de Adrián Montenegro, prendada de su elegancia y su buen humor. ¿Es que todos los Montenegro están buenos?, preguntó a Sofía. Casi se desmayó de la emoción cuando Sofía tiró el ramo de flores y lo

alcanzó ella. Miró de reojo a Adrián, que la sonrió seductoramente.

Elena y Oliver compartían la dicha de Sofía. Por fin había dejado atrás a Carlos y el infierno en que había convertido su vida. Por fin era feliz.

Los señores Montenegro no podían estar más felices. Su hijo mayor había dejado atrás el fantasma de Paula y habría recuperado nuevamente la sonrisa gracias a Sofía, a quien no solo apreciaban, sino que querían. ¿Cómo no iban a quererla?

Ernesto, el amigo de Jorge, los miraba atónito. ¿Quién le iba a decir a él que Jorge Montenegro iba a casarse con aquella chica a la que no dejaba de mirar en el *Tartan Roof* el día que se

inauguró? ¡Qué cosas tenía la vida!, le comentaba a Raúl.

Jorge miraba embelesado a Sofía. No había dejado de hacerlo desde que había entrado en la iglesia con su vestido de novia de corte clásico y encaje en la espalda. ¿Podía estar más hermosa? A Sofía le pasaba un tanto igual. Jorge estaba más guapo que nunca, si es que eso era posible.

—¿Nos vamos? —dijo Jorge cuando el sol comenzaba a hundirse detrás de las montañas de la sierra de Guadarrama.

—¿Dónde? —preguntó Sofía con una sonrisa llena de felicidad mientras se recogía la falda del vestido.

—Donde vuelan las mariposas —

respondió Jorge.